HISTORIA

DE LA

CONQUISTA Y POBLACIÓN

DE LA PROVINCIA DE

VENEZUELA

escrita por

D. JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

ILUSTRADA CON NOTAS Y DOCUMENTOS

por el capitán de navío

CESAREO FERNANDEZ DURO

de la Real Academia de la Historia

TOMO I

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1885

Número 81.

HISTORIA
DE LA CONQUISTA,
Y POBLACION
DE LA PROVINCIA
DE VENEZUELA

ESCRITA

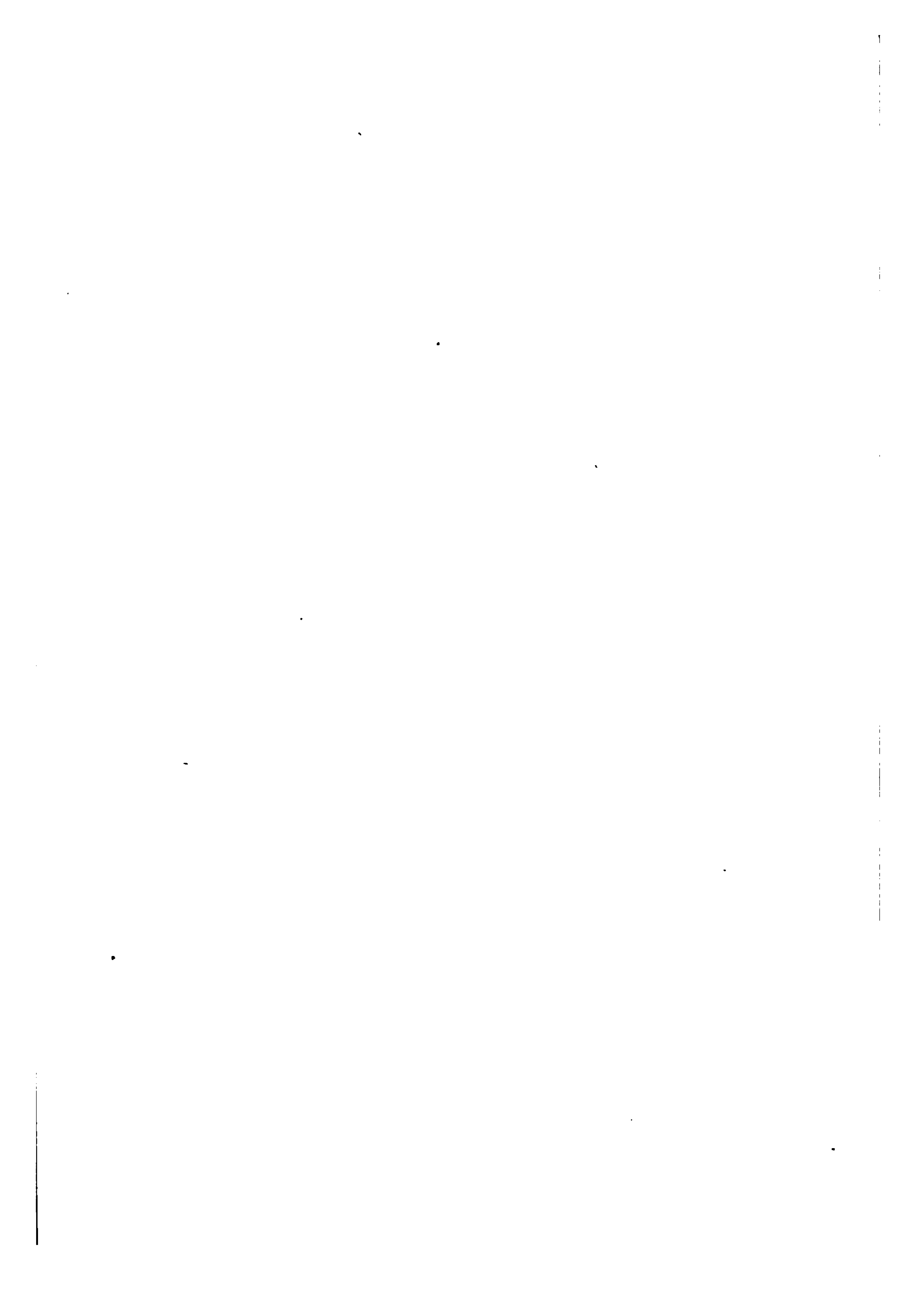
POR D. JOSEPH
DE OVIEDO Y BAÑOS,
VECINO DE LA CIUDAD
DE SANTIAGO DE LEON DE CARACAS.

QUIEN LA CONSAGRA
Y DEDICA A SU HERMANO
EL SEÑOR
D. DIEGO ANTONIO
DE OVIEDO Y BAÑOS,
OYDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS
de Santo Domingo, Guatemala y Mexico, del Consejo
de Su Majestad en el Real, y Supremo
de las Indias.

PRIMERA PARTE.

CON PRIVILEGIO.
En Madrid, en la Imprenta de D. Gregorio Hermosilla,
en la calle de los Jardines. Año de M.LCC.XXIII.

Hallaráse este Libro en dicha Imprenta.





AL SEÑOR
D. DIEGO ANTONIO DE OVIEDO Y BAÑOS

OIDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS
DE LA ESPAÑOLA, GUATEMALA Y MÉJICO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD
EN EL REAL Y SUPREMO DE LAS INDIAS.

En la protección de V. S. busca la seguridad, para correr sin recelo, la Historia de Venezuela. ¿A quién sino á V. S. pudiera yo consagrar esta obra, para dejar en su sombra afianzados los aciertos? *Si tibi deest meritum* (decía Cicerón) *magnum cura subrogare Patronum.* Y siendo las prendas que adornan á V. S. de aquella esfera tan superior, que, sin que las exagere la lisonja ni las pueda disminuir la emulación, lo acreditan á todas luces por grande; para que los deméritos de mi pluma puedan pasar disimulados, sin dar de ojos en los tropiezos de su ignorancia: *Magnum cura subrogare Patronum;* este es el motivo por que á V. S. se la dedico, y esta es la razón por que se la consagro; omitiendo la más individual expresión en sus elogios, por excusar la nota que se me puede imputar de interesado, pues aunque sobre los ilustres blasones heredados resplandecen en V. S. la gran literatura, consumada prudencia, singular talento y conocido valor con que, ayudado de sus muchas experiencias y general comprensión, ha sabido V. S. dar glorioso expediente á los negocios más graves que la Real confianza ha cometido á su celo, usando de la pluma de

Minerva con la misma destreza que ha sabido aprovecharse en ocasiones de los aceros de Palas, para dejar verificado en sus acciones, que *Palladis effigies una est eademque Minervæ*, habiendo debido á la naturaleza la dicha de hacerme tan inmediato á V. S. en la sangre, pudiera la crítica censura atribuir á elación de propia vanagloria todo lo que corriera la pluma en su alabanza, y así, *laudet te alienus*.

Un vaso de agua (según consta del capítulo XXIII del Libro II de los Reyes) ofrecieron á David tres invencibles soldados; y cuando en toda razón política parece se debía reputar tan corta ofrenda por materia despreciable para los ojos de un rey, la estimó tanto aquel discreto monarca que, juzgándola digna víctima de más soberanas aras, se la ofreció á Dios: *Livavit eam Domino;* sin que dé otra razón el sagrado texto para esta demostración, que haber sido sacada aquella agua de la cisterna de Belén, á costa de la fatiga y trabajo de aquellos tres capitanes. Admita V. S. la corta víctima de mi rendido obsequio, haciéndola digna ofrenda de sus aras, no por lo que contiene, sino por el imponderable trabajo y continuadas tareas que me ha costado sacar de la cisterna del olvido en que estaban sepultados, por violencia de la omisión y rigores del descuido, los memorables hechos de aquellos valerosos españoles que dan materia para tejer la narración de esta Historia para que saliendo á luz á la sombra de V. S. deban á su patrocinio los aplausos que merecieron sus obras.

Guarde Dios á V. S. los años que deseo en el mayor ascenso que corresponde á sus méritos.

B. L. M. de V. S. su hermano y afecto servidor,

D. José de Oviedo y Baños.



CENSURA

de D. Antonio Dongo, Bibliotecario de la Real Biblioteca de Su Majestad y oficial de la Secretaría de Estado.

M. P. S.

De orden de V. A. he reconocido el primer tomo de un libro intitulado CONQUISTA DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA, su autor D. José de Oviedo y Baños, y en él no he hallado cosa en que se desvíe de lo que enseña la santa Iglesia Romana, ni cosa opuesta á las regalías y buenas leyes de estos reinos, por lo cual se le debe dar la licencia que pide. Así lo juzgo: salvo, etc.

Madrid y agosto 26 de 1722.

D. ANTONIO DONGO.



APROBACION

Del Licenciado D. Manuel Isidoro de Mirones y Benavente, del Consejo de Su Majestad y Oidor de la Real Audiencia de Panamá.

En obedecimiento al orden del Sr. D. Cristóbal Damasio, Canónigo de la insigne colegiata del Sacro Monte Ilipulitano Valparaíso, Inquisidor Ordinario y Vicario de esta villa y su partido, he leído el libro intitulado HISTORIA DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA, que intenta dar á la estampa D. José de Oviedo y Baños, vecino de Caracas; y embargada la atención desde el principio por la curiosidad de venir en conocimiento de lo que se había ocultado al público con especificación por tantos años, pues sólo se refiere en general por Antonio de Herrera en sus décadas (1), y demás coronistas de la América, el arribo de los españoles á la dilatada costa de barlovento, población de Coro y reducción de aquella parte del Nuevo Mundo al gremio de la Iglesia y dominio de nuestros católicos monarcas; quedé suspenso, admirando por el contexto el inimitable desvelo del autor en solicitar materiales que perfeccionasen la obra, pues no ministrándoselos escritor alguno en particular, debió á su aplicación el hallarlos, registrando los archivos de la ciudad de Caracas y otros de aquel territorio, cuya duplicación de trabajo por tener el temperamento de aquel clima

(1) Herrera. Década 4.ª, libro IV, cap. VII, y libro VI, cap. I.

reducidos los papeles, así por la humedad que consume lo escrito, como por la polilla que taladra los procesos, á un caos que pone en confusión lo pasado, no es justo se quede en el silencio. Y si á los primeros inventores de las cosas, según refiere Polidoro Virgilio en su Epístola dedicatoria á Ludovico Odacio (1), no se les debe defraudar del aplauso de que la infatigable investigación de su discurso les hizo acreedores, dando á luz la verdad de lo que estaba negado hasta entonces á la noticia de los hombres; careciendo la historia de lo que al presente desea el autor se imprima, es digno de que se le otorgue la licencia, para que en la memoria de los siglos disfrute en alabanzas lo que sus tareas estudiosas le han granjeado de merecimiento.

Materiales tuvieron Triboniano, Theophilo y Doroteo en las innumerables respuestas de los jurisconsultos para desempeñar lo que el celo del emperador Justiniano les había encomendado á su experiencia consumada (2); pero el haber de reducir la confusión de tantas decisiones al orden de cincuenta libros de que se componen los Digestos, y á la serie de títulos para la mayor claridad de los tratados, motivó á que, como no esperada, se atribuyese á sus autores, entre los elogios que merecía su aplicación, deberse á influjo más que humano el acierto de la obra: *Opus desperatum, quasi per medium profundum euntes, cœlesti favore adimplevimus* (3). Permítase la aplicación á quien sin más que los limitados ápices de noticias de los principios de la conquista, engolfado en la confusión de los archivos en las circunstancias referidas, ha procurado dar á luz, con tan buen método en la división de libros y capítulos como en deleitoso y culto estilo, la Historia de Venezuela, que echaba menos la curiosidad para adorno de las bibliotecas y conocimiento individual de aquel país.

---

(1) Polidoro Virgilio, De gli inventori delle cose.

(2) Lex 2. Omnia. Cod. de veteri Iure enucleando.

(3) In prœmio institutionum Imperialium Justiniani quorum utramque viam.

Si el argumento de la obra hace digno de recomendación al autor, no es menos entre lo igual y cadente de la narrativa (sin las afectaciones, frases, períodos y términos que la novedad ha introducido), la conformidad con las reglas de consumado historiador. Prescríbelas Cicerón en las palabras siguientes: *Prima historiæ lex, nequid falsi dicere audeat, secunda, nequid veri non audeat, neque suspicio gratiæ sit in scribendis* (1). Para censurar si ha declinado de los originales que ofrecieron asunto á tan importante idea, no es preciso recurrir al cotejo, pues sobra la justicia en los aplausos que consagra á la memoria de los héroes que, sin reparar en montes de dificultades, expusieron sus vidas á que el tropel de bárbaros los sepultase, si mano soberana no los dirigiese para el fin que tenía destinado la sabia Providencia; y en el vituperio de los que, despreciando la razón y la clemencia, ejecutaron en aquellos miserables, ó porque se resistían al verse despojar de sus haciendas ó cautivar de su libertad, lo que su degeneración de lo humano les dictaba; punto que han omitido algunos escrupulosos, saliendo de los límites de su instituto por no coadyuvar la mordaz objeción extranjera al celo que movió á los españoles á la conquista, y de que haciéndose cargo el Sr. Solorzano en su *Política Indiana* (2), lo satisface como acostumbra, pues á anivelarse las humanas acciones por las reglas de la prudencia, no se hubiera dado lugar á que antes que el derecho de las gentes dividiese los dominios de las cosas, promulgase leyes que, imponiendo penas á los delincuentes, sirviesen de ejemplar al escarmiento (3).

En el cuerpo de la Historia se han ofrecido ocasiones en que las hazañas de los antepasados de la nobilísima familia con quien se halla aliado, ó las piadosas memorias que fundó el Ilmo. Sr. D. Diego de Baños, dignísimo Obispo de

---

(1) Cicerón, libro II. Orator.

(2) Libro I, cap. XII.

(3) Minsingero super instit. exponiendo el Ius autem gentium, libro I, tít. 2.

Caracas, tío del autor, dejasen correr la pluma á los elogios; pero arreglándose á la ley *Neque suspicio gratiæ sit in scribendis* (1) en igual fiel, sin que á su ánimo lo alterasen los vínculos del parentesco, ha sabido (2) publicar sin distinción, según el mérito de cada cual, lo que la fama en el templo del honor debe manifestar para su gloria.

El impulso que movió al autor es singular, pues fué el de que reviviese la memoria, sepultada en los espacios del olvido, de los conquistadores que habiendo vertido su sangre y superado imposibles, cuando sus hechos debían servir de pauta para estímulo de su posteridad, de quienes se halla habitada aquella fertilísima provincia, apenas se conservaba aun en los más interesados alguna tradición. Asunto fué del poeta (3):

Fortia facta patrum, series longissima rerum,
Per tot ducta viros, antiquæ ab origine gentis.

Digno de aprecio juzgó Plinio el Junior (4) era el recuerdo de las acciones de los que por sus virtudes no debían morir para los hombres: *Quia mihi pulcrum videtur: non pati occidere, quibus æternitas debetur*. Y siendo la historia medio que ha discurrido la piedad para que atestigüe lo pasado de los tiempos, aclare la verdad de los hechos y trayéndolos á la memoria sea maestra de la vida para arreglar nuestras operaciones, como lo notó Cicerón (5), *est enim Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriæ, et magistra vitæ;* no sólo con el merecido aplauso se debe dar á la estampa, sino instarle á que cuanto antes conceda al público la segunda parte que en esta obra tiene prometida; esforzándole con las palabras de Hugo Cardenal (6) como escri-

(1) Cicero ubi sup.
(2) Cap. Cum æterni Judicis Tribunal in sexto de sententia, etc., re iudicata.
(3) Virgilio, libro I. Æneidos.
(4) Libro V, epístola 8.ª.
(5) Ubi supra.
(6) In Apocalipsi, cap. II, vers. 10.

tas al intento: *Ministerium tuum imple, vel in libris scribendis, quod est opus pietatis, ut in illis doceantur posteri, sicut Augustinus fecit Hieronymus, et ceteri.* Y no conteniendo punto contra nuestra sagrada religión y buenas costumbres, antes sí muchos documentos para el ejemplo, soy de sentir se le debe conceder la licencia que pide: salvo meliori, etc. De este estudio, Madrid y enero 27 de 1723 años.

Lic. D. MANUEL ISIDORO DE MIRONES Y BENAVENTE.



LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nos el Doctor D. Cristóbal Damasio, Canónigo de la insigne Iglesia Colegial del Sacro Monte Ilipulitano Valparaíso, extramuros de la ciudad de Granada, Inquisidor Ordinario de Corte y Vicario de esta Villa de Madrid y su partido, etc.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir é imprima el libro intitulado Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela, primera parte, compuesta por D. José de Oviedo y Baños. Atento que de nuestra orden ha sido visto y reconocido, y constar no haber en él cosa opuesta á nuestra santa fe católica y buenas costumbres.

Fecha en Madrid á 1.° de febrero del año de 1723.—Doctor Damasio.—Por su mandado, Lorenzo de San Miguel.



SUMA DE PRIVILEGIO.

Tiene privilegio del Rey nuestro Señor, por tiempo de diez años, D. Gregorio Hermosilla, para poder imprimir el libro intitulado HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA, *primera parte*, su autor D. José de Oviedo y Baños, sin que otra persona alguna pueda pasar á imprimirlo sin su permiso, so las penas contenidas en dicho privilegio, como más largamente consta de su original, refrendado de D. Baltasar de San Pedro, escribano de Cámara. Fecho en Balsain á 24 de septiembre de 1722 años.





Con la ocasión de publicarse esta Historia congratula á la ciudad de Caracas el Licenciado D. Alonso de Escobar, Presbítero, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de dicha ciudad, Comisario del Santo Oficio, Examinador Sinodal del Obispado de Venezuela, y Secretario de Cámara que fué del Ilustrísimo Señor Obispo Don Diego de Baños y Sotomayor.

Coronado León, de cuyos rizos
Altivas crenchas visten el copete,
Gallarda novedad que tu nobleza
Generosa guardó para tus sienes
Ilustre concha, que en purpúreas líneas
Del Múrice dibujas los relieves
En cruzados diseños, que te exaltan,
Cuando en fuertes escudos te ennoblecen.
Fértil ribera, que en plateadas ondas
El elemento líquido guarnece,
Y en vegetables minas sus tesoros
A púrpura reducen lo virente;
Floresta americana, de quien Flora
Tiernos pimpollos libra en candideces
De flores, que perdiendo la hermosura,
Son frutos suaves que Pomona ofrece.
Y en abundantes fértiles cosechas
Rubicundas macollas te previene,

Que al acerado golpe divididas,
En rozagantes granos se resuelven.
Apreciados cambiantes para el gusto
Apetecidos de uno y otro Oriente,
Permitiendo Neptuno en sus cristales
Feriar su peso por dorados trueques.
¡Oh tú, Caracas! objeto generoso
De aquel Imperio cuya sacra frente
Veneran más esferas que el sol gira,
Ni el cristalino piélago enriquece.
Ya llegó el tiempo que tu heroica historia
A campear salga de sus lobregueces,
Y dibujada en apacibles voces,
Se retrate con mudos caracteres.
Sólo heroica pluma llegar pudo
A ser pincel plausible de tus héroes,
Porque efectos gloriosos no producen
Pequeñas causas, sí las eminentes.
Aun más allá del Sol sus giros llegan
De su blasón, privándole de suerte,
Que los rayos de aquél jamás pudieron,
Lo que ocultaba el tiempo, hacer presente.
Emulo se acredita de sus luces,
Ilustre Oviedo, cuando sabio advierte,
A fuer de sus tareas, lo que aclara
La diestra pluma de su rayo ardiente.
Para sacar á luz tales memorias
De remota región el vuelo prende,
De la aurípara tierra producido,
El áureo grano á iluminar tu temple.
Ya en la fatiga de su docta pluma
Entre tus héroes numerarse puede,
Que si aquéllos se ilustran por hallarte,
Este por descubrirte lo merece.
A tal felicidad siempre obligada
Tu gratitud en su loor no cese,
Que repetir encomios á sus vuelos,

No es suficiente paga á lo que debes.
  Eterna tu memoria al tiempo deja,
Dándole nueva vida sus pinceles
En la estampa, que logran tus cenizas
Revivir, renacer, volar cual fénix.





DEL MISMO AL AUTOR.

SONETO.

Pincel, tu pluma Generosa y diestra
Ostenta su primor en Varias flores
Registrando Sutil tantos primores
De este hemisferio dando Tanta muestra
Origen le declara, I sin siniestra,
Narración le da Nuevos resplandores
Justamente le Deben los honores
Obteniendo gloriosa El de maestra;
Si de las sombras en que Obscurecida
Estaba esta región, Vnico Apeles
Para que logre luz Iá nueva vida
Histórico la das En tus pinceles:
Atí te debe el ser De tí aplaudida,
Victorioso te Ofrece mil laureles.





DE DON RUI FERNANDEZ DE FUEN-MAYOR.

Santiago, más que á Losada
A Oviedo debes dichosa,
Pues por éste eres famosa,
Si por aquél conquistada;
Que una piedra, aun no labrada,
No debe tanto al cantero,
Cuanto al artífice, infiero,
Que la pule y no la parte,
Porque aquí se ejerce el arte,
Y allá trabajó el acero.

Que si en Julio Emperador,
A quien dió con gallardía,
Si lo doctó facundía,
Cinco triunfos el valor,
De Roma el grande orador
Más la elocuencia acredita;
En lo que Oviedo ejercita
Merece aplauso mayor
Que todo conquistador
Dando la conquista escrita.

Ellos pusieron leales
En el riesgo el corazón,
Y Oviedo en su narración
Les da espíritus vitales;
Aun hoy viven inmortales,

Que de mirto, encina y grama
Pudieran ceñir la rama
Por diadema, no el triunfal,
Que éste es para el que inmortal
Les da la vida en la fama.
   Viva el que hace al escribir
Fénix á otros renacer,
Y mejor supiera hacer
Lo que sabe referir;
Porque se pueden unir
Fortuna y merecimiento,
Y á pesar del movimiento
Del tiempo, que presto vuela,
La descrita Venezuela
Goce su alto entendimiento.





DEL M. R. P. PREDICADOR FR. JOSÉ DE FUENTES,

DIFINIDOR ACTUAL DE LA PROVINCIA DE SANTA CRUZ,

del orden de San Francisco.

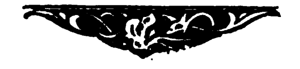
IUDIC., c. XIV.	Enigmático León, ¿quién pretendía
	Deshacer tu problema con denuedo?
	Si no fuese por Lima, ilustre Oviedo,
EZECH., c. III.	Ofreciendo un volumen de ambrosía.
	Lo dulce del contexto es una guía
	Que denota tus pasos con el dedo,
	Tan seguro en decir, que es un remedo
APOC., c. V.	Del que en Patmos refiere alegoría.
S. BERN.	En su nombre Josef aumentos pone
	De letras á su frente levantada,
	En los Baños desprendes la melena,
	En un Sotomayor, que te corone,
	Hallas sabiduría tan realzada,
SAP., c. VI.	Que en su comparación el oro es pura arena.





DEL MISMO AUTOR
DE LAS DÉCIMAS ANTECEDENTES.

Centellas de Mavorte belicosas,
Armas regidas de español aliento,
En nuevos climas el descubrimiento
De Venezuela hicieron valerosas.
Mas entre las cortinas tenebrosas
Del olvido eclipsado el lucimiento,
Cenizas eran ya de su ardimiento;
Y aunque nobles hazañas, no famosas.
Cuando Oviedo con pluma esclarecida,
Y erudición de aplausos meritoria,
Iluminando aun lo que el tiempo olvida,
Hoy existir los hace en la memoria,
Dando el valor esta existencia, y vida,
Materia, que se informe con su historia.





Gratulación de Clío, que con el motivo de haber escrito la historia de Venezuela D. José de Oviedo y Baños, le dirige el Licenciado D. Francisco de Hozes, Abogado de la Real Audiencia de Santa Fe.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Héroes conquistadores de Caracas,
Dejad, dejad el sueño tenebroso,
Que infunde á vuestras ínclitas cenizas
El beleño fatal del Mauseolo.
Despertad del letargo de la muerte;
Mas ¿por qué como muertos os invoco,
Si en el campo elocuente de la historia
Triunfar os veo y combatir os oigo?
De los guerreros brutos inflamados,
Bufando incendio y respirando polvo,
Truncando miembros y pisando vidas,
Escucho los tropeles victoriosos.
Hazaña literaria de la pluma
Que ha conseguido con esfuerzo docto,
Que los que al mundo faltan con los golpes
De sus rasgos, no falten á los ojos.
Pues juzgo que á la vista ha suspendido
(Porque penetre siglos tan remotos)
La rapidez del tiempo, ó que á la idea
Del tiempo le ha vestido los períodos.

¡Oh clarísimo Oviedo, á quien la suerte,
Para premiar los hechos generosos
De tanto campeón, ha concedido
De Minerva el amplísimo tesoro!
Víctimas del silencio y del olvido
Se lloraran sus bélicos arrojos,
A no restituirlos tu elocuencia,
Del mármol mudo al bronce clamoroso.
Sólo á vuestro talento tanta empresa
Pudo fiar la fama, porque sólo
Hercúlea pluma, ó noticiosa clava,
Pudo vencer tan invencibles monstruos.
Tu ingenio ha conseguido con sus vuelos
Que respiren ambiente más glorioso
Que en el caduco aliento de tus vidas,
En el aura inmortal de sus elogios.
Si mudamente procuró el olvido
Desgreñar de sus triunfos el adorno,
Tu puro estilo, con gallardo aseo,
Les restituye el natural decoro.
El innato raudal de tu elocuencia,
Animado de espíritu canoro,
Lamiendo hazañas y argentando glorias
Fecundamente corre vagoroso.
De tu historia los sabios resplandores
Más brillantes se ven que los de Apolo;
Que si Apolo da luz á los objetos,
Luces y objetos dan tus rasgos doctos.
Vive feliz, y el bronce de la fama
Te forme otro laurel armoníoso,
Que tu memoria ciña en los eternos
Alientos de sus gritos y sus tornos.





PRÓLOGO AL LECTOR.

Siempre fué costosa fatiga del entendimiento el escribir como se debe para la estampa, y el agradar á tan diverso paladar de gustos como ingenios: impracticable acierto de la pluma que pretendido de muchas, llegó á ser conseguido de muy pocas; y más en nuestros tiempos, en que el primor con que se desempeñaron algunas hizo más infeliz la conocida desgracia de las otras. La experiencia de esta verdad puso en desconfianza la mía, empezando con recelo y prosiguiendo con temor la formación de esta historia en que me hallé empeñado á impulso de agradecido, pretendiendo satisfacer la estimación que he debido á esta provincia con aplicar mi desvelo para sacar á luz los memorables acontecimientos de su conquista, cuya noticia sin razón ha tenido hasta ahora recatada el culpable descuido de sus hijos, sin que entre tan soberanos ingenios como produce haya habido uno que se dedique á tomar por su cuenta esta tarea.

El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso revolver todos los archivos de la provincia para buscar materiales, y cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la sustancia en que afianzar la verdad con que se debe hacer narración de los sucesos, pues sin dar crédito á la vulgaridad con que se refieren algunos, he asegurado la certeza de lo que escribo en la auténtica aserción de lo que he visto.

El estilo he procurado salga arreglado á lo corriente, sin que llegue á rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no rehusaron usar de impropiedades que no son permitidas en la historia, pues introducen en persona de algunos indios y caciques oraciones tan colocadas y elegantes como pudiera hacerlas Cicerón: elocuencia que no cabe en la incapacidad de una nación tan bárbara, y punto tan delicado en las formalidades de la historia, que toda la autoridad de Quinto Curcio no pudo librarse de la objeción con que le notan el P. Moyne en su *Arte de Historia*, Mascardo y el erudito P. Rapín, sólo por parecerles desproporcionadas en la ignorancia de los Scytas las sentencias con que viste la oración que hicieron á Alejandro.

Si reparare el curioso en la poca cita de autores de que me valgo, esa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues habiéndome gobernado en todo por los instrumentos antiguos que he leído, ya que la prolijidad no me permite el citarlos, aseguro en su autoridad la certeza de que necesito para los sucesos que refiero. Y como quiera que en todo sólo solicito la benevolencia del lector para que disimule con piedad los defectos que pudiera acriminar con rigor, desde luego represento por mérito para la venia á que aspiro, el conocimiento que me asiste de mis propios yerros, pues cuantos descubriere en este libro la censura, tantos admito sin disculpa por legítimos hijos, nacidos de mi ignorancia.—VALE.



LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del sitio y calidades de la provincia.

Entre las provincias que componen el dilatado imperio de la América, tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de sus descubrimientos, con alusión muy propia (como adelante veremos) se llamó Venezuela, aunque después, tomando la dominación de el nombre de su metrópoli, es comúnmente llamada provincia de Caracas, cuya historia ofrece asunto á mi pluma para sacar de las cenizas del olvido las memorias de aquellos valerosos españoles que la conquistaron, con quienes se ha mostrado tan tirana la fortuna, que mereciendo sus heroicos hechos haber sido fatiga de los buriles, sólo consiguieron, en premio de sus trabajos, la ofensa del desprecio con que los ha tenido escondidos el descuido; fatalidad común de este hemisferio, pues los mármoles que separó la fama para materia de sus trofeos, en las Indias sólo sirven de losas para el sepulcro donde se sepultan las hazañas y nombres de sus dueños; desgracia que en esta provincia ha calificado con más veras la experiencia, pues apenas conserva la tradición algunas confusas noticias de las acciones ilustres de sus conquistadores, por no haber habido curiosidad que se haya dedicado á escribirlas: motivo que me obliga á tomar por mi cuenta

este trabajo, aun asistiéndome el conocimiento de que ha de ser poco agradecido de los que debía ser más estimado.

En la parte que llamamos Tierra Firme de las Indias tiene su situación la provincia de Venezuela, gozando de longitud 200 leguas, comprendidas entre el Morro de Unare, por donde parte límites al Oriente con la provincia de Cumaná, y el Cabo de la Vela en que se divide al Occidente de la gobernación de Santa Marta; de latitud tiene más de 120 leguas, bañando al Septentrión todas sus costas el Océano, y demorándole al Sudoeste el nuevo reino de Granada, sirven al Mediodía de lindero á su demarcación las caudalosas corrientes del río Orinoco; su terreno es vario, porque en la grande capacidad de su distancia contiene sierras inaccesibles, montañas asperísimas, tierras altas, limpias, y alegres vegas tan fértiles como hermosas, y valles tan deleitosos, que en continuada primavera, divirtiendo con su amenidad, convidan con su frescura; dehesas y pastos tan adecuados para cría de ganados de todas especies, principalmente del vacuno, que es excesivo su multíplico, y el cabrío abunda tanto en las jurisdicciones de Maracaibo, Coro, Carora y el Tocuyo, que beneficiadas las pieles, enriquece á sus vecinos el trato de los cordobanes; críanse caballos de razas tan excelentes, que pueden competir con los chilenos y andaluces, y mulas cuantas bastan para el trajín de toda la provincia, sin mendigar socorro en las extrañas.

Sus aguas son muchas, claras y saludables, pues no hay amagamiento de serranía, ni ceja de montaña que no brote cristalinos arroyos que cruzando la tierra con la frescura de sus raudales, la fecunda de calidad que no hay cosa que en ella se siembre que con admiración no produzca, ayudando á su fertilidad la variación de su temperamento, pues á corta distancia, según la altura ó bajío que hace la tierra, se experimenta frío, cálido ó templado, y de esta variedad de temple se origina su mayor excelencia, pues lo que en un sitio no produce, en otro se multiplica, y lo que en una parte se esteriliza, en otra se fecunda, y así abunda

de trigo, maíz, arroz, algodón, tabaco y azúcar, de que se fabrican regaladas y exquisitas conservas; cacao, en cuyo trato tienen sus vecinos asegurada su mayor riqueza; frutas, así indianas como europeas; legumbres de todos géneros, y finalmente, de todo cuanto puede apetecer la necesidad para el sustento, ó desear el apetito para el regalo.

Sus montes crían maderas preciosas y de estimación, como son: granadillos gateados de diversos colores, caobas, dividibes, guayacanes, palo de Brasil, tan conocido por lo fino de sus tintas, chacaranday, tan hermoso por la variedad de sus visos, que asimila al carey metiéndolo en el torno, y el cedro en tanta abundancia y tan común, que sirve de materia á las obras más ordinarias, siendo singular el árbol que no destila dulzuras, pues abrigando enjambres de silvestres abejas, forman en los troncos colmenas á sus rubios panales; críanse vainillas más aromáticas y fragantes que las de Soconuzco, y en la jurisdicción de la ciudad de Carora, grana silvestre, tan fina como la de Misteca, que si se dedicaran á su beneficio, fuera de grande aumento á los caudales; la zarzaparrilla y el añil son plantas tan comunes en los barzales, que más sirven de embarazo que de provecho por la poca aplicación á su cultivo.

Los bosques mantienen en abundancia diversas especies de animales, siendo los más frecuentes leones, osos, dantas, venados, báquiras, conejos y tigres, los más feroces que produce la América, habiendo enseñado en estos la experiencia que mantienen más ferocidad mientras más pequeñas son las manchas con que esmaltan la piel; sus mares y sus ríos abundan de variedad de peces, unos plebeyos por lo común, y otros estimados por lo exquisito; sus costas proveen de admirables salinas, así por la facilidad con que cuajan, como por lo apetitoso de la sal que crían.

Los campos están siempre poblados de varios pájaros y distintas aves, sirviendo aquéllos de deleite con la hermosura de sus plumajes y suavidad de sus cantos, y éstas de regalo con lo sabroso y apetecible de sus carnes, siendo las más comunes para este efecto la guacharaca, el paují, la

uquira ó gallina de monte, la tórtola, la perdiz y otras muchas de diferentes especies, que son materia para el divertimiento de los aficionados á la caza.

Produce esta provincia singulares simples de los que usa para su aplicación la medicina, como son la caña-fístola, los tamarindos, la raíz de china, la tacamajaca, eficaz confortativo para la cabeza, el bálsamo de Carora y el aceite que llaman de María, ó Cumaná, antídotos para cualquiera herida y célebres preservativos para todo pasmo.

Tiene minas de estaño en diferentes partes, y en el sitio de Cocorote unas de cobre que descubrió D. Alonso de Oviedo, vecino de Barquisimeto, de grande opulencia y rendimiento; beneficióla S. M. de su cuenta mucho tiempo, sacando porciones muy considerables de metal que se llevaban á España para fundición de artillería, y después, habiéndolas empeñado en cantidad de 40.000 pesos (con ciertas condiciones) á D. Francisco Marín, vecino de Caracas, éste las despobló, aplicando los esclavos y aperos de su labor á otras fundaciones de mayor conveniencia propia.

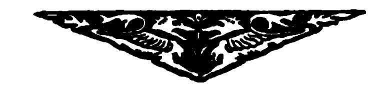
Fué en lo primitivo rica de minerales de oro, que con facilidad tributaban las arenas de sus quebradas, y hoy, aunque se hallan muestras en las más de ellas, no se benefician, ó porque acabados los veneros principales no corresponde lo que rinden al trabajo de quien lo saca, ó porque aplicados sus moradores (que es lo más cierto) á las labores del cacao, atienden más á las cosechas de éste, que los enriquece con certeza, que al beneficio de aquéllos, que lo pudieran hacer con contingencia; críanse cristales muy trasparentes, sólidos y tersos, y veneros de azul tan fino, que iguala al ultramarino; palos para tinta de diferentes colores, y finalmente, produce y se halla en ella cuanto puede desearse para la manutención de la vida humana, sin necesitar de que la socorran con sus frutos las provincias vecinas; y si á su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica que tuviera la América.

Al tiempo de su conquista era habitada esta provincia de innumerable gentío de diversas naciones, que sin reconocer monarca superior que las dominase todas, vivían rindiendo vasallaje cada pueblo á su particular cacique; pero después de las mudanzas del tiempo, y la continuada extracción de indios que por espacio de más de veinte años se hizo para las islas de Barlovento y otras partes, la consumieron de suerte, que el día de hoy, en ochenta y dos pueblos de bien corta vecindad cada uno, apenas mantienen entre las cenizas de su destrucción la memoria de lo que fueron.

Sus costumbres en la gentilidad fueron bárbaras, sin política, gobierno ni religión que los acreditase racionales, pues aunque convenían todos en ser idólatras, valiéndose de piaches y mohanes para consultar al demonio y observar sus agüeros y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias del culto, pues no teniendo dios general á quien adorase una nación entera, cada indio de por sí rendía veneración, atribuyendo divinidad al objeto que más le inclinaba su afición, y así era muy raro el animal, sabandija, cerro ó peñasco que no tuviese algún devoto que con obsequio de su misión le consagrase aras de rendimiento; sus adoratorios más ordinarios eran en profundas quebradas ó montes encumbrados, sirviéndoles los cóncavos de las peñas ó huecos de los árboles de templos para colocar sus ídolos, que labraban de oro, barro ó madera, de figuras extrañas y diversas, aunque en algunas partes usaban casas grandes de pajas que llamaban caneyes, donde se juntaban los mohanes, y al són de sus roncos fotutos invocaban al demonio, á quien ofrecían ovillos de hilo de algodón por víctima, y manteca de cacao, que quemada en braserillos de barro, servía de holocausto al sacrificio; pero ya reducidos al gremio de nuestra sagrada religión, viven ajenos de toda idolatría, aunque con algunos resabios en la observación de agüeros y supersticiones, á que es naturalmente inclinada esta nación.

Comprende hoy la provincia en su distrito las ciudades de Santiago de León de Caracas, la de Santa Ana de Coro,

la Nueva Zamora de Maracaibo, la de Trujillo, la del Tocuyo, la Nueva Segovia de Barquisimeto, la Nueva Valencia del Rey, la del Portillo de Carora, San Sebastián de los Reyes, la de Guanaguanare y la de Nirgua; las villas de San Carlos de Austria y el Pilar de Araure, y el puerto de la Guaira, de cuyos temperamentos, sitios y calidades iremos dando razón en el discurso de esta historia, según los tiempos en que se ejecutaron sus fundaciones.





CAPITULO II.

Descubre Alonso de Ojeda la provincia de Venezuela: síguele en la derrota después Cristóbal Guerra, que la costea toda.

Descubierto este nuevo mundo por el Almirante D. Cristóbal Colón el año de 1492, para inmortal gloria de la nación española y envidiosa emulación de las extrañas, habiendo repetido en los años subsecuentes diferentes viajes en prosecución de sus intentos, llegó el de 98 á reconocer la tierra firme de esta América, por la parte que llamó la Boca de los Dragos, enfrente de la isla de la Trinidad de Barlovento; pero aunque, puesta la proa al Poniente, navegó sus costas hasta la punta de Araya, sin pasar más adelante; mudando el rumbo hacia el Norte, dió la vuelta á la isla Española, dejando por entonces imperfecto este descubrimiento; con cuya noticia el capitán Alonso de Ojeda, natural de la ciudad de Cuenca, que de orden de los Reyes Católicos de España salió para estas partes el año de 99, trayendo por su piloto á Juan de la Cosa, de nación Vizcaíno (1), encaminó su derrota en demanda de la tierra firme que había descubierto el Almirante, y con próspero viaje, á los veinte y siete días de navegación dió vista á la Boca de los Dragos y tierra de Maracapana.

Fuéla costeando la vuelta del Poniente, saltando en tierra muchas veces y observando los puertos, flujos y reflujos de sus mares, en distancias de más de trescientas leguas que corrió hasta el Cabo de la Vela, de donde atravesó á la isla

Española con la gloria de haber sido el primero que descubrió esta provincia, por contenerse su demarcación en los términos que dejó navegados su derrota, cuya delineación con más fundamento é individual noticia consiguió poco después Cristóbal Guerra; porque habiendo obtenido licencia de los Reyes Católicos para hacer viaje á los descubrimientos de estas Indias un Pedro Alonso Niño, vecino de Moguer (con condición que no llegase con cincuenta leguas á lo descubierto por el Almirante Colón), hallándose con cortos medios para los precisos gastos de su avío, formó compañía con Luis Guerra, vecino de Sevilla, ajustando éste, entre otras capitulaciones que intervinieron para su contrato, el que viniese su hermano Cristóbal Guerra por capitán de la embarcación que habían de despachar á su descubrimiento; y hecha la prevención necesaria con la brevedad y diligencia que pudieron, se hicieron á la vela pocos días después que Ojeda salió del puerto de San Lúcar, y gobernando al mismo rumbo, llegaron en su seguimiento á la tierra de Paria y Maracapana, donde sin reparar en la prohibición que tenían para no tocar en lo descubierto por el Almirante, cortaron algún palo de Brasil para principio de su carga, y volviendo á navegar hacia el Poniente, pasando por las islas de la Margarita y de Cubagua, rescataron de los indios, en cambio de algunas bujerías de Castilla, considerable cantidad de perlas, que fueron las primeras que tributó á nuestra España este Occidente.

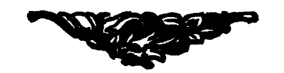
Gozoso Guerra y sus compañeros con los aprovechamientos que en tan felices principios les iba ofreciendo la fortuna, prosiguieron su navegación pasando el Ancón de Refriegas, punta de Araya y golfo de Cariaco, hasta llegar al puerto de Cumanagoto, donde los indios, llevados de la novedad de ver en sus tierras gente extraña, sin recelo alguno de los forasteros, luego que descubrieron la embarcación se fueron á bordo en sus piraguas, llevando muchas perlas y chagualas de oro en los cuellos, brazaletes y orejeras que con liberalidad feriaron á los huéspedes por cascabeles, cuchillos y chaquiras, dejándolos más animosos

para llevar adelante el logro de las conveniencias que se prometían en las muestras de la opulencia que encontraban.

Con estos buenos deseos y más vivas esperanzas salieron de Cumanagoto, y montado el Cabo de Codera, cuasi por los mismos pasos que había llevado Ojeda, llegaron al paraje donde después se fundó la ciudad de Coro, y rescatando algún oro de los naturales, pasaron más abajo á la provincia de Coriana, cuyas playas hallaron pobladas de multitud de bárbaros que, con repetidas señas y demostraciones de amistad, instaban á los forasteros á que saltasen en tierra á rescatar algunas joyas de oro que para obligarlos les mostraban; y como aun á menor señuelo se diera por entendida la codicia, tomaron una resolución que nunca se podrá librar de la nota de temeraria; pues siendo sólo treinta y tres hombres los que iban en el navío, saltaron en tierra, entregándose á la no experimentada fe de aquellos bárbaros; pero los indios, haciendo estimación de la confianza, los recibieron con agasajos de una intención sin malicia, y les feriaron con galantería cuantas perlas y chagualas de oro tenían para el lucimiento de su adorno; á que agradecidos nuestros españoles correspondieron liberales con cuchillos, alfileres y otras niñerías de Europa, en que suplía la novedad lo que faltaba al valor; y conociendo la cándida sinceridad de aquella gente, por tomar algún refresco en las penalidades del viaje, se estuvieron de asiento veinte días, gozando de la abundancia de conejos y venados que produce aquel país; y según el agasajo que recibían de los indios, se hubieran detenido por más tiempo, si el ansia de dar fin á aquel descubrimiento no les hubiera dado priesa á navegar, como lo hicieron, prosiguiendo por la costa abajo hacia el Poniente, hasta que á pocos días descubrieron unas playas habitadas de más de dos mil indios, que armados de arcos y flechas, manifestaban en su modo el poco deseo que tenían de admitir en sus tierras gente extraña.

Estos, según el paraje, fueron sin duda alguna los Cocinas, gente cruel, bárbara y traidora, que hasta el día de hoy se mantienen con su fiereza incontrastable ocupando

la costa que corre desde Maracaibo al río de la Hacha; y como nuestros navegantes no eran armas ni pendencias la mercancía que buscaban, ni estaban acostumbrados á tales recibimientos; hallándose con porción considerable de oro y más de 150 marcos de perlas, y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales y hermosas, sin ponerse á más peligros acordaron volver la costa arriba, por el mismo camino que habían hecho, hasta dar fondo en Araya, donde dejaron descubierta aquella célebre salina que tan apetecida ha sido de las naciones del Norte, y en cuya defensa ha consumido inútilmente tantos tesoros nuestra España; y tomando la derrota para Europa, á los dos meses de navegación, el día 6 de febrero del año de 1500 dieron fondo en uno de los puertos de Galicia, dejando llenas sus costas de admiración y riquezas.





CAPÍTULO III.

Envía la Audiencia de Santo Domingo al factor Juan de Ampués á la provincia de Coriana; asienta amistad con su cacique, y da principio á la fundación de Coro (2).

Las noticias que la gente del navío de Cristóbal Guerra esparció por toda España de las grandezas que encerraba en sí esta tierra firme, acreditadas con la riqueza que habían llevado consigo, hicieron tal conmoción, principalmente en las costas de la Andalucía, que muchos mercaderes, queriendo entrar á la parte de tan fáciles ganancias, armando diferentes embarcaciones fueron continuando el trato de esta navegación, gozando de su comercio intereses muy crecidos; y así por este motivo, que se fué aumentando con el tiempo, como por haber después el Emperador Carlos V dado permiso para que se hiciesen esclavos los Indios que resistiesen las conquistas españolas, fueron tantos los comerciantes que ocurrieron de la isla Española y otras partes á toda la costa que corre desde Paria hasta Coriana, tomando por granjería hacer esclavos los Indios, sin reparar en que concurriesen ó no las circunstancias que por entonces hicieron lícita permisión tan perniciosa, que se vió obligada la Audiencia de Santo Domingo á procurar el remedio de los inconvenientes que se experimentaban en semejante desorden; para lo cual determinó enviar al capitán

Juan de Ampués, persona de suposición, autoridad y talento, que era factor de la Real Hacienda en aquella ciudad, para que asistiendo personalmente en Coriana con amplios despachos y provisiones que se le dieron, embarazase, así las vejaciones y malos tratamientos que ejecutaban los mercaderes en los miserables indios, como la extracción tan continuada que se hacía de ellos para reducirlos á la civil muerte de una esclavitud perpetua.

Aceptó gustoso Ampués la comisión, discurriendo con la viveza del genio que le asistía que, hallándose presente con el carácter de juez en una tierra tan pingüe, precisamente habían de ser sus conveniencias muy crecidas; y aprestando con brevedad un navío, acompañado de Virgilio García, Esteban Mateos y otros cincuenta y ocho hombres que llevó consigo, atravesó á la costa de Coriana por el año de 1527, donde teniendo noticia luego que llegó de que el cacique Manaure, poderoso en riquezas y vasallos, era señor de toda aquella provincia habitada de la nación Caiquetia (3) y á quien rendían vasallaje algunas circunvecinas, solicitó su amistad, valiéndose para conseguirla de cuantos medios pudo dictarle su sagacidad prudente, sin excusar los regalos, obsequios ni sumisiones, hasta que rendido el bárbaro de las cortesanías de Ampués, se determinó á venir á su alojamiento á visitarlo, haciendo demostración de su poder y grandeza en el séquito y ostentación con que dispuso su visita, pues llegó acompañado de cien indios nobles, que costosamente aderezados con penachos de vistosas plumas, brazaletes de perlas y orejeras de oro, cercaban una hamaca tejida de curiosas labores en que venía (cargado en hombros de caciques) el Manaure, correspondiendo el adorno de su persona á su gravedad y á su riqueza.

Alegre Ampués al ver lograda la intención que siempre tuvo de estrechar amistad con el cacique, para por este medio dar mejor expediente á sus intentos, lo salió á recibir á la puerta de la casa en que asistía, usando de todas aquellas urbanidades que tienen introducidas las leyes del cumplimiento; y correspondiendo el bárbaro á su usanza, se mos-

tró tan liberal como cortesano, pues regaló á Ampués con diferentes piezas de oro, martas y otras alhajas, cuyo importe (en la común estimación) llegó al valor de 11.000 pesos, resultando de su galantería el quedar ajustada entre los dos perpetua alianza, prestando vasallaje á nuestro Rey toda la nación Caiquetia, que observó después con tal lealtad que, aunque los desafueros de nuestros soldados en diferentes ocasiones dieron motivo á que pudiesen con razón falsear las coyundas de la obedienci a, jamás faltaron los indios por su parte al cumplimiento de la fe que prometieron; causa para que, en satisfacción de su lealtad continuada, siempre hayan sido libres de tributos y demoras, gozando su libertad sin pensión que los moleste.

Bien conoció Ampués, por la opulencia del cacique, la riqueza de la tierra y las conveniencias que podrían resultar á la Corona de poblarla, tomando en ella los españoles más de su asiento su asistencia; y así determinado á ejecutarlo (aunque se hallaba sin orden ni facultad para ello), buscando el sitio que le pareció más á propósito, el día de Santa Ana del mismo año de 527 fundó una ciudad, á quien por esta circunstancia y ser en la provincia de Coriana, intituló Santa Ana de Coro (4), aunque por entonces ni le señaló regimiento ni le nombró justicia para su gobierno, dejándola debajo de la jurisdicción que él ejercía mediante los poderes que le había dado la Audiencia para aquel distrito.

Está esta ciudad en 10 grados de altura septentrional, en un temperamento cálido y en extremo seco, distante de la marina media legua; su terreno arenoso y falto de aguas; su comarca abundante y regalada; críase en ella mucho ganado vacuno y cabrío y considerable porción de buenas mulas; tiene abundantes salinas, y por el mucho trato que mantienen con Cartagena, Santo Domingo, Caracas y otras partes, trasportando á ellas gran cantidad de quesos, mulas y cordobanes, es lugar rico, aunque su vecindad es corta; su iglesia fué catedral desde el año 532; la erigió el Sr. D. Rodrigo de las Bastidas, su primer Obispo, hasta el

año de 636, en que, por recelo de las invasiones enemigas, la trasladó á la ciudad de Santiago el Sr. Obispo D. Juan López Aburto de la Mata; sírvese hoy por dos curas rectores y un sacristán mayor, y el lugar mantiene un convento corto de la Orden de San Francisco y una ermita dedicada á San Nicolás, Obispo.





CAPÍTULO IV.

Capitulan los Belzares la conquista y población de esta provincia, y viene por primer gobernador Ambrosio Alfinger (5).

Asistían por aquel tiempo en la corte de nuestro emperador Carlos V, Enrique de Alfinger y Jerónimo Sailler, agentes y factores de los Belzares, caballeros alemanes, á quienes llamaban en la Europa los de la famosa Compañía, por una muy célebre que tenían hecha con diferentes mercaderes, traficando caudales muy crecidos en todos los puertos y contrataciones del mundo; y sabiendo las utilidades tan considerables que producía el trato y comercio de Coriana y todas su costa, les pareció sería de conveniencia á los intereses de su Compañía el tomarla por su cuenta para disfrutarla solos, pidiéndosela al Emperador en arrendamiento; y aunque por parte de Juan de Ampués (quien solicitaba el gobierno en propiedad para llevar adelante la población y conquista que tenía empezada) se les hizo notable contradicción, como quiera que el Emperador se hallaba beneficiado de los Belzares por las cantidades de dinero que en diferentes ocasiones le habían prestado para sus expediciones militares, fuéles fácil conseguir su pretensión, con algunas condiciones que capitularon con el César, siendo las principales que dentro de dos años se había de obligar la

Compañía á fundar dos ciudades y edificar tres fortalezas en el distrito de la gobernación que se les concedió, que fué desde el Cabo de la Vela, corriendo al Este, hasta Maracapana, que son más de trescientas leguas de longitud, con el fondo que les pareciese conveniente para el Sur, en que por entonces no se les señalaron límites; para lo cual había de armar la Compañía cuatro navíos y conducir en ellos trescientos hombres españoles y cincuenta alemanes, maestros de mineraje, que á su costa habían de repartirse por todas las Indias para el mejor conocimiento y beneficio de los metales, y en recompensa les hizo merced el Emperador del título de Adelantado para la persona que nominasen los Belzares, y les concedió el cuatro por ciento de todos los productos que en la conquista tocasen de sus quintos á la Real Corona, y doce leguas en cuadro en la parte que escogiesen de las tierras que conquistasen, para disponer de ellas á su arbitrio, con facultad para poder hacer esclavos los indios que rehusasen rendir la cerviz al yugo de la obediencia, guardando en esto la limitación prevenida en las instrucciones dispuestas sobre materia tan grave, y con intervención del P. Fr. Antonio Montesinos, religioso del Orden de Santo Domingo, á quien nombró el Emperador para que, con el título de protector de los indios, pasase á esta provincia, adjudicándole los frutos decimales para que á su voluntad los distribuyese en usos píos, en el ínterin que se daba otra disposición más conveniente.

Al tiempo que se ajustaron estas capitulaciones, que fué el año de 528, había el Emperador hecho merced del gobierno de Santa Marta (que estaba vacante por muerte de Rodrigo de las Bastidas) á García de Lerma, su gentilhombre de boca, caballero muy ilustre, natural de la ciudad de Burgos; y hallándose éste en la corte, tuvieron ocasión los Belzares de convenirse con él, para que, como confinantes en sus conquistas, se auxiliasen unos á otros siempre que la necesidad lo pidiese, en cuya conformidad fuese por capitán de sus tres navíos alemanes, y hallando pacífica la ciudad de Santa Marta de las alteraciones que se habían originado por

las alevosas heridas que dió á su antecesor Bastidas su Teniente general Villafuerte, pasase en persona (si fuese necesario) á socorrerlos á Coro.

Confirmados estos capítulos por el César, nombraron los Belzares por gobernador de sus conquistas á Ambrosio de Alfinger, y por su Teniente General á Bartolomé Sailler, ambos alemanes de nación, y dispuestas todas las cosas necesarias, el mismo año de 28 se dieron á la vela, bien proveídos de caballos, armas y municiones, trayendo consigo cuatrocientos españoles, y entre ellos muchos hidalgos y hombres nobles, como fueron Juan de Villegas, natural de Segovia, progenitor ilustre de los Villegas de Caracas, varón á todas luces grande, á quien debe esta provincia su conservación y aumento, y quien nos dará bastante materia para la narración de nuestra historia; el capitán Sancho Briceño, de quien descienden los caballeros Briceños, Bastidas, Verdugos y Rosales de la ciudad de Trujillo; Juan Cuaresma de Melo, que habiendo sido muchos años mayordomo de los Duques de Medina-Sidonia, pasó en esta ocasión á esta provincia, casado con Francisca de Samaniego, á quien hizo el Emperador merced de un regimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase; son herederos de los méritos y servicios de este caballero los Guevaras de esta ciudad de Santiago, por haber casado con D.ª Luisa de Samaniego, su nieta, el capitán Juan de Guevara, sobrino del Licenciado Iñigo de Guevara, del hábito de Santiago, oidor de Santo Domingo, en cuya compañía pasó de España á estas partes; el contador Diego Ruiz Vellejo, Gonzalo de los Ríos, Martín de Arteaga, Juan de Frías, Luis de León, Joaquín Ruiz, Antonio Col, Francisco Ortiz, Juan Villa-Real, Jerónimo de la Peña, Bartolomé García, Pedro de San Martín, factor de la Real Hacienda, el Licenciado Hernán Pérez de la Muela, Alonso de Campo y otros.

Con próspero viaje llegó Ambrosio de Alfinger á Coro, y presentando los despachos que traía, vistos por Juan de Ampués, obedeció lo que el Emperador mandaba, y en cumplimiento de las reales provisiones le entregó luégo el

gobierno, aunque con el sinsabor y disgusto de ver convertirse en ajenas conveniencias el fruto que esperaba gozar de sus propias fatigas; desconsuelo con que vivió toda su vida retirado en la isla de Santo Domingo, sin que fuese bastante á templar su sentimiento el señorío de la isla de Curazao (6), de que le hizo merced el Emperador, procurando aplacar con esta honra los escozores que le causó su queja.





CAPITULO V.

Perfecciona Alfinger la fundación de Coro, y sale con su gente al descubrimiento de la laguna de Maracaibo.

Tomada por Alfinger la posesión de su gobierno, aunque su ánimo y el de los demás alemanes que le sucedieron nunca fué de atender al aumento ni conservación de la provincia, sino disfrutarla, logrando el tiempo de aprovecharse mientras durase la ocasión (como lo manifestaron sus obras), sin embargo, hallando fundada la ciudad de Coro por Juan de Ampués, quiso darle la perfección que le faltaba instituyendo en ella aquellos oficios de que necesita una república, así para su lustre, como para la ordinaria administración de su justicia; y como el Emperador había hecho merced á Juan Cuaresma de Melo de un regimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase, habiendo llegado el caso, le dió posesión del ejercicio y nombró por compañeros á Gonzalo de los Ríos, Martín de Arteaga y Virgilio García, que juntos en cabildo eligieron por primeros alcaldes á Sancho Briceño, y Esteban Mateos, natural de Moguer; en cuyas disposiciones, y otras que le parecieron convenientes para dar forma á la manutención de aquella nueva planta, gastó el tiempo que restaba del año de 28, y entrado el de 29, como se hallase con aquellos ardientes deseos á que le incitaba la codicia de procurar cuanto antes adquirir rique-

zas, sin reparar en que fuesen ó no justos los medios para poder conseguirlas, consultó con las personas que tenían más experiencia la parte que le podría ser más provechosa para encaminar á ella sus conquistas, y habiéndole informado ser la laguna de Maracaibo la que por entonces se reconocía más pingüe, pues cuando no hallase otro pillaje, siendo la más poblada, podría conseguir mucho interés haciendo esclavos los indios que cogiese, se determinó á ejecutarlo, sin advertir en las malas consecuencias de tan inicuo consejo ni en las resultas de tan injusto arbitrio; á este fin mandó poner por obra la fábrica de algunos bergantines para poder navegar por la laguna, y fenecidos con brevedad (dejando en Coro á su teniente Bartolomé Sailler), despachó en ellos por mar alguna de su gente para que, entrando por la barra, le esperasen en la laguna, mientras él, con el resto que le seguía, se encaminaba por tierra, atravesando las cuarenta leguas que hay de distancia hasta llegar á sus orillas.

Al Poniente de la ciudad de Coro, y cuarenta leguas de ella, formó la naturaleza un hermoso golfo de agua dulce, llamado comúnmente laguna de Maracaibo (7), por el nombre de un cacique que hallaron en ella los primeros españoles que la descubrieron; tiene su longitud de Sur á Norte, corriendo cincuenta leguas desde el río de Pamplona hasta la barra, por donde desagua al mar; de latitud, por la parte que más ensancha sus aguas, tiene treinta, y en su circunferencia más de ochenta; fórmase la monstruosa corpulencia de este lago del caudal de muchos ríos, que para enriquecerla con sus aguas, consumen en ella sus corrientes; los principales son: el de Pamplona, por otro nombre el Zulia; el Chama, cuyo origen es de las nieves derretidas en las sierras de Mérida; el San Pedro; el caudaloso Motatán, que forma sus principios en el páramo de Serrada: por la banda de Poniente le tributan sus corrientes un poderoso río, que baja de las sierras de Ocaña; el Catatumbo, que le entra por tres bocas; el de Arinas, célebre por sus ocultas riquezas; el Torondoy, por la excelencia saludable de sus aguas; el Su-

cui, que desciende de las cordilleras que caen á espalda del río de la Hacha; el del Astillero, memorable por la abundancia de sus ricas maderas, y otros muchos, que despreciados por pequeños, pasan por la suerte de desgraciados, pues como corren á vista de poderosos, ni hay quien les sepa el nombre ni quien les busque origen.

Navegan de ordinario por este golfo de agua dulce muchas balandras, fragatas, barcos y otras embarcaciones pequeñas, y pudieran surcarlo galeones de alto bordo, según es de fondable, si lo permitiera la barra de su entrada; pero es ésta tan baja, por los bancos de arena que forma la resaca, que sólo da capacidad para el paso de medianos buques, que son los que concurren al mucho trato que mantiene aquel puerto.

Cuando los españoles descubrieron la primera vez esta laguna, hallaron grandes poblaciones de indios formadas dentro del agua por todas sus orillas, y de aquí tomaron motivo para llamarla Venezuela, por la similitud que tenía su planta con la ciudad de Venecia; nombre que se extendió después á toda la provincia, aunque al presente sólo han quedado cuatro pueblos que mantienen la memoria de lo que dió fundamento á la causa de su origen, y esos de tan corta vecindad, que el de Moporo (que es el mayor de todos) me parece que tendría treinta casas el año de 686 que estuve en él: experiméntase en estos pueblos un raro efecto y singular transmutación que obra la naturaleza, pues todos los maderos sobre que fabrican las casas, como sean de una especie que llaman vera, que es muy sólida y fuerte, toda aquella parte que cogió dentro del agua de la laguna, pasando algunos años se convierte en piedra, quedando lo demás en su ser primitivo de madera, manteniéndose unidas en un cuerpo dos tan distintas materias.

Llegado Ambrosio de Alfinger á las orillas de esta laguna, halló sus bergantines esperándole, y embarcándose en ellos, pasó toda su gente á la otra banda, donde, en el sitio que le pareció más conveniente, armó una ranchería, fabricando algunas casas acomodadas para dejar las muje-

res y niños que llevaba con la escolta de soldados necesaria para afianzar en ella su resguardo, mientras con los bergantines dió la vuelta descubriendo y talando cuanto encerraba la laguna en su contorno, sin hacer asiento en parte alguna, de cuyo errado dictamen (seguido también después de los demás alemanes que le sucedieron en el gobierno) resultó su perdición y la ruina total de esta provincia, pues conociendo sus soldados que no llevaban intención de poblar en nada de lo que conquistasen, y que así no tenían que esperar por fruto de sus trabajos ni los repartimientos de encomiendas para la conveniencia, ni las posesiones de tierras para el descanso, pues sólo habían de tener de utilidad lo que cogiesen de encuentro, sin que los detuviese la piedad ni los atajase la compasión, como furias desatadas talaron y destruyeron amenísimas provincias y deleitosos países, malogrando los provechos que pudieran haber afianzado en la posesión de su fertilidad, para sí y sus descendientes, si, como les aconsejaban los más prácticos y prudentes, hubieran ido poblando en lo que iban descubriendo; pero como los alemanes, considerándose extranjeros, siempre se recelaron de que el dominio de la provincia no les podía durar por mucho tiempo, más atendieron á los intereses presentes, aunque fuese destruyendo, que á las conveniencias futuras, conservando.





CAPÍTULO VI.

Envía Alfinger á buscar gente de socorro á Coro: atraviesa la sierra del Valle de Upar, y llega hasta la provincia de Tamalameque.

Habiendo gastado Ambrosio de Alfinger cercá de un año en revolver y trasegar todos los ríos, ancones y esteros de la laguna, sin que fuesen bastantes á llenar los huecos de su codicia las considerables porciones de oro que había adquirido, ni la cantidad de indios que había aprisionado, dió la vuelta á su ranchería con ánimo de intentar nuevos descubrimientos, entrando la tierra adentro hacia el Poniente, y ver lo que le deparaba á la mano su fortuna; pero hallábase falto de gente para ejecutar esta jornada, así por la que le habían consumido las enfermedades originadas del mal temperamento y humedades de la laguna, como por los muchos soldados que, descontentos, se habían retirado á Coro fugitivos, no pudiendo tolerar el áspero natural de Alfinger, ni el modo tan extraño que tenía de gobernar, castigando por leves causas con azotes, horcas y afrentas á muchos hombres de bien por mano de un Francisco del Castillo, que era su maestre de campo, hombre cruel y de malvada intención.

Para remediar el inconveniente de esta falta que padecía, despachó á Coro todos los indios prisioneros para que se vendiesen por esclavos á los muchos mercaderes que allí asistían, enriquecidos con las viles ganancias de este trato, con cuyo producto y algún oro que remitió para el efecto,

le llevaron de socorro algunos infantes y caballos, armas y demás pertrechos de que necesitaba: de suerte que, compuesto ya su campo de ciento ochenta hombres útiles para la guerra (dejando en la ranchería los enfermos á cargo del capitán Vanegas, natural de la ciudad de Córdoba, á quien nombró por su teniente), salió de allí el año de 1530, y caminando al Poniente, después de haber andado aquellas veinte leguas que hay de tierra llana hasta llegar á la cordillera, atravesó las serranías que llaman de los Itotos y salió al Valle de Upar, donde, sin hacer reparo que se hallaba ya fuera de los límites de su gobernación, por pertenecer aquel distrito á la jurisdicción de Santa Marta, lo corrió todo, talando, robando y destruyendo á sus miserables habitadores, y sin que la hermosura de tan alegre país fuese bastante á templar la saña de su cruel pecho, convirtió en cenizas todas las poblaciones y sembrados, valiéndose á un mismo tiempo de las voracidades del fuego y de los incendios de su cólera, con extremo tan atroz, que en más de treinta leguas de tierra que en él halló pobladas, no encontró después el capitán Cardoso casa en pie en la entrada que hizo el año siguiente, de orden del Dr. Infante, que por muerte de García de Lerma gobernaba á Santa Marta.

Asolado y destruído el Valle de Upar, siguiendo las corrientes del río Cesaré, llegó Alfinger á las provincias de los Pocabuces y Alcojolados (8), cogiendo de camino buen pillaje en porciones de oro del mucho que tenían estas naciones y otras que encontró, hasta dar con la laguna de Tamalameque, que llaman de Zapatosa, que, aunque poblada en su circuito de innumerables pueblos, los halló todos desiertos, porque habiéndose anticipado la noticia de las crueldades que había obrado en el Valle de Upar, no quisieron sus moradores exponerse al riesgo de experimentarlas, y tomando por asilo, para evitar el riesgo que les amenazaba, las islas de la laguna, se habían refugiado en ellas, recogiendo todas las canoas para que los españoles no tuviesen en qué pasar á buscarlos en las partes que se juzgaban seguros; pero como los nuestros desde la tierra firme

alcanzasen á ver (por no estar muy distante) que los indios, fiados en la dificultad de estar de por medio la laguna, andaban en cuadrillas, sin recato alguno, por las playas de las islas vecinas, adornados de chagualas y orejeras de oro; incitados de la presa que apetecía su desmedida codicia, hallándose sin embarcaciones en que pasar á lograrla, Juan de Villegas, Virgilio García, Alonso de Campos, Hernán Pérez de la Muela y otros veintiseis se arrojaron á la laguna montados en sus caballos, que, gobernados del freno y animados del batir del acicate, atravesaron nadando hasta llegar á las islas, de cuya resolución inopinada atemorizados los bárbaros, sin que les quedase aliento para levantar las armas ni para calar las flechas, unos fueron destrozo miserable de las lanzas, y otros fatal estrago de su misma confusión, pues atropellándose unos á otros por ocurrir á las canoas para escapar presurosos, anegándose en las ondas se encontraban con la muerte donde buscaban la vida.

Desbaratados los indios de esta suerte, tuvieron lugar los españoles para lograr el fruto de su temeridad arrojada, aprovechándose del despojo, que fué considerable, por las muchas piezas de oro que cogieron; y lo que más les importó por entonces fué haber quedado prisionero el cacique principal de la laguna, llamado Tamalameque (de quien tomó nombre la provincia), pues recelosos los indios de que pudiese peligrar la vida de su príncipe, no sólo no intentaron algún movimiento de armas para poder libertarlo, pero valiéndose de la sumisión y rendimiento, consiguieron su rescate á precio de oro; y conociendo Alfinger por las muestras el jugo y sustancia del país en que se hallaba, aunque algunos de sus capitanes fueron de opinión que pasasen adelante en sus conquistas, no quiso desamparar la provincia que gozaba hasta disfrutarla toda, trasegándola por diversas partes con diferentes escuadras, en que gastó cerca de un año, con aprovechamiento conocido de más de cien mil castellanos de oro fino, sin lo que ocultaron los soldados, que fué cuasi otro tanto.





CAPÍTULO VII.

Despacha Alfinger al capitán Bascona con veinticinco hombres á buscar gente á Coro, y mueren todos de hambre en el camino.

Hallándose Alfinger tan crecido de caudal como falto de gente, por la mucha que había perdido en su jornada, determinó envier al capitán Iñigo de Bascona (natural de la villa de Arévalo (9), hombre de experimentado valor) á la ciudad de Coro con veinticinco soldados que le acompañasen, y sesenta mil pesos del oro que había adquirido, para que manifestando las muestras del logro de sus conquistas, se animasen á venirle á seguir en la prosecución de sus empresas, y con este motivo solicitase traerle cuanto antes la más gente que pudiese, y los pertrechos de que necesitaba, dándole por orden que si de vuelta no le hallase en Tamalameque (donde procuraría esperarle), le siguiese por el rastro que iría dejando en sus marchas.

Con esta disposición y algunos indios que llevaban cargado el oro, se despidió Bascona, tomando la derrota para Coro; pero guiado de la estrella de su mal destino, no quiso gobernarse por el rumbo que habían llevado á la ida, discurriendo que, estando, como estaba, el paraje en que se hallaban más metido hacia la tierra adentro de la parte donde le demoraba la laguna de Maracaibo, podría con

más facilidad y en breve tiempo (siguiendo la serranía sobre la mano izquierda) llegar á Coro, dejando á un lado la laguna, sin necesitar de ver sus aguas para lograr su viaje; pero apenas se engolfó en la serranía, perdiendo el tino en la demarcación que había formado, torció el camino sobre la mano derecha, metiéndose por unas montañas llenas de anegadizos y pantanos, tan ajenas de que las hubiese pisado humana huella, que luego conoció la perdición en que lo había empeñado su desdicha, pues consumidos los bastimentos que llevaba empezó á experimentar los aprietos de su falta, sin poderla remediar en aquellos despoblados ni hallar otro recurso en su trabajo que entretener la necesidad con la esperanza de encontrar más adelante algún socorro; pero viendo después que cada día se aumentaba más la aflicción y se imposibilitaba el remedio, hallándose él y sus compañeros con la falta del sustento tan debilitados, flacos y rendidos, que aun les faltaba vigor para mantener sus propios cuerpos, determinaron aliviarse de la carga, dejando el oro enterrado al pie de una hermosa ceiba, con marcas y señales en el sitio, por si acaso tuviese alguno de ellos la fortuna de salir de aquel laberinto con la vida, volver á buscar el corazón que dejaban allí con el tesoro.

Libres con esta diligencia del embarazo que les causaba la carga, y muerta ya á los rigores del hambre y tesón de los trabajos la mayor parte de los indios que la conducían, prosiguieron caminando aquellos miserables españoles con el ansia de vencer lo dilatado de aquella inculta montaña; pero como había muchos días que sólo se sustentaban con cogollos de visao, era tal la perturbación que padecían con la debilidad de las cabezas, que, dando vueltas de una parte para otra, no acertaban á salir de la cerrada confusión de aquellos bosques; y como con la dilación crecía por instantantes la necesidad, llegando ya á términos de perecer en los últimos lances del aprieto, ejecutaron (para conservar la vida) una crueldad tan abominable que nunca podrá tener disculpa, aun á vista del extremo peligro en que se hallaban, pues fueron matando uno por uno los pocos indios que

les habían quedado de servicio, y sin despreciar los intestinos ni otra parte alguna de sus cuerpos, se los comieron todos, con tan poco reparo ni fastidio, que sucedió al matar el postrer indio, estando haciéndolo cuartos, arrojar el miembro genital *, como cosa tan obscena y asquerosa, y un soldado llamado Francisco Martín (de quien hablaremos después) lo cogió con gran presteza, y sin esperar á que lo sazonase el fuego se lo comió crudo, diciendo á los compañeros: «¿Pues esto despreciáis en ocasión como esta?» (10).

Acabada la carne de los indios, con que se habían entretenido algunos días, cada uno de por sí empezó á recelarse de los demás compañeros, y no teniéndose por seguros unos de otros, de buena conformidad se dividieron todos, tirando cada cual por su camino, á lo que dispusiese de ellos la fortuna, y la tuvieron tan mala, que entre aquellas asperezas y montañas debieron de perecer sin duda alguna, pues jamás se supo de ellos, excepto cuatro, que por tener vigor y tolerancia para sufrir con más aguante los trabajos, pudieron resistir á la conjuración de tantos males, hasta acertar á salir juntos á las riberas del río Chama (que baja de las sierras nevadas de Mérida), á cuya margen se sentaron con esperanza de tener algún alivio que templase el continuado rigor de sus desgracias, por las señales que encontraron de ser habitable aquel país, como lo confirmó en breve la experiencia, pues á poco rato de llegados vieron subir por el río arriba una canoa con cuatro indios, que no les parecieron sino ángeles á aquellos derrotados peregrinos, que, puestos de rodillas, explicaron por señas su aflicción, pidiendo remedio á sus desdichas.

Tuvo lugar la piedad en el bruto corazón de aquellos bárbaros, pues al ver aquellos forasteros tan macilentos, flacos y desfigurados, aunque por entonces no se atrevieron á llegar á donde estaban, apretaron las manos á la boga, y navegando río arriba dieron la vuelta con presteza, trayendo cargada la canoa de maíz, yucas, batatas y otras

* Fr. Ped. Simón, not. 2, cap. v.

raíces, para socorrerlos compasivos: ¡quién pensara que semejante beneficio pudiera tener por retorno una traición! pero cuando en el caso presente la misma ingratitud se avergonzara de no hacer ostentación de agradecida, cupo en el corazón de aquellos hombres la más bárbara crueldad que pudiera ejecutar la estolidez de una fiera, pues apenas llegaron los indios á socorrerlos piadosos, cuando recibiendo el bastimento que trajeron, pareciéndoles era poco para saciar las ganas que tenían, embistieron con ellos para matarlos y comérselos; pero como por su mucha flaqueza no pudieron sujetarlos, viendo que se les escapaban de las manos acogiéndose al refugio de su canoa para ponerse en salvo, por no perder la ocasión y que se les fuesen todos, dejaron ir á los tres, y pegando con el otro todos juntos, le quitaron la vida, haciéndolo luego cuartos, que guardaron asados, satisfaciendo por entonces su apetito con las asaduras, pies y manos, que comieron con tanto gusto como si fueran de un carnero: ¡execrable abominación entre cristianos!

Cometida esta maldad, empezaron á recelarse, temerosos, no hubiesen dado aviso en algún pueblo los indios de la canoa y viniesen á buscarlos para vengar el agravio y muerte del compañero; y así, no atreviéndose á quedar en aquel sitio, los tres que se hallaban con más aliento y vigor, cargando la parte que les había tocado de la carne y demás bastimentos, tiraron por el río arriba, metiéndose en la montaña, donde, ó á manos de la necesidad, ó violencias de su mala suerte, debieron de perecer, pues no parecieron más; el otro, que era aquel Francisco Martín de quien hicimos mención en este mismo capítulo, afligido del dolor que le causaba una llaga en una pierna, que no le dejaba andar, no pudiendo seguir á los demás compañeros, determinó quedarse solo, deseando ya la muerte por alivio, para acabar de una vez con tantas calamidades y congojas como se habían conjurado á perseguirle la vida; y hallando después acaso en las márgenes del río un madero grueso y seco, que debió de arrojar alguna creciente á sus orillas,

fijando toda su esperanza en el leve socorro de aquel leño, se abrazó con él y dejó ir por el río abajo, con tan próspera fortuna, que dentro de pocas horas encontró una población, fundada en las riberas del río, de gente tan dócil y piadosa, que viéndolo venir de aquella suerte, lo sacaron de las ondas y llevaron por cosa extraña y singular á presentar á su cacique, que, admirado de ver hombre con barbas y de distinto color, hizo particular aprecio del regalo, dándole de estimación lo que tenía de exquisito.

En este pueblo estuvo Francisco Martín á los principios, aunque amparado del cacique, padeciendo los sustos y peligros á que está siempre expuesto un extranjero; pero después supo su actividad darse tal maña para granjear á los indios, que se hizo dueño absoluto de la voluntad de todos, porque imitando sus bárbaras costumbres, aprendió á comer el jayo; aplicóse á ser mohán y curandero; dióse á hechicerías y á pactos, en que salió tan aprovechado, que se aventajaba á todos; resignóse á andar desnudo como los indios, y finalmente, perdiendo la vergüenza para el mundo y para Dios el temor, quedó consumado idólatra, adquiriendo tanta reputación con estas habilidades que le eligieron capitán para las guerras que tenían con sus vecinos, en que logró tan felices sucesos que, agradecido el cacique al crédito en que se hallaban sus armas con la dirección de tal caudillo, le dió por mujer una hija suya y el absoluto dominio sobre sus vasallos, en cuya posesión lo dejaremos ahora y lo hallaremos después.





CAPÍTULO VIII.

Sale Alfinger de Tamalameque, y perseguido de trabajos llega al Valle de Chinacota, donde lo matan los indios.

Ignorante Alfinger de las desgracias de Bascona, le esperaba de vuelta por instantes, con el socorro que le había de traer de Coro; pero viendo que era ya mediado el año de 31 y no llegaba, se determinó á salir de Tamalameque en prosecución de sus conquistas, cogiendo el camino por entre la serranía y la tierra llana que corre hasta las orillas del río de la Magdalena, experimentando desde luego tales contratiempos y trabajos, por los muchos anegadizos, cienegas y esteros que inundan aquel terreno, y fueron tan continuadas las enfermedades y dolencias por el mal temperamento y humedades, que se vió obligado al cabo de algunos días á dejar aquel rumbo que llevaba y torcer hacia la mano derecha, retirándose á buscar la serranía para gozar mejores aires en el desahogo de las tierras altas; pero aunque consiguió librarse de los anegadizos y pantanos, no lo dejaron de perseguir los infortunios, porque siendo muy ásperas y montuosas aquellas cordilleras y grande la falta de bastimentos que tenía, á cada paso desfallecidos los soldados con la continuación de las fatigas, tomaban por partido quedarse arrimados á los troncos de los árboles, á ser pasto miserable de las fieras.

Pero Alfinger, dando ejemplo con su incansable brío á los que le seguían fatigados, procuró vencer con la constancia aquellas fragosidades, y atropellando los inconvenientes que se le ponían delante para embarazarle el viaje, vino á salir al río que después llamaron del Oro los conquistadores que salieron con Quesada á descubrir el nuevo reino; pero en parte tan despoblada, que no hallando con qué poder remediar la hambre que padecían, creció la necesidad y se aumentó el desconsuelo, hasta que casualmente unos soldados descubrieron una laguna, aunque pequeña en la circunferencia, tan abundante de caracoles, que fué bastante á darles que comer algunos días, que se detuvieron á su abrigo, por hallarse tan postrados que no podían pasar adelante sin darle tiempo al descanso.

Entretanto despachó Alfinger á Esteban Martín con setenta hombres para que, con la diligencia que pudiesen, procurasen por aquellos contornos descubrir alguna población donde remediar con bastimentos la falta que padecían; y habiendo dado algunas vueltas por aquellas serranías, salió á la provincia de Guané (cerca de donde pobló después Martín Galeano la ciudad de Vélez), donde, como en país tan abundante y poblado, se proveyó con facilidad de las semillas que quiso, y dentro de veinte días dió la vuelta al alojamiento en que había dejado á Alfinger, que sin atreverse á desamparar la laguna, se había estado manteniendo en aquel tiempo de los caracoles de sus playas.

Alegres todos con la abundancia del socorro, y más con la noticia de ser aquella tierra tan poblada, levantaron el real, pasando luego á registrarla, pero sin detenerse en ella más tiempo que el que les fué necesario para hacer provisión de bastimentos; torcieron el camino para los páramos de Ceruitá (11), malogrando (por no pasar más adelante) la fortuna de ser los primeros que gozasen la riqueza de las opulentas provincias del Nuevo Reino, cuyos umbrales llegaron á pisar sin conocerlos; pero parece que reservando la Providencia divina la gloria de su descubrimiento para D. Gonzalo Jiménez de Quesada, cegó una y otra vez

á aquellos hombres, para que perdiesen por inadvertencia la dicha que llegaron á tener entre las manos, pues puestos ya en Ceruitá, si hubieran caminado al Sur diez leguas más, se hubiera enmendado el yerro, restaurando la acción que abandonaron primero; pero dejando el camino que llevaban, tomaron la derrota para el Norte, sin advertir que, siguiendo las jornadas de aquel rumbo, iban á salir derechos á la laguna de Maracaibo; en cuyo viaje fueron imponderables los trabajos, así por las penalidades del frío que padecían en los páramos, como por la oposición que hallaron en los indios de Rabichá, que con repetidas guazabaras (en que murieron algunos españoles) los molestaron de continuo, sin permitirles lugar para el reposo, hasta que, vencidas estas incomodidades, á fuerzas del sufrimiento, hubieron de aportar al valle de Chinácota, cuyos moradores, con la noticia anticipada de las crueldades de Alfinger, desampararon las casas antes de verle la cara, teniendo por más seguro retirarse con sus familias, buscando abrigo en los montes, pero siempre con el ánimo de lograr las ocasiones que les ofreciese el tiempo para vengar sus agravios; y así, con esta intención, sin que los españoles los sintiesen, se emboscaron en todos los arcabucos que rodeaban el alojamiento, esperando coyuntura para ejecutar, á lance fijo, la resolución que tenían premeditada.

Ignorante Alfinger de la traición prevenida, y fiado más que debiera en el sosiego aparente con que estaba todo el valle, se apartó una tarde, algo retirado del alojamiento, comunicando en conversación algunas cosas con Esteban Martín, su grande amigo; y como los indios (observando los movimientos de los nuestros) sólo aguardaban la ocasión, apenas los vieron separados, cuando, saliendo de la emboscada, los embistieron con tal ímpetu y presteza, que cuando pusieron mano á las espadas para defenderse ya estaba Alfinger muy mal herido; pero sin perder el ánimo, disimulando la herida, hizo rostro valerosamente á la multitud de bárbaros que le acometían por todas partes, vengando la alevosía de su muerte con quitar la vida á muchos

de sus contrarios, hasta que, socorrido de los demás españoles, se retiraron los indios, quedando Alfinger tan desangrado y postrado de las heridas, que, sin que aprovechasen los remedios, murió dentro de tres días, dejando perpetuada la memoria de sus atrocidades en los recuerdos que hasta hoy da de ellas su sepulcro, á seis ó siete leguas de distancia de la ciudad de Pamplona, que después pobló Pedro de Ursua, cuyo sitio, por haber sido donde la muerte puso término á la bárbara crueldad de aquel tirano, mantiene todavía el título de su nombre, siendo comúnmente conocido por el Valle de Micer Ambrosio, aunque el coronista Herrera, contra la evidencia de una verdad tan clara, pone esta muerte en Coro, por yerro conocido de las relaciones que le dieron para formar su historia.





CAPÍTULO IX.

Gobierna el ejército Pedro de San Martín hasta llegar á Coro: gobierna la provincia Juan Alemán por muerte de Alfinger: sale Venegas á buscar el dinero que enterró Bascona, y vuelve sin hallarlo.

Muerto Ambrosio de Alfinger, como sea tan apetecible en los hombres la dulzura del mandar, empezaron á originarse en aquel pequeño ejército disturbios y disensiones sobre quién le había de suceder en el gobierno, y aunque los pretendientes eran muchos, por voto de los más principales fué preferido á todos el factor Pedro de San Martín (12); pero aunque las prendas de nobleza, prudencia y valor que le asistían lo hacían muy digno para las honras del empleo, no fué tan acepto su nombramiento, que dejase de haber discordias y alborotos que hubieran pasado á motines declarados si el capitán Juan de Villegas, con su autoridad y aquella respetable veneración que se había granjeado en la estimación de todos, no hubiera sacado la cara y tomado la mano á sosegarlos; y así, apagada la llama antes que cobrase fuerza el incendio, por la interposición prudente de Villegas, mandó el nuevo General desalojar el campo del valle de Chinácota (entrado ya el año de 32), y atravesadas las montañas, que después llamaron de Arévalo, salieron á las campiñas de Cúcuta, que fértiles de pastos y

abundantes de orégano (aunque de temple enfermo), son hoy muy adecuadas para criazón de mulas, siendo las de este valle las de mayor estimación del nuevo reino.

Habiéndose detenido muy pocos días en Cúcuta con bastantes contratiempos, hambres y penalidades, fueron prosiguiendo lo molesto de su marcha, y de provincia en provincia vinieron á dar en la que estaba Francisco Martín, tan convertido ya en indio y bien hallado con sus groseras costumbres, que ni aun señas aparentes de español le habían quedado; y teniendo noticia el cacique (su suegro) de que se acercaban los nuestros á su pueblo, juntó el mayor número de gente que pudo reclutar en sus banderas, y se la entregó al yerno para que saliese á embarazarles la entrada en sus dominios, fiando las felicidades del suceso en las repetidas experiencias que tenía de su valor. Bien conoció Francisco Martín que los forasteros que venían no podían ser otros que los españoles del campo de Alfinger, de cuya compañía él había sido; y para quedar bien con el suegro, sin faltar á la lealtad que debía guardar con su nación, salió con su gente á la campaña, y dejándola emboscada en las montañas vecinas, cuando le pareció tiempo de que pudiesen los españoles estar cerca, con el motivo de ir á reconocer el campo del enemigo, se adelantó solo á encontrarlos: iba Francisco Martín tan á la usanza de los indios, que no se diferenciaba en nada de ellos; desnudo en carnes, y el cuerpo todo embijado, coronada de penachos de plumas la cabeza, terciada al hombro la aljaba y armado el arco en la mano.

Acercóse de esta suerte á los españoles, que con trabajo y molestia iban marchando, y aunque se les puso por delante, no era fácil conocerlo en aquel traje, ni pudieran persuadirse á que era español como ellos, si al oirle referir sus infortunios y las lamentables desgracias de Bascona, no fueran señales evidentes para caer en la cuenta de quién era: abrazáronle todos con ternura, haciendo demostración el sentimiento al recuerdo de la muerte infeliz de los demás compañeros; y habiéndole vestido con lo que permitió la

desnudez que ellos traían, para cubrir la total indecencia en que se hallaba, caminaron juntos hasta el lugar donde había dejado los indios emboscados, y como la superioridad que Francisco Martín tenía adquirida sobre la simple condición de aquellos bárbaros era tan absoluta que observaban como preceptos inviolables los más leves antojos de su gusto, bastó el que les dijese (hablándoles en su lengua, que la sabía mejor que ellos) (13) que, dejadas las armas, tuviesen á los españoles por amigos, pues los reconocía por sus hermanos, para que saliendo de la emboscada sin recelo, ofreciesen la paz con rendimiento al general San Martín, y con tantas demostraciones de amistad, que en buena correspondencia se fueron juntos al pueblo, donde, acariciados del cacique como hermanos de su yerno, se estuvieron de asiento algunos días, hasta que pareciendo tiempo al General para proseguir su viaje, llevándose consigo á Francisco Martín, y de los indios amigos buenas guías que los condujesen por trochas limpias y libres de anegadizos (que era lo que más les molestaba), se pusieron en camino y llegaron con felicidad á Coro el mismo año de 32, habiendo consumido tres años en esta inútil jornada, sin que de ella se siguiese otro provecho que haber dejado asoladas con inhumana crueldad cuantas provincias pisaron.

Sabida en Coro la muerte de Alfinger con la llegada de su ejército derrotado, fué recibido por gobernador de la provincia un caballero tudesco llamado Juan Alemán (14), pariente muy cercano de los Belzares, por hallarse con un título despachado á prevención, para en caso de que faltase Alfinger; y habiendo sido dotado de una naturaleza muy quieta y de ánimo muy pacífico, no tenemos que referir particular operación suya, pues manteniéndose en Coro el tiempo que duró en el ejercicio, atendió más á las conveniencias que pudo lograr á pie quedo con quietud, que á los intereses que pudiera adquirir por medio de las conquistas, buscándolos con afán.

Dejamos en el capítulo sexto al teniente Venegas por cabo de los enfermos y demás gente que dejó Alfinger en



CAPÍTULO X.

Erígese la iglesia de Coro en catedral, y viene por gobernador de la provincia Jorge de Spira.

Luégo que el emperador Carlos V tuvo la noticia de estar poblada la ciudad de Coro, y las buenas esperanzas que prometían los favorables principios de su fundación; deseando su mayor lustre y el aumento de la religión católica en los dilatados campos de esta provincia, para la más fácil reducción de los innumerables gentiles que la habitaban, suplicó á la Sede apostólica la erigiese en obispado, y movida de los piadosos ruegos de aquel invicto Monarca, la Santidad de Clemente VII, por su Bula despachada en Roma á 21 de junio del año de 1531, tuvo por bien de conceder la gracia, cometiendo el acto de la erección á la persona que el Emperador presentase para primer Prelado de su Iglesia.

Hallábase á la sazón en Madrid D. Rodrigo de las Bastidas, deán de la catedral de Santo Domingo, que el año antecedente de 530 había pasado á España á difentes negocios de su iglesia; y pareciéndole al Emperador persona muy á propósito para poner á su cuidado la dirección de aquella nueva planta, lo presentó para primer Obispo de esta provincia, y como tal, usando de la facultad concedida por la Sede apostólica, estando en Medina del Campo el día 4 de

junio del 32, por ante Pedro de Ledesma, notario apostólico, hizo la erección de la iglesia de Coro en catedral; y aunque para su servicio y asistencia le señaló seis dignidades, seis canonjías, cuatro raciones enteras y cuatro medias, el no haber llegado las rentas decimales á la cantidad necesaria para la decente congrua de todas, ha obligado á que las más se mantengan suprimidas, sirviéndose al presente sólo con ocho prebendas, si bien no es tan corta la cuarta capitular, que no pudiera con descanso mantener algunas más sin que su renta hiciese falta á las otras.

Hecha la erección del obispado, no pudo el Sr. Bastidas pasar tan breve á la residencia de su iglesia, porque habiéndole encomendado el Emperador la visita general de Puerto Rico le fué preciso dilatarse en aquella isla hasta el año de 36 en que llegó á Coro; pero en el ínterin, para que tomase la posesión en su nombre y gobernase el obispado, envió con amplios poderes al deán D. Juan Rodríguez de Robledo, que junto con el chantre D. Juan Frutos de Tudela, vino á Coro, siendo los dos los primeros prebendados que se proveyeron en su iglesia; y aunque la venida de éstos fué el año de 34, nos ha parecido anticiparla, por si acaso después no hay lugar de referirla.

Cuando se supo en Coro la muerte de Alfinger, estaba en aquella ciudad Nicolás de Fedreman (15), alemán de nacimiento, hombre de elevados espíritus; hallábase rico y con amistad estrecha con los Belzares, circunstancias que lo animaban á pretender el gobierno para sí; y dejándose llevar de este deseo, en la primera ocasión que se ofreció de pasaje se embarcó bien proveído de dineros para España, así de su propio caudal como de la parte que le ayudaron sus amigos, para la más fácil consecución de sus intentos; llegó á la corte, y se dió tan buena maña, disponiendo su pretensión con tal destreza, que con facilidad vinieron los agentes de los Belzares en conferirle el gobierno, despachándole para ello provisiones muy cumplidas, con particular instrucción de lo que había de ejecutar para que la compañía lograse mayor utilidad y conveniencia.

Publicada en la corte la merced, empezó Fedreman á levar gente y hacer las demás prevenciones necesarias para cuanto antes partirse á su gobierno; pero como no hay fortuna segura á la sorda batería de una emulación apasionada, bastó la que le manifestaron algunos que le eran poco afectos para ponerlo en mal concepto con los Belzares, imputándole ser de áspera condición, de espíritu bullicioso, de natural altivo y corazón soberbio; y aunque fueron las propiedades de que siempre estuvo más ajeno, por haberlo dotado el cielo de una naturaleza afable, conversación cariñosa, corazón muy piadoso y ánimo reposado, sin embargo, fueron bastantes los informes con que apretaron los émulos para que, recogiéndole los despachos, le privasen del gobierno y proveyesen en su lugar á Jeorge de Spira (16), caballero también de su nación; si bien por no desairar del todo á Fedreman le nombraron por Teniente general, con facultad para que pudiese hacer entradas y conquistas por sí solo, pues la capacidad de la provincia daba lugar para los intereses y conveniencias de ambos.

Con esta disposición y 400 hombres que levantaron en la Andalucía y reino de Murcia, salieron del puerto de San Lúcar en cinco embarcaciones el año de 33; pero habiendo padecido rigurosas tormentas que los obligaron á arribar dos veces á las costas de España, muchos de los soldados (que llegaron á cerca de 200), atemorizados con la continuación de sustos tan repetidos, viéndose en tierra á la segunda arribada, determinaron quedarse, no atreviéndose á proseguir en aquel viaje que recelaban infausto, considerando el presagio de tan adversos principios; y aunque á costa de perder cuanto tenían embarcado, consiguieron con alguna diligencia quedarse en tierra escondidos.

Temeroso Spira con la repentina desertación de sus soldados, antes que le desamparasen los demás, se hizo á la vela con los que le habían quedado, encaminando su derrota á las Canarias, donde para reintegrar la gente que le faltaba reclutó 200 hombres, los primeros que encontró en aquellas islas, sin reparar que fuesen de los bastos y grose-

ros que suele producir aquel terreno; con los cuales y suficiente provisión de bastimentos, prosiguió su viaje y llegó á Coro á principios de febrero del año de 34, trayendo en su compañía muchos hombres de cuenta y principales que después desempeñaron las obligaciones de su sangre en la conquista y población de esta provincia, como veremos en la narración y contexto de esta historia. De éstos fueron Alonso Pacheco, natural de Talavera la Vieja, progenitor de los caballeros de este apellido en la ciudad de Trujillo, y de los Tonares en Caracas; Francisco Infante, natural de Toledo, de quien descienden los caballeros Blancos Infantes de esta ciudad de Santiago; Francisco de Madrid, natural de Villa-Castín, de cuyos méritos son herederos los Villegas; Gonzalo Martel de Ayala, de quien quedó descendencia en el Tocuyo; Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, que pasó después al Nuevo Reino, y desengañado con los reveses que le jugó la fortuna, se volvió á España á gozar con quietud de un mayorazgo que había dejado en su patria; Francisco de Graterol, tronco de ilustres familias; Damián del Barrio, natural del reino de Granada, cuyos servicios en la América correspondieron á los que antes tenía obrados en la Europa, habiéndose hallado en la memorable batalla de Pavía, en el saco de Roma con el Duque de Borbón y en otras célebres funciones de las de más importancia en aquel tiempo: descienden de este caballero los Parras, y Castillos de Barquisimeto; los Silvas de esta ciudad de Santiago, y otras ilustres familias que tienen su asistencia en la provincia.





CAPÍTULO XI.

Determina Spira hacer entrada para las partes del Sur: envía parte de su gente por las sierras de Carora: pasa él con el resto á la Borburata, y júntanse después en el desembocadero de Barquisimeto.

Cuando llegó Spira á la ciudad de Coro, halló toda su comarca muy falta de bastimentos, porque habiendo sido el año escaso de aguas fué consecuente la esterilidad en las cosechas, y así por este motivo como por el ansia que traía de no perder tiempo en sus conquistas, determinó dividir la gente que tenía, empleándola en diferentes entradas, para que se mantuviese con más comodidad en las provincias vecinas; y consultando la mejor forma para dar expediente á sus deseos, fué el parecer de los más prácticos que el mismo Gobernador con 400 hombres tomase la vuelta de los llanos de Carora (que demoran al Este de la ciudad de Coro), y que su Teniente general Nicolás de Fedreman atravesase la cordillera por la parte del Oeste, para que, descubierta por un lado y otro la serranía, se supiese lo que encerraba en su terreno; para lo cual había de pasar primero Fedreman á la isla de Santo Domingo á conducir de cuenta de los Belzares los caballos, armas y demás pertrechos de que necesitase, para armar otros 200 hombres que le habían de acompañar en su jornada.

Ajustada esta determinación entre los dos, empezó á disponer su entrada Jorge de Spira, señalando los 400 hombres que había de llevar consigo, de los cuales despachó 320 á cargo de los capitanes Juan de Cárdenas, Martín González y Micer Andrea, de nación tudesco, con orden para que, atravesada la serranía de Carora lo esperasen en los llanos, mientras él con los 80 restantes (que eran todos de á caballo) iba por la costa del mar al puerto de la Borburata (17), para por allí entrar con más conveniencia á incorporarse con ellos.

Despachados los tres capitanes por Spira, salieron de Coro y empezaron á repechar la serranía con bastantes incomodidades, porque siendo la fragosidad mucha, las aguas continuadas, el bastimento poco y precisa la molestia de ir con las armas en la mano por la oposición y resistencia con que los indios á cada paso procuraban embarazarles la entrada en lo que iban descubriendo, extrañaban los soldados (por ser los más de los recién venidos de Europa) aquel modo tan penoso de militar á que no estaban acostumbrados; pero vencidos al fin los embarazos á fuerzas de la constancia, y atravesadas sesenta leguas de tierra áspera y doblada, salieron á la provincia de Baraure (18), en el principio de los llanos, á la parte del Este; cuyos moradores, apenas los sintieron en su tierra, empeñados en lanzarlos de ella á fuerza de armas, tuvieron tal tesón en perseguirlos, que con repetidos acometimientos no les permitían ni aun un breve lugar para el reposo, valiéndose (para mejor ejecutarlos) de la molesta continuación con que cargaban las lluvias, pues no pudiéndose aprovechar de las armas de fuego por el impedimento de las aguas, lograban sin oposición el tiro venenoso de sus flechas.

Este desasosiego á todas horas, sobre la grande escasez de bastimentos que tenían, desanimó á los soldados de suerte, que abandonando la reputación trataron de dar la vuelta para Coro, encaminando la marcha por la parte que les parecía (según su demarcación) podría venir el gobernador Spira para encontrarse con ellos; y poniéndolo por obra, en

lo más oscuró de una noche desalojaron el Real, retirándose con buen orden por si fuesen sentidos de los indios no exponerse á los accidentes que suele ocasionar un descuido; pero aunque el ánimo que llevaban era de no parar en parte alguna hasta topar con Spira, el embarazo de los enfermos y heridos no les permitió lugar para seguir tanto viaje, obligándoles á que en el desembocadero de Barquisimeto (19), sin poder pasar más adelante, se quedasen rancheados por espacio de veintitres días, que fueron los que tardó en llegar allí el Gobernador, bien fatigado también de las molestias del camino; pero con la alegría de verse juntos, olvidaron unos y otros las especies de las pasadas miserias, y determinados á proseguir la jornada por los llanos, siempre Sur, al llevando para gobernarse la cordillera por guía, que les demoraba la mano derecha, volvieron para las poblaciones de Baraure, de donde antes se habían retirado perseguidos.

Avisados los indios de que los españoles entraban segunda vez en su provincia, como se hallaban ufanos con las ventajas conseguidas en los pasados encuentros, se juntaron en gran número cuantos habitaban la comarca, y con su acostumbrada vocería (teniendo la victoria por segura) les salieron al camino, presentándoles batalla; pero acometidos con prontitud de los 80 caballos que acompañaban á Spira, les cogió tan de repente aquella novedad (que no habían visto otra vez) que, absortos con el susto, sin tener ni un aliento para huir, se dejaban caer en el suelo, ofreciendo la vida, turbados, unos al duro golpe de las lanzas y otros al desmayo cobarde de su mismo asombro.

Desbaratado con esta facilidad el escuadrón numeroso de los indios, sin más daño de nuestra parte que haber quedado heridos tres soldados, los bárbaros que escaparon con las vidas, no teniéndose por seguros en la débil defensa de sus pueblos, recogieron con brevedad los hijos y mujeres y se retiraron con ellos al asilo ordinario de los montes, dejando libres las casas al arbitrio desordenado de sus huéspedes, que se hospedaron en ellas quince días para reparo

de las muchas aguas que descargaba el invierno, en cuyo tiempo, así para el remedio de la necesidad que padecían como por divertirse con un entretenimiento provechoso, se ocupaban muchos de los soldados en el noble ejercicio de la caza, á que les incitaba la abundancia de venados que mantenía la sabana. Uno de los más aficionados, que se llamaba Orejón, salió una tarde con otros compañeros á continuar en el divertimiento que solía, y empeñado por aquellos pajonales en perseguir un venado, se alejó tanto, inadvertido, que después de haberlo muerto á lanzadas, cuando quiso volver para el alojamiento no pudo dar con la salida. Los compañeros, sin echarlo menos, se retiraron con tiempo; pero conociendo su falta, después de estar ya en el Real hizo el Gobernador disparar algunos arcabuces para que, gobernándose por el eco de los tiros, conociese la parte donde estaban, pero él se hallaba tan remontado que no los pudo oir, y tan confuso con la oscuridad de la noche, que determinó esperar á la luz de la mañana para intentar su salida; pero los indios que ocultamente le habían seguido los pasos, apenas le vieron desmontarse del caballo para descansar un poco, cuando, cogiéndole á manos, le cortaron con su misma espada la cabeza; el caballo, espantado con el tropel y alboroto de los indios, corrió furioso por aquellos pajonales, y teniendo mejor tino que su dueño, entró por el alojamiento relinchando, de que maliciaron todos el infausto paradero que había tenido Orejón.

Con esta sospecha envió el Gobernador por la mañana al capitán Juan de Villegas con una escuadra de soldados para que, recorriendo todos aquellos contornos, procurase adquirir noticias de Orejón, buscándolo, muerto ó vivo; y habiendo dado vuelta á la sabana, sin hallar señales de él, se encaminó á la montaña, donde á muy poca distancia encontró una población de bien corta vecindad, cuyos moradores, fiados en algunas palizadas que tenían para reparo, intentaron defenderse; pero conociendo breve la ventaja que hacían los arcabuces á la débil violencia de sus flechas, desistieron de su intento y se pusieron en fuga, dando

lugar á que los españoles saqueasen la población, y á los primeros pasos encontrasen con la espada de Orejón y parte de la cabeza, que tenían aderezada para celebrar (comiéndola) el triunfo de su victoria (20); señal por donde conocieron el desastrado fin del compañero, de cuya muerte irritados, procuraron con la venganza dar alguna satisfacción al sentimiento, ahorcando á cuantos indios pudo encontrar su enojo y su diligencia por toda aquella montaña: y dejando convertida la población en cenizas, dieron la vuelta donde habían dejado á Spira, quien deseoso de mudar alojamiento por las inconveniencias que causaba lo rigoroso del invierno en aquel sitio, con el leve trabajo de caminar dos días, mejoró asiento, pasándose á los pueblos de Aricagua, que por estar más arrimados á la serranía y en terreno alto, le ofrecieron comodidad para poder sin embarazo esperar en ellos á que quebrase la fuerza la continuada molestia de las aguas.





CAPÍTULO XII.

Embárcase Fedreman para la Española, enviando antes su gente al Cabo de la Vela: prende el capitán Chaves al capitán Rivera; vuelve Fedreman á tierra firme y da principio á la pesquería de las perlas.

Aunque Fedreman había quedado de acuerdo con Spira de que en volviendo de la isla Española con los pertrechos que iba á buscar haría su entrada atravesando la serranía por la banda del Oeste, nunca fué su ánimo ejecutar lo que tenía capitulado con su Gobernador; porque los altos pensamientos que había concebido en su interior lo arrastraban á procurar mandar independiente, sin poner los adelantamientos de su fortuna al arbitrio de superior influjo; y así, luego que Spira salió de Coro para la Borburata, declaró su intención á sus amigos, y alistando la más gente que pudo por entonces, la despachó á cargo de Antonio de Chaves (á quien nombró por su teniente), con orden de que tomase la vuelta de Maracaibo, y sin parar, pasase al Cabo de la Vela, donde le había de esperar hasta que volviese de la isla Española, para donde se embarcó al mismo tiempo que Chaves salió para la laguna.

Tenía Fedreman muchos días antes comunicada su resolución en secreto con Alonso Martín, á cuyo cargo estaban los bergantines que Alfinger había dejado en Maracaibo; y

así, prevenido con tiempo lo que había de ejecutar, dispusieron las cosas de suerte que cuando Chaves llegó á la orilla de la laguna ya le estaba esperando Alonso Martín con los bergantines y diferentes canoas, en que embarcó toda su gente y la pasó á la ranchería que estaba de la otra banda, con ánimo de alojarse allí despacio, dando tiempo á que Fedreman lo tuviese para volver de la Española; pero la escasez de bastimentos y las enfermedades que por esta causa se fueron introduciendo obligaron á Chaves á dividir la gente en tres escuadras, para que pudiesen con menos trabajo mantenerse con lo que á las manos encontrasen; y enviándolas por diferentes partes les previno que para cierto día se hallasen todos juntos en el Cabo de la Vela.

Hallábase al mismo tiempo (que era ya por el año de 35) el capitán Juan de Rivera en la conquista de la Ramada, de orden del doctor Infante, oidor de Santo Domingo, que por muerte de García de Lerma gobernaba á Santa Marta, y apretado de la misma necesidad y falta de bastimentos, desde las orillas del río de Macomite, donde estaba rancheado, despachó una tropa de veinte hombres á buscar algún socorro hacia la parte de la laguna de Maracaibo; y como una de las escuadras de Chaves, que acaudillaba el capitán Murcia, acertase á coger el camino para el río de Macomite, fué preciso que se topasen de vuelta encontrada en la trocha que unos y otros iban haciendo por la maleza de una montaña baja; pero los de Murcia se portaron con tal arte que, habiéndose emboscado sin que los otros lo sintiesen, cuando acordaron por sí los de Rivera, se hallaron prisioneros (operación muy usada en los excesos militares de aquel tiempo), de cuya novedad avisado Antonio de Chaves, y persuadido á que Rivera se había entrado en los términos de la jurisdicción que pertenecía á los Belzares, propasando los límites de la gobernación de Santa Marta, juntó sus tropas, que andaban divididas, y marchando á Macomite, donde estaba acuartelado Rivera, le obligó con ruegos y amenazas á que con la gente sana que tenía le si-

guiese hasta el Cabo de la Vela, dejando allí los enfermos para conducirlos después, cuando el tiempo permitiese oportunidad para ello.

Hecho este ajuste entre los dos, salieron juntos de Macomite, y entrando en las tierras de los Guajiros, nación activa y belicosa que hasta el día de hoy ha sabido mantener su libertad á costa de su fiereza, se vieron en bastantes aflicciones, por las repetidas guazabaras con que los molestaron los indios, con tanta resolución y valentía, que en una de ellas se hallaron Guzmán de Avellaneda y otros seis soldados en los últimos lances de perderse, por haberlos cogido á mano para llevárselos vivos; pero ayudados de su esfuerzo (sin que los pudiesen socorrer los compañeros), tuvieron la fortuna de librarse, escapando con bien de aquel conflicto; y conociendo Chaves lo que le importaba salir cuanto antes de aquella nación guerrera, apresuró el paso en las marchas hasta llegar á los Cocinas, de donde determinó enviar á Macomite por la gente que había dejado enferma; ocasión en que tres soldados llamados Alonso Martín de Quesada, Diego Agudo y Alonso de Olaya Herrera, ejecutaron una acción tan bizarra, que pasando los términos del valor, llegó á rozarse con los de la temeridad, pues sólo con sus espadas y rodelas volvieron á atravesar la tierra de los Guajiros, hasta llegar á Macomite á avisar á los enfermos estuviesen prevenidos para ponerse en camino luégo que llegasen los caballos que les enviaba Chaves para su trasporte.

La alegría que aquellos miserables españoles sintieron con la llegada de los tres soldados fué tal, que de las camas se arrojaban al suelo (por no poderse poner en pie) á congratularse unos con otros, por las noticias no esperadas de tan cercano socorro, pues la hambre, enfermedades y trabajos los tenían tan consumidos y postrados, que en las hamacas estaban muertos muchos de ellos, sin que los pocos que habían quedado vivos hubiesen tenido esfuerzo ni aun para la acción piadosa de enterrarlos; pero alentados con la esperanza de conseguir alivio en sus miserias, se

pusieron en camino para los Cocinas, donde los esperaba Chaves, que, alegre con su llegada, sin esperar más tiempo, partió luégo para el Cabo de la Vela, donde halló ya á Fedreman, que acababa de llegar de la Española con 80 hombres y número suficiente de caballos.

Supo al instante Fedreman el suceso de Rivera, y como era cabo del doctor Infante, á quien debía obligaciones, por haber hallado siempre en su protección amparo á sus dependencias, tuvo del caso bastante sentimiento, porque no quisiera corresponderle con disgustos, ni darle motivo para quejas; y así, aunque valiéndose del agrado, procuró con buenos modos reducir á Rivera á que se quedase en su compañía, siguiéndole voluntario: excusándose éste por la precisión en que se hallaba de volver á Santa Marta, lo dejó ir libre con su gente, asistiendo liberal con cuanto hubo menester para su avío.

Hecha esta galantería por Fedreman, dispuso muy despacio su asistencia en el Cabo de la Vela; porque hallándose de muchos días atrás con la noticia (que en secreto había adquirido) de los hostiales de perlas que cría toda aquella costa (no descubiertos hasta entonces de otro alguno), siempre tuvo hecho el ánimo á probar la suerte en aquella pesquería, y ver el semblante que en ella le mostraba la fortuna; causa que le movió á faltar al trato capitulado con Spira, y á citar toda su gente para que le esperase en aquel sitio, á cuyo fin había también dispuesto el viaje que hizo á la Española, por ver si hallaba allí algunas personas prácticas de las muchas que asistían á semejante ejercicio en la isla de Cubagua, para que le ayudasen á su intento, y disponer cierto instrumento á manera de rastro, que tenía discurrido para facilitar la pesquería; portándose siempre con tal recato y sigilo, que no hubo persona que pudiese penetrar el blanco en que tenía puesta la mira, hasta que en la ocasión presente descubrió á sus soldados el secreto; pero anduvo tan desgraciado, que por mucho que trabajó con la inventiva de su instrumento, echándolo repetidas veces en los placeres donde se descubrían los hos-

tiales, no pudo conseguir lance que fuese de provecho para el logro que había concebido su esperanza; y lo mismo sucedió á otros muchos que lo intentaron después, hasta que se discurrió por mejor modo el bucearlas, que es la forma como se sacan hoy, quedando para otros el provecho, y á Fedreman sólo la gloria de haber sido el autor de su descubrimiento, pues se debió á su diligencia la noticia del tesoro que ha tributado aquel mar en la abundancia de perlas con que han enriquecido el mundo sus criaderos.







CAPÍTULO XIII.

Sale Spira de Aricagua y llega á la provincia de Barinas: tiene un disgusto con su teniente y remítelo preso á Coro: pasa el río Opia y padece grandes trabajos.

Dejamos al gobernador Jorge de Spira en las poblaciones de Aricagua (21) esperando á que el invierno quebrase la fuerza de sus aguas, y detenido allí tres meses, luego que asentó el tiempo y despuntó el verano, levantó su campo en prosecución de su jornada; y caminando siempre por la falda de la serranía, que llevaba á la mano derecha, llegó á la provincia de los Coyones, cuyos naturales, queriendo probar sus bríos, sin tener conocimiento de lo que eran las armas españolas, dispuestos en razonable orden militar les salieron al encuentro á embarazarles el paso; pero acometidos de los nuestros, aunque por algún tiempo mantuvieron el campo con tesón, manifestando ser gente de valor en la constancia con que sufrieron el combate, se hubieron de retirar amedrentados, con pérdida de los principales cabos de sus tropas, dejando heridos algunos de los nuestros, y al capitán Montalbo bien picado, por haberle quitado la lanza de las manos.

Algunos días se detuvo Spira, entretenido en buscar bastimentos por aquellas cercanías; y hecha la provisión de los

que pudo hallar su diligencia, entrándose en la serranía por caminos asperísimos, con mil dificultades y trabajos, al cabo de dos meses de continuadas fatigas, hubo de penetrar hasta la parte donde después se fundó la ciudad de Barinas, pero tan perseguido de la hambre y necesidad, que sin hallar otro socorro para el sustento se mantuvieron los soldados muchos días sólo con palmitos y tallos de visao (22), de que empezaron á enfermar y debilitarse de tal suerte que, postradas las fuerzas con la flaqueza, hasta el aliento les faltaba para poder caminar; pero consolados á este tiempo con la noticia de que en algunos valles que formaba la serranía se descubrían diferentes poblaciones y abundantes sementeras, donde podrían hallar remedio á la aflicción que padecían, despachó el Gobernador á su teniente Francisco de Velasco con algunos infantes y caballos y orden de que, en llegando á lo fragoso de la serranía (donde había algunas aldeas), se quedase allí y enviase la gente que le pareciese necesaria á los valles más altos, donde estaban las sementeras, y que de ellas le socorriese cuanto antes con lo que hallase más á mano, procurando buscar alguna sal, por la total falta que tenían.

Con esta orden partió Velasco, y llegando al pie de la cordillera, en cumplimiento del mandato que llevaba, se quedó allí con la gente de á caballo, enviando la de á pie á cargo de Nicolás de Palencia, que, caminando, ó, por mejor decir, gateando por la maleza de aquellos despeñaderos, dió en lo más espeso de una montaña con una casa bien grande, donde tenían los indios escondidas más de mil quinientas fanegas de maíz: no quiso Palencia pasar más adelante por no desamparar la presa que le había deparado la fortuna; y así, haciendo alto en aquel paraje, se quedó á guardar aquel tesoro, que por tal lo reputaba la necesidad presente, y envió algunos soldados con el maíz que pudo llevar á cuestas una considerable tropa de indios, al teniente Velasco (que, como dijimos, había quedado esperando al pie de la serranía), quien alegre con el buen suceso que logró su diligencia, por darle la noticia al Gober-

nador con más cumplido socorro, ordenó le bajasen otras dos ó tres porciones como la que habían traído, y luégo las remitió con escolta de soldados, encargándole al cabo que la llevó á su cuidado observase con reparo la gracia, modo y semblante que manifestaba Spira al recibirlo; y como las acciones de este lance no correspondiensen al agradecimiento que había esperado Velasco, antes parece que el Gobernador, con displicencia, manifestó algún enfado, atribuyendo á descuido la tardanza del socorro, sabiéndolo Velasco, enajenado con la cólera y ciego con el enojo, prorrumpió diciendo: «¡Oh cuerpo de Cristo con el Gobernador! ¿por qué no ha de agradecer lo que trabajan por servirle sus soldados? ¡pues voto á tal, que si él tiene allá ciento de capa negra, yo tengo acá doscientos de capa blanca!» y recogiendo su gente, con el maíz que pudieron cargar los indios, se volvió donde había dejado á Spira. Estas palabras de Velasco y el modo con que las expresó su sentimiento parecieron muy mal á cuantos las oyeron; y, ó fuese por vengar alguna pasión ó desafecto, ó por la común propensión de querer muchos ganar gracias con los superiores, aunque sea á costa de los créditos ajenos, no faltó quien las pusiese en noticia del Gobernador, acriminando la materia y subiendo de puntos el delito; de que, irritado Spira, puso luégo en prisiones á Velasco, y procediendo contra él por vía jurídica, sustanciada la causa, se resolvió á cortarle la cabeza; pero mediando la autoridad de Juan de Villegas, Damián del Barrio, Alonso Pacheco y Juan Guevara, fué bastante la interposición de éstos para que, templado el enojo del Gobernador, revocase la sentencia, contentándose con remitirlo preso á Coro, y en su compañía toda la gente enferma que llevaba, por librarse del embarazo y detención que le causaba en las marchas, dándoles algunos soldados de escolta que los convoyasen hasta pasar de la provincia de Baraure, de donde (dejándolos fuera del riesgo de aquellas naciones bárbaras) dieron la vuelta con brevedad al mismo alojamiento en que hallaron al Gobernador, que los estaba esperando; y con su llegada, go-

zando la conveniencia del verano, levantó el campo, entrándose en aquel piélago inmenso de los llanos; y como caminaba ya sin el estorbo de tanta gente enferma, ayudado de la serenidad que le ofrecía lo favorable del tiempo, pudo con facilidad, atravesando los ríos de Casanare, Sarare y Apure, penetrar hasta las barrancas del Opia (23), en cuya circunferencia halló algunas poblaciones con suficiente provisión de bastimentos, que le pareció serían bastantes para poder mantenerse, quedándose allí á invernar, porque el recelo de los movimientos con que ya amenazaban las aguas no le permitía que pudiese empeñarse más adentro.

A este fin escogió el sitio más alto y libre de anegadizos en las orillas del río, arrimado á una montaña, donde fabricó ranchos y dispuso alojamientos para pasar el invierno; pero entrando éste con más rigor de lo que podía esperarse, empezó á crecer el río con tanta abundancia en sus raudales, que, rompiendo los límites del margen, inundó aquellos contornos, convirtiendo en mares las campañas, y dejando á Spira tan cercado de sus aguas como de tribulaciones, pues por una parte, viéndose aislado en el alojamiento, consideraba que en la falta de bastimentos le prevenía la necesidad su mayor cuchillo, y por otra, en el rigor de las enfermedades (que ya picaban) temía las contingencias miserables de su ruina.

A estos desconsuelos en que vacilaba confuso, se le añadió otro accidente no de menor consecuencia; para que por todos lados necesitase la constancia de dar ensanches al sufrimiento, pues huyendo la inundación de aquellos campos, fué tanta la multitud de tigres que se acogió á la montaña inmediata, que, como parte más alta, era sola la que gozaba exenciones de segura, que no había persona que diese paso fuera de los ranchos que no le sirviese de atajo para la muerte, pues la encontraba luégo en la voracidad de aquellas fieras, perdiendo la vida á la violencia de sus garras, como le sucedió á un portugués, Manuel de Serpa, que habiéndose desviado del Real (no treinta pasos) con otros compañeros á coger una frutilla que llaman jobos (24), para

divertir el hambre con aquel leve sustento, le asaltó un tigre con tanta velocidad, que sin que pudiesen los compañeros remediarlo, lo dividió en pedazos, para que su desdicha sirviese de alimento á su fiereza.

Esta desgracia de Serpa y otras semejantes que sucedieron, así en algunos soldados como en la gente de servicio, los tenía á todos tan amedrentados, que hasta los caballos no se atrevían ni aun á salir á pastar fuera del alojamiento; y deseando hallar remedio que minorase el rigor de tantos males, se determinaron á fabricar una balsa de maderos para poder pasar á un lugarejo que se descubría á la otra banda del río y ver si hallaban en él algunas semillas ó raíces con que entretener la vida mientras el tiempo abría puerta para mejorar fortuna, y puesta la fábrica por obra, quedó perfeccionada en quince días, tan fuerte y capaz (al parecer), que podía embarcarse en ella todo el ejército junto.

Echaron la balsa al agua con cierto género de remos para gobernarla, y algunos buenos nadadores, que con sogas la tiraban, empezaron á formar su travesía, navegando con felicidad hasta tanto que llegaron al raudal que formaban los remolinos del río, que entonces, combatida de las olas y arrebatada de la rápida corriente de su cauce, no pudiendo la industria de los pilotos contrastar la soberbia de las aguas, les fué preciso ceder á su violencia, dejándose llevar del impulso superior de tanta fuerza.

Los indios de la otra banda, que atentos habían estado á la mira esperando el fin que prometía aquella máquina, viendo á los soldados turbados con el susto que les causaba el aguardar á cada paso una muerte y en cada choque un naufragio, saltaron con presteza en sus canoas y dieron tras la balsa á toda boga, con esperanza de conseguir á poca costa una victoria, matando ó prendiendo la gente que iba en ella, como hubiera sucedido á no haber encontrado en el camino con Francisco de Cáceres, que era uno de los nadadores que gobernaban la balsa, y fiado en la destreza de sus brazos, procuraba en aquel conflicto romper las ondas,

nadando, para asegurar la vida, pues divertidos los indios con el entretenimiento de hacerlo blanco fijo de sus flechas, tuvo tiempo la balsa para ir impelida del mismo oleaje del río, retirándose á la orilla, dando lugar á los soldados para saltar en tierra y emboscarse huyendo de los indios, tan sin tino, que al cabo de dos días fueron saliendo al alojamiento por diferente parte cada uno, donde, creciendo la necesidad y faltando hasta la esperanza del remedio, fueron tantos los contratiempos con que persiguió á aquellos afligidos españoles la fortuna, que parece quiso hacer experiencia del aguante á que llegaba el valor.

Pero aflojando el invierno después de algunos días, fué disminuyendo el río la fuerza de sus aguas hasta dejar vado por la parte de arriba de los ranchos, dando comodidad á Spira para pasar de la otra banda, y que, desamparando aquel lugar, que había servido de teatro á tantas infelicidades y desdichas, se fuese entrando por provincias de tan diferentes lenguas y naciones, que por no hallar intérprete que las entendiese, no las conocieron por entonces; pero según el paraje de su demarcación en el camino que llevaba Spira, fueron sin duda las de los Chiscas y Olachas, que demoran á espaldas del nuevo reino de Granada.





CAPÍTULO XIV.

Tiene noticia Spira de las provincias del nuevo reino, y la desprecia: sigue su jornada al Sur, y llega á la provincia de Mal País.

Entre algunos indios prisioneros que cogió Spira de aquellas naciones bárbaras, halló uno, de cuya lengua (aunque con dificultad) entendía algunas palabras uno de los intérpretes del campo, y en lo que se pudo explicar con su mal formado idioma, respondiendo á diferentes preguntas que le hicieron, dió noticia de que, caminando hacia el Poniente algunas jornadas adelante, encontrarían con unas tierras muy ricas, fértiles y pobladas de diversas naciones, que gobernándose con política, vestían mantas de algodón y usaban de joyas de oro para adornar sus personas; cuya relación oída con tibieza por Spira, hizo tan poco caso de ella, que sin poner algún cuidado en asegurar al indio, tuvo él lugar de huirse aquella noche; y perdida esta ocasión, hallándose ya sin guía para aquel descubrimiento, conoció Spira su yerro cuando no tenía remedio; pero sin embargo, movido de la curiosidad y animado del deseo de hallar tan ricos países, despachó á Juan de Villegas con cuarenta hombres, entre quienes iban Francisco Infante, Gonzalo Martel de Ayala, Francisco de Madrid, Juan Cuaresma de Melo, Hernán Pérez de la Muela y Alonso de Campos,

para que, atravesada la cordillera hacia el Poniente, viese si correspondía el terreno á la relación del indio; pero Villegas, habiendo caminado por la serranía tres días, pareciéndole su fragosidad inaccesible, ó movido de fuerza superior (que es lo más cierto), dió la vuelta desistiendo de la empresa, cuando pudiera tener razón más eficaz para seguirla, pues habiendo hallado en algunos pueblecillos que encontró porción de mantas de algodón y muchos panes de sal, eran señales evidentes que aseguraban por cierta la relación del indio, y á la corta molestia de caminar diez leguas más hubiera conseguido la fortuna que malogró, inadvertido, su descuido, pues se hallara dueño de las riquezas que encerraba el Nuevo Reino, cuyas tierras eran las que tenía por delante; pero parece que Dios, por justos juicios de su Divina providencia, embarazó siempre á los Alemanes aquel descubrimiento, pues ya vimos que Ambrosio de Alfinger- dos veces, la una en la provincia de Guané, y la otra en los páramos de Ceruitá, llegó á saludar los umbrales de aquel opulento reino, y en ambas ocasiones retrocedió como violento, mudando la derrota al mejor tiempo, y veremos después á Fedreman, que, arrebatado con la ambición de una esperanza vana, le volvió la espalda á su conquista, cuando hallándose inmediato le brindaba con ella su fortuna.

Vuelto Villegas donde estaba Spira, con la noticia de ser la serranía impenetrable por su mucha aspereza, no se trató más en buscar aquellas tierras que ya todos tenían por inciertas, atribuyendo á ficción del indio la relación que juzgaba fabulosa; y puesta la mira siempre al Sur, prosiguieron en su viaje alentados con la esperanza de hallar más adelante las riquezas que á cada paso les prometía su antojo y les ofrecían los indios á montones por echarlos cuanto antes de sus tierras: con este buen deseo se fueron entrando por los llanos, y á principios del año de 36 llegaron á un paraje de tierra tan estéril y empollada, llena de tantas ramblas y quebradas que le pusieron por nombre el Mal País, de cuyos habitadores (que eran pocos) hubieron algunos á las manos,

que respondiendo más por señas que con palabras á lo que les preguntaron, dieron alguna noticia de que á poca distancia de aquel sitio, hacia la mano izquierda, estaba un pueblo de vecindad cuantiosa, y que en sus habitadores hallarían porción considerable de oro en joyas.

No pudo Spira por entonces oir nueva más gustosa, pues dió por asentado desde luego que su dicha lo había conducido á parte donde podrían llenar de conveniencias los huecos de su codicia; y así, haciendo alto en aquel lugar donde le cogió la nueva, despachó á Damián del Barrio con sesenta hombres y guías de los mismos indios que lo encaminasen al descubrimiento de aquel pueblo en quien todos tenían ya puesta la mira, esperando saciar con los tesoros que en él imaginaban las buenas ganas que tenía prevenidas su afición.

Habiendo, pues, salido en su demanda, á pocas leguas de camino descubrieron un cerro algo pendiente, vestido de una montaña muy frondosa de árboles bien altos y copados, cuya cumbre, ó fuese por fatiga de la industria, ó por disposición de la naturaleza, formaba un anchuroso espacio raso y llano que servía de asiento á un pueblo compuesto de hasta cien casas, tan grandes y capaces, que habitaba en cada una una parentela entera: asegurábase su defensa con una muralla compuesta de maderos y troncos de palmares espinosos muy unidos y juntos entre sí, repartidas á trechos sus troneras para poder á lo seguro ejecutar el tiro de las flechas; cercaba esta muralla un foso de cava bien profunda, sembrado todo de agudas puntas de tostados maderos, cubierto por encima de unas varas delgadas que sustentaban una tez de tierra, tan bien dispuesta y con tal arte, que no era fácil conocer el engaño según estaba disimulado con la apariencia el artificio.

Luego que Damián del Barrio llegó al pie de la montaña, aunque reconoció la fortaleza de aquel pueblo, en quien se había unido el arte y naturaleza para hacerlo inexpugnable, se determinó á asaltarlo, para que á vista de lo dificultoso del empeño, sobresaliese más la resolución de su gallardo

brío; y dando la señal de acometer, se adelantó á todos un Miguel Lorenzo, natural de Jaén, codicioso de aventajarse á los demás y ser el primero en el asalto; pero lo fué en caer en el artificio que ocultaba la simulación del foso, pues apenas pisó las delgadas varas que lo cubrían, rendidas con el peso, dieron con él abajo sin remedio, pero con tal fortuna, que cayendo entre las puntas de los palos y lo peinado de la cava, sin recibir más daño que la fatiga del susto, tuvieron lugar los compañeros de sacarlo, á tiempo que los indios, sintiendo el rumor de la interpresa, se pusieron en arma, disparando tal multitud de flechas, piedras y lanzas tostadas desde el abrigo de sus murallas, que heridos los más de los soldados, sin poder lograr venganza en su despique se hubieron de retirar avergonzados, experimentando la misma infelicidad en el suceso otras dos veces que intentaron renovar el asalto para la expugnación de aquella plaza (á quien por la similitud que en el sitio y fortaleza tenía con la de Salsas, en las fronteras de Cataluña, la llamaron Salsillas); y así, considerando Damián del Barrio la dificultad de aquella empresa, y que de querer proseguir en ella era exponer su gente al riesgo de una desgracia, dejando á los indios con la gloria de vencedores, dió la vuelta en busca del gobernador Spira, sin más fruto que traer prisionera una india que pudo coger acaso, la cual, como los soldados para tenerla segura y que no se les huyese la pusiesen en prisión, viéndose oprimida con el peso de una cadena que le habían echado al cuello, empezó á exclamar quejándose de crueldad tan inhumana, pues no la habían tratado con tal rigor otros españoles que había tenido por amos.

Razones fueron estas que hicieron gran novedad á los soldados, extrañando dónde ó cómo pudiese haber visto aquella india otros españoles, cuando ellos eran los primeros que habían llegado á penetrar á tan remotas provincias; y dándole cuenta á Spira, llevado de la misma admiración, hizo llamar á la india para informarse del motivo de relación tan extraña; pero ella, continuando en las expresiones de su queja, respondió á las preguntas que le hizo el Go-

bernador, diciendo: que á diez días de camino, navegando por un río abajo que estaba á corta distancia de aquel sitio, en una provincia poblada de muchos indios, habitaban en un pueblo cercado de palizadas unos hombres blancos y con barbas como ellos, que usaban espadas para su defensa, los cuales estaban ya viejos por haber muchos años que derrotados habían subido por aquel río arriba, y casándose con indias de aquel país, tenían en ellas muchos hijos; que algunas lunas atrás habían llegado á aquel pueblo, y cogiéndola á ella y á otras muchas las llevaron prisioneras; pero dándoles buen trato las pusieron después en libertad, sin que hubiesen experimentado de aquellos hombres la vejación de prisión tan rigurosa como aquella en que por entonces la tenían.

Oída esta relación, empezó la curiosidad á hacer su oficio, infundiendo en el corazón de los soldados ardentísimos deseos de pasar á buscar aquellos hombres, pues á costa del leve trabajo de diez días podían conseguir la gloria de descubrir cosa tan nueva; pero Spira , como llevaba puesta la mira á otros intentos y no quería extraviar la prosecución de sus conquistas por inquirir novedades, procuró disuadirlos del empeño, manifestando con razones congruentes los fundamentos que había para tener por falsa la noticia y no ser acertado aventurarse con tanta ligereza á una expedición que, después de costeada con afanes, sólo podría tener por fin un desengaño; y aunque con esta diligencia consiguió sosegar los más de los soldados, no faltaron algunos (y de los más principales) que teniendo por cierta la relación de la india, aseguraban sin duda ser aquellos españoles que estaban poblados en el río de los que perdió el Comendador D. Diego Ordaz cuando la nao de su Teniente general Juan Cornejo, empeñada en contrastar las aguas del Orinoco, debió de perecer en sus raudales, pues nunca se supo de ella, discurriendo que algunos podrían haber escapado en los bateles y llegar peregrinando á aquel paraje: conjetura que, referida después como evidencia, llegó á tomar tanto cuerpo, que la majestad de Felipe II, por cédula des-

pachada el año de 559, mandó á la Audiencia de Santa Fe solicitase por todos los medios posibles se descubriesen y buscasen aquellos españoles perdidos; pero aunque se hicieron exactas diligencias y diferentes entradas á este efecto, jamás se pudo hallar razón alguna que acreditase esta opinión de verdadera; y si los que esparcieron esta voz en los principios hubieran cotejado las circunstancias con el tiempo, conocieran lo mal fundado de su errado discurso; pues diciendo la india que aquellos hombres estaban ya viejos y cargados de hijos, por haber muchos años que habitaban allí, mal podrían ser de la gente derrotada de Ordaz; porque habiendo sido su naufragio el año de 531, en cinco años que sólo habían pasado de intermedio, era poco tiempo para criar las canas y cargarse de hijos; además que del paraje donde tuvo Spira esta noticia á las bocas del Orinoco donde se perdió Cornejo (y no en las del Marañón, como por malas relaciones escribieron el cronista Herrera y el provincial Fr. Pedro Simón) (25), hay más de trescientas leguas de distancia la tierra adentro; y no es creíble que cuando escapapasen de la borrasca con las vidas, pudiesen conservarlas atravesando provincias tan remotas, pobladas de innumerables naciones tan guerreras como bárbaras.





LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sale Fedreman del Cabo de la Vela y entra en el Valle de Upar: vuelve á encontrarse con el capitán Rivera, y dan juntos la vuelta á Maracaibo, de donde despacha al capitán Martínez á la cordillera de Carora, con orden para que le espere en Tacarigua.

Cansado Nicolás de Fedreman de gastar el tiempo sin provecho en la pesquería de perlas que había intentado en el Cabo de la Vela, consultó á sus capitanes sobre la derrota que sería más conveniente seguir para buscar nuevos descubrimientos y conquistas en que poder lograr alguna utilidad que restaurase en parte lo perdido; y como los más se inclinasen á que siguiese el mismo rumbo que había llevado Ambrosio de Alfinger hasta las orillas del río de la Magdalena, y que de allí se continuase siempre al Sur, porque las tierras que se descubrían el río arriba daban esperanzas de haber en sus cabeceras algunas provincias ricas, de cuya conquista y posesión se había privado Alfinger por haber mudado la derrota para el Este, aunque contra el parecer de algunos que le acompañaron en aquella entrada, que teniendo aún presentes los trabajos padecidos en ella, re-

husaban volver á experimentarlos, se determinó Fedreman á seguir los mismos pasos de aquel viaje, esperando conseguir lo que malogró Alfinger, y con este ánimo salió del Cabo de la Vela con cuatrocientos hombres bien armados, por principios del año en que vamos de 36, encaminando su marcha para el Valle de Upar; pero apenas se hubo apartado de la costa y entrado en aquellas regiones cálidas, cuando con la mudanza de temperamento y falta de agua, por la mucha sequedad de aquellas tierras, empezó á enfermar toda la gente de achaques tan agudos y violentos, que, sin poderlo remediar, unos rendidos con la gravedad del accidente, y otros con la ardiente fatiga de la sed, á cada paso se le iban quedando muertos los soldados, sin que el riesgo de perderlos todos diese lugar para esperar ni socorrer á alguno, pues sólo tiraba Fedreman en aquel conflicto á salir cuanto antes al Valle de Upar, esperando que su benigno clima sería el único remedio á tantos males, como lo experimentó luego que pisó sus fértiles campiñas, teniendo juntamente el gusto de volverse á encontrar con el capitán Rivera, quien, como referimos en el libro antecedente, despedido de Fedreman, había salido del Cabo de la Vela para dar la vuelta á Santa Marta, y despechado de no haber podido arribar á aquella ciudad por el embarazo que halló en las crecientes de los ríos, y oposición que le hicieron los indios Chimilas (con quienes tuvo repetidos encuentros), volvió en busca de Fedreman con ánimo de que le vendiese algún navío (si lo tenía en la costa) para por el mar poder hacer su viaje más seguro.

Hallábase Fedreman con su ejército muy disminuído por la mucha gente que había perdido en el camino, y pareciéndole buena ocasión de reclutarlo, incorporando en él los cincuenta hombres que traía Rivera, súpose dar tan buena maña, valiéndose de los agasajos, sin excusar ofrecimientos, que á pocos lances de conversación quedaron convenidos en proseguir juntos la jornada; de que sentida la gente de Rivera, extrañando haber de militar debajo de la conducta de otro cabo, á quien los había entregado el trato

doble de su mismo capitán, intentó alguna alteración y movimiento, que atajada en los principios, se desvaneció en breve con el castigo de dos, los más culpados, que perdieron la vida en el suplicio, y con la fuga de otros seis, que huyendo de tener el mismo fin, por caminos extraviados, no pararon hasta llegar á Santa Marta, donde hallaron ya gobernando al Adelantado de Canaria D. Pedro Fernández de Lugo, que informado del intento que llevaba Fedreman de caminar siempre al Sur (cuyas provincias eran comprendidas en la demarcación de su gobierno), le escribió una carta cortesana pidiéndole excusase la mala vecindad de introducirse en la jurisdicción de sus conquistas, y encaminada con indios de las naciones amigas, de mano en mano, llegó á las de Fedreman, que siguiendo las orillas del río de la Magdalena, se hallaba ya sobre las sierras de Ocaña; pero advertido, por algunas cartas que le escribieron sus amigos, de la potencia de gente que tenía el Adelantado, y de lo mal que había llevado el que intentase sus descubrimientos por aquella parte, no quiso ponerse en ocasión de venir con él á rompimiento, y confuso entre la variedad de distintos dictámenes, se resolvió á seguir el más dañoso, repitiendo el yerro tantas veces cometido por Alfinger y Spira, pues dejando la derrota que había seguido siempre al Sur, retrocedió al Valle de Upar, perdiendo, como los otros, la gloria de descubrir el Nuevo Reino; y como el ansia apetecible de mandar lo arrastraba con el deseo de gobernar independiente, hallándose en el Valle determinó volverse á Coro, donde le proponía su ambición estarían ya los despachos del Gobierno que á su propartida de la corte (por enviarlo consolado) le habían prometido los agentes de los Belzares.

Con este ánimo dividió su gente en dos escuadras, para que con más comodidad pudiesen proveerse de bastimentos, yendo por diferentes caminos hasta salir á Maracaibo, de las cuales, dejando la una á su cuidado, encomendó á Pedro de Limpias la conducta de la otra, quien cogiendo el camino de la sierra que divide el Valle de Upar de la la-

guna, al cabo de algunos días llegó á ciertas poblaciones fundadas sobre las cañas y esteros que forman las aguas de la laguna en sus orillas, y llamaron por entonces los brazos de Herina, donde aprovechado de porción considerable de oro, así fundido en joyas como en polvo, que quitó á sus naturales del mucho que encontró en su territorio, pasó á buscar á Fedreman á la ranchería de Maracaibo, originándose de lo accidental de este suceso la fama tan celebrada de los brazos de Herina, cuya riqueza se ha quedado tan oculta, que aunque muchos han intentado probar fortuna buscándola, sólo han tenido por fruto de sus deseos contratiempos y desgracias.

Cuando llegó Limpias á Maracaibo halló ya en la ranchería á Fedreman cercado de mil aprietos, así por la necesidad de bastimentos que padecía, como por las dificultades que encontraba para atravesar la laguna y poder conducir su gente á la otra banda para pasar á Coro, por haber Antonio de Chaves quemado los bergantines cuando salió de Maracaibo para el Cabo de la Vela á esperar á Fedreman, pensando no se ofrecería ocasión de volver á la laguna, ni de haberlos menester; pero como no hay desdicha (por grande que sea) en que no quede abierta alguna puerta al remedio, sucedió que una de las embarcaciones, al quemarse, consumidas todas las obras muertas con el fuego, quedando el casco entero, se fué á pique, el cual, descubierto en esta ocasión por los soldados de Fedreman, aunque con alguna dificultad, tuvieron traza para sacarlo fuera, y compuesto lo mejor que se pudo por entonces, quedó con bastante comodidad para pasar en él todo el campo á la otra banda, donde luego que saltó en tierra Fedreman, dió orden para que Diego Martínez, natural de Valladolid, con la mayor parte de su gente entrase por la serranía de Carora hasta salir al Valle de Tacarigua, donde le había de esperar mientras él, dando una vuelta á Coro, adquiría noticias de los despachos del Gobierno que esperaba, para sosegar la inquietud con que lo traía alborotado su ambición; y de allí, con el mayor número de gente que

pudiese, pasar á incorporarse con él para intentar el descubrimiento de las riquezas del Meta, río que tiene su nacimiento cerca de Boyacá, á las espaldas de Tunja, cuya fama, ayudada de la ponderación, era muy aplaudida en aquel tiempo.

Despedido Fedreman para Coro, salió Martínez para la serranía, experimentando desde luego el trabajo ordinario de no tener bastimentos; y como para remediarlo fuese necesario despachar por todas partes á buscar algún socorro, sucedió que habiendo salido á este efecto Hernando Montero con una cuadrilla de soldados, se le murió en el camino, de enfermedad que padecía y no daba á entender su sufrimiento, Martín Tinajero, natural de Ecija en la Andalucía, hombre que, viviendo siempre sin agraviar á nadie, se había mantenido con natural modestia entre los desórdenes que trae consigo la milicia: enterrándolo los compañeros en un hoyo de los que con el invierno había hecho el agua en una de las ramblas por donde corría, y con las semillas que pudieron recoger, dieron la vuelta al campo, que por ir esperando á Fedreman caminaba poco á poco, deteniéndose en aquel contorno, á cuya causa, pasados algunos días, se vió obligado Martínez á despachar otra escuadra de soldados para buscar bastimentos, y entre ellos iban algunos de los que habían enterrado á Tinajero, que llegando cerca de la cañada en que le dieron sepultura, movidos de la curiosidad, quisieron ver si los indios lo habían desenterrado, pero antes de acercarse á gran distancia * se hallaron acometidos de una fragancia tan suave y un olor tan singular, que suspensos, ignoraban la causa á que atribuir tan maravilloso efecto, hasta que aplicando la vista hacia la rambla, reconocieron estar medio descubierto el cuerpo de Tinajero, de cuyo yerto cadáver se exhalaba aquel olor peregrino, de quien enamorados diferentes enjambres de silvestres abejas, se habían apoderado para dar clausura de aromas entre aquellas fragancias á su miel; y

* Piedrahita, lib. III, cap. IV. Fr. Ped. Sim., not. 3, cap. XIII.

no osando los compañeros tocar el cuerpo, admirados se volvieron para el real, donde referido el prodigio, hicieron todos memoria de la modestia y costumbres que siempre habían observado en el silencioso recato de aquel hombre; pero como los conquistadores de aquel tiempo llevaban puesta la mira más en descubrir riquezas que en averiguar milagros, hicieron tan poco caso, que aun siquiera no procuraron darle á aquel cuerpo más decente sepultura, ni aun señalar la parte, por memoria, donde dejaban aquel tesoro escondido.





CAPÍTULO II.

Pelea Martínez con los indios Jirajaras: entra en la provincia de Carora y pasa á la del Tocuyo, donde se le juntan algunos soldados del Gobernador Hortal.

Socorrido Martínez de algunos bastimentos que pudo descubrir la diligencia de sus soldados, prosiguió su marcha hasta encontrarse con la nación belicosa de los indios Jirajaras (26), que por muchos años fueron asombro y terror de toda esta gobernación de Venezuela, quienes con la noticia de acercarse extranjeros á sus tierras, convocados los pueblos y prevenidas las armas, salieron en forma de escuadrón á la defensa, atacando con tal coraje la batalla, que rota y descompuesta la vanguardia española que gobernaba Juan Gascón (vecino que fué después de la ciudad de Vélez en el nuevo reino, donde murió á manos del cacique Tisquisoque), hubieran conseguido la victoria á no estorbarlo Martínez, que conociendo el aprieto en que se hallaba su gente, esforzó su valor para el socorro, cargando sobre los indios hasta ponerlos en fuga, con pérdida considerable de sus tropas, quedando heridos muchos de los nuestros, y entre ellos García Calvete, á quien dieron un flechazo que entrándole por el lagrimal del ojo, le atravesó al colodrillo, de que no solamente quedó sano, pero con la vista tan clara, y sin lesión, como la tenía de antes, te-

niendo tantos testigos de este prodigio, cuantas fueron las personas que después le conocieron vecino encomendero de la ciudad de Vélez, donde dejó sucesión.

Sentidos los indios de la derrota, y más al ver que los españoles, pasada la refriega, se habían apoderado de su pueblo, trataron de buscar por cualquier medio su despique; y no atreviéndose á intentarlo cara á cara, les pareció más conveniente valerse de una traición, ejecutada entre los agasajos de una paz fingida, para lo cual, quedándose más de mil en emboscada, entraron cuatrocientos en el pueblo, llevando las armas escondidas entre unos haces de paja, en que fingían llevar algunas frutas de regalo; pero descubierta la cautela por la sagacidad de los indios de servicio que iban en el campo, advirtieron á Martínez del engaño; quien, previniendo toda su gente con presteza y haciéndoles tomar las armas con recato, dió sobre los indios tan de repente, que dejando muertos los más y presos hasta ochenta, obligó á los restantes á buscar con la fuga su seguridad, á cuyo estruendo, pensando los de la emboscada que era llegada la hora que tenían prevenida en su traición para acometer á los nuestros descuidados, salieron muy alegres á embestirles; pero hallándolos con las armas en las manos, y viendo muertos, presos y desbaratados á los cuatrocientos compañeros, quedaron tan turbados, que tomaron por partido en aquel lance pedir de veras las paces, rescatando los prisioneros á trueque de oro y vituallas.

A pocos días después de este suceso salió Martínez de aquel pueblo, y caminando con su gente, llegó al sitio donde años adelante fundó el capitán Salamanca la ciudad del Portillo de Carora; y hallando en aquel contorno mucho número de indios de naturaleza afable y condición liberal, con sobrada abundancia de bastimentos, determinó quedarse algunos días por lograr la ocasión de refrescar su campo fatigado, desquitando con la provisión presente las escaseces pasadas: motivo que le obligó á detenerse dos meses, en que habiéndose reformado con el descanso y regalo, tuvo lugar después para proseguir su viaje siempre al

Sur por diferentes valles y collados, hasta llegar á la provincia del Tocuyo (donde después se pobló la ciudad que hoy permanece de este nombre); sitio en que se resolvió Martínez á esperar á Fedreman, acuartelando su gente sobre las ruinas de un pueblo que poco antes habían saqueado y quemado los Gayones, indios que habitando en las sierras inmediatas mantenían natural enemistad con los Tocuyos.

Descuidado se hallaba Martínez en el reposo de su alojamiento, cuando (sin haberlos sentido antes) llegaron á la misma ranchería los capitanes Jerónimo de Alderete y Martín Nieto, con sesenta hombres de los que había llevado á sus descubrimientos el gobernador Jerónimo de Hortal (á quien por muerte del comendador D. Diego de Ordaz había el Emperador hecho merced del gobierno de Paria y Maracapana), para cuya inteligencia es de advertir que hallándose empeñado Hortal en sus conquistas, un Alonso de Escalante, hombre de natural inquieto y revoltoso, que hacía oficio de veedor de la Real hacienda, fomentado de Machín de Oñate, amotinó el ejército de suerte que negándole descaradamente la obediencia á Hortal, lo pusieron en prisiones, y junto con su teniente Alvaro de Ordaz, tres caballos y diez infantes que lo convoyasen, lo remitieron á la costa; y aunque muchos de los soldados, no queriendo complicarse en operación tan fea, tomaron con resolución hidalga la vuelta de la costa, siguiendo á su Gobernador en la adversidad de su fortuna, los demás, ó temerosos del castigo que merecía lo enorme de su delito, ó con la esperanza de encontrar alguna rica provincia en que quedar aprovechados, nombrando por caudillos para que los gobernasen á Jerónimo de Alderete y Martín Nieto, se entraron la tierra adentro, atravesando desde las orillas de Uriaparia hasta la provincia del Tocuyo, donde habiendo reconocido rastros de gente española, se hallaron temerosos, recelando no fuesen soldados del gobernador Antonio Sedeño, con quien habían tenido en Paria diferencias muy reñidas sobre las jurisdicciones, ó algún juez que hubiese enviado contra

ellos la Audiencia de Santo Domingo, para castigar el desacato cometido contra su gobernador; pero conociendo luego ser gente de Venezuela, con quien no tenían encuentro ni diferencia que les pudiese causar algún temor, llegaron al alojamiento sin recelo, donde, como llevamos referido, hallaron á Martínez que, bastantemente cuidadoso con aquella novedad tan no esperada, no podía acabar de persuadirse á que aquellos sesenta hombres hubiesen atravesado tan dilatadas provincias como había de por medio de allí á Maracapana: discurso que le hacía sospechar no fuese aquella escuadra alguna manga sobresaliente á quien venía siguiendo con su ejército el gobernador Hortal, de quien, como prudente, se temía no intentase (hallándose con fuerzas superiores) violentarlo á que desamparando á Fedreman le acompañase á sus conquistas, por cuya causa mandó luégo llamar algunas de sus tropas que andaban divididas, poniendo gran cuidado en sus cuarteles, diligencia que no excusaron por su parte Nieto y Alderete, por tener la misma desconfianza de Martínez; y así, rancheados en parte separada, aunque en el mismo valle, se mantuvieron recatándose unos de otros, hasta que un accidente repentino, quitándoles los recelos, les hizo conformar las voluntades.

Y fué que, viendo los indios Gayones desde sus serranías los humos que salían del alojamiento de los españoles, discurrieron que los Tocuyos, en menosprecio de sus armas, habían vuelto á habitar el pueblo que ellos les habían quemado; y teniendo aquel atrevimiento por desaire de su reputación, resolvieron, juntas todas sus parcialidades, bajar á darles el castigo que merecía el desacato cometido contra el respeto que se debía á su valor; y ejecutáronlo, abriendo nuevos caminos por la fragosidad de una montaña, por donde sin ser sentidos penetraron hasta encontrarse con los nuestros, á quienes (aunque extrañaron por no ser los que buscaban) acometieron con tan gallardo brío, que necesitaron bien de los suyos los soldados de ambas compañías, juntos en un batallón, para el rechazo de cuatro mil gandules, que componían el ejército enemigo, quedando des-

baratado y la victoria por los nuestros, con grande aplauso de Alderete, á cuya resolución y bizarría se debió la mayor parte del suceso: causa para que quedasen tan amigos, que depuestas las sospechas de ambas partes, se comunicaron sin doblez todo lo acontecido en sus jornadas; de que informado Martínez por extenso, despachó á dar cuenta á Fedreman, que ciego con el ansia del gobierno que apetecía, se mantenía todavía en Coro esperando por horas los despachos; pero recibida la noticia de Martínez, se puso luégo en camino, doblando las jornadas hasta llegar al Tocuyo, donde valiéndose de aquellos agasajos que eran propios de su condición afable, consiguió que los sesenta hombres se incorporasen en su campo siguiéndolo voluntarios, aunque los capitanes Nieto y Alderete, por tener puesta la mira á pretensiones más altas, se excusaron con urbanidad de acompañarle, pidiéndole sólo escolta que los convoyase á Coro para pasar de allí á Santo Domingo, donde murió Martín Nieto; y Alderete, trasportándose al Pirú, le sopló tan favorable el aura de la fortuna, que llegó después á verse Adelantado de las provincias de Chile.

Vanaglorioso Fedreman de ver tan reforzado su ejército con la recluta de aquellos sesenta hombres que se le habían agregado, pasó á representar á sus soldados la falta de armas con que se hallaba y la necesidad de medios que tenía para el apresto y provisión de aquellas cosas precisas de que necesitaba; y como el agrado y buenos modos de un superior es una dulce violencia para el corazón de un súbdito, valiéndose de estos medios consiguió sin repugnancia el que le franqueasen en empréstito todo el oro que tenían, con el cual despachó á Coro al capitán Betesa, que dentro de pocos días volvió con suficiente provisión de todo lo necesario; y queriendo lograr el poco tiempo que restaba del verano del año de 37, desalojó su campo del Tocuyo y pasó con él al valle de Barquisimeto, donde lo buscaremos después.



CAPÍTULO III.

Pelea el gobernador Spira con los indios de Mal País: tiene otros encuentros con diversas naciones, y llega á la provincia de Papamene.

Dejamos al gobernador Jorge de Spira empeñado en disuadir á sus soldados del viaje que pretendían para el descubrimiento de los españoles perdidos, según la relación de la india; y por quitarles la ocasión de que pensasen más en ello, trató de acelerar cuanto antes su partida; pero antes de ejecutarla, viendo los indios la mala vecindad que recibían de huéspedes tan pesados, determinaron valerse de las armas para librarse por su medio de la opresión que padecían con tan pesado hospedaje, para cuyo efecto, juntas todas las naciones que habitaban el contorno, vinieron al real una mañana al ir despuntando el alba, y hallando dormida una de las centinelas, en pago de su descuido le quitaron la vida al golpe de una tostada lanza, sirviendo su muerte de aviso á los demás para que, tocando alarma, saliesen los españoles prevenidos á la resistencia de los indios, que por todas partes atacaban los cuarteles entre el confuso rumor de su guazabara; y encontrándose con ellos á las primeras luces que iba rayando el día, se trabó entre los dos campos la batalla con tan buenos bríos de ambas partes, que por algunas

horas, sin declararse Marte favorable, se mantuvo indecisa la victoria: porque, además de ser los bárbaros muchos, alentados y resueltos, les daba gran ventaja una porción de indios pedreros que traían repartida en sus escuadras, pues con el restallar molesto de las hondas y el acertado tiro de las piedras tenían tan amedrentados los caballos, que ni el gobierno del freno ni el rigor del acicate eran bastantes para obligarlos á entrar en la batalla (27): circunstancia que advertida por los indios, logrando la ocasión de este accidente, se empeñaron con más fuerza en el combate, de suerte que llegó Spira á desconfiar del suceso; pero buscando algún remedio que mejorase su partido, mandó á Alonso Pacheco, que con cincuenta infantes y quince hombres de á caballo, rodeando por unas trochas que había detrás de un pequeño monte, á un lado del lugar de la refriega, acometiese por las espaldas á los indios, procurando ponerlos en desorden.

Ejecutólo así Alonso Pacheco con la presteza que el lance requería, y cogiendo á los indios descuidados, al verse acometer por parte no esperada, fué tanto su desmayo, que vuelta en desaliento su fiereza, no pudiendo resistir aquel encuentro impensado, fundaron en la fuga su defensa, dejando el campo y la victoria en manos de los nuestros, aunque no á tan poca costa que no quedasen heridos muchos, y algunos muy de peligro; causa que obligó á Spira á detenerse allí otros quince días por la necesidad que tuvo de curarlos; y pasados, prosiguió su viaje sin apartarse de la falda de la misma cordillera, hasta llegar á un pueblo, en cuyo sitio fundó después Juan de Avellaneda la ciudad de San Juan de los Llanos, y llamaron por entonces los soldados de Spira Pueblo de Nuestra Señora, por haber celebrado en él (con gran banquete y regocijo) la fiesta de la Asunción del año de 37. Alegres con las noticias que (por echarlos de sus tierras) les daban los indios de haber más adelante provincias muy opulentas, que teniéndolas por ciertas, no queriendo dilatar más la dicha de poseerlas, el día después de la fiesta se partieron á buscarlas, y á pocas horas

de marcha se hallaron acometidos de cantidad considerable de indios, que armados de arcos y flechas, intentaban embarazarles el paso; pero caminaban los nuestros prevenidos con las armas en la mano, como en tierra de enemigos, y así, al primer disparo de sus flechas cargaron sobre ellos los jinetes con tal furia que, alanceando á unos y atropellando á otros, quedaron desbaratados todos y tan amedrentados, que sin tener ánimo para intentar más movimiento, en llegando después á columbrar de lejos los caballos, se echaban en el suelo, tapándose las cabezas y cara por no verlos; logrando Spira la conveniencia de este temor concebido, para pasar sin embarazo hasta las riberas del río Ariare, en cuya margen se detuvo algunos días porque la abundancia de sus aguas no permitía lugar para vadearlo.

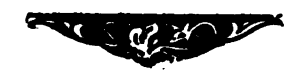
No extrañaron los indios que habitaban de la otra vanda del río la novedad de aquella gente peregrina, pues sin recelo alguno pasaron luégo con sus canoas á contratar con los soldados, llevando cantidad de bastimentos para vender á trueque de algunos rescates de Castilla, en especial de cascabeles, que era lo que más les agradaba, si bien procedían con tal recato, que antes de llegar con las canoas pedían por señas se apartasen los españoles de la playa donde ponían lo que llevaban á vender, recogiendo lo que en precio de sus mercancías les habían allí dejado los soldados, sin querer más comunicación ni amistad con ellos que la que permitía el modo de aquel cauteloso contrato; continuando de esta suerte en su comercio hasta que, disminuídas las aguas del río, dieron comodidad á Spira para buscarle vado y pasar de la otra banda, encaminando su ejército por tierras de los Canicamares y Guayupes, siéndole preciso abrirse el paso á fuerza de armas por la tenaz oposición que halló en estas naciones, principalmente en los Guayupes, que para manifestar más su braveza, envuelta en ferocidad, le presentaron la batalla en campo raso, coronadas las cabezas con penachos de plumas, los cuerpos todos desnudos y entintados con jagua, que es el zumo (de color negro) de cierta fruta á modo de manzanas, con que acostumbran te-

ñirse cuando van á la guerra, para hacerse formidables con el aspecto á sus contrarios; pero para con los nuestros aprovecharon poco semejantes invenciones, pues aunque á los principios resistieron con valor el ímpetu de los infantes, que iban algo delanteros, acometidos después de los caballos, fueron con facilidad puestos en confusión y desbarato, dejando sus poblaciones al arbitrio de los soldados, que supieron bien aprovecharse de lo que hallaron en ellas; y pasando sin detenerse, á pocas marchas llegaron á descubrir las aguas del celebrado río de Papamene (28), donde le pareció á Spira detenerse algunos días, así por dar dercanso á la fatiga de su gente, como por buscar entre los indios quien le sirviese de guía para descubrir á menos costa las riquezas que le aseguraba por fijas su deseo.

Extraña novedad causó en los indios de Papamene la repentina vista de los nuestros, porque las personas, las barbas y vestidos, junto con la presencia de los caballos, les eran todas cosas tan peregrinas, que con el deseo de reconocerlas y admirarlas de más cerca, fueron llegando algunos con recato en sus canoas; y aunque los soldados, por señas más que por palabras, les aseguraban la confianza con que podían saltar en tierra, no fiándose de promesas de gente no conocida, volvieron á retirarse á la otra banda del río, hasta que, juntas más de trescientas canoas, en que vendrían dos mil indios, asegurados de su misma multitud, se fueron acercando á la ribera en que alojaban los nuestros, que ignorando el fin que podía tener tal movimiento, para cualquier accidente, los esperaban prevenidos; pero los indios, manifestando desde luego ser sólo la novedad quien los llevaba, sin dar muestras de alguna hostilidad llegaron á la playa, aunque el recelo no los dejó salir de las canoas, y Spira, por asegurarlos más en la confianza y quitarles el temor, les dió á entender por los intérpretes que sólo pretendía su amistad, con el deseo de que, estrechándose la correspondencia, se comunicasen sin cautela; y añadiendo á estas palabras algunas demostraciones de agasajo, con diferentes regalos de abalorios, cuchillos y cascabeles, los des-

pidió gustosos y aficionados á la liberalidad que habían hallado en los huéspedes.

De esta visita y del trato afable que experimentaron en Spira quedaron los indios tan pagados, que fueron continuando en venir al alojamiento los más días cargados de frutas y pescados (asados en barbacoas), de que abundan mucho aquellos ríos, y poco á poco, con la comunicación, perdieron tanto el recelo, que se entraban en los ranchos de los soldados con la misma libertad que pudieran en sus casas: de esta familiaridad tuvieron ocasión los españoles para procurar informarse y adquirir noticias de las provincias y naciones que había más adelante, y si en ellas hallarían oro ó plata, que era el centro á que tiraban todas las líneas de aquella peregrinación trabajosa: á todo respondían los indios tan á medida del deseo, como si por las palabras con que les preguntaban fuesen leyendo el corazón á cada uno: pintábanles las tierras que buscaban tan fértiles, tan pingües y tan ricas, que ya les parecía á los soldados tenían entre las manos los tesoros; y por no dilatar la posesión, que podía peligrar en la tardanza, sin aguardar más tiempo salieron de Papamene, llevando cuatro ó cinco indios que los condujesen seguros al goce de las riquezas que tenían por infalibles.







CAPÍTULO IV.

Engañan los indios á Spira, y con malicia lo conducen á la provincia de los Choques: envía á Esteban Martín á reconocer la tierra, y tiene mal suceso en la jornada.

Habiendo Spira pasado en canoas el río de Papamene, encaminó su campo por la parte que las guías quisieron llevarlo, tan confiado en la seguridad de sus promesas, que tenía afianzado en ellas las medras de su fortuna; pero los indios, ó fuese porque en realidad ignoraban lo que habían asegurado, ó por malicia de su natural fementido, que es lo más cierto, engañosamente lo fueron conduciendo hasta empeñarlo en la provincia de los Choques, y huyéndose una noche, lo dejaron metido en una tierra doblada, áspera, montuosa, llena de tremedales y pantanos, pobladas de muchos indios belicosos, de mala digestión, desabridos y de condición intratable, diestros y animosos en la guerra, para lo cual usaban de lanzas hechas de madera de palmas, enastados en ellas pedazos de canillas de hombres, agudos y afilados; tan bárbaros en sus costumbres, que atropellando los respetos de la misma naturaleza, ni el padre estaba seguro del hijo, ni la mujer del marido, pues se mataban como fieras sólo por saciar el bestial apetito de hartarse de carne humana (29).

En este país tan desapacible é intratable se hubo de

alojar Spira, buscando para acuartelar su gente el sitio que le pareció más descubierto, limpio y libre de humedades; y deseando reconocer el estado de la tierra y el número de indios que había en ella, para poder discurrir lo que había de ejecutar, envió á su Maestre de campo Esteban Martín, con cincuenta infantes y veinte hombres de á caballo, para que en el término de veinte días la registrase toda; pero habiendo caminado pocas leguas, fueron tantos los tremedales y manglares con que se halló atajado, que fué imposible vencerlos ni los soldados de á pie ni la gente de á caballo, pues aunque lo intentaron por mil partes, se sumergían siempre en los atolladeros hasta arriba de las cinchas, saliendo bien lastimados de las puntas y raíces que ocultaban los mangles; causa que les obligó á volverse y representar á Spira las dificultades que encontraban para dar cumplimiento á su mandato; pero no fueron bastantes para que el Gobernador mudase de su dictamen, antes le volvió á mandar que, dejando los caballos, saliera luego con los cincuenta infantes, y entrando por otro camino, ejecutase sin réplica el reconocimiento que le tenía encomendado.

Era Esteban Martín hombre de gallardos bríos, baquiano y bien entendido en las guerras de las Indias, como que se había hallado en diferentes conquistas y sido uno de los que acompañaron á Ambrosio de Alfinger en sus jornadas; pero tanteando con su mucha experiencia la mala disposición de aquel terreno y la indómita ferocidad de aquella nación tan bárbara, reconoció el peligro á que lo exponía la inconsiderada determinación de Spira, y aunque no se atrevió á excusar de obedecerla, porque no pareciese desaliento del valor lo que era consideración de su prudencia, sin embargo, le dijo al Gobernador: «Vuestra señoría gusta de que yo entre á reconocer esta provincia con tan poca gente como me señala; los indios (según tengo tanteado) son muchos y diestros en las armas, la tierra trabajosa y desacomodada; quiera Dios que alguno de nosotros quede con vida para que traiga la noticia del desastrado fin de los demás.» Y poniéndose en camino, salió con los cincuenta

hombres á ejecutar la diligencia, atravesando las poblaciones que había cerca del alojamiento, hasta encontrarse con una montaña tan cerrada, pantanosa y llena de ramblas, que á cada paso se consideraban ya perdidos; siendo el mayor trabajo el tesón con que les llovía sin cesar de día ni de noche: causa de tanta aflicción para los pobres soldados, que viendo la incomodidad que padecían y el poco provecho que esperaban, al cabo de cinco días determinaron volverse; pero al tiempo que querían ejecutarlo les deparó su adversa suerte una mal seguida trocha por donde les pareció podrían hallar salida para alguna población, y caminando por ella cuatro días, al último, sobre tarde, dieron con unas sementeras de maíz entre unas tierras dobladas, de donde salía una vereda que, según lo bien abierta, manifestaba ser muy continuada; siguiéronla sin parar ni aun á descansar siquiera aquella noche, y al postrer cuarto del alba salieron á un pueblezuelo que sería de treinta casas, fundado en la eminencia de un cerro.

Luego que lo reconoció Esteban Martín, hizo alto con su gente, así por ponerla en orden, como por aguardar los indios de servicio, que, rendidos con la fatiga del camino y de la noche, se habían quedado muy atrás; pero viendo que tardaban en llegar, aunque los había esperado por buen rato, por no perder la conveniencia que le ofrecía la oscuridad para el asalto, dió orden á Nicolás de Palencia (vecino que fué después de la ciudad de Pamplona en el nuevo reino) para que se quedase allí á recoger los cargueros conforme fuesen llegando, y él, con los demás, antes que rompiese el día, dió el avance sobre el pueblo, á cuyo estruendo y alboroto despertaron los indios, echando mano á las armas y acudiendo como leones á la parte por donde sintieron el ruido de la interpresa, con tanta prontitud, que hallándose los nuestros divididos, les fué forzoso juntarse en un cuerpo y escuadrón para poder defenderse, así por ser mucho el número de los indios, como por la gran destreza con que jugaban las lanzas, ayudados del conocimiento del terreno; circunstancia que les daba gran ven-

taja, pues los nuestros, con la oscuridad de la noche, agravada más de un poderoso aguacero que había empezado á caer, ni sabían la parte donde estaban, ni podían aplicar reparo á los repetidos golpes de las lanzas que les tiraban los bárbaros: crecía por instantes la confusión con la oscuridad y con el agua: animaba Esteban Martín con el ejemplo y con la voz á sus soldados; pero ellos, temerosos con los accidentes que habían concurrido para hacer más sangrienta la refriega, se fueron retirando con buen orden, hasta abrigarse al repecho de una barranca que les guardase las espaldas, donde hicieron alto para tomar algún aliento en el descanso y esperar á que llegase Nicolás de Palencia con la gente que se había quedado atrás.

Ya que estuvieron todos juntos y recogidos los indios del servicio, no obstante de hallarse muchos de los soldados fatigados con algunas heridas de peligro, teniendo Esteban Martín por menoscabo de su reputación la retirada, aunque la noche proseguía en su oscuridad, y la fuerza del agua no cesaba, volvió á avanzar segunda vez al pueblo con tanta resolución y tal coraje, que aunque los indios mostraron bien sus bríos en procurar la defensa, no pudieron resistir al corte de las espadas ni al tiro de las ballestas, obligándoles la turbación á retirarse y desamparar el pueblo, dando lugar á los nuestros para que, por infundir con el asombro algún temor en los indios, pegasen fuego á las casas, reservando solas tres que estaban algo apartadas, para tener en qué alojarse el tiempo que allí estuviesen.





CAPÍTULO V.

Vuelve Esteban Martín á pelear con los indios y queda desbaratado: retírase de noche por no ser sentido, y aunque con muchos trabajos, llega donde estaba Spira, y muere de siete heridas que sacó de la refriega.

Alegres los españoles con la victoria, y animados más con la claridad del día, salieron luego que amaneció á reconocer la parte por donde los indios habían hecho su retirada aquella noche; y cuando pensaban que el temor apenas les habría dejado aliento para asegurarse con la huída, los hallaron á pocos pasos del pueblo puestos todos en pie y arrimados á sus lanzas; entereza que no les pareció bien á los soldados, ni que llegase á tanto la osadía de aquellos bárbaros, que hubiesen tenido atrevimiento para mantenerse constantes tan inmediatos al pueblo, sin que el horror de las heridas recibidas, ni el sentimiento de ver quemadas sus casas, hubiesen sido bastantes para quebrantar su fortaleza; y deseando amedrentarlos algo más, para que á fuerzas del escarmiento cobrasen algún temor, quisieron desalojarlos de aquel lugar donde se estaban inmobles; pero por mucho que hicieron para conseguirlo, quedó siempre la diligencia sin provecho, pues como pudiera el escuadrón más arreglado de Esguizaros, sin hacer más movimiento que dar un paso adelante, esperaban los acometi-

mientos con las puntas de las lanzas, deteniendo con la destreza toda la fuerza española, y logrando herir á muchos, sin recibir ellos algún daño, ni ser posible descomponerlos de aquel puesto en que se hallaban plantados.

Vista por Esteban Martín tan mili tar disciplina, y cono ciendo que los bárbaros se iban aumentando por momentos, por ser mucho el número que iba concurriendo al socorro, no le pareció acertado mantenerse más en aquel sitio, por ser manifiesto el riesgo á que exponía sus soldados si no lograba la ocasión de retirarse con tiempo; y conviniendo en el mismo dictamen los demás, al primer cuarto de la noche abandonaron el pueblo que había sido el terrero de sus armas, y empezaron con silencio á retirarse, dividida la gente en tres escuadras para poderlo hacer con más seguro, caminando de esta suerte sin que los indios los sintiesen, hasta que al quebrar el alba dieron con otra población, cuyos moradores, prevenidos ya por los del pueblo antecedente, y convocados en su ayuda todos los circunvecinos, los recibieron con las armas, acometiendo á los soldados conforme iban llegando, rendidos con el trabajo de la noche y fatiga de aquel día; y aunque los de la primera escuadra resistieron con tal valor el encuentro, que hicieron retirar á los indios, quedando dueños del pueblo, fueron tantos los que cargaron sobre las otras dos que venían más atrás, que no fué bastante el esfuerzo de Esteban Martín para oponerse al acometimiento de aquella muchedumbre embravecida, pues á los primeros lances se halló desbaratado y reconoció perdido, con siete heridas mortales que las disimuló la fortaleza de su valiente espíritu, prosiguiendo en la pelea como si estuviera sano, porque no desmayaran los soldados al conocer su peligro.

Pero no bastando su valor á componer el desorden en que se hallaban los suyos, procuraban todos poco á poco irse recogiendo para el pueblo, buscando abrigo en las casas, cuando por una novedad inadvertida se les aumentó la confusión y creció más el desconsuelo, pues llegó un soldado llamado Valdespina (que se retiraba mal herido) di-

ciendo que el capitán quedaba prisionero de los indios: noticia que infundió en los más tanto temor, que faltándoles el ánimo, confesaban su desmayo con la turbación y el desaliento; pero Nicolás de Palencia, viendo que para salir de aquel aprieto era preciso animarlos, hablando con el desenfado que solía, les dijo que cuando el capitán fuese perdido, sólo les faltaba un hombre, pues no peleaba por más, y no por la falta de uno habían de mostrar flaqueza, cuando todos tenían bríos para saber defenderse.

Estas palabras dichas á tiempo y con garbo, y el haber llegado entonces Esteban Martín, que, postrado al dolor de las heridas, se venía también recogiendo para el pueblo, fueron causa para que, volviendo en sí, desechasen el temor que los tenía acobardados y tratasen de fortalecerse entre las casas para poder tener algún seguro mientras daban disposición para curarse; pero la desgracia de aquel día corrió tan igual por todas partes, que para nada hallaron remedio, ni pudieron tener forma, por haberse apoderado los bárbaros del bagaje, quitándoles la ropa y demás prevenciones que llevaban, con muerte de los cargueros y resto de la gente de servicio, á quienes pasaron á cuchillo; contratiempo en que, perdida la esperanza, tuvo nuevo lugar la confusión, pues ni podían quedarse allí por falta de bastimentos, ni proseguir su retirada por el embarazo de haber de conducir tantos heridos, y muchos de ellos de riesgo; pero discurriendo medio para salir de aquel empeño, dispusieron cuatro hamacas en que llevar cargados á Esteban Martín, á Valdespina y otros dos soldados, por ser los de más peligro, y los demás, que caminando en la forma que pudiesen, asegurasen la vida en su propia diligencia.

Dispuesta la retirada de esta suerte, luego que cerró la noche, con el mayor recato y silencio que pudieron empezaron á marchar, dejando amarrado un perro en un bujío para que á la voz de sus ladridos se descuidasen los indios; estratagema que les salió bien acertada, pues engañados con ella, ni conocieron la fuga, ni cayeron en la cuenta hasta muy entrado el día; teniendo lugar los nuestros en el

ínterin para ir caminando poco á poco, pues no daba lugar para otra cosa ni el embarazo de los heridos, ni el accidente de haberles empezado á llover tan reciamente, que no había senda que no fuese un charco, ni quebrada que no pareciese un río, siéndoles preciso en muchas partes pasarlas cuasi á nado, con el agua hasta los pechos; circunstancias que, juntas unas con otras, les fueron de tanto estorbo, que habiendo caminado sin parar toda la noche, á la mañana se hallaron sólo á distancia de una legua del pueblo que habían dejado al retirarse, tan postrados con el trabajo y desfallecidos por la hambre (por haber más de cuarenta horas que no probaban bocado), que deseaban ya la muerte como alivio á tantas calamidades; y para remedio de ellas tomaron una resolución tan cruel como necesaria por entonces para la salud de todos, pues considerando el embarazo que les era la carga de los enfermos, determinaron llevar en las hamacas sólo á Esteban Martín y á Valdespina, y dejar allí á los otros dos, que estaban ya sin esperanza de vida, por habérseles pasmado las heridas con el agua, á cuyo fin los apartaron del camino y metieron en el monte, porque no los encontrasen los indios; y despidiéndose unos de otros con lágrimas y suspiros, los dejaron á morir en aquella soledad á manos del desamparo.

Aliviados en parte con esta diligencia, pasaron adelante y llegaron á descansar á las barrancas de un río, donde les pareció sitio á propósito para poder alojarse siquiera mientras encendiendo lumbre se calentaban un poco y tomaban algún sustento, asando unas frutillas de ciertas palmas silvestres, de cuyos huesos sacaban una medulilla amarga, que chupándola les servía de entretenimiento para mantener la vida.

En este estado se hallaban, cuando un soldado llamado Pedro de la Torre, hombre de resolución y grandes bríos, viendo la aflicción que padecían y el peligro de perecer que amenazaba á todos, pidió licencia á Esteban Martín para adelantarse solo á dar cuenta al Gobernador del estado en que quedaban, para que los socorriese con bastimentos y gente

que ayudase á cargar á los heridos, obligándose á llegar á su presencia en aquel día, aunque estaban distantes veinte leguas; y anduvo tan acertado en su demarcación, que gobernándose por derrota y caminando por atajos, salió (aunque tarde de la noche) al alojamiento donde se hallaba Spira, á quien dió cuenta del estado miserable en que dejaba á los demás compañeros; de que apesarado el Gobernador, conociendo (aunque tarde) haber sido su temeridad causa de aquella desgracia, procuró acudir al reparo con presteza, enviando algunos soldados con disposición y forma para conducir con más conveniencia á los heridos; pero cuando llegaron á encontrarlos, que fué al cabo de dos días, era ya muerto Valdespina, y Esteban Martín tenía tan ulceradas y corruptas las heridas, que por mucha priesa que se dieron para trasportarlo al real, no hubo medicamento que bastase para preservarle de que al tercero día de llegado se le acabase la vida, con notable sentimiento del Gobernador y de todos los del campo, porque su condición liberal y mucho agrado fueron prendas que le habían adquirido la dicha de bien quisto.





CAPÍTULO VI.

Entra Fedreman en los Llanos, y huyendo del invierno se retira á la serranía: llega al pueblo de la Poca Vergüenza, y sale de los Choques Jorge de Spira.

En llegando á apoderarse del corazón humano la ambición, ni hay entendimiento que no ciegue ni razón que no perturbe. Hallábase Nicolás de Fedreman con su ejército, aumentado de los sesenta hombres de Hortal, proveído de todo lo necesario, con el socorro que le había traído de Coro el capitán Beteta, favorecido del tiempo por ser lo más apacible del verano; y malogrando estas conveniencias por el inmoderado apetito de mandar, se puso á contingencia de perderlo todo, pues persuadido á que por horas podría recibir los despachos del gobierno, á que anhelaba con tanta ansia su deseo, no se resolvía á salir de Barquisimeto por no alejarse de Coro, gastando en estas vanas esperanzas tanto tiempo, que dejó pasar lo mejor de él sin provecho; de que disgustados los soldados viendo aquella detención tan infructuosa, empezaron á murmurar con desahogo, y aun trataron algunos de dejarlo y retirarse á Coro: movimiento que, entendido por algunos de sus más confidentes amigos, fué causa para que le advirtiesen el daño que amenazaba.

Este recelo le obligó (bien contra su voluntad) á acelerar

su partida; y saliendo de Barquisimeto, empezó á caminar la vuelta de los Llanos, entrando en ellos por la parte que llaman el Boquerón; pero como el tiempo ya no era á propósito, por haber pasado lo mejor del verano, desde luego fué experimentando los efectos que causó su dilación, pues cargando las aguas con el rigor que suele en estas partes, habiendo caminado divididos, Fedreman con la mitad del campo por un lado, y el capitán Martinez con el resto por la provincia de los indios Gueros, juntos después de algunos días, les fué preciso dejar los Llanos y buscar la serranía, que les demoraba al Poniente, para invernar en ella, porque las inundaciones eran tantas que parecían lagunas las sabanas.

No sosegaba Fedreman con la inquietud que perturbaba su espíritu, ni los desengaños bastaban á templarlo, ni la experiencia adquirida á persuadirlo, pues sin hallar consuelo en nada, sólo divertía el pensamiento con la esperanza del gobierno que aguardaba. Y discurriendo que podía ser haber ya llegado á Coro los despachos, luego que alojó su ejército en la serranía, dejándolo encomendado al capitán Martínez, volvió á Barquisimeto con el ansia de buscarlos; pero consumidos sin fruto algunos días, viendo que no llegaba el plazo de sus deseos, con harto sentimiento hubo de conocer su desengaño, y lleno de pesares y tristezas volvió á buscar su gente, harto desconsolado, á tiempo que, entrando el año de 38, pudo proseguir su marcha, caminando con tal felicidad, que sin experimentar accidente que nos pueda retardar la pluma, atravesó diferentes provincias y naciones, hasta llegar á un pueblo cuyos moradores, aunque al principio dieron muestras de recibir á los nuestros de amistad, quedándose en sus casas, después, ó temerosos ó advertidos, trocaron el reposo por la fuga; de cuya desconfianza sentido Fedreman, mandó á los soldados los siguiesen; mas como algunos de ellos, llevados del interés, atendiesen más al pillaje de los bujíos que al mandato del General, viéndolos Fedreman, les dijo con alguna alteración: «¡Oh qué poca vergüenza de soldados!» Y como en

la afable condición y modesta compostura de aquel hombre jamás habían experimentado enojo alguno, extrañaron tanto estas palabras, que por memoria de cosa tan singular llamaron á aquel pueblo el de la Poca Vergüenza.

Mientras esto pasaba á Fedreman, se hallaba Jorge de Spira en la provincia de los Choques, tan cercado de trabajos, que parece se habían conjurado contra él los infortunios; pues además de padecer gran falta de bastimentos y los continuos asaltos con que le molestaban los indios sin dejarlo sosegar, las muchas humedades y vapores gruesos de aquella tierra tan montuosa y empollada, causaron tantas enfermedades en su campo, que al rigor de su violencia murió la mayor parte de la gente del servicio y muchos de los soldados, sin poder hallar remedio á tan distintos achaques como todos padecían; participando también del nocivo influjo los caballos, porque con la mala calidad de los pastos con que se sustentaban, unos se hinchaban hasta reventar, y á otros se les criaba tanta abundancia de lombrices, que, echándolas por la boca, se caían muertos, siendo el mayor desconsuelo, en medio de tanto mal, aquel continuo llover noches y días, que le tuvo cortado el paso un año entero, sin permitirle lugar para que, saliendo de aquellas montañas donde parece tenían su asiento las desdichas, pudiese huir el horror de tanta calamidad; pero viendo que mientras más se detenía era su perdición más evidente, pues por instantes se le iban aumentando más los contratiempos, se resolvió (atropellando inconvenientes) á disponer su retirada, aunque con mil dificultades y trabajos, por ser muy poca la gente que le había quedado, y de ella, más los enfermos que los sanos; pero alentados aquellos afligidos españoles con la esperanza de hallar alguna mejora que templase la adversidad de su fortuna, sacaban fuerzas de su mismo desaliento para poder caminar, huyendo de aquella tierra que había servido de piedra de toque á su constancia y de sepulcro miserable á los demás compañeros.

Mas hallando despoblados todos los países que encontraban, por haberse retirado los indios, escarmentados de la

mala vecindad que les hicieron cuando por allí pasaron, fueron tantas las hambres que padecieron, que no pudiendo resistir con la debilidad la falta del alimento, murieron de necesidad los más de los enfermos, y entre ellos muchas personas de cuenta y suposición, como fueron Juan Cuaresma de Melo, Francisco de Murga, Antonio Ceballos, Pedro de Cárdenas y Francisco Murcia de Rondón, que sirvió de secretario al rey Francisco de Francia el tiempo que estuvo preso en Madrid, y fué quien descubrió al Emperador la trama que tenía dispuesta el Rey para huirse de la prisión.

Con estas necesidades y miserias hubo de aportar Spira á un pueblezuelo de muy poca vecindad, cuyos moradores, cogidos de repente, sólo tuvieron lugar para salir huyendo, dejándose en las casas porción considerable de yucas y batatas, regalo que, por entonces, fué más estimado de los nuestros que si hubiesen hallado un gran tesoro. Y como, para recobrar algún aliento con aquel socorro que les deparó su buena suerte, determinaron quedarse en aquel pueblo algunos días, andando en uno de ellos cuatro soldados juntos revolviendo los bujíos por ver si hallaban algo que fuese de provecho á su codicia, encontraron acaso una criatura de poco más de un año, que con la priesa de huir debió su madre de haber dejado olvidada; y revestidos aquellos hombres (ó por mejor decir aquellas fieras) de inhumanidad diabólica, mataron la criatura, y poniendo al fuego en una olla un cuarto, la cabeza, pies y manos, mientras se cocinaba, á medio asar se comieron la asadura, saboreándose después con el caldo de la olla, á tiempo que entró en la casa una india cristiana y ladina, criada de Francisco Infante, y conociendo por la vista y el olor ser carne humana la que estaban cocinando, sin darse por entendida con ellos, avisó á su amo la maldad de aquellos hombres, que llegando á noticia del Gobernador, pasó luégo á prenderlos, determinado á que pagasen con la vida la pena de tan enorme delito; pero considerando después la falta que le podrían hacer cuatro hombres, por la poca gente que

tenía, conmutó la sentencia en otros castigos, que, aunque graves, no correspondían á lo que ellos mererecían, si bien á pocos días tomó venganza el cielo, pues murieron todos cuatro, aunque de diferentes achaques, con los mismos accidentes de ansias, congojas y dolores, confesando á voces su delito y conociendo ser su muerte pena de su iniquidad.





CAPÍTULO VII.

Spira llega al río Sarare, y Fedreman al de Apure: tiene noticias de su Gobernador, y por no encontrarse con él se entra en los Llanos: prosigue Spira su jornada y llega á Coro.

Habiendo salido Spira del pueblo que llamaron del Muchacho, por el suceso referido en el capítulo antecedente, caminando poco á poco, por la mucha flaqueza y mala forma con que tenía su gente, hubo de aportar á las orillas del río Sarare, á tiempo que Nicolás de Fedreman, á quien dejamos en el pueblo de la Poca Vergüenza, prosiguiendo en su jornada, llegó á las riberas de Apure (30) (río que debe su origen en la provincia de Mérida á las quebradas que llaman de Brabo, por otro nombre, Aricagua); y teniendo allí noticia por relación de algunos indios de lo inmediato que se hallaba Spira (por estar los dos ríos tan cerca uno del otro), receló, como prudente, no quisiese el Gobernador, si se encontraba con él, despojarlo de la gente que llevaba, para emprender de nuevo otras conquistas, dejándolo privado del mando y malogradas las esperanzas que tenía concebidas de adelantar por su mano sin dependencia de otro su fortuna; y así, por evitar las contigencias de este riesgo, le pareció más acertado huirle el cuerpo al Gobernador; y dejando la serranía por donde venía Spira, torció el camino á

mano izquierda, metiéndose en los Llanos, sin que el Gobernador tuviese noticia de él; hasta que, pasados quince días, llegando á alojarse en las orillas de Apure, halló los rastros de haber estado allí gente española: novedad que le causó grande cuidado, no pudiendo discurrir qué capitán fuese el que andaba por tierras tan retiradas, pues nunca llegó á presumir pudiera ser su teniente Fedreman. Y como con el deseo de hallar quien le diese alguna noticia para salir de recelos, solicitase por todas partes informarse de los indios, fueron tantas las diligencias que hizo, que hubo de descubrir entre unos indios Caiquetios que estaban poblados cerca del río Apure una india ladina que había venido de Coro con Fedreman, y por haber caído enferma se había quedado con ellos, la cual le dió muy por extenso relación de todo lo sucedido y de los designios que llevaba en su viaje Fedreman, con circunstancias tan claras, que le refirió hasta los nombres de las personas principales que le acompañaban.

Envuelto en mil confusiones quedó Spira, sin acertar á resolverse en el consejo que debía tomar en este caso, pues vacilando continuó entre la variedad de pareceres que daban sus capitanes, y no hallaba resolución que le agradase ni dictamen que bien le pareciese; porque teniendo los más por acertado el que volviese con presteza tras Fedreman, y quitándole la gente con la mano de ser su gobernador, diese otro tiento á su fortuna buscando nuevas conquistas (que era lo que siempre había temido Fedreman), no se atrevía Spira á seguir lo arduo de este consejo, considerando que era poca la gente que tenía, y esa enferma, y que Fedreman llevaba mucha y muy lucida, y que meterse en sus manos desarmado, fiado sólo en el respeto que como á su gobernador debía guardarle, era exponerse á la discreción de ajena cortesanía y dar lugar á la contingencia de padecer algún desaire en que quedasen ultrajada su autoridad y su persona.

Gastados en esta irresolución algunos días, hubo de determinarse después á usar de galantería para asegurar con

ella en su obediencia á Fedreman; y para obligarlo con más veras, le despachó nuevos poderes, dándole facultad muy amplia para que en su nombre pudiese proseguir en sus descubrimientos y conquistas; y justamente le escribió una carta cariñosa avisándole por menor de todas sus desgracias, con prevención de algunas advertencias que le parecieron necesarias para el más acertado logro de su viaje; pero esta diligencia no llegó á tener efecto, porque aunque Spira envió á Felipe de Urre, caballero alemán de la casa de los Belzares, con treinta hombres en alcance de Fedreman, halló tan crecido el río de Apure, que parecían mares las campiñas de sus márgenes; y viendo que en treinta días que se detuvo esperando á que mermasen sus aguas para poder esguazarlo, iban cada día en mayor aumento sus crecientes, desconfiando de hallar forma para lograr el pasaje, dió la vuelta en busca del Gobernador, á quien alcanzó alojado ya en la serranía de Coro, padeciendo bastante molestia de los indios, que á lo seguro, sin poder ser ofendidos, le hacían notable daño desde lo alto de la sierra con el continuo disparo de sus flechas.

Pero Spira, por dar algún castigo á su osadía, les dispuso una noche una emboscada, y cogidos en ella el día siguiente, fueron muertos muchos y aprisionados treinta, de los cuales, con sobrado rigor, á sangre fría mandó el Gobernador empalar diez, dando fin con esta crueldad á su jornada, pues sin otro accidente llegó á Coro por febrero del año de 39, después de cinco años de peregrinaciones y trabajos en que perdió trescientos y diez hombres, pues de cuatrocientos que sacó de Coro el año de 34, sólo volvió con noventa, desnudos, enfermos y del todo derrotados, sin lograr otro fruto de su viaje que haber llegado á probar lo que puede aguantar el sufrimiento de los hombres para tolerar desdichas, y dejar eternizada la memoria de la infeliz jornada de los Choques.

Cuando Spira llegó á la ciudad de Coro, halló ya en ella al señor Obispo D. Rodrigo de las Bastidas, que desde el año de 36, fenecida la visita de Puerto Rico, había pasado á

residir en su iglesia, y al Dr. Navarro, á quien la Audiencia de Santo Domingo había enviado con diferentes comisiones sobre el mal trato y venta de los indios, y no por gobernador, como escribió el Provincial Fray Pedro Simón *, á quien siguió el señor Obispo Piedrahita, pues con la venia debida á la autoridad de tan clásicos autores, no hay duda que en esto padecieron un yerro conocido, porque Spira nunca dejó de ser Gobernador hasta su muerte, ni la Audiencia podía enviarle sucesor sólo por el motivo de haber cumplido sus cinco años de gobierno, que es la causa que dan estos autores; pues siendo él nombrado por los Belzares, á quienes el Emperador tenía cedida en arrendamiento esta provincia, sólo ellos podían removerlo y no la Audiencia, en quien no residía jurisdicción para intentar tal mudanza; y que á Spira no lo privó la Audiencia es evidente, porque luego que llegó de su jornada á Coro se embarcó para Santo Domingo á componer algunas dependencias con los agentes de los Belzares; y para el tiempo que podía durar su ausencia dejó nombrado por gobernador en su lugar á Juan de Villegas, y después al tiempo de su muerte (que fué el año de 40) volvió á dejar nombrado al mismo Juan de Villegas, cuyos títulos originales, despachados por el mismo Spira, he visto entre otros papeles que paran hoy en el Maestre de Campo D. Lorenzo de Ponte y Villegas, su descendiente; y lo que asegura un instrumento auténtico, no puede contradecirlo una opinión.

---

* Fray Ped. Sim., not. 4, cáp. XIV. Piedrahita, lib. III, cap. IV.



CAPÍTULO VIII.

Vuelve Fedreman á buscar la serranía: atraviesa la cordillera y entra en el Nuevo Reino: pasa después á España con los Generales Quesada y Benalcázar y muere en Madrid.

Pocos días después que Fedreman (huyendo de su Gobernador) se entró en los Llanos, caminando para la parte del Este se halló atajado de dos poderosas ciénegas, que aunque de poca agua en lo fondable, fueron dificultosas de pasar, por ser muy dilatadas y estar tan llenas de atolladeros, que se entraban los caballos hasta las cinchas en ellos; pero vencida esta penalidad con el trabajo y la maña, salió á tierra más enjuta, y caminando por ella, sin llevar por entonces otro fin que excusar la ocasión de encontrarse con Spira, se apartó tanto de la serranía, que perdiéndola de vista, penetró en lo interior de los Llanos hasta las riberas de un caudaloso río, cuyos contornos, en las señales de diferentes ruinas, mantenían la memoria de haber sido en otro tiempo muy poblados; y deseando Fedreman averiguar la causa de aquella desolación, supo de algunos indios prisioneros que en las aguas de aquel río tenía su habitación un animal tan formidable, tan carnicero y voraz, que había destruído gran parte de aquellos pueblos, comiéndose sus vecinos, y los demás, amedrentados habían desamparado aquel

país, mudándose á vivir á parte más retirada, huyendo de la fiereza de tan nocivo enemigo: relación que tuvo por cierta Fedreman, por haber oído de noche él y todos sus soldados los estupendos bramidos que daba aquella fiera dentro del agua; y algunos aseguraban haberla llegado á ver, afirmándose ser especie de serpiente de corpulencia espantosa (31).

Cuando á Fedreman le pareció que ya podría estar seguro de encontrarse con Spira, dejó el camino de los Llanos, y reforzado su campo con quince hombres que le trajo Juan Gutiérrez de Aguilón (quien desde Coro, siguiéndole las huellas, había venido en su alcance), volvió á buscar la serranía con ánimo de atravesar la cordillera, á cuyo efecto, desde el río Pauto, donde estuvo de asiento algunos días, despachó á Pedro de Limpias á reconocer la parte menos fragosa para poder conducir el ejército por ella; pero la halló por todos lados tan inaccesible é intratable, que desconfiado de poder lograr su diligencia, dió la vuelta, asegurando á Fedreman ser imposible vencer la dificultad que embarazaba el trasporte.

Viendo con este desengaño frustrado totalmente su deseo, torció el camino para el Sur por la falda de la misma serranía, llevándola siempre por guía sobre la mano derecha; y cuasi por los mismos pasos que había seguido Spira, llegó al pueblo de Nuestra Señora, á quien los soldados de Fedreman llamaron de la Fragua, por haber armado allí una para componer las armas y herramientas; y como toda la ansia la tenía puesta Fedreman en pasar la cordillera, por haber hecho concepto de que en aquello consistía el logro de sus aumentos, trató luégo de informarse de la disposición de la tierra que caía de la otra banda, por ver si correspondía la noticia con el discurso que había formado su idea; y hallando en todos los indios una relación conforme de ser provincias muy ricas, abundantes y pobladas, se determinó á seguir por aquella parte su derrota, resuelto á vencer las dificultades que pudieran estorbarlo, y para ello despachó á Pedro de Limpias por delante con algunos

soldados y guías del mismo pueblo, para que allanase los caminos y buscase los pasos más acomodados para el ejército, que á corta distancia le seguía.

Con este orden salió Limpias del alojamiento, encaminando su viaje por la parte que lo llevaban las guías, y al segundo día de jornada empezó á encumbrar la serranía, experimentando desde luego los trabajos é inconvenientes que sólo pudo vencer su valor incontrastable, atravesando páramos frigidísimos y peñascos tan peinados, que le era preciso en muchas partes, á fuerza de picos y de barras, abrir huellas donde pudiesen hacer firme los caballos para conseguir el paso; y en otras que aun no permitía la fragosidad de este recurso, amarrarlos con sogas y suspenderlos con ellas hasta donde pudiesen hacer pie, para librarlos del despeño.

Con estas penalidades y fatigas llegó al cabo de diez días á una loma que, permitiendo sólo una angosta senda muy pendiente para subirla, formaba en su eminencia una llanada razonable llena de mucha paja larga y seca, cercada por todas partes de profundos precipicios y tajadas peñas, donde algunos indios de la comarca se habían recogido temerosos, pareciéndoles el sitio más acomodado para su resguardo; pero viendo subir á los españoles, al conocer que ni allí estaban seguros, pegaron fuego á la paja, que ayudado del viento (por soplarles entonces favorable) creció con tal violencia, que en breve tiempo se convirtió toda la loma en un incendio, poniendo á Limpias y á su gente en tal aprieto, que, perdida la esperanza, se daban ya por perdidos, por no admitir otro partido aquel peligro que despeñarse ó arder, y entre la contingencia de ambos rigores, pareciéndole más suave á un soldado llamado Vivanco el morir precipitado que acabar entre las llamas, se arrojó desde una peña y perdió la vida hecho pedazos, y los demás hubieran padecido el mismo fin á no haber hecho Limpias, con la presteza que pudo, un contrafuego, si bien no fué tan general el remedio, que no muriese quemado un español y algunos indios de carga.

Libre Limpias de aquel conflicto, y vencida con afán la serranía, á pocos días de viaje se halló en el valle de Fosca, primer pueblo de los dominios del Sipa de Bogotá, cuyas provincias (habiendo subido con ejército desde Santa Marta) había dos años que tenía conquistadas D. Gonzalo Jiménez de Quesada, teniente general del Adelantado de Canaria D. Pedro Fernández de Lugo; y aunque los indios de aquel valle dieron noticia á Limpias de hallarse otros españoles en la tierra, lo tuvo por imposible hasta que, pasando á Pasca, halló allí al capitán Lázaro Fonte, á quien tenía desterrado el general Quesada por despique de algunos disgustillos que habían corrido entre los dos; y enterado de que otros habían tenido la dicha de llegar primero á gozar las conveniencias de disfrutar aquel reino, esperó á que se acercase Fedreman, que con el resto del ejército venía en su seguimiento, en cuyo intermedio hubo tiempo para que Lázaro Fonte avisase á Santa Fe, de que no recibió poca alteración Quesada, por ser en coyuntura que se hallaba cuidadoso con la noticia de que D. Sebastián de Benalcázar, capitán del Marqués D. Francisco Pizarro, después de haber poblado á Quito y Popayán, en prosecución de sus conquistas se iba acercando por el valle de Neiba á Bogotá, y recelaba temeroso no se uniesen los dos generales en su daño para lanzarlo del reino que tenía ya descubierto, queriendo aprovecharse del fruto de sus trabajos; sospecha que no le salió vana, pues con efecto intentaron ejecutar lo que Quesada temía, pretendiendo cada uno que el reino de Bogotá era comprendido en la demarcación de sus conquistas; pasando tan adelante el punto de esta discordia, que se vió obligado Quesada á tratar de defender con las armas lo que había ganado y descubierto con ellas; pero interviniendo á mediar esta diferencia los eclesiásticos que asistían á los tres generales, los hubieron de convenir en que quedase suspensa la materia hasta que el Emperador determinase á cuál de los tres tocaba la posesión y el dominio, y que en el ínterin la gente de Fedreman y Benalcázar se uniesen á la de Quesada para poblar aquel reino, go-

zando todas las honras y conveniencias de conquistadores de él, sin diferencia en la acción para pretender los premios.

Con estas condiciones y 4.000 pesos de oro que se le dieron á Fedreman considerándole pobre, quedó sosegado aquel disturbio, que había llegado á lance de parar en rompimiento de una discordia civil; y mediado el año de 39 entró Fedreman en Santa Fe con grande aplauso de la gente de Quesada, después de tres años gastados en el viaje desde que salió del Cabo de la Vela con cuatrocientos hombres, de los cuales, aun con habérsele agregado en el camino los sesenta de Alderete y los quince de Aguilón, sólo metió en el reino treinta caballos y ciento y treinta y tres infantes, habiendo perecido los demás con el rigor de tan penosa jornada.

Determinados los tres generales á pasar juntos á España, así para que el Emperador declarase el punto de su litigio, como á solicitar cada uno el premio de sus servicios, labraron bergantines para bajar por el río de la Magdalena á Cartagena, y embarcados allí para la Europa, llegaron con felicidad á la corte, donde entre los afanes de pretendiente y sinsabores de algunos pleitos que le movieron los Belzares, acabó la vida Fedreman (32), cuya memoria merece ser celebrada entre la de los héroes más plausibles de su tiempo: su naturaleza fué de un lugar del círculo de Suabia * en Alemania la Alta; su presencia hermosa y agraciada; el rostro blanco y el pelo rojo; afable con liberalidad y apacible con agrado: sus hazañas y singular valor le adquirieron mucha fama en pocos años, y aunque el desafecto de sus émulos atribuyó su generosidad de ánimo á soberbia, su inclinación á las armas á inquietud, y su cortesano trato á máxima cautelosa, no hay duda que fueron muy singulares las prendas con que lo adornó naturaleza; y á no haberse dejado llevar con tanto exceso del deseo inmoderado de mandar independiente, no hubiera hallado defecto que notarle la más curiosa atención.

---

* *De Suecia*, en el original.



CAPÍTULO IX.

Sale de Coro Lope Montalvo: prende en Barquisimeto al capitán Reinoso; y, siguiendo á Fedreman entra en el Nuevo Reino: alborótanse los Saparas y sobre su pacificación se originan discordias.

Cuando salió de Coro Fedreman, después que volvió del Cabo de la Vela, dejó encargado á Lope Montalvo de Lugo, natural de Salamanca é íntimo amigo suyo, procurase socorrerle, yendo en su seguimiento con el mayor número de gente que pudiese adquirir su actividad y diligencia; y Montalvo, viendo el empeño á que se hallaba obligada su amistad, para dar satisfacción á la confianza que de él había hecho Fedreman, algunos meses después de su partida salió de Coro con cuarenta hombres bien armados, y atravesando la serranía de Carora y valle del Tocuyo, llegó á Barquisimeto, haciendo allí alto mientras pasaban las aguas del invierno, para proseguir después su viaje por los Llanos; y en ínterin que queda acuartelado, aunque las operaciones del gobernador Antonio Sedeño no tocan á nuestra historia, sin embargo para claridad de lo que vamos refiriendo es necesario apuntar algunas de ellas; y así, es de advertir que como llegasen á la Audiencia de Santo Domingo repetidas quejas de las continuadas violencias de su obrar, deseando aplicar remedio á tanto desafuero, despachó al licenciado Frías, su Fiscal, para que, procediendo contra Sedeño, lo remitiese preso á Santo Domingo; pero

como un abismo llama á otro, y de un yerro se originan muchos, para dorar Sedeño sus delitos les añadió por realce un desafuero, pues olvidado de las obligaciones de su sangre, atropellando el respeto y veneración debida á Ministro de representación tan suprema, sin querer obedecer las provisiones de la Audiencia, lo puso en rigurosas prisiones, despojándolo con ignominia de todo cuanto llevaba; y temeroso del castigo que merecía tal arrojo, llevándose preso al Fiscal, se metió la tierra adentro, con el pretexto de proseguir en sus conquistas, donde le cogió la muerte; pues en el partido de Tiznados, la violencia de un veneno que le dió una criada suya puso fin á sus temeridades y á su vida.

Muerto Sedeño (33), los soldados de su campo, queriendo llevar adelante la jornada por la esperanza que tenía de dar con las riquezas del río Meta, nombraron por cabos para que los gobernasen á Pedro de Reinoso, hijo del señor de Autillo, en Castilla la Vieja, y á Diego de Losada, hijo del señor de Río-Negro, en el reino de Galicia; pero después, sobreviniendo entre los dos algunas diferencias por motivos que no hace á nuestro asunto el referirlos, se dividió la gente en dos escuadras, y la una, gobernada de Diego de Losada, dió la vuelta á Maracapana, de donde había salido, pasando de allí Losada á Coro para darnos bastante materia á nuestra historia, como veremos en el contexto de ella; y la otra, acaudillada de Pedro de Reinoso, fué á dar á Barquisimeto, donde estaba acuartelado Lope Montalvo de Lugo, quien lo recibió amigablemente por entonces; pero sabiendo después la muerte de Sedeño y los accidentes de aquel viaje, prendió á Reinoso, y quitándole la gente que llevaba, lo despachó á Coro, y de allí á Santo Domingo, donde el respeto de su sangre y la recomendación de su nobleza fueron los mejores valedores para salir bien de algunos cargos que le movió la voz fiscal de aquella Audiencia, y declarado por libre, casó en aquella ciudad con una señora muy ilustre, dejando (después de muchos años que vivió) vinculada su memoria á la posteridad en sucesión dilatada.

Lope Montalvo, viendo aumentada su compañía con la gente que le quitó á Reinoso, luego que se sosegaron las aguas salió de Barquisimeto, y siguiendo las huellas de Fedreman, después de padecidas bastantes miserias y trabajos, á fines del año de 39 entró en la ciudad de Santa Fe con ochenta hombres (á tiempo que ya Fedreman se había embarcado para España), donde así por la calidad de su persona como por la circunstancia de socorro tan importante como el que introdujo en aquel reino en coyuntura que necesitaban de él, fué recibido con regocijo y singular alegría de todos los conquistadores, y muy en particular de Fernán-Pérez de Quesada, que por ausencia de su hermano don Gonzalo gobernaba aquellas provincias por entonces; y como su talento, su prudencia y su valor lo hacían amable en cualquier parte, se supo granjear tanta estimación y crédito en aquel reino, que con aceptación de todos sus vecinos llegó después á gobernarlo, en lugar de su primo el adelantado D. Alonso Luis de Lugo; pero como de las parcialidades que este caballero, con su violento proceder, dejó formadas en Santa Fe entre los Caiquetios y los Quesadas, se originaron tantas discordias, comisiones y pesquisas, tocóle á Lope Montalvo parte en el padecer, sólo por haberlo hecho la naturaleza deudo del Adelantado, cuyas desazones le obligaron á que, buscando su quietud, se retirase á España á gozar de un mayorazgo que tenía en Salamanca, donde murió, desengañado con los varios semblantes que le mostró la fortuna.

En el capítulo VII dejamos dicho cómo luego que llegó á Coro Jorge Spira había pasado á la isla de Santo Domingo, dejando el gobierno de la provincia á Juan de Villegas; y como con brevedad fenecíese las dependencias que iba á ajustar con los agentes de los Belzares, dió la vuelta á Coro en ocasión que los indios Saparas, que habitaban en la barra de la laguna de Maracaibo, habían dado muerte á algunos españoles, con demostraciones claras de querer sacudir el yugo de la obediencia en que vivían sujetos; y deseando Spira ocurrir á castigar este movimiento antes que

tomase fuerza la demasía, determinó ejecutar por su persona la diligencia, sobre que se ofrecieron grandes alborotos y disturbios en la ciudad; porque los soldados, llevando á mal el militar debajo de la conducta de un extranjero, y á quien miraban con horror y poca fe por las desgracias sucedidas en la jornada de los Choques, favorecidos del Dr. Navarro, que los ayudaba con su autoridad y sus consejos, se excusaron de seguir á Spira, representándole que de no darles cabo español que los mandase, estaban resueltos á perder antes las vidas que salir de Coro; y aunque á los principios el señor Obispo D. Rodrigo de las Bastidas fué del mismo parecer, patrocinando también á los soldados, después, instado de las súplicas y ruegos del Gobernador, mudó dictamen, sacando la cara á su favor con tanto empeño, que predicando un día en la iglesia dijo que era grande maldad y desacato que teniendo en aquella ciudad Gobernador, buscasen Gobernador, y que teniendo Rey, buscasen Rey, con otras palabras semejantes que manifestaron bien lo unido que se hallaba con Spira y la facilidad con que por darle gusto había mudado de opinión; pero los soldados, irritados más con las picantes palabras del sermón, se cerraron de calidad, que no hubo forma de sacarlos de su primer propósito; y como la representación del Dr. Navarro era tan atendida que se llevaba el séquito de todos los vecinos, viendo el Gobernador que era quien con públicas demostraciones fomentaba los soldados, no quiso exponerse á lance de un rompimiento en que pudiese quedar desairado su puesto y su autoridad; y así, valiéndose de la prudencia para dar expediente á aquel empeño, tomó por medio el pretexto de fingirse enfermo, y con este motivo encargó la diligencia á Alonso de Navas, nombrándole por cabo para el castigo y reducción de los Saparas; quedando de esta suerte sosegada por entonces aquella inquietud, que llegó á dar tanto cuidado, aunque no pudieron remediarse las malas consecuencias que de ello resultaron, como veremos después.



CAPÍTULO X.

Conseguido el castigo de los Saparas, tira Navas con los soldados la vuelta de Cubagua: va el Dr. Navarro á detenerlos; préndenlo los soldados y se lo llevan consigo á Cumaná: muere Jorge Spira, y gobierna Villegas la provincia.

Despachado por el Gobernador el título de capitán á Alonso de Navas, empezó á levantar gente para poner por obra la diligencia que se había fiado á su cuidado; y como su nombramiento había sido tan á gusto y satisfacción de todos, á porfía se le ofrecían los soldados para acompañarle en aquel caso; pero no queriendo llevar más gente que la que le pareció ser necesaria, escogió cien hombres, los que discurrió más á propósito, y con ellos salió de Coro en busca de los Saparas, á quienes con facilidad desbarató en dos encuentros, cogiendo á los más culpados en el movimiento de su intentada rebelión, que presos, con buenas guardas, remitió al Gobernador.

Fenecida con tanta brevedad la expedición, como los soldados se hallaban disgustados con el dominio alemán, cuyo gobierno aborrecían por el poco provecho que lograban de militar en sus banderas, viéndose al presente en libertad, quisieron lograr la ocasión de huir el cuerpo á sujeción tan pesada; y resueltos á no volver más á Coro, determinaron

tirar para Cumaná, para pasarse á la isla de Cubagua, donde por las muchas perlas que se sacaban entonces, ocurría mayor número de gente que á las demás partes de la costa; y poniendo por obra su propósito, empezaron á caminar con ánimo de entrar por la serranía, dejando á la parte del Norte la ciudad para salir al Tocuyo, y de allí, por el desembocadero, atravesando los Llanos, pasar á Cumaná; pero algunos de los soldados, arrepentidos de resolución tan temeraria, pareciéndoles que emprender un viaje tan dilatado, aun cuando se llegase á conseguir, había de ser á costa de innumerables afanes, sin que los compañeros los sintiesen se huyeron una noche, y por caminos extraviados dieron la vuelta á Coro, avisando al Gobernador de todo lo que pasaba; de que sentidos Spira y el señor Obispo, clamaban, prorrumpiendo en quejas, con palabras muy descomedidas contra el Dr. Navarro, cargándole la culpa de todo lo sucedido, por haber sido causa con su protección y empeño para que aquella pacificación se hubiese encargado á Navas, dando motivo para que los soldados tuviesen coyuntura de ejecutar aquel atrevimiento, dejando á la ciudad desproveída y expuesta á la violencia de una invasión enemiga; y como á esto se añadiesen las protestas de los factores y aliados de los Belzares, por el menoscabo y pérdidas que podía padecer su compañía, se vió tan apurado el Dr. Navarro, que por librarse de la calumnia que todos le imputaban y sosegar aquella pública conmoción que había formado contra él el sentimiento, se ofreció á ir en persona á reducir los soldados y volverlos á traer á la ciudad; y para ello, juntando sesenta hombres bien armados, tomó el camino de la costa hasta el puerto de la Borburata, y por allí salió á Barquisimeto, para atajarles el paso antes que se metiesen en los Llanos; y como Navas y su gente caminaban á pie y por tierras ásperas, hubo tiempo para que Navarro llegase primero y se pusiese á esperarlos en una población de indios Ajaguas; pero los soldados, sabiendo en el Tocuyo que estaba allí Navarro, torcieron el camino, y por un lado se entraron en los

Llanos por el desembocadero de Baraure, sin parar hasta las orillas del río Pao.

Pocos días después llegó á saber Navarro su pasada, y tirando á largas jornadas en su alcance, gobernándose por las noticias que iba adquiriendo de los indios, hubo de dar con ellos en el Pao, donde todavía se hallaban detenidos, y reprendiéndoles con ásperas palabras el delito cometido en deserción tan inicua, les afeó la ingratitud con que habían correspondido á su fineza, pues habiendo él sacado la cara á defenderlos contra el dictamen de Spira y del señor Obispo, daban motivo con aquella resolución intempestiva á que todos le atribuyesen (con razón) la culpa de su fuga.

Pero satisfaciendo los soldados á este cargo, le respondieron con la veneración debida á su persona, que el desamparar la provincia no era efecto de deslealtad, pues como vasallos amantísimos del Rey deseaban perder la vida en su servicio; pero que el punto de buenos españoles no les permitía pasar por la ignominia de vivir sujetos al tirano gobierno de los Belzares, teniendo expuestas las vidas y las honras al arbitrio violento de un dominio extranjero; y que así, mientras las cosas de Coro corriesen con aquel temperamento que tenían entonces, no se cansase en persuadirlos, porque sería en vano cualquiera diligencia que intentase para moverlos de la firme determinación en que se hallaban de no quedar en la provincia; que harto sentían hubiese tomado el trabajo de venir á buscarlos, por ser preciso quedase desairado en aquel lance, y ellos mortificados de no poder dar gusto en la ocasión á quien siempre habían venerado por padre y reconocido por amparo.

No le pareció bien á Navarro la respuesta y sentimiento de aquella terquedad; volvió á replicarles con enojo tratasen de disponerse para volver á Coro, porque de resistir á su mandato haría que concediesen á la fuerza lo que negaban al ruego. Reportáronse con esto los soldados, y callando, dieron á entender estaban prontos á seguirle por ocultar con aquel fingimiento su intención, valiéndose del disimulo, para que, descuidándose Navarro, pudiese tener

logro más seguro lo que tenían pensado; y conociendo que su capitán Navas, obligado de las razones de Navarro, estaba en ánimo de volver á Coro, no quisieron consultar con él su determinación; antes, privándolo del puesto sin que lo llegara á entender, con gran secreto nombraron entre todos por caudillo á uno, llamado Pancorbo, y con su parecer, aquella noche, estando el Dr. Navarro sin aquel recato y vigilancia que debiera prevenir según la ocasión en que se hallaba, dieron de repente sobre él, y cogiéndolo descuidado, le quitaron las armas y caballos, pagando con aquel ultraje la culpa de su confianza.

Sentidísimo quedó Navarro con el escozor de burla tan pesada, y viéndose desarmado y expuesto á la discreción de los soldados, se valió de la humildad para dorar su desaire, pidiéndoles con encarnecimiento atendiesen á la representación de su persona para no permitir quedase avergonzado con la infamia de semejante despojo, y que en satisfacción de los buenos oficios que siempre había interpuesto en su defensa, le restituyesen sus armas y caballos para volver á Coro; pero los soldados, desvanecidos con la altivez que les ocasionaba el buen suceso, sin hacer caso de las humildes representaciones de Navarro, le respondieron que algunos caballos le darían para que pudiese con su gente pasar seguro entre los indios, y que sin esperar de ellos otra cosa ni gastar el tiempo en persuadirlos, se volviese luego, pues guardando el respeto que debían á su persona, no intentaban que experimentase detención ni padeciese molestia: resolución que conocida por Navarro, no teniendo cara para volver á Coro á ser blanco de los enojos de Spira y asunto de la irrisión de todos, determinó pasar con los soldados á Cubagua, de que quedaron ellos muy contentos, considerando llevaban por compañero en su fortuna al que habían tenido por contrario en su opinión; y aunque toda la gente de Navarro quiso seguir el mismo rumbo, no lo consintieron los soldados, por el recelo que les causó la novedad de movimiento tan extraño, temiendo alguna traición disimulada en los disfraces de una voluntad fingida; y admitiendo

sólo cuatro, los más afectos á Navarro, despacharon á Coro los demás con tres caballos y algunas armas que les dieron para su defensa; y ellos en prosecución de su derrota, entrándose por los Llanos sin más guía que el tino de una demarcación imaginaria, al cabo de algunos meses, en que padecieron bastantes penalidades y miserias, llegaron á Cumaná, y de allí pasaron á la isla de Cubagua, que era el fin á que siempre había aspirado el ansia de sus deseos.

Ya en este tiempo era pasada gran parte del año de 40, en el cual el día 12 de junio murió en Coro el gobernador Jorge de Spira (34), dejando encargado el gobierno de la provincia al capitán Juan de Villegas, que á la sazón era alcalde mayor de la ciudad, para que lo tuviese á su cuidado hasta tanto que la Audiencia proveyese la vacante; y teniendo el Dr. Navarro esta noticia en Cubagua, aunque siempre había hecho él ánimo de no volver más á Coro, pareciéndole que mudado el teatro con la muerte de Spira, habrían tomado otro semblante las materias, y podría sin embarazo fenecer las comisiones que habían quedado suspensas, se embarcó en una piragua, y llegando en pocos días de navegación á Coro, sin atender á otra cosa, procuró finalizar con brevedad cuanto tenía á su cuidado, retirándose después á la quietud de su casa en la ciudad de Santo Domingo, donde tenía haciendas muy cuantiosas, sin necesitar de comisiones para vivir con descanso (35).





CAPÍTULO XI.

Nombra la Audiencia por gobernador al señor Obispo Bastidas: entra Pedro de Limpias á la laguna de Maracaibo, y sale Felipe de Urre á descubrir el Dorado.

Sabida en Santo Domingo la muerte de Jorge Spira, nombró luego la Audiencia por gobernador interino al señor Obispo D. Rodrigo de las Bastidas, y por su teniente general para las cosas de la guerra y nuevos descubrimientos, á Felipe de Urre (36), caballero alemán, pariente muy cercano de los Belzares, mancebo de poca edad, pero de mucha prudencia, cuyos despachos remitidos con brevedad á Coro, fué recibido el señor Obispo al ejercicio de su nuevo empleo el día 7 de diciembre del mismo año de 40, empezando desde luego á disponer las cosas de la provincia con más respeto á las atenciones del bastón que á las obligaciones del báculo, pues dejándose llevar de aquella constelación que corría entonces de querer todos los ministros en las Indias aspirar al renombre de conquistadores, luego que tomó su posesión despachó á la isla Española por gente, armas y caballos, para poner en planta las militares empresas que tenía premeditadas; y hallándose falto de medios para satisfacer el costo preciso de su conducción,

envió á Pedro de Limpias (que mal hallado en el nuevo reino, donde entró con Fedreman, se había vuelto á la querencia de Coro) con una escuadra de soldados á la laguna de Maracaibo, para con el precio de los indios que se cogiesen dar cumplimiento á las deudas que para el apresto se habían contraído en la Española.

Ya era por el año de 41 cuando Pedro de Limpias llegó á Maracaibo, y como práctico antiguo de toda su laguna, dispuso la expedición de suerte, que con facilidad aprisionó quinientas piezas entre varones, niños y mujeres, que conducidas á Coro y entregadas al señor Obispo, pasaron por la desdicha de una triste esclavitud, pues vendiéndolas á diferentes mercaderes, hizo que la libertad de aquellos miserables sirviese de satisfacción á los empeños que sin necesidad contrajo por las vanidades de su antojo; y animado con el buen suceso de operación tan inhumana, como indigna de que la ejecutase un Prelado, trató luego de disponer que su teniente general Felipe de Urre saliese á nuevas conquistas, á que instaban mucho algunos de los que fueron con Spira, persuadidos á que podrían lograr mejor fortuna con la experiencia de los yerros cometidos en la primera jornada, pues siempre atribuyeron sus fatalidades á desaciertos originados de la mala dirección de Spira; y como Pedro de Limpias por su parte fomentase la materia, asegurando por ciertas las noticias que había adquirido, cuando entró con Fedreman al nuevo reino, de unas opulentas provincias que demoraban hacia la parte del Sur, fué fácil disponer lo necesario y mover los ánimos para la entrada; de suerte que en breves días se halló Felipe de Urre prevenido de un todo para ciento treinta hombres que le seguían voluntarios, á cargo de los capitanes Bartolomé Belzar, Sebastián de Amescua y Martín de Artiaga, con los cuales salió de Coro por el mes de junio del mismo año de 41, llevando por Maestre de Campo á Pedro de Limpias, quien para hacer más plausible y apetecido aquel descubrimiento, empezó á intitular las provincias que había de conquistar, con el rumboso nombre del Dorado (37);

apelativo que el año de 36, estando en Quito, inventaron los soldados de D. Sebastián de Benalcázar, por la fantástica relación que les dió un indio de un poderoso reino que por la parte de los Llanos caía hacia el Oriente, ó por disposición diabólica (que es lo más cierto), para que, esparcido después por toda la América, fuese causa de tantas muertes é infelicidades como ha llorado la nación española en cuantos, llevados de la fama de estas mentidas provincias, han intentado buscar sus fingidas riquezas.

Habiendo, pues, salido Felipe de Urre de la ciudad de Coro, por ser viaje más acomodado tomó el camino por la costa de la mar, pasando las cincuenta leguas que hay hasta el puerto de la Borburata; y de allí, atravesando la corta distancia que se interpone de serranía, salió al mismo sitio donde después se fundó (y hoy permanece) la ciudad de Valencia, de donde, buscando el desembocadero de Barquisimeto, entró en los Llanos, siguiendo siempre los mismos pasos que llevó Fedreman en su jornada, hasta dar con el pueblo que éste llamó de la Fragua y Jorge de Spira de Nuestra Señora, en la provincia de Maruachare, donde le pareció preciso el alojarse por algún tiempo, así por dejar quebrantar las aguas del invierno, como por informarse y adquirir con fundamento alguna luz ó noticia de las tierras que buscaba; y como para este efecto, con diferentes preguntas ejecutase entre los indios las diligencias posibles, hubo de saber con claridad cómo pocos días antes (llevado del mismo fin) había pasado por allí Hernán Pérez de Quesada con doscientos cincuenta hombres y porción considerable de caballos; porque engañado también de la ponderación y circunstancias con que los soldados de Benalcázar pintaban en el Nuevo Reino los tesoros y excelencias de su mentido Dorado, abandonó la felicidad y conveniencias que gozaban, gobernando sus provincias en ausencia de su hermano D. Gonzalo, por seguir la incertidumbre de una dudosa esperanza: inadvertencia que, cuando no tuvo remedio, le dió á conocer su desengaño, pues derrotado y perdido, estimó por particular favor de su fortuna el poder salir

á la ciudad de Pasto, en la gobernación de Popayán, después de consumidos dos años en excesivos trabajos, sin conseguir otro fruto que haber comprado á precio de su constancia las veras de un escarmiento.

Esta noticia de haberle ganado Hernán Pérez por la mano causó en Felipe de Urre tan confusos pensamientos, que no se le ofrecía medio á la imaginación en que no hallase algún tropiezo su discurso; pues si se resolvía á seguir la misma derrota de Hernán Pérez, consideraba que llevándole la delantera con tan superior número de gente, aun en caso que la fortuna le deparase algún poderoso reino, siempre había de gozar las ventajas de primero, quedando él y los suyos defraudados del premio de sus fatigas y atenidos sólo á las cortas conveniencias que les quisiesen dar como auxiliares.

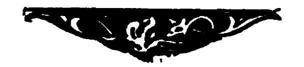
Por otra parte discurría que exponerse Hernán Pérez á la contingencia de una conquista dudosa, desamparando tan opulentas provincias como las que gobernaba, no era acción que permitía la prudencia, si no fuera llevando noticias ciertas que le afianzasen una esperanza segura de descubrir mayor reino; cuya capacidad no podía ser tan limitada que faltase lugar para que él y su gente, sin servir de embarazo á la de Hernán Pérez, pudiesen quedar aprovechados: dictamen que, comunicado con los otros capitanes principales de su campo, les pareció á todos tan seguro, que se determinaron á seguirlo; y sin aguardar á más, porque en la tardanza no consistiese el peligro, empezaron á marchar, llevando por guía siempre los rastros que había dejado Hernán Pérez; y aunque no faltaron algunos inconvenientes que pudieran haberles retardado en el camino, se dieron tal priesa en atropellarlos, que con brevedad llegaron á dar vista á la provincia de Papamene, cuya situación empieza á las espaldas de Timana, en la gobernación de Neiba.

En uno de los pueblos de esta provincia se alojó por algunos días Felipe de Urre; y como entre sus vecinos hallase un indio que, según la madurez de sus acciones, sosiego

de sus palabras y gravedad de su persona, manifestaba ser de gente ilustre, procuró informarse de él muy por extenso sobre las conveniencias que buscaba en aquel viaje que seguía; y satisfaciendo el bárbaro á sus preguntas con aquella ingenuidad que es propia de un pecho noble, le advirtió el error que cometía en seguir el rumbo que llevaba, pues no mudando de dictamen, encontraría por allí su perdición en manos de su temeridad, como lo habrían ya experimentado los otros españoles que habían pasado primero, por ser todas aquellas comarcas países inhabitables, ajenos de humana huella, por lo áspero de sus montañas y destemplanza de su clima; pero que si tomando su consejo quisiese volver atrás, hallaría lo que deseaba, pues él se ofrecía á acompañarlo hasta dejarlo introducido en unas tierras muy ricas, pobladas de mucha gente y abundantes de oro y plata; para lo cual era necesario caminar desde aquel sitio llevando siempre la cara al nacimiento del sol, hasta dar con la ciudad de Macatoa, fundada sobre las riberas del celebrado río Guayuare; y en prueba de la verdad en que fundaba su oferta, enseñó á Felipe de Urre unas manzanas ó nísperos de oro que dijo haber traído un hermano suyo que había venido de ella.

No fueron bastantes las circunstancias que acreditaban esta relación de verdadera, para que Felipe de Urre variase el tenaz propósito de seguir las pisadas de Hernán Pérez, persuadido á que en esto consistía el logro de sus aumentos, y que otra cualquiera derrota que tomase era despreciar sin fundamento la dicha que le ofrecía su fortuna; y así, sin hacer caso de las advertencias del indio ni de los pareceres de muchos de sus soldados que se inclinaban á seguirlo, desalojó el campo entrado ya el año de 42 y empezó á marchar por los rastros que había dejado Hernán Pérez, llevando consigo al indio, que le acompañó gustoso por espacio de ocho días; pero viendo que ni lo inaccesible de las montañas, ni lo caudaloso de los ríos, ni lo continuado de los tremedales y pantanos desengañaban á Felipe de Urre para que conociese la verdad con que le habían in-

formado, y que de proseguir por el camino que llevaba era entregarse sin remedio al desastrado fin de una muerte lastimosa que amenazaba á todos; dejándolos descuidar se puso en huída una noche y se volvió para su pueblo, compadecido al ver la ceguedad con que se querían perder aquellos hombres por su gusto.





CAPÍTULO XII.

Prosigue Urre en su descubrimiento: gobiernan la provincia Diego de Boica y Enrique Rembolt: pasa Villegas á Maracapana y nombra la Audiencia por gobernador al licenciado Frías.

La inopinada fuga de aquel indio á vista de las penalidades y falta de salud que por lo desapacible del terreno y lo nocivo de su temperamento habían experimentado en el término corto de ocho días, fué de tan general desconsuelo, que prorrumpiendo en quejas los soldados, para desahogar su sentimiento ponderaban con publicidad el desacierto de haber menospreciado los consejos y anticipadas prevenciones de aquel indio, sin atender á las conveniencias que se pudieran lograr buscando aquellas provincias que aseguraba su oferta; pero aunque estas voces, ayudadas del común desabrimiento con que se hallaban todos, llegaron á noticia de Felipe de Urre, nada fué bastante para que dejase el obstinado tesón en que había dado de seguir las pisadas de Hernán Pérez, pues parece que negando su fuerza á la razón buscaba de propósito su ruina, hasta que los continuados trabajos, enfermedades y muertes que por instantes se le iban aumentando, y las repetidas advertencias con que le aconsejaban los más cuerdos, hubieron de reducirlo á torcer el camino sobre la mano izquierda hacia el Sueste,

dejando el que llevaba Hernán Pérez siempre al Sur, por cuyo rumbo á pocos días de jornada llegaron á descubrir una punta de sierra alta, que por prolongada distancia se entraba en los Llanos (á quien llamaron la punta de los Pardaos), y considerada á la primera vista, les pareció distinta cordillera de la que habían seguido desde Barquisimeto: circunstancia que les movió á apresurar el paso para reconocerla más de cerca, teniendo ya por conseguido el logro de sus intentos, por ser una de las noticias que llevaban para el descubrimiento de su fingido Dorado tener su situación esta provincia al pie de otra serranía, en el todo separada de la que caminando al Sur había siempre servido de norte en las entradas que se habían hecho en los Llanos; pero estas alegres esperanzas que había formado el deseo se marchitaron en flor á la luz del desengaño, pues conocieron después con evidencia ser aquella punta ramo de la misma cordillera que siempre habían traído á la vista en su jornada.

Ya era esto á tiempo que empezaba el invierno á inundar con sus aguas las campañas, y huyendo las incomodidades de aquel terreno bajo, hallándose imposibilitados por entonces de poder volver atrás, tomaron por partido repechar la punta de los Pardaos, para alojarse en ella hasta que entrase el verano; pero como el distrito era poco habitado, y por esta razón falto de bastimentos, fué tan grande la necesidad que padecieron de ellos, que llegaron á extremo de perecer, pues el mayor sustento que tal vez podían por dicha adquirir era un bollo de maíz, que puesto á la boca de un hormiguero hasta que se cubría de hormigas, lo iban amasando con ellas repetidas veces, hasta que llegaba á componerse de más hormigas que masa, teniendo este grosero alimento por el único remedio para mantener la vida. Y como aun esto no llegaban á conseguirlo todos, hubo muchos que, apretados de la hambre, no dejaron asquerosa sabandija de cuantas produce la tierra con que no procurasen remediarla; de que resultó hincharse algunos, caérseles á otros los cabellos, barbas y cejas, y finalmente, llenos to-

dos de pestíferos tumores y úlceras venenosas, convertirse aquel afligido escuadrón en un teatro de miserias y un hospital de desdichas; hasta que minoradas las aguas, huyendo Felipe de Urre de tanta infelicidad como había experimentado por la obstinación de su mal consejo, dió la vuelta por diferente camino del que había llevado (aunque con mayores trabajos, por la mucha gente enferma que tenía) en demanda del pueblo de Nuestra Señora, donde llegó á principios del año de 43, habiendo consumido un año entero desde que salió de él en seguimiento de Quesada; y donde lo dejaremos por ahora, mientras damos noticia de lo que por este tiempo sucedía en Coro.

Por junio del año 41, que fué cuando salió Felipe de Urre de la ciudad de Coro, dejamos en ella al señor Obispo Bastidas envuelto en los aplausos de Capitán general de la provincia: ejercicio á que lo inclinaba lo generoso de su bizarro espíritu y ocupación; que le duró hasta principios del 42, en que habiéndolo promovido S. M. al Obispado de Puerto Rico (y por su ascenso presentado para esta diócesis al Dr. D. Miguel Jerónimo Ballesteros *, Deán que era de la catedral de Cartagena), le fué preciso embarcarse para su nueva iglesia, dejando encargado el gobierno militar y político á Diego de Boica (38), Comendador del orden de Cristo, hijo de padres portugueses, aunque nacido en Castilla, caballero de grandes prendas y singular expediente para cualquiera negocio; á quien la Audiencia de Santo Domingo, teniendo presente la calidad de su persona, confirmó después en el empleo, aprobando el nombramiento hecho por el Sr. Bastidas; si bien antes del año despachó nuevo título de Gobernador interino á Enrique Rembolt, de nación alemán, que asistía en Coro por factor de la compañía de los Belzares, para cuya mudanza varían las opiniones sobre los motivos que obligaron á la Audiencia. El cronista Herrera dice que por haberse huído Boica á la provin-

* Gil. Gonz. Tea. Ecles., tom. 1.

cia de Honduras *, temeroso de algunos delitos cometidos en el gobierno; y el provincial Fray Pedro Simón asegura ** que por haberlo empleado la Audiencia en ocupaciones de mayor consecuencia; y siendo ambas opiniones apoyadas de autores de tanto crédito, no habiendo hallado instrumento auténtico de aquel tiempo que favorezca á alguna de ellas, suspendo el juicio, quedándome neutral entre los dos para que el lector siga la que le pareciere más conforme, pues como quiera que ello fuese, no hay duda que en lugar de Boica entró á gobernar la provincia Enrique Rembolt por fines del año de 42, en ocasión que así por las pocas conveniencias que gozaban los vecinos como por la mucha gente que se había consumido en tan repetidas como infructuosas jornadas, orignado todo de la mala disposición y gobierno de los alemanes, se hallaba la ciudad de Coro tan destruída y falta de moradores, que los pocos que le habían quedado, viendo la mala forma que tenían de mantenerla, trataban de despoblarla retirando sus familias á las provincias vecinas.

A esta resolución se opuso siempre Juan de Villegas, conociendo que de llegar á efecto resolución tan intempestiva, era abandonar con descrédito lo que hasta allí se había mantenido con valor; pues desamparar una provincia tan principal, erecta ya en Obispado, y donde quitado el violento y ambicioso gobierno de los alemanes se podían lograr las comodidades que ofrecía lo fértil de su terreno, era una acción tan fea é irregular, que nunca podría librarse de la nota de culpable; y arbitrando el remedio para sosegar los ánimos de los que intentaban semejante novedad, se determinó á pasar personalmente á Cubagua y Cumaná, á buscar gente que traer á Coro de la mucha que en aquellas partes andaba en aquel tiempo entretenida en el trato inhumano de cautivar indios para venderlos por esclavos; dictamen que habiéndolo comunicado con Rembolt, le pareció acertado;

---

* Herr. Dec. 7, l, 10 y 16.

** Fray Pedro Sim. not. 5, cap. IV.

pero para mayor facilidad de la materia tuvo por conveniente ejecutase el viaje en compañía de Diego de Losada, quien ya por entonces tenía su residencia en Coro, donde se había avecindado, después que separado del capitán Reinoso con la muerte del gobernador Sedeño, dió vuelta á Maracapana con la gente que le seguía, como dejamos apuntado en el capítulo IX de este libro, pues como persona práctica y de conocida autoridad en aquellas provincias, por haber militado en ellas de cabo superior, sería bastante su respeto para conseguirlo todo; y así, dándoles igual poder y comisión á entrambos (con veinte hombres que les sirviesen de escolta, entre los cuales iba el contador Diego Ruiz Vallejo) los despachó á ejecutar aquella diligencia, en cuyo logro tenían puesta la esperanza para su único remedio.

Ya era por el mes de marzo del año de 43 cuando Villegas y Losàda salieron de Coro, encaminando el viaje por la costa hasta el puerto de la Borburata, y pasada la serranía se entraron por los Llanos, dejando que admirar á nuestros tiempos la resolución y valor de aquellos hombres, pues atravesaron más de doscientas leguas de camino, tan pobladas de bárbaras naciones y diferentes peligros, que aun el día de hoy se hacen impracticables al corazón más atrevido; pero vencidos todos los embarazos con el tesón y el sufrimiento, hubieron de llegar á Cumaná, donde Villegas, usando de particular comisión que llevaba de Rembolt, trató con las Justicias de Cubagua se declarasen los límites hasta donde llegaba la jurisdicción de esta provincia, mediante á que el Emperador en la capitulación hecha con los Belzares les tenía concedido desde Maracapana hasta el Cabo de la Vela, cuyos despachos vistos y reconocidos, se halló estar comprendido aquel distrito en lo perteneciente á la gobernacion de Venezuela, y con este motivo, en virtud de la facultad que Villegas llevaba de Rembolt, tomó la posesión de él por ante Andrés de Andino, escribano de Cubagua, empezando desde luego á ejercer jurisdicción civil y criminal, como Justicia mayor de aquel partido, me-

diante el título que para en tal caso le había dado el Gobernador.

Concluída tan á favor esta materia, trataron luego de poner por obra lo principal que llevaban á su cuidado y había sido la causa de su viaje, en que hubo poco que hacer; porque como la gente desperdigada que asistía en aquellas costas era mucha y la veneración que se habían adquirido los que lo solicitaban era tanta, fué fácil en breve tiempo juntar noventa y seis hombres, unos movidos del respeto, á que no pudieron excusarse, y otros llevados de la esperanza que los animaba de mejorar de fortuna, con los cuales, y ciento diez y siete caballos, se volvieron para Coro. Pero como la independencia en el mandar sea un punto tan apetecido y delicado, que á la más leve acción que la perturbe no hay talento que no falsee ni prudencia que no peligre; siendo igual la autoridad y dominio de Villegas y Losada, no pudieron avenirse en el gobierno de aquella corta escuadra de soldados sin que se originase alguna emulación entre los dos, que empezando por sentimientos secretos, pasó á disgustos conocidos, hasta llegar á disturbios declarados, con tal tesón de ambas partes, que la enemistad concebida en este caso les duró después toda la vida; de que se causaron inquietudes bien perjudiciales en la provincia, así por haberse extendido la discordia entre parciales y amigos, como por haber procurado cada uno de los dos abatir por todos medios la parte de su contrario.

Iguales efectos, nacidos de semejante causa, se experimentaban al mismo tiempo en Coro; porque habiendo muerto el gobernador Enrique Rembolt y dejado el gobierno á cargo de los alcaldes ordinarios Bernardino Marcio y Juan de Bonilla, cada uno pagado de su dictamen, con resoluciones encontradas, empezaron á disponer las cosas á su modo, con tal confusión, que lo que el uno mandaba, el otro contradecía; y no sabiendo los vecinos á cuál debían obedecer, se redujo la ciudad á tan monstruoso desorden, que sólo veían en ella injusticias, sobornos y violencias, á que sin miedo ni temor habían soltado la rienda los Alcaldes.

En este desconcierto se hallaba aquella afligida República cuando por el mes de setiembre del año de 44 llegaron á ella Villegas y Losada con el socorro que traían de Cubagua y Cumaná, y ó fuese por el recelo que les causó á los Alcaldes la Autoridad y respeto de estos caballeros, ó por el temor que habían concebido con la noticia que ya tenían de que la audiencia de Santo Domingo, enterada de sus excesos, había nombrado por Gobernador de la provincia, para que aplicase el castigo que merecían sus delitos, al licenciado Frías, su Fiscal, no teniéndose por seguros, con la desconfianza de su mal obrar, se huyeron una noche con tal secreto y prevención que jamás se supo de ellos, ni la parte donde fueron á parar, quedando la ciudad por este medio libre de aquellos males presentes para entrar padeciendo lo que veremos después.





CAPÍTULO XIII.

Llega Juan de Carvajal á Coro, falsea las provisiones de la Audiencia é introdúcese á Gobernador: sale Felipe de Urre del pueblo de Nuestra Señora, y llega á dar vista á Macatoa.

Antes que el fiscal Frías se pudiese disponer para salir de Santo Domingo, llegó á aquella ciudad la noticia de la fuga que habían hecho los Alcaldes de Coro; y pareciéndole con esta novedad que ya para el remedio no era tan necesaria su presencia, teniendo á su cuidado algunas comisiones que le había conferido la Audiencia para la isla de Cubagua, tuvo por más conveniente pasar primero á fenecerlas, para después, libre de aquel embarazo, entrar de asiento al goce de su gobierno; y poniendo por obra esta resolución, se embarcó para Cubagua, enviando á Coro á Juan de Carvajal (y no Francisco, como lo han llamado algunos) (39), relator de la misma Audiencia, á quien traía por su Teniente general, para que, tomando la posesión en su nombre, gobernase la provincia mientras duraba su ausencia.

Con esta orden y alguna prevención de gente, armas y caballos, se hizo Carvajal á la vela al mismo tiempo que Frías; pero sobreviniéndole en la travesía algunos vientos contrarios, sin poder coger á Coro, hubo de desembarcar á

principios del año de 45, en el puerto de Paraguana, algunas leguas más á sotavento, á donde, con la noticia de su llegada, pasó luego Juan de Villegas á recibirlo, así por cumplir con la atención y urbanidad que merecía la representación de su puesto, como porque, hallándose ya empeñado á cara descubierta en la enemistad con Diego de Losada, quiso ser el primero en el obsequio para granjear la gracia de Carvajal, y á su sombra (teniéndolo de su parte) lograr cuantos tiros pudiese disponer el desafecto para destruir á Losada, como lo consiguió su sagacidad mañosa, porque hallando disposición en el ánimo traidor de Carvajal, tuvo lugar de impresionarle cuanto le dictó su emulación para descomponer á su contrario, de suerte que, llegado á Coro, como iba revestido de los apasionados informes de Villegas, puso cuidado en observar los más mínimos movimientos de Losada; y conociendo que por lo respectivo de su persona, lo afable de su condición y lo cortesano de su trato era bien quisto en la ciudad, gozando particular dominio en la voluntad de todos, receló, como cauteloso, que hombre de semejantes prendas no convenía tenerlo presente á sus designios, por el embarazo que podría poner su autoridad á las tiranías que pensaba ejecutar su alevosía; pero no atreviéndose á romper sin causa con Losada, para tener pretexto que (á lo menos en lo aparente) calificase por justa cualquiera resolución que emprendiese su temeridad, le dispuso con malicia algunos lances en que pudiese tropezar precipitado; pero Losada, conociendo el fin á que tiraba su intento depravado, gobernándose por aquella prudencia superior con que le dotó el cielo, tomó por ocasión algunas aparentes conveniencias que en otra parte le ofrecían los accidentes del tiempo; y con este motivo, antes que llegase el caso de experimentar algún ajamiento en su persona, desamparó la provincia, quitándose del riesgo, para ver desde lejos los efectos de aquella tempestad que amenazaba en Coro.

Libre Carvajal de sus recelos con la ausencia de Losada, empezó á poner en planta las máximas que tenía premedi

tadas en su idea, dando principio á ellas con una maldad que sólo la pudiera haber forjado su atrevimiento, pues tratando de levantar gente para entrar á poblar el Valle del Tocuyo, para que los soldados le siguiesen con más obediencia ó mejor gana, falseó las provisiones de la Audiencia, y quitando en ellas el nombramiento que tenía de Teniente general, lo hizo de Gobernador, aunque con tan poca destreza, que, conociendo muchos el engaño, se opusieron á su recibimiento, alegando la falsedad de los despachos; pero siendo más el número de los que tenían su parte y calificaban el título de verdadero, fué en virtud de él recibido por Gobernador de la provincia, y como tal nombró luego por su Teniente general á Juan de Villegas, á quien se le siguieron despùés por esta causa bastantes pesadumbres y cuidados, como adelante veremos.

Puesto Carvajal en posesión de su gobierno, trató con más empeño de juntar gente para efectuar su entrada, valiéndose de violencias y rigores para obligar á los más que le siguiesen; de que exasperados muchos de los vecinos, y en particular los que se hallaban en conocimiento de ser intruso su gobierno, queriendo antes vivir entre las fieras que estar sujetos al arbitrio de un tirano, se huyeron de la ciudad y se acogieron en los montes; pero buscados con diligencia de su enojo, en los que pudo haber á las manos ejecutó crueles castigos su venganza, causa para que los demás, ó temerosos ó advertidos, se ofreciesen á seguirle voluntarios, juntando de esta suerte hasta doscientos hombres proveídos en abundancia de todo lo necesario, porque cuidadosamente no dejó en la ciudad caballo ni arma que no llevase consigo, para que el fiscal Frías, cuando viniese de Cubagua, se hallase tan imposibilitado que no pudiese entrar en su alcance para aplicar remedio á sus excesos.

Con esta disposición partió Carvajal de Coro, y atravesada la serranía de Carora, salió con su campo al valle del Tocuyo, donde tomó su alojamiento muy despacio, y lo hallaremos después, por sernos ya preciso para la encatenación de los sucesos buscar á Felipe de Urre, á quien de-

jamos en el pueblo de Nuestra Señora tan deseoso de volver á buscar las tierras de que le dió razón el indio de Papamene, que sin temor de los imponderables trabajos y desdichas que había padecido en su descubrimiento, no obstante hallarse con muy poca gente, por la mucha que le habían consumido la hambre y las enfermedades en viaje tan dilatado, se determinó á no dar paso atrás hasta perder la vida en la demanda; pero para poder seguirla con algún fundamento que le diese esperanza de lograrla, todo el tiempo que le fué preciso detenerse en aquel sitio, mientras sus soldados conseguían algún descanso de las pasadas fatigas y alguna convalecencia de los achaques presentes, no cesó en hacer exactas diligencias por ver si había entre los pueblos confinantes algunos indios que conformasen con la noticia que le dió el de Papamene: materia en que anduvo afortunado, pues halló muchos que, conviniendo en las circunstancias de la misma relación, sólo variaron el nombre de la nación que habitaba aquellas ricas provincias, pues éstos llamaban Ditaguas á los que el otro había intitulado Omeguas; pero no haciendo reparo Felipe de Urre en la leve diferencia de los nombres, luego que se lo permitió la entrada del verano, dejando en el pueblo de Nuestra Señora algunos soldados de los sanos, que escoltasen los enfermos, con sólo cuarenta hombres que le pudieron seguir y las guías que le parecieron necesarias, salió otra vez en demanda de la punta de los Pardaos, puesta siempre la mira en buscar la ciudad de Macatoa (que era el fin á que anhelaban sus ansias), por ser la seña más fija que llevaba para dar con los Omeguas, cuyo deseo le hizo no perdonar diligencia que pudiese conducir á su buen logro, pues aunque por lo desapacible del país fueron muy singulares las poblaciones que encontró, procuró siempre informarse de los indios que pudo haber á las manos de todas aquellas particularidades que le parecieron precisas para la mayor certeza en su derrota.

Respondiéronle á todo conforme imaginaba su deseo, animándolo á la empresa de conquistar los Omeguas, por

discurrir (aunque bárbaros) había llegado la ocasión de vengar por mano ajena los agravios que tenían recibidos de los nuestros todas las naciones de los Llanos, pues siendo tan corto el número de soldados que componían aquel pequeño escuadrón, y tan acreditada entre todos la valentía y altivez de los Omeguas, lo mismo sería llegar á saludar sus provincias, que sacrificar las vidas al filo de sus macanas.

Este discurso le fué de gran conveniencia á Felipe de Urre, porque los indios, por ver cuanto antes lograda su maliciosa intención, lo condujeron por caminos tan abiertos y veredas tan trilladas, que sin dificultad que sirviese de tropiezo, llegó á las márgenes del caudaloso Guaynare (40), cuyas profundas corrientes no dan lugar á esguazarlo sino en canoas ó á nado, pero siempre con el riesgo de batallar con sus aguas. Y habiéndose rancheado en sus orillas con el desconsuelo de no saber hacia qué parte quedaba la ciudad de Macatoa, tuvo la fortuna de hallarse en breve libre del desabrimiento que le daba este cuidado, por haber aprisionado un indio que poco más abajo estaba mariscando solo en las playas de aquel río, quien después de sosegado el susto que le dió la novedad de ver gentes tan extrañas, libre de aquel primer miedo que concibió su temor, satisfaciendo con semblante alegre á diferentes preguntas que le hicieron, expresó que á poca distancia del río arriba encontrarían la ciudad, pero que necesitaban de canoas para conseguir su tránsito.

Entonces Felipe de Urre, aprovechándose de la docilidad que manifestaba en sus palabras aquel indio, le dió algunas cuentas de vidrio, cascabeles y otras menudencias de Castilla, y le pidió fuese á Macatoa, y de su parte le dijese al señor de ella que con aquellos soldados se hallaba allí para pasar á otras provincias que estaban más adelante, en cuya busca venía, y que deseando su alianza, solicitaba lo tuviese por amigo, para favorecerlo como á su confederado, sin que sus tierras ni vasallos padeciesen hostilidad alguna de su gente, como conocería después con evidencia experimentando en su comunicación la lisura de su trato.

Dió muestras el indio de aceptar con gusto la embajada, y metiéndose en una mala barquetilla, en que apenas cabía él solo, fiado en el bracear del canalete, tomó la lengua del agua río arriba, á dar cumplimiento con empeño al encargo que le habían hecho con agrado.





LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Entra Felipe de Urre en Macatoa, y con el favor de su cacique descubre los Omeguas; queda herido en el primer encuentro, y con un modo extraño lo cura Diego de Montes.

Era el indio prisionero vecino de una aldea cercana á Macatoa, y pagado de la afabilidad y regalos con que lo trató Felipe de Urre, quiso corresponderle agradecido, ejecutando con prontitud lo que le había encargado; y supo hacer tan bien la diligencia, ponderando tanto el agasajo y agrado de los nuestros, que se determinó el cacique á aceptar la amistad que le ofrecían, enviando el día siguiente á un hijo suyo con cinco canoas grandes y noventa gandules, para que, visitando en su nombre á Felipe de Urre, lo condujese á la ciudad para hospedarlo en ella. Era poco después de haber amanecido cuando se descubrieron desde el alojamiento las canoas que, favorecidas de la corriente y ayudadas de la boga, navegaban por el río abajo; y aunque los nuestros (por hallarse desprevenidos para cualquier accidente) luego que les dieron vista se pusieron en arma, los indios, sin conce-

bir recelo de aquella demostración ni extrañar la novedad de hallar con apariencias de guerra á quien buscaban de paz, saltaron en tierra, preguntando por el cabo de aquella gente extranjera; y enterados de que era Felipe de Urre en quien residía el dominio, echándole los brazos el hijo del cacique, con entereza en el ánimo y gravedad en el semblante, es común tradición que le habló de esta manera: «Con uno de los moradores de estas riberas enviasteis ayer á saludar á mi padre *, que es el señor de Macatoa, haciéndole saber vuestra venida á estos países y ofreciéndole vuestra amistad y pacífico tratamiento á sus vasallos; no siendo otros vuestros intentos (según le dais á entender) que informaros de las naciones que habitan á la parte de cierta serranía que demora á razonable distancia de este río, en cuya busca venís desde la remota habitación de vuestro clima, con promesa de serle agradecido con buena correspondencia, en caso que os encamine á las tierras que buscáis; y hallándose mi padre obligado de vuestra atención, reconociendo por vuestras palabras ser muy diferentes vuestras obras de lo que algunos señores confinantes le habían dado á entender, pues afirmaban que érades hombres crueles y feroces enemigos de la paz y movedores de la guerra, me envía de su parte á saludaros y deciros gusta de aceptar vuestra amistad y hacer no solamente el informe que pedís, sino también ayudaros con todo lo necesario, dándoos seguras guías que os encaminen al reino de los Omeguas: también os ruega mi padre os sirváis de pasar á la ciudad, donde pueda más bien comunicaros, y regraciar la amistad que con amor le ofrecéis, á cuyo fin os remite estas canoas y estos vasallos, á que os trasporten en ellas á la otra banda de este río, sobre cuyas barrancas cerca de aquí tenemos nuestra vivienda.»

Agradecido y prudente respondió Felipe de Urre á esta embajada, sirviendo Pedro de Limpias de razonable intérprete para poderse explicar; pero cautelando no trajese

* Piedrahita, lib. x, cap. II.

disfrazada alguna oculta traición, resolvió, con parecer de sus cabos, no aceptar la oferta por entonces ni atravesar el río en tan pocas canoas, por no exponerse al riesgo de pasarlo divididos; y así, valiéndose de excusas cortesanas por disfrazar su recelo, despidió al hijo del cacique, pidiéndole volviese á donde estaba su padre y le expresase el afecto con que estimaba las veras de su atención; pero que para lograr el deseo que tenía de gozar sin dilación el fruto de su amistad, se sirviese de remitirle otro día las embarcaciones suficientes para que, pasando todos juntos, pudiesen conseguir con brevedad, en el gusto de comunicarle, la conveniencia que esperaban del favor de su hospedaje. Pero entendida esta respuesta por el ánimo generoso del mancebo, no quiso convenir en lo que se le proponía; y quedándose en el alojamiento con los nuestros, despachó una barqueta á Macatoa, que brevemente dió la vuelta con otras ocho canoas, para que remediada la falta no quedase excusa en el pasaje ni la pudiera tener Felipe de Urre, á vista de acción tan noble y operación tan bizarra; y así, libre de recelos, porque los indios no atribuyesen á temor lo que había sido cautela, hubo de embarcar su gente aquella tarde, llevando á nado los caballos, que guiaban desde las canoas con aladeras (41); pero atravesando el río, pareciéndole habría tiempo para poder entrar con día en la ciudad, se quedó acuartelado en sus barracas, despidiendo hasta por la mañana al hijo del cacique, que bien apesarado de que se hubiese detenido en aquel sitio, dió la vuelta á Macatoa para dar cuenta á su padre de la cercanía en que quedaban ya los forasteros, á quienes el día siguiente bien temprano envió en hombros de cincuenta indios porción considerable de pescados, maíz, casabe y carne de venado, para que tomasen un refresco antes que se pusiesen en camino: socorro que les infundió nuevos alientos para marchar con mejor brío á la ciudad.

Esta se componía de hasta ochocientos vecinos, de casas bien formadas en sitio muy alegre; sus calles anchas, tiradas y parejas; sus edificios, aunque en la fábrica groseros, en la

disposición gallardos, pues hechos en igual proporción unos con otros, quedaban á la vista muy airados, sirviéndoles de adorno y hermosura el aseo y limpieza de sus calles, pues no se encontraba en todas ellas hierba, piedra ni embarazo que pudiese servir á los ojos de tropiezo. Cuando entró en la ciudad Felipe de Urre la halló desocupada de todos sus vecinos, pues porque tuviese mejor conveniencia en su hospedaje, se habían retirado como un tiro de arcabuz sobre las mismas orillas del río, dejándole las casas proveídas de cuantos géneros de bastimentos tiene para su sustento el uso y costumbre de los indios; portándose éstos con tal urbanidad y con disposición tan ordenada en sus acciones, que admirados los nuestros de ver aquellas políticas, tan ajenas en la rudeza de una nación bárbara, preguntaron al cacique la causa que tenían para ejecutarlas, y con especialidad el motivo de haber desembarazado la ciudad, cuando bastaban cuatro casas para alojarse todos; á que satisfizo diciendo: que hallándose sus vasallos en el reconocimiento de la superioridad y ventajas con que la naturaleza había adornado á los españoles, les había parecido desacato el quedarse en la ciudad para que habitasen juntos, cuando por todas razones sólo merecían el servirlos.

Era este cacique hombre (al parecer) de cuarenta años, en la estatura mediano, en el trato agradable, en la condición noble, y en el discurso claro; de miembros bien proporcionados, el rostro delgado y la nariz aguileña; los indios que le rendían vasallaje se llamaban Guayupes (42) en su idioma, generalmente de cuerpos bien dispuestos, medidos en sus acciones, en el hablar reposados y en el natural muy dóciles: prendas que dieron disposición á Felipe de Urre para poder informarse de cuanto deseaba saber para su intento. Y viendo que las noticias que le daban correspondían en todo á las que tenían anteriores, pues le aseguraban con certeza que á la falda de cierta serranía que se divisaba de aquel pueblo en tiempo claro, habitaban en opulentas poblaciones los Omeguas, nación muy poderosa por la abundancia de oro que producía la tierra en diferentes minerales

del contorno, trató de salir de Macatoa, por dar cuanto antes glorioso fin á aquel descubrimiento; y aunque el cacique por su parte procuró disuadirlo del empeño, teniendo su resolución por temeraria, pues siendo tan pocos los soldados que llevaba (por valerosos que fuesen) habían de quedar por despojo de la multitud de sus contrarios; hallándolo tenaz en su dictamen, y resuelto á ponerse á todo riesgo en brazos de la fortuna, le dió para que lo condujesen los indios que le pidió y el avío necesario para el tiempo de nueve días, que podría tardar hasta otra ciudad amiga, cuyo cacique era su confederado, á quien lo recomendó con tanto empeño, que aficionado á los nuestros por las relaciones del amigo, los recibió con amor y hospedó con gran regalo; aunque la novedad de aquella gente peregrina, lo singular de las armas y lo extraño de los caballos, lo tenían tan admirado, que no había objeto á la vista que no le fuese un asombro.

La afición que este cacique cobró á Felipe de Urre y sus soldados, aumentada con la comunicación y trato de aquellos pocos días que estuvieron en su pueblo, le hacían temer las desdichas que habían de sobrevenirles, si llevando adelante la inconsideración de su arrojo querían pasar al reino de los Omeguas, por saber la abundancia de gente belicosa que mantenía en sus provincias, ejercitada siempre en las campañas, así por las continuas guerras que tenían con sus vecinos, como por las discordias civiles en que los traía envueltos de ordinario su demasiada opulencia; consideración que le movía á procurar divertirlos del intento, representándoles ser más temeridad que valentía querer provocar (siendo tan pocos) á una nación en quien sobresalía tanto el valor como la muchedumbre; y que teniendo en sus tierras animales cuasi tan grandes como los caballos (que debían de ser carneros de los que hay en el Perú), les sería fácil el montar también en ellos para hacer oposición á los pocos que llevaban, y quitarles el recurso de batallar con ventaja; pero como al paso que el cacique ponderaba estas dificultades, expresaba también la suma riqueza que

tenían en plata y oro, ningún peligro se les ponía por delante, á vista de los tesoros de que se juzgaban ya dueños: ¡gran fuerza la que tiene la codicia en el corazón humano! pues á la más mínima esperanza de interés no hay trabajo que lo asuste, ni riesgo que lo acobarde, ni hay desdicha que no sufra, ni pena que no tolere.

Viendo, pues, el cacique que no obstante las evidentes razones de su representación, estaban determinados á proseguir el empeño, y no dar paso atrás sin haber visto la cara á los Omeguas; llevado de la afición que había cobrado á los nuestros, no quiso desampararlos ni fiar el acierto de su viaje á otra conducta que la suya; y así, asistido de algunos indios que le acompañaban, los fué guiando por caminos bien abiertos, aunque despoblados, por espacio de cinco días que tardaron hasta llegar á una aldea de poco más de cincuenta casas, que dijo el cacique servían para recogerse los que guardaban las sementeras de los Omeguas; y debía ser así, porque algunos indios que andaban esparcidos por el campo, apenas reconocieron la gente forastera se fueron retirando con paso apresurado hacia la aldea.

Hallábanse los nuestros á este tiempo en un sitio elevado, y tendiendo la vista á todas partes, á poca distancia descubrieron una población de tan extraña grandeza, que aunque estaba bien cerca, no pudieron discurrir hasta dónde llegaba la poblada extensión de aquella máquina: tenía las calles derechas, los edificios muy juntos, y sobresalía entre todos uno de soberbia fábrica, que, según la relación que les dió el cacique amigo, era el palacio del señor de la ciudad, que se llamaba Cuarica (43); y le servía juntamente de habitación á su persona y de templo á muchos dioses que tenía de oro macizos.

Puestos ya los nuestros á vista de los Omeguas, se les despidió el cacique, por parecerle no era ya necesaria su asistencia; pero por última demostración de su amistad, aconsejó á Felipe de Urre procurase aprisionar aquellos indios que se habían refugiado al abrigo de la aldea, antes que tocando al arma diesen aviso á la ciudad. Estaban á caballo á

la sazón Felipe de Urre y otros que le acompañaban, y teniendo por acertado el dictamen, aplicaron el acicate á los ijares y corrieron para la aldea; pero los indios, con más velocidad en la fuga, frustraron su diligencia, pues se pusieron en salvo antes que pudiesen aprisionar á ninguno; sólo Urre, por ir en un caballo muy ligero, llegó á alcanzar á un gandul, que procuraba escaparse con una lanza en la mano; pero viéndose atropellar de la violencia del caballo, quiso librarse del riesgo con hacer rostro al peligro, y volviendo la cara para Urre, le despidió la lanza con tal fuerza, que pasándole el sayo de armas, lo atravesó con ella por entre las costillas que caen debajo del brazo derecho, y prosiguiendo en su fuga se metió en la población, dando lugar á Urre para que vueltas las riendas al caballo, con el dolor de la herida, se incorporase con los demás compañeros, que turbados á la novedad de tan desgraciado accidente, no acertaban á resolver lo que habían de ejecutar.

No se hallaba menos confuso el cacique amigo, que deseando experimentar el valor de los españoles había estado á la mira del suceso; y pareciéndole aquel desastre castigo bien merecido á la arrogancia con que habían menospreciado sus consejos, recelaba temeroso que irritada con el aviso toda la nación de los Omeguas había de cargar sobre ellos antes que hubiese tiempo para poder retirarse: discurso que acreditó la experiencia, pues en breve se empezaron á oir confusos alaridos, que mezclados con el estruendo de los tambores y el resonar de los fotutos, llenaban de horror el aire, pues parecía que se conjuraba el mundo entero contra aquella corta escuadra de españoles; pero sobrevino la noche á tan buen tiempo, que detuvo el paso á los Omeguas, y dió lugar para que poniendo en una hamaca á Felipe de Urre, caminasen con él á paso tan largo, que á la noche del día siguiente llegaron al pueblo del cacique amigo, donde trataron de buscar forma para curarle la herida.

De esta diligencia se hizo cargo un soldado natural de Madrid, llamado Diego de Montes, que después entró con

el General Diego de Losada á la conquista y población de esta ciudad de Caracas, y en edad decrépita murió vecino de la del Tocuyo: hombre tan singular y de tan raras habilidades, que así por ellas como por su respetable ancianidad, adornada de grandes experiencias y superior talento, llegó á conseguir el renombre de Venerable; apelativo con que fué conocido y tratado en toda esta provincia, granjeándose tal estimación en ella, que sus palabras se llegaron á apreciar como si fueran oráculos.

Determinado, pues, este soldado (aunque no entendía de cirugía) á curar á Felipe de Urre, como la herida era entre las costillas y no había tientas para reconocer si estaba superior á las telas del corazón ó las había lastimado, discurrió un modo tan singular como temerario para salir de esta duda; y fué, que con beneplácito del cacique cogió un indio, el más anciano del pueblo (que debía de ser esclavo), y montándolo á caballo con el mismo sayo de armas que tenía Urre, hizo que otro indio por la misma rotura lo hiriese con una lanza semejante á las que usaban los Omeguas: prueba que le costó la vida al miserable, pues abriéndolo después para hacer la anatomía, de que necesitaba para asegurar su cura, halló que, sin lastimar las telas, había sido la herida superior; y libre con esta experiencia de la duda, rompiéndole más con un cuchillo para que quedase manifiesta la herida, le hizo ciertos lavatorios con agua de arrayán y otros compuestos, que fueron bastantes para que meciéndolo de una parte á otra expeliese la sangre que se le había cuajado dentro, dejándolo en disposición que quedó sano del todo en pocos días, con notable admiración del cacique y demás indios, que absortos ponderaban el sufrimiento y valor con que el paciente toleró los martirios de la cura (44).





CAPÍTULO II.

Siguen los Omeguas con poderoso ejército á Felipe de Urre, y Pedro de Limpias los vence en batalla: retíranse los nuestros al pueblo de Nuestra Señora y toman de allí la vuelta del Tocuyo.

No se les ocultó á los Omeguas la retirada de los nuestros, aun en medio de la oscuridad con que se cerró la noche; pero por dar tiempo á la mejor disposición de su ejército, dilataron su salida hasta romper del alba, que al ronco son de sus caracoles y fotutos, en bien formados escuadrones, que se componían de quince mil combatientes, empezaron á marchar en su alcance con tanta celeridad, que no fueron sentidos hasta llegar dos leguas antes del pueblo del cacique amigo, quien teniendo la noticia por algunos vasallos suyos que asistían en sus labranzas, dió aviso á Felipe de Urre del riesgo que amenazaba á todos con las cercanías de tan pujante enemigo; pero como él, con el dolor de la herida, no estaba para montar á caballo, ni poder cuidar de nada, encargó la disposición de todo á su Maestre de Campo Pedro de Limpias, hombre bien afortunado y práctico en las guerras de las Indias, el cual, ordenando su gente con el concierto y brevedad que le dictó su experiencia y el aprieto requería, salió al encuentro á los Omeguas, que en bien dispuestas escuadras, coronados de penachos,

entre diversidad de banderas, se venían acercando por un dilatado campo, muy acomodado para poderse aprovechar de los caballos, que aunque pocos, dieron principio á la batalla, logrando, con daño de los contrarios, las ventajas que ofrecía la conveniencia del sitio, pues descompuestas con su ferocidad las primeras filas del ejército enemigo, tuvieron lugar los infantes, gobernados de Bartolomé Belzar, para hacer más sangrienta la refriega; porque siendo éste émulo de Limpias en el valor, obró aquel día en su competencia maravillas, y á su imitación los demás soldados, que conociendo era necesario echar el resto al esfuerzo para salir del aprieto en que los tenía puestos la multitud de tanto bárbaro, convirtieron en rayos las espadas; de suerte que, aunque los indios, como valientes guerreros, procuraron mantenerse en el combate, no pudiendo resistir el ímpetu con que aquellos treinta y nueve españoles atropellaban sus más lucidas escuadras, se empezaron á retirar á los principios con orden, pero después, conociendo que á los nuestros, en lugar de quebrantarles el ánimo la continuada fatiga del guerrear, les daba nuevos alientos para mostrarse invencibles, con atropellada fuga desampararon la campaña, dejándola sembrada de cuerpos y de penachos, sin que de nuestra parte se padeciese otro daño que haber quedado herido del golpe de una lanza el capitán Martín de Artiaga.

Esta fué la celebrada batalla de los Omeguas, en que la nación española manifestó los quilates de su valor y la fuerza de su fortuna, pues siempre será memorable en las edades futuras ver derrotado un ejército de quince mil combatientes de una nación belicosa, por el corto número de treinta y nueve españoles, y esos consumidos y postrados al continuado tesón de tan repetidos trabajos como habían padecido en su dilatado viaje: acción en realidad de tan superior esfera, que por mucho que la pluma quisiera remontarse en su alabanza, siempre quedará corto el mayor hipérbole para su ponderación; y que á no asegurarla por verdadera la antigua tradición de este suceso y los au-

ténticos instrumentos de aquel tiempo, pudiera quedar escrupulosa la más fácil credulidad para el asenso; pero los descuidos de aquel siglo, en que á vista de la espada no tenía lugar la pluma, ocultaron de suerte la memoria de estos insignes varones, privándolos de la gloria que debía darles la fama, que por mucho que ha trabajado mi solicitud para dar á luz sus nombres, sacándolos del olvido en que han estado hasta ahora, sólo ha podido descubrir catorce de ellos (45), que son los ya nombrados Pedro de Limpias, Bartolomé Belzar, Diego de Montes y Martín Artiaga, Diego de Paradas, Alonso Pacheco, Juan de Guevara, Sancho Briceño, el contador Antonio Naveros, el tesorero Gonzalo de los Ríos, Luis de León, Juan de Badillo, Damián del Barrio, y el chantre D. Juan Frutos de Tudela, á quien la falta que entonces había en Coro da operarios, debió de dar motivo para dedicarse á servir de capellán; si no es ya que la relajación de aquella edad le concediese permiso para alistarse por soldado, pues siendo cierto que se halló en esta jornada, sólo una de estas dos causas pudo conducirlo á ella, faltando á la precisa residencia de su coro y á la inexcusable asistencia de su iglesia.

Convalecido Felipe de Urre de su herida, pocos días después de conseguida esta victoria determinó, con parecer de sus capitanes, dar la vuelta á Macatoa, y de allí al pueblo de Nuestra Señora en busca de los soldados que había dejado enfermos, para con el dictamen de todos resolver lo que debía ejecutar sobre la conquista de tan poderoso reino como el que había descubierto, no pareciéndole acertado empeñarse en negocio de tanta consecuencia con tan poca gente como la que tenía entonces; y aunque de esta resolución manifestó gran sentimiento el cacique amigo, por lo bien hallado que estaba con la compañía de sus huéspedes, de cuyo trato y familiaridad esperaba quedar aprovechado aprendiendo aquellas políticas y modo de vivir que había observado en ellos, sin embargo, animado con la promesa de que habían de volver breve, hubo de convenir en la determinación del viaje, dándoles el bastimento y

avío necesario, con guías que los condujesen hasta dejarlos en Macatoa; pero huyéndose éstas al mejor tiempo, dejaron á los nuestros precisados á caminar á tino, sólo con la esperanza de que, marchando siempre hacia el Poniente, no podían errar el río Guaibare, cuyas corrientes, más arriba ó más abajo, los habían de llevar á Macatoa, como les sucedió; pues encontrando con sus aguas por la parte superior á la ciudad, reconocido el paraje, según la demarcación que pudieron formar del sitio en que se hallaban, despachó Felipe de Urre á Pedro de Limpias con algunos soldados para que fuese á Macatoa y le buscase canoas, diligencia que, ejecutada por Limpias con presteza, facilitó el trasporte, pues volvió el día siguiente con embarcaciones bastantes para todos, en que habiéndose conducido á la otra banda, sin accidente que les retardase el viaje, prosiguieron hasta llegar al pueblo de Nuestra Señora, después de tres meses que habían salido de él para este descubrimiento.

Singular fué el regocijo que recibieron los enfermos con la relación bien ponderada que daban los compañeros de las grandezas y tesoros del reino de los Omeguas, quedando unos y otros persuadidos á que su felicidad les había dado la dicha de descubrir el Dorado, en cuya busca habían salido de Coro, atribuyendo á favor de la fortuna haber ellos conseguido lo que sin logro habían pretendido tantos; pero si les preguntáramos la razón que tenían para decir que aquella provincia era el Dorado, no hay duda que no supieran explicar la causa de su discurso, pues siendo éste un nombre imaginario, fundado en pura quimera, cualquiera conquistador que en otra parte de la América descubriese otra provincia poderosa pudiera afirmar también que era el Dorado, sin haber más razón de congruencia para uno que para otro; pero, sin embargo, no podemos negar que justamente se hallaban desvanecidos los soldados de Felipe de Urre con el descubrimiento que habían hecho, pues tuvieron esfuerzo aquellos hombres para tolerar cuatro años de imponderables desdichas, hambres y necesidades, atravesando tan diferentes y dilatadas provincias como hay desde

Coro al río de las Amazonas, pues á poca distancia de sus márgenes (según la más común opinión) tienen su asiento los Omeguas; y no hay duda que este reino descubierto por Urre fué el mismo de quien tuvo noticia Francisco de Orellana, cuando el año de 41, despachado por Gonzalo Pizarro (que se hallaba en el descubrimiento de la Canela), navegando por este río, supo en la provincia de Machifavo que á pocas leguas la tierra adentro tenía su residencia un gran señor, * poderoso en vasallos y riquezas, llamado Omeguas; pero Orellana despreció su descubrimiento, llevado de aquellas máximas con que, habiendo faltado al parentesco y amistad que le debía á Pizarro, procuraba cuanto antes salir al mar del Norte para pasar á España; y Felipe de Urre lo malogró, perdiendo la vida en la crueldad de un tirano (como veremos en breve) por las discordias y parcialidades que introdujo la desunión en sus soldados, siendo el origen de ellas las que corrían entre Pedro de Limpias y Bartolomé Belzar sobre las disposiciones militares, pues siendo émulos declarados, y el uno Teniente general, y el otro Maestre de campo, no se ofrecía ocasión, por leve que fuese, entre los dos que no parase en disgusto; de que sentido Pedro de Limpias por el empeño con que Urre, como paisano y pariente, favorecía en todo á su contrario, faltando á las obligaciones de su sangre, deseaba oportunidad para vengarse de ellos, fraguando (aunque fuese á costa de su crédito) la perdición de entrambos; y para poder lograrla sin recelo, se le vino á las manos la ocasión por los cabellos; porque disputada entre todos en el pueblo de Nuestra Señora la resolución que debían tomar sobre la conquista de los Omeguas, aunque sobre la materia hubo diferentes pareceres, se tuvo por el más acertado volver á Coro para reformarse de más gente, pues intentar con la poca que tenían la sujeción de un reino tan poblado, donde por lo distante se consideraban imposibles los socorros, era exponerse

* Herr. Dec., cap. II, 3.

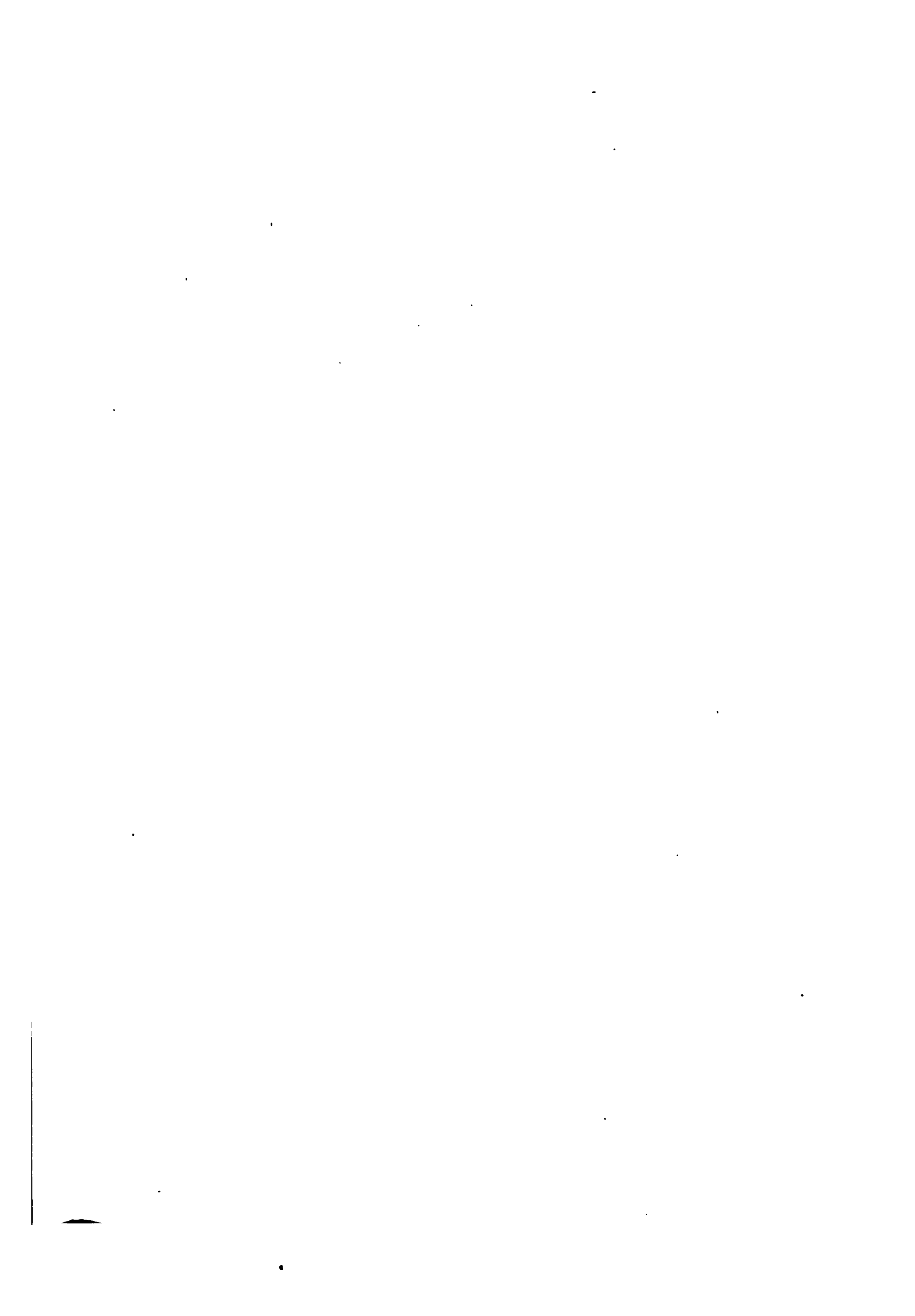
á la contingencia de malograrlo todo y perder con la precipitación lo que estaba seguro con la espera.

Halló con esto Pedro de Limpias la coyuntura que deseaba para ejecutar su alevosía, y valiéndose de cuanta afectación pudo fingir el disimulo, aprobó por más conveniente aquel dictamen, ofreciéndose á pasar personalmente á Coro, como le diesen veinte hombres para su escolta, y con la mayor brevedad que permitiese el tiempo dar la vuelta con la gente, armas y caballos que le parecía serían precisos para dar expediente á la conquista que tenían entre las manos.

Parecióle bien á Felipe de Urre la propuesta, pues por aquel medio, sin fatigar su campo ni desacomodarse de aquel pueblo, donde se hallaba con víveres suficientes para su manutención, conseguía el socorro de que necesitaba para proseguir su empresa; y sin sospechar la malicia que ocultaba el corazón de Limpias, lo despachó á Coro, quedando muy agradecido á la fineza de su oferta; si bien pocos días después cayó en la cuenta de su yerro, y arrepentido de haberse fiado de un hombre á quien tenía quejoso por los disgustos pasados, empezó á recelar que, puesto en Coro, no sólo había de faltar á socorrerlo con lo que había prometido, pero le había de hacer cuanto mal tercio pudiese para desacreditarle la conquista; y no hallando otro remedio para atajar el daño que temía, levantó su campo del pueblo de Nuestra Señora, y doblando las jornadas, tiró en su alcance; pero Limpias, previniendo lo que podía suceder, se dió tanta priesa á caminar, que cuando Urre llegó á Barquisimeto ya había días que él estaba en el Tocuyo, donde habiéndose encontrado con el intruso gobernador Juan de Carvajal, procuró, valiéndose del favor de Juan de Villegas, introducirse en su gracia, como lo consiguió, logrando por este medio la ocasión de culpar y deslucir todas las acciones de Urre, exagerando el mal gobierno con que se había portado en la jornada, por seguir, contra el dictamen de todos sus soldados, las pisadas de Hernán Pérez, y la imprudencia con que á lo mejor del tiempo se había re-

tirado, abandonando la conquista de los Omeguas, á la cual procuró inclinar el bullicioso espíritu de Carvajal, representándole la honra y utilidad que le podía resultar de ella, pues se hallaba con bastante número de gente para poderla emprender; propuesta que, siendo muy conforme á su natural inquieto y ambicioso, aceptó de buena gana, y la hubiera ejecutado á no habérsela embarazado las novedades que sucedieron después.







CAPÍTULO III.

Altercan sobre el gobierno Urre y Carvajal; prende éste al otro con engaño; córtale alevosamente la cabeza, y funda después la ciudad del Tocuyo.

Luego que Felipe de Urre llegó en seguimiento de Limpias al desembocadero de Barquisimeto, supo, por relación de algunos indios ladinos, cómo en el valle del Tocuyo se hallaba acuartelado un capitán llamado Carvajal con otros muchos españoles que le acompañaban; y como Felipe de Urre por entonces no pudiese discurrir qué gente fuese aquella que tenía tan inmediata, obrando con el recato de capitán prevenido, hizo alto en Barquisimeto, sin querer pasar más adelante hasta informarse por extenso de lo que debía observar para disponer sus cosas con mayor seguridad; pero como estaban tan cercanos los dos campos, no corrieron muchos días sin que, comunicándose los unos soldados con los otros, se llegase á manifestar la intención de los dos cabos; de que resultó asegurarse cada uno en su cuartel con dobladas centinelas y observante vigilancia; porque Carvajal, fiado en el falso título de que se había valido para apoderarse del gobierno, pretendía que Felipe de Urre, entregándole la gente que traía como á Capitán general de la provincia, quedase sujeto á su obediencia. Y Urre, que no ignoraba la subrrepción del despacho en que estribaba la

pretensión de su contrario, alegaba la nulidad de su recibimiento, afianzándose en que siendo él Teniente general, legítimamente nombrado por la Audiencia, no podía prevalecer Gobernador intruso contra la certeza de un título verdadero, en cuya virtud se hallaba en posición del gobierno de las armas, según las disposiciones prevenidas por su Alteza.

No dejaba Pedro de Limpias por su parte de atizar cuanto podía aquella llama, cuyo incendio temían todos habría de cobrar tal fuerza que abrasase la provincia en rompimientos civiles; pues llevado del desafecto concebido en su pasión contra aquellos caballeros alemanes, aconsejaba á Carvajal prendiese á Felipe de Urre, asegurando la fuerza de su razón en el violento derecho de las armas, pues se hallaba con triplicado número de gente del que tenía su contrario; pero Carvajal, como hombre astuto, nunca le pareció acertado aventurar las ventajas de su partido á la incertidumbre de un encuentro, y siempre tuvo por mejor valerse de sagaces disimulos para sacar á Felipe de Urre con engaño de la seguridad de su cuartel á parte donde, faltándole el resguardo de sus soldados, pudiese sin peligro aprisionarlo; designio que, habiéndolo entendido algunos amigos de Urre que estaban con Carvajal, se lo avisaron luego, previniéndole viviese con cuidado, sin dar lugar á que lograse la cautela que intentaba la malicia de su contrario; pero sin embargo fué tanta la sagacidad y maña de aquel ánimo taimado, que tuvo forma para persuadir á Urre remitiesen la cuestión á jueces árbitros, que viendo las provisiones de uno y otro, declarasen á quién de los dos pertenecía el gobierno; y por asegurarlo más de la sinceridad con que deseaba la paz y correspondencia de ambos, le propuso por segundo medio para que se acabase la discordia: que caso que no gustase de poner la materia en manos de terceros, por vía de compromiso, sería mejor que de conformidad gobernasen juntos la provincia, y uniendo la gente que tenían fuesen de compañía á conquistar y poblar lo que dejaba descubierto en los Omeguas.

Era Urre de un natural tan dócil y sencillo, que no obstante la prevención que le tenían hecha sus amigos, se dejó llevar de las astucias con que tiraba Carvajal á engañarlo; y dando asenso al último partido, sin recelar el fraude que encerraba la propuesta, bien contra el parecer de sus más confidentes y allegados, dejando el alojamiento que tenía en Barquisimeto, pasó con toda su gente á la ranchería del Tocuyo, donde Carvajal, para dar aparente disfraz á sus intentos, con fingidas demostraciones de amistad lo recibió con apariencias de alegría, previniéndole para el hospedaje cuantos cortejos pudo inventar el disimulo; pero breve conoció Urre el engaño en que lo había metido su facilidad y empeñado su confianza, pues sin darle Carvajal parte en el gobierno (como le había prometido) ni hacer caso de su persona para nada, sólo trataba de buscar ocasión en que poder prenderlo sin tumulto; de que avisado Urre, arrepentido de haberse puesto con tanta inconsideración en manos de su enemigo, andaba siempre sobre aviso, acompañado de sus más confidentes y allegados, hasta que Carvajal, deseando acabar de una vez con tanto fingimiento, lo convidó á comer un día á su casa, con ánimo de ejecutar la prisión que tenía premeditada entre los regocijos del banquete; y aunque Urre conoció bien el peligro que se le prevenía en el cortejo, no obstante, fiado en la bizarría de su valor y en el numeroso séquito de sus amigos, fué al convite, dejando prevenidos á Bartolomé Belzar y á los más de su facción estuviesen con cuidado para entrar á socorrerlo al menor rumor que oyesen. Y como Carvajal, noticioso de esta advertencia, no se atreviese á hacer demostración alguna en lo que tenía tratado ejecutar, animado Felipe de Urre con el temor que conoció en su contrario, después de acabada la comida le dijo: vivía ya en conocimiento de los engaños con que lo había tratado, pues faltándole á todo lo prometido, sólo experimentaba los efectos de una violencia continuada, á cuyo reparo le era preciso ocurrir; y pues en la falsedad de su doble trato no tenía ya que esperar, sólo pretendía lo dejase ir á Coro con su gente para pasar de allí á

Santo Domingo á dar cuenta á la real Audiencia de todo lo sucedido.

Alborotóse Carvajal con la propuesta, y levantándose de la silla, con acciones descompuestas y la voz algo alterada le respondió: tenía licencia para irse donde quisiese; pero que no pensase en llevar gente consigo, ni tuviese atrevimiento para intitularse Capitán General, ni aun Teniente de aquella gobernación, pues en ella no había más jurisdicción que la que en él residía, mediante las provisiones despachadas por la Audiencia; á que replicando Urre, se fueron trabando de palabras, hasta llegar á meter mano á las espadas, apellidando cada cual favor al Rey, á cuyas voces acudieron luego los parciales de uno y otro; pero habiéndose declarado muchos de los de Carvajal á favor de Urre, quedó tan ventajoso su partido, que pudo sin embarazo haber puesto fin á la competencia con la muerte ó prisión de su enemigo; mas llevado de la generosidad de su noble ánimo, sólo se contentó (para su perdición) con despojarlo de todas las armas y caballos que tenía, y dejándolo en su ranchería avergonzado, se retiró con los soldados de su séquito al valle de Quibor, seis leguas distante del Tocuyo.

No desmayó Carvajal con la desgracia de tan adverso suceso; antes maquinando nuevas trazas para poder tomar venganza de la afrenta recibida, despachó á su Teniente General Juan de Villegas, á Melchor Gurbel (46) y á un clérigo llamado Toribio Ruiz, que le servía de capellán, al alojamiento de Urre, para que exagerándole la enormidad del delito en que había incurrido por haber desarmado con violencia á un Gobernador de la provincia, cuya autoridad debía siempre venerarse en respetuoso obsequio de lo que representaba, procurarasen, (ofreciéndose á servir de medianeros) reducir la materia á conciertos de amistad, para que quedando en buena correspondencia, con olvido de todo lo pasado, se acabasen de una vez tantos disgustos: diligencia en que no discurriendo los terceros pudiera haber malicia, sin sospechar lo que ocultaba el

traidor ánimo de Carvajal, pusieron tanto esfuerzo, interponiendo ruegos, promesas y partidos, que obligaron al corazón sencillo de Urre á que debajo de ciertas capitulaciones que por ambas partes se firmaron ante un escribano, restituyese las armas y caballos que había quitado á Carvajal, y que desistiéndose por entonces de la acción que pretendía al gobierno, pasase con los que le quisieren seguir á Coro, para de allí ejecutar el viaje que deseaba hacer á Santo Domingo á dar cuenta á la Audiencia del estado en que dejaba los progresos de su conquista. Pero apenas Carvajal se vió con armas y deshecho el partido de su contrario en confianza de la concordia estipulada, cuando empezó á marchar en sus alcances con tanta celeridad, que á pocas jornadas lo descubrió alojado sobre las barrancas de una de las quebradas que corren por las montañas de Coro.

No se alborotó Felipe de Urre aunque vió á Carvajal con gente armada, porque con fingido agrado, disimulando su depravada intención, llegó manifestando en el semblante apariencias de una perfecta amistad; hasta que apeándose de los caballos, como cogió á los alemanes descuidados, con facilidad prendió á Felipe de Urre, á Bartolomé Belzar, al capitán Palencia y á Romero, y sin permitir más término á aquella infausta tragedia que el que pedía la crueldad de su corazón cobarde, mandó á un negro que llevaba les amarrase las manos, y con un machete fuese cortando las cabezas de aquellos nobles varones; y como el instrumento tenía embotados los filos con la continuación de haber servido en otros ejercicios más groseros, con prolongado martirio acabaron la vida aquellos desdichados, más á las repeticiones del golpe que al corte de la cuchilla, sin que en el bárbaro corazón de aquella fiera hiciesen la más leve impresión para la lástima las crueles circunstancias de tan tirano suplicio; antes sí, complaciéndose con Limpias y Sebastián de Armacea, mientras duraba la ejecución de tan villana insolencia, celebraba por pasatiempo las naturales fatigas que padecían aquellos infelices con las ansias del morir.

Este fué el fin lastimoso del General Felipe de Urre, digno por cierto de mejor fortuna. En la ciudad de Spira, en las provincias de Alemania, tuvo su nacimiento, y llevado del ardor de sus juveniles años pasó á la América, donde manifestó siempre los quilates de su prudencia y valor; y como éstos sobresalieron en todas ocasiones á la sombra del parentesco que tenía con los Belzares, dieron motivo para que la Audiencia de Santo Domingo le nombrase por Teniente General del Sr. Bastidas; los deseos del aplauso, más que el ansia de las riquezas, lo empeñaron en el descubrimiento del Dorado, donde el yerro cometido en seguir con tenacidad las pisadas de Hernán Pérez le hizo malograr la gloria que le prevenía su dicha. Ningún capitán de cuantos militaron en las Indias ensangrentó menos la espada, pues habiendo atravesado más provincias que otro alguno en el dilatado viaje de cuatro años, sólo movió su moderación la guerra cuando no halló otro remedio para conseguir la paz. El descubrimiento del reino de los Omeguas, en cuya busca (aunque en balde) han trabajado después tantos, hubiera hecho sin duda gloriosa la memoria de su nombre, si la venganza infame de Pedro de Limpias (47), y la crueldad traidora de Carvajal, no le hubieran con violencia anticipado la muerte en lo más florido de sus años, pues cortaron el hilo de su vida á los treinta y cuatro no cabales de su edad, quedando sepultadas con el lastimoso suceso de su desgracia las noticias más claras de aquel opulento reino, pues hasta hoy se ignora la parte donde está su situación (48).

Fenecida la tragedia de Felipe de Urre, dió luego Carvajal la vuelta al valle del Tocuyo, donde perdiendo el temor á Dios, y la vergüenza al mundo, soltó sin rebozo ni cautela la rienda á sus crueldades, pues sin más motivo que su gusto, tomando por pretexto leves causas, era raro el día que no ahorcaba uno ó dos de los que habían sido parciales de Felipe de Urre, sin que hubiese persona que se atreviese á irle á la mano para que se abstuviese en la repetición de tanto desafuero, por no experimentar los terribles efectos de su enojo; pues siendo el factor Pedro de San Martín

el sujeto de su mayor confianza, porque un día á solas, como amigo, le advirtió lo mal que hacía en ejecución de tan sangrientos castigos, faltó poco para mandarlo ahorcar; y á buen partido, fulminándole causa de traidor, lo remitió con un par de grillos preso á Coro.

En estos y otros semejantes ejercicios, hijos de su temeridad desenfrenada, se entretuvo Carvajal, hasta que por fines del año de 45, á instancia de los hombres principales que tenía en su campo, determinó poblar una ciudad en el mismo paraje en que tenía su ranchería, por las grandes conveniencias que para ello ofrecía el distrito; y formada la traza de las calles, para ejecutar la planta hizo desmontar todo el boscaje que ocupaba la capacidad del sitio, reservando sólo por blasón de su crueldad una hermosa y copuda ceiba, cuyas ramas, sirviéndole de horca, habían sido teatro de sus injusticias; sin discurrir que, como otro Amán, dejaba en ella el patíbulo para su muerte y el instrumento para su afrenta; y después de celebradas las demás disposiciones que en tal caso se acostumbraban, el día 7 de diciembre del mismo año 45 hizo la fundación de la ciudad, intitulándola Nuestra Señora de la Concepción del Tocuyo, cuyos primeros vecinos y pobladores fueron Diego Ruiz Vallejo, Esteban Mateos, Damián del Barrio, Juan de Guevara, Juan de Quincoces de la Llana, Luis de Narváez, Gonzalo de los Ríos, Sancho del Villar, Cristóbal de Aguirre, el licenciado Hernán Pérez de la Muela, Alonso de Campos, Cristóbal López, Juan Sánchez Moreno, Juan de Antellano, Antonio del Barrio, Domingo del Barrio, Tomé de Ledesma, Amador Montero, Cristóbal Ruiz, Diego de Montes, Gonzalo Manuel de Ayala, Diego de Morales, Bartolomé García, Francisco Sánchez, Juan de Villegas, Francisco de Villegas, Luis de Castro, Diego de Ortega, Francisco de Vergara, Blas Martín, Alonso Martín, Juan de Salamanca, Melchor Gurbel, Leonardo Gurbel (su hijo), Diego de Escorcha, Diego de Leiva, Juan Mateos, Bernardo de Madrid, Francisco de Madrid, Bartolomé Suárez, Juan de Cisneros, Juan Cataño, Vasco de Mosquera, Gonzalo Martel, Pedro Hernández,

Juan Muñoz, Pedro Alvarez, Luis Taní de Miranda, Juan de Tordesillas, Hernando Alonso, Toribio Ruiz, Francisco Muñoz, Francisco López de Triana, Juan Roldán, Pedro de Limpias, Cristóbal Rodríguez, Sebastián de Almarcha, Alvaro Vaez y Francisco de San Juan; de los cuales nombró Carvajal por primeros regidores á Damián del Barrio, Juan de Guevara, Alonso de Campos y Bartolomé García; por alguacil mayor, á Luis de Narváez, que juntos luego en cabildo para dar en todo forma á la nueva ciudad, eligieron por alcaldes á Esteban Mateos y á Juan de Antillano.

Tiene su asiento esta ciudad en un hermoso valle, á quien da nombre el río Tocuyo, que lo fecunda con sus aguas siempre cristalinas, delgadas y gustosas; su temperamento es templado, aunque más toca en cálido que en frío; su comarca abundante y su terreno fértil; produce mucho trigo, algodón, azúcar, maíz y otras semillas; cógense muchas frutas, así criollas como extranjeras, y en particular ricas manzanas y muy fragantes rosas; sus pastos son muy adecuados para ganado cabrío, en que es imponderable el multiplico, de cuyas pieles benefician muchos y buenos cordobanes que sirven de mercancía á sus moradores; la ciudad al presente es habitada de ciento y treinta vecinos, y entre ellos algunos de familias muy ilustres, así descendientes de los primeros pobladores, como agregados después; además de la iglesia parroquial mantiene dos conventos de religiosos, uno del Orden de San Francisco, y otro de Santo Domingo, aunque ambos de corto número.

Los que ponen la fundación de esta ciudad * en el año de 47, hecha por el Gobernador Juan de Tolosa, no hay duda que le quitan sin razón dos años de antigüedad por la mala relación con que escribieron, pues constando lo que llevamos referido por los mismos autos de su población, y por el repartimiento de encomiendas hecho por Carvajal entre los vecinos pobladores, no hay fundamento alguno para la opinión contraria.

* Fr. Pedro Sim., not. 5, cap. XIV. Piedrahita, lib. II, cap. II.



CAPÍTULO IV.

Llega el Licenciado Frías á Coro: quita el Emperador á los Belzares la administración de la provincia y viene á gobernarla el Licenciado Tolosa: prende á Carvajal, y por sentencia suya muere ahorcado.

Las insolencias y desafueros de Carvajal fueron de calidad, que no pudiendo contenerse la fama de ellos dentro de los límites de la provincia, con facilidad llegaron las noticias á la isla de Cubagua, donde se hallaba el Licenciado Frías entendiendo en las comisiones que le había encargado la Audiencia; y enterado del mal proceder de su Teniente General, con el deseo de aplicar cuanto antes el remedio á semejante daño, procuró abreviar todo lo posible las diligencias que tenía á su cuidado; y fenecidas, pasó á Coro por principios del año 46, llevando en su compañía á Diego de Losada, que retirado en Cubagua desde los primeros lances que tuvo con Carvajal en Coro, había estado á la mira para ver el incendio desde lejos; pero como Carvajal, con la viveza de su genio, previniendo este futuro accidente, se había llevado cuantas armas y caballos había en Coro, halló Frías tan desproveída la ciudad de un todo, que le fué preciso detenerse algunos días, mientras buscaba forma de prevenirse de suerte que pudiese pasar con seguridad al Tocuyo, porque receloso de los atrevimientos de

Carvajal, no se atrevía á entrar en busca suya sin llevar gente armada con que poderle hacer oposición en caso que intentase alguna resistencia.

En este intermedio llegó á Coro el Licenciado Juan Pérez de Tolosa, natural de la ciudad de Segovia, caballero muy prudente y gran letrado, á quien el Emperador envió por Gobernador y Capitán General de la provincia, por haber privado de la administración de ella á los Belzares, mediante las repetidas quejas y noticias con que Su Majestad se hallaba de los irreparables daños, tiranías y desórdenes introducidos con el gobierno alemán, que fueron tantos, que con justa razón dieron motivo para que el señor D. Fr. Bartolomé de las Casas, en su libro de la *Destrucción de las Indias*, llamase á esta provincia infeliz y desgraciada; y lo fué sin duda, pues si no hubiera padecido la desdicha de haber estado aquellos diez y ocho años sujeta al dominio extranjero, fuera una de las más opulentas que tuviera la América, porque en lo dilatado de su distrito, lo fértil de su terreno, lo benigno de su clima, lo abundante de sus aguas, ni en la conveniencia de sus puertos hay otra que la iguale, y en la multitud innumerable de indios que la habitaban hizo ventaja á muchas, aun de las más pobladas; pero como los alemanes la vieron sin amor, considerándola como una cosa prestada, ni atendieron á su conservación, ni procuraron su aumento, pues sólo tiraron á aprovecharse mientras duraba la ocasión, sin reparar en que los medios de que se valían para disfrutarla fuesen ó no los más eficaces para destruirla; pues sin hacer asiento en parte alguna ni poblar en tan hermosos países como descubrieron, llevándolo todo á sangre y fuego, no dejaron cosa que como fieras desatadas no asolaron; y como el interés principal de su ganancia lo tenía afianzado su codicia en la esclavitud de los miserables indios, fueron por millares los que sacaron para vender á los mercaderes que concurrían á Coro con el cebo de tan infame trato; de que resultó despoblarse lo más de la provincia, porque los indios, huyendo de padecer las violencias que experimenta-

ban en semejantes tiranías, por asegurar la vida y la libertad desampararon sus pueblos y se fueron retirando álo interior de los Llanos, donde se han quedado hasta el día de hoy, perdiendo por esta causa tantos vasallos el Rey y tantas almas la Iglesia.

La noticia de estos procedimientos y otros que por su enormidad (con cuidado) deja en silencio la pluma, fué el motivo que tuvo el Emperador para privar á los Belzares y enviar por Gobernador al Licenciado Tolosa, quien luego que llegó á Coro, informado de las operaciones de Carvajal, así por la relación que le hizo Frías, como por la que le daban diferentes personas que cada día venían huyendo los rigores de su proceder tirano, determinó pasar cuanto antes al Tocuyo para atajar los pasos de aquel hombre, aplicándole el castigo que merecían sus maldades; y para ello, valiéndose de la misma prevención que para el mismo efecto tenía dispuesta Frías, y de alguna gente de la que en su compañía había venido de España, salió de Coro, disponiendo el viaje con tal presteza y secreto, que sin ser sentido ni tenerse noticia alguna en el Tocuyo, amaneció una mañana sobre los ranchos de la nueva ciudad, y cercando la casa de Carvajal, lo puso luégo en prisiones, pasando por la misma fortuna su Teniente General Juan de Villegas.

Ejecutada esta diligencia con tan buena disposición, para sosegar los ánimos de los parciales que pudiera tener Carvajal, antes que entre ellos se pudiese originar alguna alteración por verlo preso, juntó Tolosa todos los vecinos de la ciudad en las casas que había escogido para su morada, y después de haberles manifestado las provisiones y títulos que traía de Gobernador y Capitán general de la provincia, y los despachos particulares del Emperador contra los Belzares, con agradables razones, tan prudentes como discretas, les dió á entender los motivos que había tenido para prender á Carvajal y á su Teniente, á quienes oiría en justicia, aplicándoles de su parte cuanto permitiesen los ensanches de la gracia; porque su ánimo sólo era atender al

común sosiego, procurando (en cuanto pudiese) la mayor utilidad y conveniencia de los vecinos: de que quedaron todos tan pagados, estimando la afabilidad y buenos modos de Tolosa, que con general aplauso, sin que se reconociese en alguno la más leve señal de displicencia, fué recibido al uso de sus puestos; pero sin embargo, no obstante la aceptación con que Tolosa reconoció había sido admitido en el Tocuyo, se hallaba bastantemente cuidadoso, temiendo alguna oposición ó movimiento del capitán Juan de Ocampo, á quien Carvajal pocos días antes había enviado con sesenta hombres de sus más confidentes y allegados á descubrir los valles de Umúcaro; y para salir con brevedad de este recelo, despachó en busca suya á Diego de Losada con alguna gente de guerra, y testimonio de las provisiones del César, para que haciéndoselas saber, le notificase de su parte diese luego la vuelta á la ciudad: diligencia en que tuvo poco que hacer la aptitud de Losada; porque siendo caballero el Juan de Ocampo, con la lealtad que pedía su sangre, en vista de los despachos dió luego la obediencia á Tolosa, reconociéndolo por su Gobernador sin repugnancia alguna; y celebrando todos la dicha de verse libres de la opresión que padecían con la tiranía de Carvajal y violento gobierno de los Belzares, volvieron otra vez para el Tocuyo.

Compuesto todo tan á gusto de Tolosa, mediante la buena forma con que lo dispuso su prudencia, luego que se vió en la quieta posesión de su gobierno, trató de sustanciar la causa de los presos; y habiéndola seguido con grande espera por todos los términos que dispone el derecho, como quiera que contra el capitán Juan de Villegas no resultó cargo alguno, antes sí constó de la sumaria no haber tenido intervención en los precipitados excesos de Carvajal (que, como hijos de aquel natural indómito, no hubo consejo que pudiera contenerlos), por sentencia que pronunció en 25 de setiembre del mismo año de 46, lo declaró por libre; y para darle satisfacción del agravio que pudo haber padecido en la prisión, informado de la calidad y

prendas del sujeto, lo nombró por su Teniente General, adquiriendo por este medio en la común aceptación tantos aplausos Tolosa como créditos Villegas.

Muy diferente fué el fin que tuvieron los sucesos de Carvajal, porque siendo sus delitos tan enormes y su proceder tan desreglado, fueron tales las atrocidades que se le justificaron, que se vió obligado Tolosa á condenarlo á muerte, mandando que después de arrastrado por las calles más públicas de la ciudad, fuese ahorcado en la misma ceiba que había sido teatro de sus injusticias (49); y aunque por parte del reo se apeló para el Consejo, y por la de algunos caballeros se interpusieron ruegos, estuvo Tolosa tan firme en su resolución, que atropellando por todo, ejecutó la sentencia, pagando Carvajal con una vida, que perdió con razón, tantas como él había quitado sin ella: y fué particularidad muy reparable, que desde el instante que murió en la ceiba, siendo hasta entonces un árbol muy frondoso, se empezó á marchitar, hasta secarse con tanta brevedad, que sirvió de admiración su ruina, si antes había sido asombro su hermosura.





CAPÍTULO V.

Sale Alonso Pérez á descubrir las sierras Nevadas: atraviesa el río de Apure, y llega á las lomas del Viento y valle de Cúcuta.

Fenecida la tragedia de Carvajal, trató Tolosa de dar asiento y nueva forma para el gobierno y permanencia de la ciudad que halló recién fundada; y como lo principal en que había de consistir su conservación y aumento era en las encomiendas de los indios, para asegurarlas en los vecinos que las poseían y que no quedase puerta abierta para que la inconsideración de algún Gobernador imprudente pudiese en algún tiempo privarlos de aquella corta utilidad que gozaban por único premio de sus servicios y trabajos; conociendo la nulidad que padecía el repartimiento hecho por Carvajal, por falta de jurisdicción, pues siendo Gobernador intruso no había tenido autoridad para formarlo, declaró por vacas todas las encomiendas, y sin inmutar en cosa alguna, con integridad singular, las volvió á proveer en los mismos que las tenían antes, despachándoles nuevos títulos para su seguridad y mayor firmeza; y aunque, agradecidos los vecinos á la limpieza de su obrar, le suplicaron con instancia se adjudicase para sí los indios del valle de Cubiro, que habían sido de Carvajal, sólo pudieron conseguir de su modestia tomase en repartimiento (por satisfacer

á sus ruegos) algunas pocas familias, y las demás, con general aclamación de todos, las dió á Diego de Losada, que fué la única remuneración que debió aquel caballero á esta provincia, cuando la continuada tarea de sus servicios, en la común estimación de todos, lo graduó siempre por digno de los mayores premios.

Deesta diligencia resultó quedar el gobernador Tolosa en el conocimiento de que había muchos españoles sin conveniencia en el Tocuyo, porque siendo las encomiendas pocas no podían ser bastantes para acomodarse todos; y deseando buscar forma para el remedio de los que habían quedado sin parte en el repartimiento de los indios, dispuso que su hermano Alonso Pérez de Tolosa saliese con cien hombres á descubrir las sierras Nevadas (á cuya falda se pobló después la ciudad de Mérida), que por su elevada eminencia habían sido siempre divisadas á mano izquierda en todas las entradas que se habían hecho á los Llanos; y era fama, según las relaciones de algunos indios, encerraban en sí grandes riquezas, cuyo descubrimiento no hay duda fué el motivo principal de esta jornada, aunque otros la quisieron atribuir á buscar camino para pasar ganados desde el Tocuyo al nuevo Reino, por dictamen de Cristóbal Rodríguez, que, como uno de los que habían entrado allá con Fedreman, sabía la gran utilidad que podía resultar de este comercio; y, con efecto, él fué el primero que consiguió después introducirlo en Santa Fe, quedando bien aprovechado con su arbitrio.

Pero al fin, séase por el un motivo ó por el otro, dispuesto todo lo necesario, salió Alonso Pérez del Tocuyo por principios de febrero del año de 47, llevando por su maestre de campo á Diego de Losada, cuyo parecer, por orden expreso del Gobernador, se había de seguir en todo cuanto se pudiera ofrecer en la jornada; y encaminando su derrota por el mismo río del Tocuyo arriba, después de haber gastado algunos días en sus márgenes, atravesada la serranía, que por allí le demoraba hacia el Oeste, salió al río Guanaguanare, que por aquella parte corre con el nom-

bre de Zazaribacoa, y entrando por los Llanos, caminó por ellos hasta la misma falda de las sierras Nevadas, con intención de trasmontar sus cumbres para buscar de la otra parte los tesoros que aseguraba la fama de sus riquezas; pero como los más tenían puesta la mira en irse acercando al nuevo Reino, buscando caminos más tratables para introducir ganados, contradijeron la opinión de Alonso Pérez, tomando por pretexto lo inaccesible de la misma serranía, cuya fragosidad, ayudada de las nieves, hacía impracticable el pasaje, con el riesgo de perecer en el hielo de sus páramos: circunstancias que, bien consideradas, obligaron á seguir el camino por los Llanos, hasta llegar á las riberas de Apure, sobre cuyas barrancas se detuvo Tolosa algunos días, en los cuales, animados los indios de la comarca al ver el corto número de que se componía aquella escuadra de españoles respecto de las que habían pasado por allí en otras ocasiones, determinaron probar ventura para lanzarlos de su tierra con las armas; y juntos, en bien formados batallones, dieron de sobresalto una mañana, al romper del alba, sobre el alojamiento de los nuestros, que, ignorantes de semejante movimiento, estaban entregados al sueño descuidados; pero volviendo en sí con el estruendo, sin que tuviese lugar la turbación en aquel lance, cogieron con presteza los caballos, y echando manos á las armas, rompieron por entre las bárbaras escuadras, que, descompuestas á los primeros encuentros, con pérdida de sus más valientes guerreros, dejaron el campo y la victoria en manos de los nuestros, aunque no á tan poca costa que no muriese un soldado y quedasen heridos más de veinte.

Habiéndose detenido Alonso Pérez después de la refriega sólo el tiempo que fué preciso para curar los heridos, volvió á buscar la serranía, entrándose por las cabeceras del mismo río de Apure, discurriendo que por aquella parte (al parecer menos fragosa) podría ofrecer el paso más tratable, hasta que, apretado de la necesidad que padecía de bastimentos, despachó á buscarlos al capitán Romero con cuarenta hombres, que á poca diligencia, en una quiebra

que hacía la cordillera, encontró con una mediana población, cuyos vecinos, puestos en arma con razonable defensa, embarazaron por gran rato la entrada de los nuestros; pero aunque hirieron de peligro en el combate al capitán Romero y á otros cuatro soldados é hicieron de su parte cuanto supo el valor para la resistencia, no pudieron librarse de pasar por la mala fortuna de vencidos, pues quedaron todos los más aprisionados, y el pueblo entregado al saco, robando y destruyendo los soldados cuanto les dictó su antojo.

Con la presa de indios, maíz, mantas de algodón y raíces comestibles, siguieron el mismo río, y á pocas leguas de camino, sobre la opuesta ribera, dieron con otro lugarcillo de indios Tovoros, que á la primera vista hicieron muestras de quererse defender, ostentando muchas armas desde las barrancas del río; pero advirtiendo el denuedo con que los caballos se arrojaban á la corriente para pasar en su busca, desampararon el sitio, poniéndose en huída y dejando la población al arbitrio de los nuestros, para que pasase luégo por los rigores del saco. Pero no contentándose con lo que hallaron en ella, dos de los soldados, tan atrevidos como codiciosos, se entraron por la montaña por ver si su diligencia les deparaba á la mano algo de lo que en tales ocasiones suele ocultar el miedo ó la prevención, y dando en una emboscada donde los indios estaban retirados, perdió el uno luégo la vida en pago de su codicia, y el otro hubiera pasado por la misma desventura á no haberse aprovechado de la ligereza que le dió el temor y el susto para ponerse en salvo, corriendo presuroso hasta ampararse del pueblo, donde, sentido Alonso Pérez de la desgracia sucedida, le hubiera dado garrote, á no haberse interpuesto de por medio la intervención de algunos capitanes, á cuyo ruego le conmutó el castigo en otras penas.

De este pueblo de los Tovoros prosiguió Tolosa su jornada, siempre por el mismo río Apure, hasta llegar á la boca de otro que se le junta, no menos caudaloso (50), por el cual, dejando á Apure, encaminó su viaje, buscando el

valle que hoy llaman de Santiago (donde después se pobló la villa de San Cristóbal, entre las ciudades de Pamplona y Mérida), cuyos moradores, con la noticia de que llegaba gente forastera á sus umbrales, bajaron por el río una jornada, con ánimo de aprovecharse de una angostura que formaba el valle entre dos cerros, para embarazarle la entrada con las armas; pero absortos con la novedad, al ver el traje y disposición de los españoles y la grande ligereza y brío de los caballos, se pasmaron de suerte, que no acertaban á valerse de los arcos para la ofensa, ni de los pies para la fuga; hasta que, acometidos de los nuestros con la muerte de unos y las heridas de otros, se hubieron de resolver á retirarse, abandonando todo el valle á discreción de los soldados, que sin perder el tiempo metieron á saco las primeras poblaciones que encontraron, donde alojados aquella noche, tuvieron noticia el día siguiente de que en el valle arriba había otro pueblo de numerosa vecindad (que fué el que llamaron después de las Aviamas (51) los que poblaron la villa de San Cristóbal); y partiendo en su busca con presteza, pasó por la misma fortuna de los otros, sin que bastase el no haber hecho oposición alguna sus vecinos, para que dejase la crueldad de ejecutar algunas muertes en los que sólo atendían á huir para salvar la vida.

Recogido el pillaje de este pueblo y atravesado el río de San Cristóbal, fué á dar Alonso Pérez á la población donde al presente está edificado el templo de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Tariba, cuyos naturales, con temor anticipado, habían recogido sus muebles y familias á la cumbre de un elevado monte, pensando hallar en él seguridad para su susto; pero perseguidos por el rastro, aunque con trabajo en la subida, fueron descubiertos por los nuestros, para acreditar lo que vale la desesperación en un aprieto, pues juntos en defensa hicieron tal resistencia que salió muy costoso el vencimiento, quedando muertos seis caballos y mal herido Alonso Pérez, con otros de sus soldados, sin conseguir otro fruto de la victoria que el corto despojo de cuatro alhajas inútiles: causa para que, descon-

solados al ver las pocas muestras que encontraban de las riquezas que les había prometido su deseo, desamparasen el valle de Santiago, con la esperanza de hallar mejor fortuna en otra parte; y atravesadas las lomas del Viento por la población de Capacho, salieron al gran valle de Cúcuta, célebre criadero de las mejores mulas que hoy produce el nuevo Reino, y donde con verdad se puede asegurar que todo el monte es orégano, pues apenas se hallará otra planta en lo dilatado de su fértil y cálido terreno.





CAPÍTULO VI.

Entra Juan de Villegas al descubrimiento de Tacarigua: toma la posesión de su laguna y da la vuelta al Tocuyo: muere el Gobernador Tolosa, y Alonso Pérez prosigue su jornada.

Después que Alonso Pérez salió del Tocuyo al descubrimiento de las sierras Nevadas, deseando el gobernador Tolosa hacer celebrado su gobierno con nuevas poblaciones y conquistas, y animado con la esperanza de descubrir algunas minas de oro, de que se habían hallado muestras en las entradas que diferentes veces se habían hecho por el puerto de la Borburata, dió orden á su teniente general Juan de Villegas, para que llevando ochenta hombres á su satisfacción, atravesado el valle de Barquisimeto, fuese costeando la serranía hacia el Oriente hasta salir á la provincia y laguna de Tacarigua, en cuya jurisdicción poblase una ciudad en la parte que le pareciese más conveniente, para que sirviese de sujeción á la comarca; y en su cumplimiento, hechas las prevenciones necesarias, salió Juan de Villegas del Tocuyo por setiembre del mismo año de 47, llevando en su compañía á Luis Narváez, Pedro Alvarez (veedor de la Real hacienda), Pablo Suárez (alguacil mayor del campo), Juan Domínguez, Gonzalo de los Ríos, Sancho Briceño, Hernando del Río, Juan Jiménez, Cristóbal López, Esteban

Martínez, Juan de Zamora, Miguel Muñoz, Pedro González, Antonio Sarmiento, Juan Sánchez Choque, Luis González de Rivera, Bartolomé Núñez, Juan Sánchez Moreno, Pedro de Gámez, Alvaro Váez, Juan de Escalante, Diego de Escorcha, Antonio Cortés, Pedro Suárez, Alonso Vela León, Rodrigo Castaño, Juan Díaz Marillán, Jorge Turpi, Vicente Díaz, Francisco de San Juan y otros, hasta el número de ochenta, con los cuales, faldeando la serranía por la orilla de los Llanos, siempre al Este, llegó á reconocer las riberas de la gran laguna de Tacarigua, hermoso lago que en un ameno valle, á sesenta leguas del Tocuyo y á veinte de Caracas, retirado siete del mar la tierra adentro, ocupa catorce de longitud de Leste á Oeste, y seis de latitud de Norte á Sur, tan profundo, que á corta distancia de sus orillas no hay sonda que le descubra el fondo de sus aguas; sus márgenes en toda su circunferencia son alegres, vistosas y deleitables, pobladas de frescas arboledas y de varia multitud de diversas aves; adornan su hermosura algunas islas, y entre ellas, dos que tienen más de legua y media de bojeo, abundantes todas de báquiras, paugies, guacharacas, patos y otras diferentes especies para el entretenimiento de la caza.

Fórmase el monstruoso cuerpo de este lago de las aguas de catorce ríos, que continuamente le están tributando sus corrientes; críanse en él unas hojas anchas sobre el agua, que con las raíces se van entretejiendo unas con otras, y con las hojarascas de los árboles, la tierra y palazón que traen los ríos con sus crecientes y avenidas se van incorporando poco á poco, y crecen de manera, que se forma un conjunto de dos y de tres varas de grueso y más de treinta ó cuarenta de largo, tan firme y unido uno con otro, que en la superficie se crían árboles pequeños y á veces algo grandes, según la disposición de la materia, y agitadas del viento á todas partes, parecen á la vista islas movibles de aquel piélago, ó fluctuantes pensiles de aquel mar, hasta que al continuado movimiento de las ondas y al fuerte combatir de la resaca se deshace aquella trabazón en que con-

sisten y quedan desbaratados, á manera de las que, según refiere Plinio * en su natural historia, se forman de la misma suerte en el mar Septentrional, y en el país de Artois, según Botero en sus relaciones del mundo. **

Luégo que Villegas llegó al valle de Tacarigua (de quien tomó el nombre la laguna), deseoso de poblar en él, por las conveniencias que ofrecía la disposición del sitio, aprendió la posesión jurídica por ante Francisco de San Juan, escribano público, en 24 de diciembre del mismo año de 47 (52); pero después, no hallando rastro de las minas de oro que buscaba (y era el fin principal á que se había encaminado la jornada), aunque para su descubrimiento habían revuelto toda la comarca Hernando Alonso, Juan Jiménez y Juan Sánchez Moreno, mineros, que para el efecto llevaba en su compañía, mudó de intento, y desamparando la laguna y valle que tanto le había agradado, atravesó la corta serranía de siete leguas, y bajó á la Borburata en la costa de la mar, donde le pareció más acertado el poblarse, así por lograr la hermosura de aquel puerto, capaz con desahogo para más de cien navíos, seguro de todos vientos y tan fondable, que con planchas pueden descargar en tierra, como por haber hallado en las quebradas del contorno algunos granos de oro tan fino, que pasaba de veintitres quilates en su ensayo: causa para que, animados todos con la esperanza de la riqueza que prometía aquel principio, se determinase, por parecer común, á ejecutar la población en aquel puerto; y poniéndolo por obra, en virtud de la facultad que Villegas llevaba del Gobernador Tolosa, en 24 de febrero del año 48, después de haber tomado la posesión jurídica por ante el escribano Francisco de San Juan, proveyó el auto de la fundación de la ciudad, á quien intuló Nuestra Señora de la Concepción de la Borburata.

Mientras Villegas se ejercitaba en estas cosas, recibió Tolosa prorrogación de otros tres años más en el gobierno:

---

* Plin., lib. II, cap. XXVII.

** Bot. Rel. uni., lib. I.

merced que le concedió el Emperador, en atención á los créditos de su buen obrar; y animado con la honra de semejante favor, dejando dispuestas lo mejor que pudo las cosas del Tocuyo, salió para el Cabo de la Vela á la averiguación de algunos fraudes ejecutados en el quinto de las perlas, y tomar residencia á los ministros de aquel pueblo, mediante comisión que para uno y otro le remitió el Consejo (53). Pero como en esta vida no hay felicidad estable ni dicha tan segura que no tenga por sombra una desgracia, cuando más favorecido se hallaba Tolosa, prometiéndose los acrecentamientos con que le galanteaba risueña la fortuna, cortó el hilo á sus esperanzas lo intempestivo de una muerte acelerada, pues caminando para el Cabo de la Vela perdió en un despoblado la vida, al rigor de una aguda fiebre; quedando, junto con el cadáver, sepultada en aquel desierto su memoria, pues hasta hoy se ignora la parte donde tuvieron descanso sus cenizas: ¡lastimoso fin en varón tan venerable, cuando su literatura, desinterés, rectitud y singular prudencia fueron prendas que merecieron el logro de mejor fortuna! (54).

Esta novedad fué causa de que por entonces quedase sin efecto la población que intentaba Villegas en la Borburata, porque habiendo recibido aviso que le hicieron sus amigos de la muerte de Tolosa, y la noticia de que al tiempo que salía para el Cabo de la Vela le había dejado cometido el gobierno de toda la provincia durante su ausencia, le pareció conveniente pasar cuanto antes al Tocuyo para atajar con su presencia cualquier movimiento que se pudiera intentar en perjuicio de aquella delegación, en cuya virtud pretendía mantenerse en el gobierno hasta tanto que la Audiencia determinase otra cosa: y así, dejándolo todo por la mano, sin pasar á más diligencia en la fundación de la ciudad que había empezado, desamparó la Borburata, y caminó con tal presteza, que el día 19 de marzo entró con todo su campo en el Tocuyo, donde, aunque por parte de los Alcaldes de aquella ciudad y la de Coro, con bastante fundamento se movió la cuestión sobre el gobierno, ale-

gando tocarles á cada uno en su jurisdicción durante la vacante, por no ser suficiente el título en que afianzaba Villegas su derecho; sin embargo, como su séquito era grande, y la parcialidad de sus amigos numerosa, con razón ó sin ella, interviniendo el consentimiento de los dos Cabildos, se quedó apoderado del gobierno.

Bien ajeno de todas estas cosas se hallaba Alonso Pérez en el valle de Cúcuta, donde luego que lo sintieron entrar sus naturales, desamparando sus bujíos, se retiraron á una casa fuerte, guarnecida de doble palizada y sembrada á trechos de troneras para el disparo de su flechería (que sin duda les debía de servir de receptáculo en las ordinarias guerras que tenían unos con otros), á cuyo abrigo se portaron con tan rigurosa resistencia, que aunque los acometió en ella Alonso Pérez, con muerte de tres soldados y algunos caballos, se vió obligado á desistir del combate y pasar sin detenerse hasta el río Zulia (55); y habiéndolo esguazado, se fué entrando por el territorio de los indios Motilones, hasta penetrar la serranía que habitaban los Carates á las espaldas de la ciudad de Ocaña, por la banda del Norte, en cuyo rumbo, además de lo áspero y despoblado de la tierra, padeció tanta necesidad con la falta de bastimentos, que caminadas ya siete jornadas, se vió precisado á retroceder, volviendo otra vez al valle de Cúcuta, donde reforzado con la abundancia de sus víveres y descanso de algunos días, determinó seguir nueva derrota el valle abajo en demanda de la laguna de Maracaibo, por donde salió á la junta que llaman de los tres ríos (por unirse al desembocar junto á la misma laguna), á cuya vista, llevando siempre sus aguas á mano izquierda, fué caminando para el Leste: y aunque á costa de diferentes reencuentros, por la oposición que halló en los moradores de sus orillas, hubo de salir á los llanos que llaman de San Pedro (no muy distantes de la parte donde se fundó después la ciudad de Gibraltar), asiento de los indios Babures (56), nación afable y poco belicosa, pues todos los instrumentos de su guerra eran unas cerbatanas con que dis-

paraban á soplos unas flechillas pequeñas, tocadas de cierta hierba de virtud tan singular, que al que llegaban á herir con ellas dejaban al instante como muerto, privado de sentido por dos ó tres horas, que era el tiempo de que ellos necesitaban para ponerse en salvo sin peligro; y pasado aquel término, volvían los heridos á su acuerdo, quedando sin otra lesión ni daño; y así, con poco embarazo de esta nación pusilánime, prosiguió su marcha por los llanos, bojeando siempre la laguna para volverse al Tocuyo; pero cuando más empeñado seguía por esta senda su camino, se halló atajado de una ciénega ó estero, que comunicando sus aguas con las de la laguna, entraba hasta la serranía con más de media legua de latitud por la parte más angosta, tan fondable y cenagosa, que por más diligencias que hizo para buscarle vado, no fué posible hallarle forma para esguazarlo, pues aunque se detuvo seis meses en sus playas, por ver si con la fuerza del verano se minoraban sus aguas, se mantuvieron siempre tan en un ser, que perdida la esperanza de poder lograr su tránsito, hubo de determinar volverse por los mismos pasos que había entrado á buscar socorro á Cúcuta, valle en cuya fertilidad parece le tenía depositada la fortuna el alivio de sus desdichas y el asilo de sus trabajos.





CAPÍTULO VII.

Funda Pedro Alvarez la ciudad de Borburata de orden de Villegas, y Alonso Pérez prosigue su jornada hasta dar vuelta al Tocuyo.

Desembarazado Villegas del empeño en que lo puso la pretensión del gobierno, luego que fenecida la cuestión con los Alcaldes se halló en la quieta posesión de su dominio, porque no quedase malogrado el fruto de su trabajo en la jornada que había hecho al descubrimiento de Tacarigua, volvió la mira á efectuar la población que en el puerto de la Borburata interrumpió el año antecedente la aceleración con que dió vuelta al Tocuyo, y para ello, entrado ya el año de 49, envió por capitán poblador al veedor Pedro Alvarez con sesenta hombres, entre quienes iban Alonso Pacheco, Alonso Díaz Moreno, Vicente Díaz, Sebastián Ruiz, Francisco de Madrid, Andrés Hernández, Pablo Suárez, Juan de Escalante, Luis González de Rivera, Alonso Vela León, Pedro Gámez, Juan de Zamora, Francisco de San Juan, Antonio Sarmiento, y otros que, deseosos de gozar las conveniencias que prometía la nueva ciudad, determinaron avecindarse en ella; y llegados sin dificultad al puerto de la Borburata, debajo del auto de fundación y demás diligencias judiciales que el año antecedente había formado Villegas; en 26 de mayo del de 49 dieron

principio á su población, y nombrados Regidores, que lo fueron Francisco de Madrid, Alonso Pacheco, Juan de Escalante y Alonso Vela León, eligieron por primeros Alcaldes ordinarios á Vicente Díaz y Alonso Díaz Moreno; pero aunque esta ciudad en sus principios dió esperanzas de grande crecimiento, así por las muchas personas de suposición que se avecindaron en ella, como por la facilidad con que en el trato de su puerto y algún oro que daban las quebradas, adquirían aumento los caudales; la continuación con que los piratas dieron en molestarla, por estar situada á la lumbre del agua, y sin algún reparo para su defensa, fué causa para que sus vecinos, por verse libres de sustos tan repetidos, la fuesen desamparando poco á poco, hasta que el año de 68, gobernando la provincia D. Pedro Ponce de León, la abandonaron del todo, dejándola despoblada, sin que bastasen las diligencias del Gobernador para embarazar su ruina.

La que amenazaba á su campo tenía desconsolado á Alonso Pérez, viéndose tan perseguido de las desgracias, que no intentaba salida en que no hallase un estorbo; y resuelto ya á volverse para Cúcuta, despachó por delante á la ligera al capitán Pedro de Limpias con veinticuatro compañeros, para que fuese á dar cuenta al Gobernador su hermano de que volvía derrotado, sin fruto alguno, de su infeliz jornada; y aunque al tercero día, después que se apartó de Alonso Pérez, en un reencuentro que tuvo con los indios le mataron cinco hombres, con los restantes, á costa de imponderables trabajos, hubo de proseguir hasta llegar al Tocuyo.

No los padeció menores en su retirada Alonso Pérez, pues por la mucha gente enferma que llevaba, le era preciso caminar á paso lento, con tanta necesidad de bastimentos, que en distancia de diez leguas dejó veinticuatro soldados muertos de hambre: aprieto que le obligó á dejar el camino que seguía y coger á mano izquierda por tierras altas y montuosas, no holladas de otros españoles hasta entonces, por si acaso entre su aspereza le deparaba la

suerte algunas sementeras con que remediar su falta; y como cierto día encontrase una pequeña aldea de seis ó siete casas, pretendiendo los soldados buscar en ellas algún alivio á sus males, hallaron tal resistencia en sus pocos moradores, que no pudiendo (por la gran flaqueza que tenían) mantener por mucho tiempo el combate, dejaron la porfía de acometerlas, y pasaron á saquear otro bujío que estaba algo apartado de las casas, y según la provisión del maíz, carne asada y raíces que había en él, debía de ser almacén común de aquella aldea; pero los indios, animados con haber salido bien de la oposición primera, cargaron sobre los españoles (que desordenados sólo trataban de recoger el bastimento que podían), y del primer encuentro mataron dos é hirieron seis, y hubiera pasado á más el daño si vueltos en sí al recuerdo de su peligro no hubieran convertido en fuerza su flaqueza para acometerlos juntos en un cuerpo; con tal brío, que volviendo los bárbaros la espalda, dejaron desamparadas las casas y el almacén, donde recobrados en algo aquellos cuerpos rendidos, pudieron tomar esfuerzo para caminar con menos pena hasta llegar tercera vez á Cúcuta, socorro de sus necesidades y alivio de sus miserias.

Convalecidos con la abundancia de víveres en aquel hermoso valle, volvieron á dar la vuelta para las lomas del Viento, hasta salir al valle de Santiago, y por la angostura de su río á las riberas de Apure, cuyas corrientes siguieron hasta meterse entre él y el de Zarare, á las márgenes de otro pequeño que llaman Oro (57), donde treinta de los soldados que seguían á Alonso Pérez, mal satisfechos de las pocas conveniencias del Tocuyo, le pidieron licencia para pasarse al nuevo Reino; demanda en que convino, así por hallarse ya en parte donde necesitaba de poca escolta para su seguridad, como por parecerle era bastante número para vencer las dificultades del camino y poder conseguir su intento sin peligro; y habiéndoles nombrado por cabo para que los gobernase á Pedro Alonso de los Hoyos, despedidos de los demás compañeros, tomaron la derrota, fal-

deando la cordillera hasta llegar al río de Casanare (que tiene su nacimiento á las espaldas de los indios Chitas ó Cocuyes) (58), cuyas corrientes fueron siguiendo, gobernándose por los panes de sal y mantas de algodón que iban encontrando (frutos conocidos de la tierra que buscaban), hasta dar en las poblaciones de los indios Laches, pertenecientes á la jurisdicción de Tunja, á tiempo que D. Pedro de Ursua se hallaba levantando gente para la conquista de los indios Chitareros; y alistándose en sus banderas, fueron de los que á la conducta de tan célebre caudillo consiguieron sujetar aquella nación guerrera y poblar la ciudad de Pamplona, donde Pedro Alonso de los Hoyos se avecindó y fué encomendero, quedando desde entonces descubierto camino para poder pasar con conveniencia desde el Tocuyo á Santa Fe, por donde con grande interés de esta provincia y conocida utilidad del nuevo Reino, se introdujeron considerables porciones de ganado que, logrando crecidos multíplicos en la fertilidad de sus dehesas, causaron la abundancia de que hoy gozan.

Pocos días después de haberse apartado Pedro Alonso, levantó su campo Alonso Pérez de las riberas del Oro, caminando por el Apure abajo hasta salir á lo llano, donde, socorrido con mediana porción de bastimentos que le dieron algunos indios Caiquetios que le salieron de paz, pudo proseguir en su derrota hasta los ríos que llaman de Barinas, donde habiendo hecho alto para descansar un poco de las fatigas de tan molesto viaje, cobró nuevo aliento para poder dar fin á su jornada y entrar en el Tocuyo por enero del año de 50, después de haber gastado dos años y medio de trabajos en su infeliz descubrimiento y desgraciada conquista.





CAPÍTULO VIII.

Descúbrense las minas de San Felipe: funda Villegas la ciudad de Barquisimeto: levántase el negro Miguel y se corona: sale en su busca Diego de Losada, y lo vence y mata en una batalla.

Hallábase por aquel tiempo en el Tocuyo considerabilísimo número de gente, así por la que salió derrotada con Alonso Pérez de Tolosa, como por la mucha que había ocurrido de otras partes: causa para que algunas personas principales tratasen con empeño de que se dispusiese nueva entrada á los Omeguas, para perfeccionar con su conquista el infausto descubrimiento de aquel reino, hecho por Felipe de Urre; pero como la comprensión adquirida de su mucha experiencia le había enseñado al gobernador Juan de Villegas que de semejantes armamentos dimanaba la ruina miserable en que se hallaba la provincia, pues consumida en ellos la gente, armas y caballos, sin conseguir otro fruto que malograr el tiempo sin provecho, se había perdido la ocasión de irla poblando, nunca quiso consentir en pretensión tan nociva, pareciéndole más conveniente fundar algunas ciudades, en cuya vecindad se afianzase el lustre y permanencia de la tierra; mas como los desórdenes antecedentes la tenían puesta en extremo de rematada miseria, era preciso buscar primero alguna conveniencia, cuya utilidad moviese á los

pobladores para avecindarse en ella; y ésta no podía ser otra por entonces que el descubrimiento de algunas minas de oro de que se tenía noticia, comprobada con las muestras que así en polvo como en joyas se habían hallado entre los indios; y fiando esta diligencia al cuidado de Damián del Barrio (59), entrado el año de 51, lo despachó Villegas con bastante escolta de soldados á la provincia de Nirgua (60) (que demora al Leste del Tocuyo, entre Barquisimeto y Tacarigua), donde era opinión común estaban los veneros principales; y aunque á los principios salieron vanas las catas que dió en diferentes partes, al cabo de algunos días hubo de encontrar con una veta razonable en las riberas del Buria, de que dió luego aviso á Villegas, remitiéndole muestras del metal, cuya noticia fué de él tan celebrada que sin dilación pasó á reconocer personalmente la calidad de la mina, y pareciéndole no sería bien despreciarla (por las buenas esperanzas que ofrecía) mientras no se hallasen otras de mayor consecuencia y entidad, se determinó á poblarla, para trabajar en ella en forma, intitulándola el real de minas de San Felipe de Buria, debajo de cuyo nombre se registraron sus quintos todo el tiempo que duró su beneficio.

Animado Villegas con el buen suceso de su diligencia, y advirtiendo la comodidad de haber entre el Tocuyo y el mineral descubierto porción de indios bastantes para que, repartidos en encomiendas, pudiesen mantener un pueblo de españoles; mediado el año de 52 fundó en el valle de Barquisimeto (tantas veces repetido en esta historia) la ciudad de la nueva Segovia (61), por dejar vinculado en ella el nombre de su patria; fueron sus primeros vecinos Diego de Losada, Esteban Mateos, de quien, así en aquella ciudad como en otras de la provincia, hay lustrosa descendencia; Diego García de Paredes, hijo, tanto en el valor como en la sangre, del otro cuyas hazañas fueron asombro de Italia; Damián del Barrio, progenitor de nobilísimas familias; Pedro del Barrio (su hijo), Luis de Narváez, Gonzalo Martel, Juan de Quincozes de la Llana, Francisco de Villegas, Melchor Guruel, alemán de nación; Cristóbal de Antillano, Fran-

cisco López de Triana, Diego García, Hernando de Madrid, Francisco Sánchez de Santa Olaya, Pedro Suárez del Castillo, Vasco Mosquera, Gonzalo de los Ríos, Bartolomé de Hermosilla, Pedro Hernández, Pedro Suarez; Cristobal López, Diego de Ortega, Esteban Martín, Juan de Zamora, Juan Hidalgo , Pedro González, Juan García, Sebastián González de Arévalo, Francisco Sánchez de Utrera, Cristóbal Gómez, Diego Brabo, Diego de la Fuente, Francisco Tomás, Pedro Viltre, de nación alemán; Sancho Briceño, Jorge de Paz, Diego Mateos, Pedro Mateos, Jorge Lans, Francisco Graterol, y otros, de los cuales nombró Villegas por regidores á Gonzalo Martel de Ayala, Francisco López de Triana, Cristóbal de Antillano, Diego García de Paredes, Hernando de Madrid y Franciso Sánchez de Santa Olaya, y por escribano de cabildo á Juan de Quincozes de la Llana, que juntos luego en su Ayuntamiento, eligieron por primeros alcaldes ordinarios á Diego de Losada y Damián del Barrio, y por procurador general á Pedro Suárez del Castillo.

El sitio donde Villegas hizo la fundación de esta ciudad fué donde hoy llaman el Tejar; pero experimentados después por sus vecinos algunos inconvenientes en tiempo del gobernador Manzanedo, la mudaron á la parte en que al presente permanece, doce leguas al Leste del Tocuyo, en unas sabanas altas, alegres y descombradas, de temperamento sano, aunque algo cálido; su cielo hermoso, pero sus aguas malas, gruesas y desabridas; tendrá ciento cincuenta vecinos que la habitan, antes más que menos, y entre ellos caballeros de ilustres y conocidas prosapias; sus naturales son de agudos y claros entendimientos, cortesanos con política y afables con urbanidad; pudieran ser muy ricos si supieran aprovecharse en los caudales, por las gruesas haciendas de cacao que tienen en sus valles, á cuyo trato ocurren muchos forasteros y mercaderes de las provincias vecinas; pero la continuación de su desprecio es causa de que siempre se hallen empeñados: goza esta ciudad el título de muy *Noble* y *Leal*, con que la honró la majestad de *Fe-*

lipe II el año de 592, cuya merced confirmó el Sr. D. *Carlos II*, el de 687, y se gloría con razón de contar entre sus hijos al Ilmo. Sr. D. Fray Gaspar de Villarroel, Arzobispo de las Charcas, lustre honroso de su patria y honor esclarecido de la América; además de su iglesia parroquial, en que administran dos curas, sustenta un convento del Orden de San Francisco, con cuatro ó seis religiosos, y un hospital, donde la caridad de los vecinos se ejercita en la piadosa asistencia de los enfermos.

No eran de tan poco provecho las minas de San Felipe para los vecinos de la nueva ciudad de Segovia, que no fuesen experimentando con ellas aumento conocido en sus caudales, y animados con el interés que ya gozaban, tuvieron disposición para poner más de ochenta negros esclavos, que acompañados de algunos indios de las encomiendas, trabajasen en el beneficio de los metales al cuidado de los mineros españoles, que con título de mayordomos asistían á la labor; y como cierto día, ya por el año de 53, uno de estos mineros quisiese castigar un negro llamado Miguel, esclavo de Pedro del Barrio, tan ladino en la lengua castellana como resabiado en sus maldades, viendo que lo querían amarrar para azotarlo, huyendo el rigor de aquel susuplicio, arrebató una espada que acaso encontró á la mano, y procurando con ella defenderse, armó tal alboroto, que tuvo lugar entre la confusión de coger la puerta, y retirándose al monte salía de noche, y comunicándose á escondidas con los demás negros que trabajaban en las minas, procuraba persuadirlos á que, sacudiendo el yugo de la esclavitud, restaurasen la libertad de que los tenía despojados la tiranía española; y aunque los más, despreciando las instancias de tan mal consejo, proseguían en su trabajo sin darse por entendidos, pudo tanto la continuación de su persuasiva instancia, que redujo hasta veinte de ellos á que le siguiesen en su fuga, con los cuales dió una noche de repente sobre el real de las Minas, y matando con el furor del primer ímpetu algunos de los mineros, aprisionó á los demás para que fuese más prolongado su martirio, pues quitó la vida con crueli-

simos tormentos á todos aquellos de quien él y sus compañeros (ó por haberlos azotado, ó por otros motivos) se hallaban ofendidos, y á los otros dió luégo la libertad, quedando tan soberbio y arrogante, que les mandó fuesen á la ciudad y de su parte advirtíesen á los vecinos le aguardasen prevenidos, porque esperaba en breve pasar á coronar con la muerte de todos su victoria, y quería fuese más plausible con la gloria de haberlos avisado.

A la fama de este suceso y á las continuas persuasiones con que Miguel instaba á los demás negros é indios ladinos le siguiesen, esperando conseguir la libertad á la sombra de su fortuna, se le fueron agregando poco á poco todos los más que trabajaban en las minas, de suerte que se halló en breve con ciento ochenta compañeros, con los cuales se retiró á lo más interior de la montaña, y en el sitio que le pareció más á propósito, debajo de fuertes palizadas y trincheras, edificó un pueblo razonable para establecer en él su tiranía, donde viéndose temido y respetado de su gente, mudó la sujeción en vasallaje, haciéndose aclamar por rey, y coronar por reina á una negra llamada Guiomar, en quien tenía un hijo pequeño, que porque también entrase en parte de aquella monarquía fantástica y fuese personaje de la farsa, fué luégo jurado por príncipe heredero de los delirios del padre; y desvanecido Miguel con los aplausos de la majestad, para que la ostentación del porte correspondiese con la autoridad del puesto, formó casa real que le siguiese, criando todos aquellos oficiales y ministros que tenía noticia servían en los palacios de los reyes; y porque su jurisdicción no quedase ceñida sólo al dominio temporal, nombró también Obispo, escogiendo para la dignidad á uno de los negros que le pareció más digno, y que en la realidad tenía derecho á pretenderla, y lo más andado para conseguirla, pues por sus muchas letradurías, cuando trabajaba en las minas lo llamaban todos el Canónigo: quien luego que se vió electo, atendiendo como buen pastor al bien espiritual de su negro rebaño, levantó iglesia, en que celebraba todos los días misa de pontifical y predicaba á sus ovejas los desa-

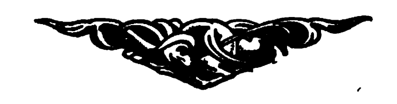
tinos que le dictaba su incapacidad y producía su ignorancia.

Dispuesto por Miguel todo lo que le pareció más necesario para el mejor gobierno de su nueva república, y prevenido de arcos y flechas para los indios, y de lanzas, que labró de los almocafres, para los negros, con algunas espadas que pudo recoger su diligencia, por no gastar el tiempo sólo en las delicias de su corte, sacó su gente á campaña, y animándola con una exhortación muy dilatada, para que llevando adelante lo que tenían principiado, asegurasen con el valor la libertad perdida, marchó para la nueva Segovia con fija esperanza de destruirla, sin más orden militar en sus escuadras que fiar los aciertos de su empresa á los horrores de una noche oscura, entre cuyas tinieblas, llegando á la ciudad sin ser sentido, la acometió á un tiempo por dos partes, pegando fuego á diferentes casas; y aunque en la confusión de aquel asalto repentino mataron á un sacerdote llamado Toribio Ruiz y otros dos ó tres vecinos, los demás que pudieron con la priesa prevenirse, echando mano á las armas, juntos en un cuerpo hasta en número de cuarenta, hicieron cara á los negros, embistiéndoles con tanta resolución que, matando algunos é hiriendo á muchos, los obligaron á volver con apresurado paso las espaldas, hasta que, amparados al abrigo de un cercano monte, hicieron alto, y reparándose los nuestros con recato, no quisieron pasar más adelante, por no exponerse á contingencia de malograr la victoria con algún accidente no pensado en el engaño de alguna emboscada prevenida.

Jamás se persuadieron los vecinos de la nueva Segovia á que el atrevimiento de Miguel pasase á tanto que tuviese osadía de acometer la ciudad, aunque lo había prometido, y el no haber hecho caso de su amenaza fué la causa para que los cogiese descuidados; pero desengañados ya con la experiencia, conocieron era preciso acudir con tiempo al castigo para extinguir aquella rebelión antes que con la tardanza se hiciese impracticable el remedio; y no atreviéndose á ejecutarlo por sí solos, luego que amaneció dieron

aviso al Tocuyo de lo sucedido aquella noche y del riesgo que amenazaba á todos, para que, enviándoles socorros, pudiesen con más seguridad salir al alcance de los negros: demanda á que correspondieron con tanta puntualidad los del Tocuyo, que juntando sin dilación la gente que se hallaba en la ciudad, la despacharon cometida á Diego de Losada, á quien, por su mucha experiencia militar y conocido valor, nombraron también los de la nueva Segovia por cabo de la suya, é incorporando una con otra, salió tan aceleradamente siguiendo el rastro de los negros, que antes que Miguel tuviese noticia de su entrada se halló sobre las palizadas de su pueblo.

No desmayaron los negros aunque se vieron acometidos de repente, pues siguiendo á su rey, que con la voz y el ejemplo los animaba á la defensa, hicieron bien dudoso el vencimiento, por el tesón con que peleaban obstinados, hasta que, rendido Miguel al golpe de dos heridas, acabó con su muerte el valor de sus soldados, pues perdido el aliento al verse sin caudillo, empezaron á retirarse temerosos, dando lugar á los nuestros para que, matando á unos y aprisionando á otros, pusiesen fin con el desbarato de todos á aquella sublevación que tanto llegó á temerse por haberla despreciado en sus principios; y terminando en tragedia las que fueron majestades de farsa, volvieron la reina Guiomar y el príncipe, su hijo, á experimentar en su antigua esclavitud las mudanzas de su varia fortuna, pues se hallaron en la cadena abatidos, cuando se juzgaban en el trono elevados.





CAPÍTULO IX.

Levántanse los indios Giraharas: viene por gobernador el licenciado Villacinda, y aunque procura sujetarlos, no lo consigue: entra Alonso Díaz á Tacarigua, y funda la ciudad de Valencia.

Fenecida la rebelión de los negros con la muerte de su rey Miguel (62), bien pensaron los vecinos de la nueva Segovia quedarse sin embarazo que les pudiese estorbar el beneficio de sus minas, en cuyo interés tenían afianzada la conveniencia para su manutención; pero no bien se extinguió aquel fuego, cuando brotó otra llama, cuyo incendio por setenta y cuatro años continuos, con repetidas muertes, insultos y calamidades, abrasó la provincia, de calidad que, imposibilitada á los principios la labor y perdida después con el tiempo la memoria de la parte donde estaban los veneros, quedaron hasta el día de hoy privados de la utilidad de sus metales; originándose esta desventura de la inquietud de los indios Giraharas, nación tan valiente como altiva, que tenía su habitación en la provincia de Nirgua, inmediata al asiento de las minas, que movidos del ejemplar nocivo de los negros, ó temerosos de que la riqueza que buscaban los españoles se había de conseguir á costa de su personal trabajo, tomaron con tanto empeño el embarazar la ocasión que podía ser motivo de su servidumbre, que

convocándose armados, dieron repetidos asaltos á las minas, de suerte que, amedrentada la gente que asistía á su beneficio, no atreviéndose á mantener más el Real, lo desampararon de una vez, retirándose á vivir á la ciudad, aunque con el desconsuelo de ser inevitable la pobreza que había de seguirse á todos, hasta que por el año de 54 llegó á Coro el licenciado Villacinda (63), gobernador nombrado por la Princesa D.ª Juana, que por ausencia del Emperador, su padre, gobernaba á España; habiéndose detenido allí muy pocos días, pasó al Tocuyo y nueva Segovia, donde informado por sus vecinos de lo sucedido con Miguel y del presente peligro en que se hallaban con el alzamiento de los indios, determinó, con parecer de ambos cabildos, que para el pronto remedio de aquel daño y que pudiesen labrarse las minas con seguro, se poblase en ellas una villa de españoles, pues había bastante distrito para su jurisdicción sin perjudicar los términos concedidos á la nueva Segovia, repartiendo entre las personas que se avecindasen en ella los indios encomendados que estaban en el contorno, para cuyo efecto hicieron dejación de ellos los dueños propietarios que los gozaban en feudo.

Determinada, pues, por conveniente esta resolución, nombró el Gobernador por cabo, para que la ejecutase, al capitán Diego de Montes, hombre célebre en aquellos tiempos, así por su grande experiencia militar como por el raro conocimiento que tenía de las yerbas saludables y particular gracia con que curaba las heridas de flechas envenenadas, aplicando los antídotos según reconocía la cualidad de los tósigos; prendas que, unidas con otras muy singulares que lo adornaban, le adquirieron después el nombre de venerable, como tenemos ya referido en otra parte; y armado con cuarenta hombres escogidos, encaminó su marcha al río de Buria, ahorcando y empalando en el camino cuantos indios pudo coger de los rebeldes, así por vengar las muertes que habían hecho en algunos españoles, como por atemorizar el país con el rigor, para que á vista del castigo pudiese tener lugar el escarmiento; hasta que, reconocida

la comarca y examinado el terreno, buscando el sitio más acomodado para hacer la población, le pareció el más á propósito á las riberas de un río que muy cercano á las minas corría, atravesando por la hermosura de un vistoso palmar, donde, en conformidad del orden que llevaban, fundó una villa, que intituló de las Palmas; pero engañado con la vana presunción de su confianza, y persuadido á que los indios Giraharas no tendrían atrevimiento para intentar novedades, con más anticipación de la que requería el estado de la nueva villa para asegurar su permanencia, la dejó encomendada á los alcaldes y se volvió para el Tocuyo; y como en su compañía salieron también algunos que eran vecinos de la nueva Segovia y volvían para sus casas, fueron tan pocos los que quedaron, que teniendo noticia poco después de que los indios trataban de acometerlos en la misma población, no atreviéndose á esperarlos, por la mala disposición con que se hallaban para su defensa, abandonaron la villa, retirándose todos á la nueva Segovia.

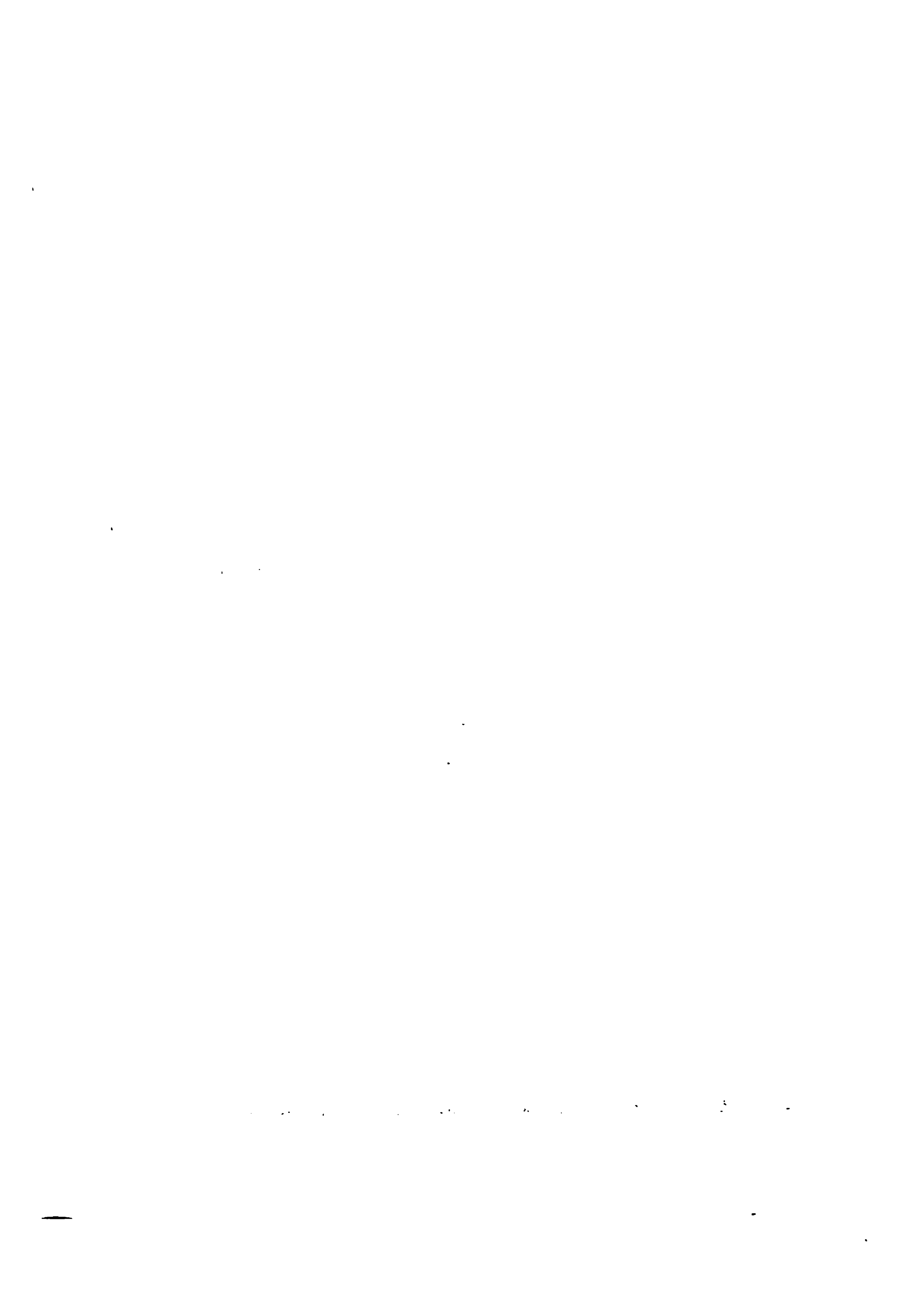
Este accidente fué de grande desconsuelo para el gobernador Villacinda, por ver con tanta facilidad frustrada toda su aplicación y diligencia, y malograda la esperanza que siempre tuvo de que sujetos los indios con la fundación de aquella villa, volvería á quedar corriente el beneficio de las minas; pero como faltando éstas se hallaban los vecinos sin remedio, por no tener otra cosa de que poder mantenerse, el año siguiente de 55 dispusieron segunda entrada, para la pacificación de los rebeldes, al cargo de Diego de Paradas, natural de Almendralejo, en la Extremadura, uno de los treinta y nueve españoles que acompañaron á Felipe de Urre en la memorable batalla que tuvo con los Omeguas; quien con treinta y cinco hombres bien armados, salió de la nueva Segovia á poner en ejecución la diligencia, y habiendo corrido primero todo el país enemigo, haciendo diferentes castigos en los indios, persuadido también, como Diego de Montes, á que sería bastante aquella demostración para que temerosos los rebeldes no intentasen volver á tomar las armas, pobló segunda vez la villa, quitándole el título de las

Palmas y poniéndola el de Nirgua, por haberla fundado á las riberas del río de este nombre, de quien le toma toda la provincia; pero aunque mudó de sitio para su población no mejoró de fortuna para su consistencia, pues sólo pudieron permanecer en ella sus vecinos el tiempo que duró la estación apacible del verano; porque logrando los indios después la ocasión de las continuas aguas del invierno, cuya molestia embarazaba á los españoles para poder salir á correr la tierra y buscar bastimentos para su manutención, bloquearon la villa, acometiéndola sin cesar á todas horas, de suerte que aunque procuraron sus moradores defenderla con valor, viendo era imposible, faltos de víveres, contra el porfiado tesón de tan molesto enemigo, abandonaron la villa, dejándola despoblada.

Noticioso al mismo tiempo el gobernador Villacinda de la abundancia de indios que había en la comarca de la laguna de Tacarigua y la conveniencia que ofrecía la hermosura y fertilidad de su terreno para poder poblar en ella una ciudad, y animado aún más con la esperanza de que, sujeto y reducido aquel contorno, podría servir de escala para emprender con más facilidad la conquista de los Caracas, que intentaba ejecutar, juntó el mayor número que pudo de soldados de las tres ciudades de Coro, Tocuyo y nueva Segovia, y nombrando por cabo á Alonso Díaz Moreno, vecino que entonces era de la Borburata, lo despachó con orden de que poblase una ciudad en las cercanías de la laguna; diligencia en que puso tanto cuidado Alonso Díaz que, aunque los indios procuraron estorbarla á fuerza de sus armas, vencidos siempre y desbaratados por el valor de Alonso Díaz, dieron lugar á que, atravesada la provincia y reconocido el mejor sitio, fundase el mismo año de 55 la ciudad de la nueva Valencia del Rey en un hermoso llano, á siete leguas distante del puerto de la Borburata y poco más de media de la laguna de Tacarigua, donde se conserva hasta hoy con una iglesia parroquial, rica de rentas, por la gruesa parte que le toca del noveno y medio de los diezmos, y un convento del Orden de San Francisco, con situación muy

corta aun para la manutención de dos ó tres religiosos. Pudiera ser ciudad muy opulenta por las muchas conveniencias de que goza, si no hubiera padecido el infortunio de haberla quemado unos corsarios franceses que el año de 677 entraron á saquearla, y si la cercanía de la ciudad de Caracas no la hubiera arrastrado mucha parte de lo más granado de su vecindad: contratiempos que, juntos con la suma inutilidad y poca aplicación de sus moradores, son causa fundamental de la gran disminución que experimenta (64).







CAPÍTULO X.

Tiene noticia Francisco Fajardo de la provincia de Caracas é intenta su descubrimiento: entra en los Cuicas Diego García de Paredes y puebla la ciudad de Trujillo.

Vivía por este tiempo en la isla de la Margarita (de donde era natural) Francisco Fajardo, hijo de un hombre noble de su mismo nombre y apellido, y de D.ª Isabel, india cacica de la nación Guaiqueri; era D.ª Isabel nieta de un cacique llamado Charayma, del valle de Maya en la provincia de Caracas, nombre con que (por una nación así llamada, que habitaba parte de su costa) fué conocida desde el principio de su descubrimiento aquella parte de tierra que, con veinte leguas de latitud de Norte á Sur, ocupa cuarenta de longitud, corriendo desde la Borburata para el Leste, comprendida en los límites de la gobernación de Venezuela: era habitada esta provincia en aquel tiempo de innumerable multitud de bárbaros de las naciones Caracas, Tarmas, Taramaynas, Chagaragatos, Teques, Meregotos, Mariches, Arvacos y Quiriquires, que poblaban separados la hermosa capacidad de su distancia. Y como Francisco Fajardo en distintas ocasiones oyese ponderar á D.ª Isabel, su madre (por la tradición que tenía de sus abuelos), así esta diversidad de naciones, como la fertilidad del terreno, la benigni-

dad del clima, lo apacible del temperamento, la riqueza de las quebradas y las demás excelencias singulares con que adornó la naturaleza esta provincia; siendo él hombre de espíritus elevados, de un corazón magnánimo y de una sagacidad imponderable, dió en discurrir que le abría puerta la ocasión para colocarlo en superior fortuna, si llegando á descubrirla conseguía la dicha de poblarla. Comunicó sus deseos con D.ª Isabel, su madre; y aunque como mujer prudente conoció las dificultades que traía consigo resolución tan temeraria, sin embargo, movida con la esperanza de los ascensos del hijo, no sólo aprobó el dictamen, pero le instó á que cuanto antes ejecutase su intento.

Determinado, pues, Fajardo á poner en planta sus deseos, quiso conseguir con maña lo que por sus cortos medios no le era posible con la fuerza; y animado de la propiedad con que hablaba todas las lenguas de la costa, dejando las resultas del suceso por cuenta de la fortuna, salió de la Margarita por el mes de abril del año de 55 en dos piraguas, llevando en su compañía á Alonso Carreño, Juan Carreño y Pedro Fernández, todos tres naturales de la misma isla (los dos primeros hermanos suyos de madre), y con veinte indios, vasallos de D.ª Isabel, y algunos pocos rescates, atravesó la corta distancia que hay de la Margarita á Tierra Firme, y costeando la provincia de Cumaná, doblado el cabo de Codera, llegó á tomar puerto al río de Chuspa, primer paraje de la tierra que buscaba para su descubrimiento.

Con la noticia de su arribo, movidos de la novedad, por ver la gente extranjera bajaron luego á la playa, acompañados de cien indios, los caciques Sacama y Niscoto, señores de aquel país, á quienes Fajardo, hablándoles en su idioma con aquella gracia natural de que le había dotado el cielo, les dió á entender que el motivo de su viaje era sólo el deseo de su amistad y la conveniencia de ajustar con ellos trato, si para poderlo hacer le permitiesen licencia. Aficionados se mostraron los caciques al cariñoso agrado con que les habló Fajardo, y dándole seguridad para el desembar-

que, saltó en tierra con la cautela que pedía la ocasión en que se hallaba; donde rescatando algunas joyas y chagualas de oro, hamacas y bastimentos, fué tratado de sus huéspedes por espacio de tres días con amor y regalo, dejando con la comunicación afianzada para adelante la amistad; y hecha después la misma diligencia con el cacique Guaimacuare, que vivía dos leguas más abajo, pasó en busca de Naiguatá, el más poderoso señor que habitaba aquellas costas, tío de D.ª Isabel su madre, porque era hijo de un hermano de su abuelo Charayma, en quien halló Fajardo el mismo agasajo y hospedaje que había experimentado en los demás; y después que con el trato de algunos días tenía la comunicación engendrada familiaridad entre los dos, reconociendo Fajardo que las muestras que descubría en la tierra correspondían en todo á las noticias que lo habían empeñado en su descubrimiento, pareciéndole ya tiempo de poner en práctica la máxima en que fundaba el conseguirlo, se declaró por Naiguatá, descubriéndole quién era; causa para que, así el cacique como los demás indios, por razón del parentesco le cobrasen tal amor, que dueño de la voluntad de todos, no se disponía cosa en los pueblos que no fuese medida por las reglas de su arbitrio; y valiéndose de esta ocasión, como era de genio pronto y entendimiento muy vivo, tuvo arte para trabar correspondencia y amistad con los caciques que habitaban la tierra adentro de la otra parte de la serranía, por cuyo medio se hizo capaz con entera comprensión de cuanto encerraba y contenía toda la provincia en sí, hasta que pareciéndole había ya conseguido en este viaje todo lo que necesitaba para el más acertado logro de sus máximas, bien aprovechado con el interés de los rescates, y con harto sentimiento de los indios, dió la vuelta á la Margarita, habiendo consumido en este descubrimiento lo restante del año de 55, y entrado el de 56, murió en la nueva Segovia el gobernador Villacinda, dejando el gobierno á los Alcaldes ordinarios de las ciudades, para que lo administrasen cada cual en la jurisdicción de sus distritos (65).

Luego que falleció Villacinda, con la noticia que tenían los del Tocuyo de la provincia de los Cuicas, que demora al Poniente de su ciudad y se extiende por más de treinta leguas de tierra toda doblada, corriente de Norte á Sur desde las sierras de Mérida, que llaman los páramos de Serrada, para la ciudad de Carora, trataron de aplicar todos los medios posibles para sujetarla, movidos de los intereses que esperaban adquirir con su conquista; porque habiendo entrado en ella el año de 49 el contador Diego Ruiz Vallejo (66) de orden de Juan de Villegas á descubrir unas minas de oro que se decía haber en el valle de Boconó, reconoció ser provincia pingüe, fértil de todo género de frutos y muy abundante de algodón, que era lo que por entonces apetecían más los del Tocuyo, por haberse aplicado á la labor de los lienzos de este género, que tejidos con primor, les servían de mercancía para traficarlos á otras partes donde tenían expendio y estimación.

Aprobada por los Alcaldes la determinación de esta conquista, encomendaron la empresa á Diego García de Paredes (67), hijo natural del otro que con sus arrestos asombró el mundo, quien huyendo de los incendios en que se abrasaba el Pirú con las alteraciones de Gonzalo Pizarro, se había retirado á esta gobernación, queriendo más perder el premio de lo que había servido en aquel Reino, que ponerse á contingencia de que peligrase su lealtad entre los alborotos del paisano á quien estimaba como amigo y amaba como pariente; y llevados para la jornada setenta infantes y una docena de caballos, con bastante número de indios Yanaconas, salió del Tocuyo y marchó para los Cuicas (68), cuya provincia atravesó siempre al Poniente, buscando sitio acomodado para poder poblarse, sin que en la docilidad de aquella nación pacífica encontrase oposición que pudiese embarazar el progreso de su marcha, hasta llegar á descubrir la populosa población de Escuque, situada en un lugar eminente á las vertientes del caudaloso río de Motatán (que naciendo en la cumbre de los páramos de Mérida, corre á incorporar sus aguas con las de la gran laguna de Mara-

caibo), donde pareciéndole á Paredes paraje acomodado, por las conveniencias del sitio, fundó el mismo año de 56 la ciudad de Trujillo, honrando su nueva población con el nombre de la que veneraba por madre en la Extremadura; y habiéndole nombrado justicia y regimiento para la ordinaria administración de su gobierno, y repartidos los indios de encomiendas entre sus pobladores, se volvió para el Tocuyo á dar cuenta de lo que dejaba obrado.

Con la ausencia de Paredes, faltos de superior y de respeto, algunos mozos que habían quedado avencindados en la nueva ciudad, dejándose llevar de la inclinación juvenil de sus pocos años, empezaron á abusar de la pacífica naturaleza de los indios, y corriendo desbaratados tras el torpe apetito de sus malos deseos, no contentos con robarles el corto menaje de sus pobres alhajas, pasaron sin recato ni temor á la obscenidad de aprovecharse de sus hijas y mujeres, con tan poco miramiento, que no rehusaban ejecutar operaciones tan feas, aunque fuese á la vista de los mismos ofendidos; y como no hay paciencia á quien no irrite la sinrazón de un agravio, no pudiendo sufrir los indios los que experimentaban repetidos, trocando la mansedumbre de su natural pacífico en un furor más que bárbaro, tomaron las armas una tarde para buscar venganza á sus ofensas, y mataron cuantos españoles pudieron encontrar divertidos en los entretenimientos de su lascivia escandalosa; pasando luégo con numerosas tropas, que tenían prevenidas de toda la provincia, á poner estrecho cerco á la ciudad (que había dejado Paredes ceñida con un fuerte palenque de maderos), reduciendo á sus vecinos á tan conocido aprieto, que si no acudiera á socorrerlos con alguna gente de refresco el mismo D. Diego García de Paredes (á quien habían avisado desde el principio de esta revolución), sin duda consiguieran los indios el intento de que no quedase español vivo; pero desbaratados los bárbaros con su llegada, aunque se vieron obligados á levantar el sitio, no fué bastante el descalabro que tuvieron en sus tropas para que perdiesen el coraje ni disminuyese el rencor que habían cobrado contra la sinrazón

española, pues reforzados de nuevos escuadrones, sin que les acobardase el temor de los muchos que morían, volvieron á repetir los asaltos con tan porfiada obstinación, que hallándose ya Paredes con diez infantes menos y otros muchos heridos, tuvo por imposible poderse mantener contra la fuerza de una inocencia ofendida; y más cuando procurando reducirlos á concordia, con olvido de lo pasado, no proponía medio para la paz que no fuese en los indios nuevo incentivo para continuar la guerra: y así, dejando la pacificación de aquella provincia para otra ocasión más oportuna, valiéndose del silencio de la noche y de la traza de dejar muchas lumbres encendidas y algunos perros amarrados, para que oyéndolos ladrar no conociesen los indios la retirada, desamparó la ciudad con gran porción de ganados que habían introducido los españoles, así para su sustento como para el multiplico; y cogiendo la marcha á paso largo, sin que lo sintiesen los indios, se volvió para el Tocuyo, ya en días del año de 57.





CAPÍTULO XI.

Nombra la Audiencia por gobernador á Gutiérrez de la Peña: entra Diego Romero á los Giraharas: vuelve Fajardo á los Caracas: funda el pueblo del Rosario y después lo desampara.

Sabida en Santo Domingo la muerte del Licenciado Villacinda, nombró luégo la Audiencia en su lugar por gobernador interino á Gutiérrez de la Peña (69), quien habiendo llegado á Coro muy á los principios del año de 57, recibido al ejercicio de su empleo, pasó sin detenerse á la ciudad del Tocuyo, donde con la noticia de su arribo ocurrieron los vecinos de la Nueva Segovia á solicitar remedio para la restauración de sus minas de San Felipe de Buria, sin cuyo beneficio era imposible mantenerse, por no tener otra granjería con que poder sustentarse; y hecha su representación al Gobernador, deseando éste concurrir por su parte á utilidad tan común, despachó con cincuenta hombres á Diego Romero, para que aterrorizando á los indios Giraharas con los castigos que pudiese obrar en ellos, poblase otra vez la villa, y á la sombra de este resguardo volviese á quedar corriente la labor de los metales.

Hízolo así Romero, y trasegada la provincia, ejecutando en los indios cuantas hostilidades le permitió la ocasión,

teniendo por más seguro el paraje más cercano para la fundación de la villa, la pobló en el mismo Real que había sido de las minas, con nombre de Villa-rica; pero después, habiendo reconocido algunas incomodidades en la mala disposición del sitio, en tiempo del gobernador Pablo Collado la mudaron á las orillas del río de Nirgua, con nombre de la Nueva Jerez, donde sólo pudo permanecer hasta el año de 68, en que, hostigados sus vecinos de las hostilidades y daños que recibian de los indios, se vieron obligados á despoblarla; y aunque el año siguiente de 69, de orden del gobernador D. Pedro Ponce de León, la volvió á reedificar Juan de Mora, experimentó en su poca consistencia los mismos contratiempos de su mala fortuna; hasta que el año de 628 (como referiremos en la segunda parte de esta historia), con general exterminio de la nación Girahara, la pobló el gobernador D. Juan de Meneses y Padilla en la parte donde hoy permanece, con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera.

Dejamos á Francisco Fajardo en la isla de la Margarita, de vuelta del primer viaje que hizo á la costa de Caracas; y aunque animado con el buen principio que tuvo en su descubrimiento, deseó volver cuanto antes á proseguirlo, como sus fuerzas eran pocas para empresa tan ardua como la que pretendía, le fué preciso detenerse, buscando torma para la prevención de algunas cosas necesarias á la seguridad de sus intentos, hasta el año de 57, en que salió segunda vez de la Margarita, trayendo consigo á D.ª Isabel su madre, como prenda en quien tenía afianzada la esperanza de su dicha en las máximas de su idea: y acompañado de sus dos hermanos Juan Carreño y Alonso Carreño, de Pedro Fernández, Martín de Jaén, Francisco de Cáceres y Cortés Richo, éste de nación portugués y los otros naturales todos de la Margarita; cien indios Guaiqueries, vasallos de su madre; algunas armas y rescates, que fué cuanto pudo prevenir con el limitado posible de sus cortos medios, atravesó á la Tierra Firme, si bien considerando que era muy poco el número de gente que traía para poder poblar

como deseaba, sin querer pasar por entonces á la costa de Caracas, se quedó en el puerto de Piritu, treinta leguas más á barlovento, de cuyo territorio eran caciques dos indios, ya cristianos, que aficionados á la nación española, asistiendo en la isla de Cubagua al trato de las perlas, habían recibido el bautismo, y se llamaban D. Alonso Coyegua y D. Juan Caballo, con quienes tenía Fajardo estrecha correspondencia y amistad, y con el motivo de visitarlos quiso hacer escala en aquel puerto, donde gozando del regalo con que lo festejaron los caciques, se detuvo algunos días, logrando por este medio adquirir otros cinco compañeros, que fueron Juan de San Juan, de nación vizcaíno, Abraham de Ese, flamenco, Francisco de Robles, Juan de Burgos y Gaspar Tomás, que por accidentes del mar, derrotados de Maracapana, llegaron en una piragua á aquella costa.

Viéndose ya Fajardo con once españoles que le seguían, determinados á no desampararlo en cualquier lance de su fortuna, cobró nuevo aliento para proseguir en la resolución de la conquista que tenía premeditada; y por no dilatar más el emprenderla, salió de Piritu llevando consigo al cacique D. Juan Caballo, que con cien indios de sus vasallos quiso mostrar la fineza de su amistad acompañándole; y doblado el cabo de Codera, llegó á tomar tierra un poco más á sotavento del puerto de Chuspa, en el sitio que llaman el Panecillo, donde con la noticia de su arribo concurrieron luégo á visitarle los caciques Paisana y Guaimacuare y otros circunvecinos de la costa; porque era tal el dominio que había adquirido Fajardo sobre todos, así por la gracia natural de conciliar voluntades con que le había adornado el cielo, como por la perfección con que hablaba cualquier lengua de los indios, y lo principal por los respetos de su madre, á quien veneraban por cacica de su nación, que donde quiera que él estaba no se movía cosa entre los indios que no fuese á la disposición de su albedrío; y como en esta ocasión llevaba á D.ª Isabel consigo, creció tanto el amor con su presencia, que luego que la

vieron los caciques la pidieron con instancia se quedase á vivir con ellos; ofreciéndola, para obligarla más, todo el valle del Panecillo para que pudiese tener en él sus labranzas y asistencia.

Este era el fin á que siempre había tirado Fajardo en sus discursos y la máxima en que tenía fundada la esperanza de conseguir sus intentos, y viéndola ya lograda conforme lo había pensado, aceptó sin repugnancia la oferta de los caciques; pero como él se había introducido en este descubrimiento por sí solo, sin tener más jurisdicción que la que se había adquirido de su propia autoridad, hallándose ya en estado que le precisaba á poblar, para afianzar en aquel principio los medios de su conquista, no se atrevió á pasar más adelante sin tener el consentimiento del Gobernador de esta provincia, á quien (por estar entre los límites de su distrito) tocaba el concederle permiso y darle la facultad; y así, para conseguirlo, dejando en el Panecillo entretenida su gente en levantar algunas casas de paja en que poder alojarse, se metió en una piragua con sólo dos compañeros y algunos indios de boga, y tiró la costa abajo, navegando las cuarenta leguas que hay hasta el puerto de la Borburata, á cuya jurisdicción pertenecía por entonces toda aquella costa, por ser la ciudad que estaba poblada más á barlovento en esta gobernación; y habiendo dado cuenta á su Cabildo de lo que dejaba obrado, pasó á buscar al gobernador Gutiérrez de la Peña, á quien halló en el Tocuyo, y comunicada con él su pretensión, tuvo tan buena fortuna en su despacho, que consiguió le diese título para que, en su nombre, pudiese gobernar toda la costa, desde la Borburata hasta Maracapana, con poder y facultad para poblar todas las villas y lugares que le pareciesen convenientes para asegurar mejor lo que fuese conquistando.

Satisfecho Fajardo de haber negociado con el Gobernador cuanto pudo imaginar el deseo, volvió para la Borburata, y de allí al Panecillo, en demanda de su gente, que, cuidadosa con su ausencia, vivía con temor de su tardanza; y hallando perfeccionadas las casas que dejó puestas en obra

al tiempo de su partida, en virtud de los poderes que traía de Gutiérrez de la Peña, luego que llegó fundó una villa en la misma ranchería, con título del Rosario, si bien con tan poco número de vecinos como él tenía de soldados; pero aunque esta población á los principios fué muy del agrado de los indios por la afición que con el trato habían cobrado á los nuestros, después, empezando á experimentar algunas vejaciones en el violento proceder de los soldados, empezó también á resfriarse aquel amor con que habían deseado tener en su compañía á Fajardo; y creciendo las molestias con descaro, al paso que los indios las toleraban con disimulo, llegaron á apurar tanto el sufrimiento que, arrepentidos de haber buscado por su mano los daños que padecían con la amistad española, se resolvieron á remediar con las armas el yerro de su imprudencia. Y aunque en la junta que hicieron los caciques para disponer el modo, fué de parecer Guaimacuare que antes de llegar á rompimiento se usase de los medios que permite la cordura, pues siendo el fin librarse de la opresión que padecían podía lograrse el intento sin que fuese necesaria la violencia, requiriendo á Fajardo en amistad desamparase la villa y se retirase á la Margarita con su gente, pues habiéndola poblado con consentimiento de ellos, se quejaría con razón de que, faltándole á la fe prometida en el permiso, se hallaba acometido de las armas antes de saber la causa que obligaba á tal mudanza; sin embargo, el cacique Paisana, ó por ser de natural más activo, ó porque se sentía el más agraviado de la mala correspondencia de los nuestros, sin admitir lugar para la espera, determinó se pasase luégo á la venganza; sobre que, altercando Guaimacuare por defender su opinión, se llegaron á trabar de suerte que echando mano á las macanas hubiera de parar en desafío si el señor de Carvao no entrara de por medio á componerlos.

No se le ocultó á Fajardo la junta de los caciques ni la resolución que habían tomado (persuadidos de Paisana) de lanzarlo á fuerza de armas, porque Guaimacuare, haciendo punto de conservar su amistad, le avisó luego de todo para

que, disponiéndose á la defensa, se hallase prevenido en la expugnación que le esperaba; y así, sin perder tiempo en los reparos, retirándose lo más que pudo hacia la orilla del mar para tener seguras las espaldas en el flujo y reflujo de sus olas, fortaleció el recinto de su pueblo, cercándolo con dobles estacadas; y fiando la centinela á buenas guardias, esperó el acometimiento de los indios, que, capitaneados de la arrogancia de Paisana, no tardaron muchos días sin amanecer una mañana á vista de la villa; y entre el estruendo de aquella vocería que usan en semejantes ocasiones, lo mismo fué llegar que acometerla, con tanto denuedo y desahogo, que intentaron rendir las palizadas; pero, aunque pocos, tenía Fajardo tan bien dispuestos sus soldados y repartidos los indios, así Guaiqueries, que trajo de la Margarita, como Piritus, que le dió D. Juan Caballo, que, abrigados de la estacada y sirviéndoles de troneras las juntas de los maderos, los unos con las espadas y los otros con las flechas, hicieron tan considerable mortandad en las tropas de Paisana, que se vió obligado á desistir del asalto; pero como el odio concebido contra los nuestros ardía implacable en el corazón de aquel bárbaro, no fué bastante el menoscabo de sus huestes para que mitigase su violencia; antes enfurecido más por la defensa, trató de apretar el sitio para rendir la villa por asedio, valiéndose al mismo tiempo de la traición de emponzoñar las aguas de unos pozos donde bebían los cercados, para que, faltos de aquel recurso tan preciso, no les quedase esperanza en que afianzar el escape.

Bien quisiera Fajardo, á vista de tanto riesgo, desamparar la villa y retirarse; pero como precisamente lo había de ejecutar por el mar, se halló imposibilitado de poderlo practicar por falta de embarcaciones, pues maltratadas sus piraguas de los rigores del sol y humedad de los mares, necesitaban de una carena de firme para poder navegar; y así, en el ínterin que conseguía componerlas, por no estar ocioso con las armas y quebrantar un poco la altivez del enemigo, determinó acometerlo en su mismo alojamiento, fiando á

los accidentes de un encuentro los sucesos de su fortuna; y dejando dentro de los reparos de su fortificación solos veinte indios para el seguro y escolta de D.ª Isabel, su madre, dividida la demás gente en dos escuadras, una que había de gobernar él, compuesta de sus once compañeros y los indios Piritus del cacique D. Juan Caballo, y la otra sólo de los Guaiqueries de la Margarita, capitaneados de Diego Guerra, indio valiente y arriscado, salió del recinto de sus palizadas en el silencio de una noche oscura, á tan buena coyuntura y ocasión tan acomodada, que hallando dormido todo el campo de Paisana, tuvieron lugar cada escuadra por su parte de ensangrentar bien las manos, poniendo en confusión y desbarato el ejército enemigo, pues aunque recobrados los indios del susto que causó la mortandad de aquel primer avance, se portaron tan valerosamente que obligaron á Fajardo á retirarse á la villa, quedaron tan quebrantados con la muerte de sus más valientes guerreros que no atreviéndose Paisana á esperar segundo acometimiento, levantó el sitio aquella misma noche, poniendo en salvo las reliquias de su ejército deshecho.

Libre Fajardo del aprieto en que se había visto con el cerco, trató de componer cuanto antes sus piraguas para retirarse á la Margarita, así por dar lugar á que pasase aquella tempestad y conmoción furiosa de los indios, y poder después en tiempo más oportuno proseguir en su conquista, como porque habiéndose inficionado las aguas de los pozos con el veneno que les echó Paisana, eran muchas las enfermedades que la corrupción había causado en su gente, de que morían repentinamente algunos de los Guaiqueries y Piritus, siéndole lo más sensible haber fallecido también del mismo modo su madre D.ª Isabel, pérdida para Fajardo de considerable consecuencia por ser en conyutura tan urgente: motivos que, juntos todos, le obligaban á acelerar con más priesa su partida; pero estando para ejecutarla, recibió una embajada de Paisana, en que manifestando arrepentimiento de lo obrado, le pedía licencia para venirlo á ver; y concedida libremente por Fajardo, sin que precediese

más seguridad que la confianza en su palabra, entró en la villa, acompañado de otros sesenta gandules, á tiempo que el cacique Guaimacuare envió á prevenir á Fajardo estuviese con cuidado, sin fiarse de la simulación y cautela de Paisana, porque el fin á que tiraba con aquellos fingimientos sólo era á buscar oportunidad para matarlo; cuyo aviso alteró tanto á Fajardo, que sin aguardar á más prendió á Paisana y todos sus compañeros, y sin otra justificación que la que dictó su cólera, faltando á la pública fe de su palabra, lo ahorcó de la cumbrera de la casa, pasando por el rigor de semejante injusticia otros diez indios, los que le parecieron más principales de los que trajo consigo: acción indigna de un corazón magnánimo, y que mancilló mucho la fama de Fajardo, pues para tan cruel violencia nunca pudo hallar razón que pasase por disculpa; y teniendo aquel castigo por bastante satisfacción para su enojo, poniendo en libertad los demás indios que tenía aprisionados, recogió su gente á las piraguas, y dándose á la vela, volvió á la Margarita por fines del año de 58 y cuasi al mismo tiempo murió en Coro el Sr. Obispo D. Jerónimo Ballesteros, en cuyo lugar presentó S. M. para esta Sede al Sr. D. Fray Pedro de Agreda, religioso Dominico, * siendo catedrático en el Colegio de San Gregorio de Valladolid; y aunque su venida á esta provincia se dilató hasta el año de 60, nos ha parecido anticipar la noticia en el año de su presentación, por si acaso después no hubiere oportunidad de referirla.

---

* Gil. Gonz. The. Ecl.



CAPÍTULO XII.

Puebla Francisco Ruiz en los Cuicas á Miravel: viene por gobernador Pablo Collado: restituye la conquista á Diego de Paredes, quien reedifica la ciudad de Trujillo.

Enterado el gobernador Gutierrez de la Peña de lo sucedido en la provincia de los Cuicas, y de las causas que procedieron para la desolación de la Nueva Trujillo, al mismo tiempo que se hallaba informado de la gran fertilidad de aquel terreno, la abundancia de naturales que lo habitaban y el mucho jugo que se podía sacar de país tan pingüe, tuvo por acertado no dejar de la mano su conquista, á que instaban con esfuerzo los del Tocuyo, por el interés que se prometían de la saca de algodón para la fábrica de lienzos que habían tomado por granjería para su trato; pero como quiera que entre el Gobernador y Diego García de Paredes había habido en otros tiempos alguna enemistad y oposición, de que aun duraban calientes las cenizas, determinado á que se volviese á hacer segunda entrada, no quiso encomendársela á Paredes, y con público desaire de las prendas y servicios de un hombre de tantos méritos, nombró por cabo á Francisco Ruiz, vecino del Tocuyo; quien llevando en su compañía á Alonso Pacheco, Francisco Graterol, Bartolomé Escoto, Alonso Andrea de Ledesma, Tomé de Ledes-

ma (su hermano), Sancho Briceño, Gonzalo Osorio, Francisco Infante, Francisco de la Bastida, Jerónimo de Carmona, Gaspar Cornieles, Diego de la Peña, Juan de Segovia, Lucas Mejía, Agustín de la Peña, Pedro Gómez Carrillo, Luis de Villegas, Juan de Aguirre, Francisco Ruiz, Juan de Baena, Francisco Moreno, Gaspar de Lizana, López de Encira, Luis de Castro, Juan Benítez, Francisco Terán, Andrés de San Juan, Vicente Riveros, Juan de Miranda, Rodrigo Castaño, Francisco Jarana, Pedro García Carrasco, Luis Quebradas, Juan de Bonilla, Hernán Velázquez, Francisco Palacios, Pedro González de Santacruz, Juan de Miranda, Esteban de Viana, Gregorio García y otros, hasta el número de ochenta, los más de los que habían entrado con Paredes, tomó la vuelta de los Cuicas, penetrando su provincia hasta el valle de Boconó (70), donde hizo alto, con fin de componer las armas y labrar escaupiles, por haber reconocido la inquietud que su entrada había causado en los indios, y la activez con que se hallaban después que obligaron á Paredes á despoblar á Trujillo.

Al mismo tiempo que Francisco Ruiz salió del Tocuyo á esta conquista, salió también de la ciudad de Mérida (recién poblada por Juan Suárez) Juan Maldonado, encomendado de la misma provincia de los Cuicas, y atravesadas las sierras Nevadas con la fatiga que le fué precisa para tolerar sus hielos, llegó al último valle del país, que ocupan los Timotes, donde acuarteló su gente, y dejándola en sitio acomodado, pasó sólo con veinte hombres á descubrir las tierras que corren para el Norte; por cuyo rumbo vino á dar por principios del año de 59 al valle de Boconó, donde estaba Francisco Ruiz acosado con su campo; y como á pocos pasos encontrase con dos de sus soldados que se divertían cazando, informado de la gente que era y de dónde habían salido, les mandó dijesen á su capitán desamparase luégo la provincia y buscase otra parte en que poblarse, por pertenecer aquélla á la jurisdicción de su conquista: embajada de que recibió muy poca alteración Francisco Ruiz, pues haciendo poco caso de las bravatas de Maldonado, re-

mitió su despique á otro recado; y aunque se fueron trabando de palabras hasta llegar á desafiarse, considerada la materia con más maduro acuerdo de ambas partes, paró la polvareda en que Maldonado se retiró al valle donde había dejado su campo acuartelado, y Francisco Ruiz con el suyo fué á la población de Escuque, donde Paredes había fundado á Trujillo; y aunque hasta entonces no había tenido intención de poblar en aquel paraje, picado por las palabras desatentas de Maldonado, determinó reedificar la ciudad, como lo hizo, si bien por no conformarse con la primera fundación, le quitó el nombre de Trujillo y la intituló Miravel, nombrando alcaldes y regidores, y repartiendo los indios de encomienda entre los vecinos pobladores; de que agraviado Maldonado, atribuyendo semejante operación (ejecutada á su vista) á menosprecio de su valor y desaire de su punto, volvió segunda vez á repiquetearse con Francisco Ruiz, interviniendo de ambas partes recados tan desatentos y palabras tan picantes, que llegaron á extremo de perderse; pero metiendo la mano á componerlos las personas más bien intencionadas de ambos campos, tomaron por acuerdo que Maldonado se volviese á Mérida, asentando por términos de su conquista todo el país de los Timotes; y Francisco Ruiz se quedase en Miravel, comprendiendo dentro de la suya las tierras y provincia de los Cuicas; y de esta suerte quedaron divididas las jurisdicciones de las dos Audiencias de Santo Domingo y Santa Fe, ésta á la parte del Sur, y aquélla á la del Norte; diferencia que hasta entonces no se había podido componer, pues habían corrido sin que alguna de las dos supiese hasta dónde llegaban los términos de su distrito (71).

Bien descuidado quedó Francisco Ruiz con esta disposición, no discurriendo pudiese ofrecerse accidente que perturbase la quieta posesión en que se hallaba de su nueva Miravel, cuando por el mismo año de 59 llegó al Tocuyo el Licenciado Pablo Collado, proveído por el Rey en el gobierno y capitanía general de la provincia en lugar del Licenciado Villacinda; y como á Diego García de Paredes le

había herido en lo más vivo del sentimiento el desaire que le hizo Gutierrez de la Peña quitándole la conquista de los Cuicas, ocurrió luego ante el nuevo Gobernador á manifestar su agravio; y atendida la demanda por Pablo Collado con el conocimiento de la razón que le asistía en la expresión de su queja, revocó los poderes dados á Francisco Ruiz y despachó nuevo título á Paredes, con orden para que, reconocido por cabo superior de la gente que estaba en Miravel, pudiese reedificar ó poblar en la parte que tuviese por mejor, haciendo nueva elección de regimiento y justicia.

Con esta facultad y algunos soldados de su séquito salió Paredes del Tocuyo, y llegado á Miravel manifestó su comisión en el cabildo, donde recibido sin dificultad al ejercicio de su empleo, la primera diligencia que hizo, en virtud de los poderes que llevaba, fué restituir á la ciudad el nombre primitivo de Trujillo, si bien le duró poco por entonces, porque reconocidas con brevedad las incomodidades de continuadas lluvias, repetidas tormentas de truenos y relámpagos, y la mucha humedad de aquel contorno, conseguida licencia del Gobernador para mejorar el sitio, mudó la población á la cabecera de uno de los valles que corren á las riberas del río de Boconó, por estar en el centro de los Cuicas y poder con más comodidad atender á su conquista; pero fué tan desgraciada esta ciudad en sus principios, que sin hallar sus pobladores lugar que les agradase para su existencia, anduvo muchos años como ciudad portátil, experimentando mil mudanzas, pues aunque este de Boconó pareció el más á propósito por entonces, habiendo algunos días después que se fundaron en él originádose ciertos disgustos entre el gobernador Pablo Collado y Diego de Paredes, éste, ó sentido ó receloso, declinó jurisdicción, y dejando esta provincia, se pasó á vivir á Mérida: accidente que fué la total ruina de Trujillo, pues apenas faltó el respeto de Paredes, cuando divididos en parcialidades sus vecinos, se empezaron á consumir en discordias, y separados en bandos, unos querían permaneciese la ciudad

en aquel sitio, y otros que la mudasen á otra parte; y siendo los de esta opinión más poderosos en tiempo que gobernó la provincia el Licenciado Bernal, desconsiguieron el permiso para la transmigración que pretendían, y á pesar de los del contrario dictamen, mudaron la población á una sabana que llamaban de los Truenos (por una tempestad que en ella padeció Juan Maldonado), á las orillas del río Motatán, donde no pudiendo conseguir logro de las sementeras por la gran plaga de hormigas que las destruía, ni multiplico en los ganados por el menoscabo que ocasionaban los tigres, no les fué posible permanecer muchos días, y de su propia autoridad, sin consentimiento ni permiso del Gobernador, cargaron con la ciudad á otro lugar más incomodado, cuatro leguas más abajo del mismo río, en el centro de una montaña tan áspera, húmeda y poblada de mosquitos, hormigas, tigres y otras sabandijas, que perseguidos de tanta calamidad, blasfemaban de sus discordias por haber sido la causa para padecer desdichas: siendo lo más sensible entre la multitud de sus trabajos, haber dado en un temperamento tan nocivo, que perdiendo la salud, descoloridos é hipatos, representaban á la vista más forma de hospital que de república.

Y aunque con el conocimiento de sus yerros ocurrieron á representar sus miserias á D. Pedro Ponce de León, que sucedió en el gobierno al Licenciado Bernáldez, ó fuese porque experimentasen el castigo de su liviandad en la trabajosa tarea de sus fatigas, ó por otros ocultos motivos que tuviese, nunca quiso convenir en concederles licencia para mudarse á otra parte, hasta que muerto D. Pedro, logrando la ocasión de su vacante, se pasaron seis leguas más al Leste, al valle de Pampa, donde tampoco pudieron permanecer, por ser la tierra muy húmeda y muy cálida en extremo; y así, el año de 570, cansado ya de tanto peregrinar, deseando tomar asiento fijo para poder descansar, y que se acabasen las discordias que los habían puesto en tal estado, tomaron por abogada y patrona de la ciudad á Nuestra Señora de la Paz, é hicieron la última mudanza al

sitio en que hoy permanecen, que es un valle de temperamento sano y muy templado, y corre de Norte á Sur cuasi una legua, pero de Leste á Oeste tan angosto, que sólo da capacidad para dos calles hasta la mitad de la ciudad, donde estrechándose algo más, sólo permite corra la restante en una; y parece les sirvió la protección que buscaron en el amparo de la Virgen Santísima de la Paz para su común quietud, pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella república hasta los tiempos presentes con tan general sosiego y unión entre los vecinos, que sólo por cumplimiento necesitan de justicia; pues en igual conformidad unos con otros, ni saben lo que es litigio, ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influjo de su cielo, que basta saber que uno ha nacido en Trujillo, para que en la común estimación sea reputado por de afable natural, de noble trato y de una intención sana y sin malicia.

Determinados, pues, á mantener la ciudad en aquel valle, empezaron á fabricar costosas casas, unas de piedras de sillería y otras de ladrillo y tapia; y llevados de aquella vanidad con que los hombres procuran eternizar su fama para la posteridad, adornaron las portadas de vistosos escudos con sus armas, vinculando la memoria del lustre de su nobleza; y pusieron tal cuidado en el aumento y forma de su nueva población, que llegó con brevedad á ser una ciudad muy opulenta por el mucho trato de sus frutos, principalmente del cacao, á cuya labor se dedicaron sus vecinos, plantando en los valles de Pocó cuantiosas arboledas de este género que, conducido por la laguna de Maracaibo á Gibraltar, los hacía poderosos, y por las grandes porciones de plata que producía su retorno; pero trocada después la felicidad en contratiempos, experimentó esta ciudad tales desdichas, que á fuerza de sus muchos infortunios apenas conserva hoy la sombra de lo que fué, pues perdidas las arboledas de cacao con las inundaciones del río, quedó sin trato ni comercio, faltándole el nervio principal que producía su riqueza; trabajo á quien siguió la desgracia de sa-

quearla el año de 668 el pirata francés M. Gramón con tanta inhumanidad, que, sin que le moviese á compasión lo suntuoso de sus fábricas, quemó los edificios, reduciendo á cenizas su hermosura; pero, no obstante, es habitada al presente de más de trescientos vecinos, muchos de ellos de notoria calidad y conocida nobleza, y entre ellos un mayorazgo, que goza la familia de los caballeros Cobarruvias, descendientes de Gaspar Cornieles, uno de sus pobladores.

Mantiene una iglesia parroquial, asistida de dos curas rectores; dos conventos de religiosos, uno del Orden de Santo Domingo, y el otro de San Francisco, con un templo á lo moderno, de vistosa y galana arquitectura; una ermita de Nuestra Señora de Chiquinquira, donde está fundado un hospital, y un monasterio de monjas Dominicas, sujetas al Ordinario, que siendo un erario de virtudes, es un primor de curiosidades, por las muchas que fabrican sus religiosas, con especialidad en costuras y labores de pita; es lugar muy regalado y abundante, por la gran fertilidad de su comarca y los muchos indios que tiene en su distrito; produce trigo en abundancia, cebada, maíz, algodón, garbanzos y otras semillas; lábrase mucho y regalado azúcar, de que se fabrican exquisitas conservas; danse hermosísimos repollos, lechugas y demás verduras todo el año; todas las frutas de la América y muchas de las de Europa, como son manzanas, membrillos, granadas, higos y uvas; cría en sus pastos muy buenos carneros, mucho ganado de cerda, gallinas, pavos y otras aves, sin que le falte cosa de cuanto se puede apetecer para el regalo; pero en medio de tantas conveniencias padece un desafecto grande esta ciudad, que algunos atribuyen á sus aguas, y yo soy de esa opinión, y es criarse en las gargantas de sus habitadores, principalmente en las mujeres, hinchazones ó paperas, con tanta generalidad, que es rara la persona que se ve sin ellas, y algunas tan crecidas y diformes, que causa horror el mirarlas.





CAPÍTULO XIII.

Vuelve Fajardo á la costa de Caracas, y con ayuda del Gobernador funda el Collado: descubre las minas de los Teques: préndelo Pedro de Miranda, y vuelve después dado por libre.

No se sosegaba Fajardo en la Margarita, puesta siempre la mira en la conquista de Caracas, á que lo arrebataba lo generoso de su elevado espíritu ó lo inclinaba la fuerza de su maligna estrella, pues sin que bastasen á contenerle el pensamiento los cortos medios con que se hallaba para poder aspirar á fin tan grande, ni los embarazos que le ponía con sus malos sucesos la fortuna, todo era discurrir formas y buscar trazas con que poder volver á proseguir sus intentos; mas como lo limitado del caudal no le ayudaba, sólo tuvo lugar su diligencia para aprestar doscientos indios de los que habían sido vasallos de su madre, y juntar once españoles, que fueron Lázaro Vázquez de Rojas, natural de Salamanca, de quien hay hoy ilustre descendencia; Juan Jorge de Quiñones, natural de la Margarita; Cortés Richo, portugués; Gaspar Tomás, Martín de Jaén, Juan de San Juan, Hernando Martín, Andrés González, Luis de Ceijas, Juan Hernández Trujillo y Alonso Fajardo, natural de Coro,

hijo del capitán Juan de Guevara el viejo, con los cuales y algunos abalorios y rescates, atravesó tercera vez á Tierra Firme; pero con el recelo de ser mal recibido de los indios, por los disgustos pasados, pues aun duraba fresca la memoria de la violenta muerte de Paisana, sin llegar á los puertos del Panecillo y Chuspa, pasó la costa abajo en busca de su amigo Guaimacuare, á quien halló en Carvao, tan constante en su amistad como lo había estado siempre; pero como á Fajardo le había enseñado ya la experiencia lo poco que podía fiar de la mudable voluntad de aquellos bárbaros, mientras no se hallase con bastante fuerza de gente, á cuya sombra pudiese mantener el amor con el respeto, no quiso detenerse en aquel valle; antes para asegurarse de una vez y entrar con mayor fundamento en la conquista, tomó una resolución tan temeraria como fué con sólo cinco de sus compañeros pasar la serranía y atravesar por tierra las cuarenta leguas que hay de por medio hasta salir á la Valencia, así por reconocer con este viaje lo que contenía en sí la provincia y hacerse capaz de todo sin necesitar de informe ajeno, como por empeñar al gobernador Pablo Collado en que le diese alguna gente con que poder entrar poblando, que era el único recurso que le quedaba ya para fundar su esperanza.

Harto sintió Guaimacuare ver empeñado á Fajardo en esta determinación tan arrojada, pues habiendo de pasar por tierras que poblaban tan diferentes naciones, era evidente el peligro á que exponía su persona; pero aunque procuró disuadirlo representándole el riesgo, como Fajardo le tenía tomado el pulso á su fortuna y conocía por experiencia la gracia natural con que sus palabras sabían granjear benevolencia en los indios, despreció los temores que le proponía el cacique, y acompañado sólo de Juan Jorge Quiñones, Lázaro Vázquez, Cortés Richo, Martín de Jaén y Juan Fernández Trujillo, dejando el resto de su gente al abrigo de Guaimacuare, salió de Carvao para Valencia, sin hallar dificultad en el camino que pudiese servir de embarazo, hasta llegar á los altos de las Lagunetas, desde donde

corriendo por todas aquellas lomas y quebradas que bajan por el río Tuy, tenían su habitación los indios Arbacos (72), nación activa y guerrera; cuyo cacique, llamado Terapaima, teniendo por atrevimiento la entrada de aquellos pocos españoles en su tierra, les salió al encuentro con algunas bandas de flecheros para quitarles la vida; pero era tan vehemente la eficacia en las razones de Fajardo y tan natural el dominio que su voz adquiría sobre los indios, ya fuese por oculta simpatía, ó por el respeto con que todos veneraban á D.ª Isabel, su madre, que lo mismo fué hablarle Fajardo en su lengua Arbaca y decirle hijo de quién era, que convertir el cacique todo su furor en mansedumbre, tratándolo con tanta amistad y agrado que lo bajó acompañando hasta dejarlo seguro en las sabanas de Guaracarima, de donde, vencidos ya los inconvenientes del camino, pudo entrar con facilidad en la Valencia.

A esta sazón se hallaba en el Tocuyo el gobernador Pablo Collado, á quien Fajardo dió luego aviso de su llegada, poniendo en planta la pretensión de su fomento, para proseguir en la conquista que tenía premeditada; y como el logro de esta empresa resultaba en honra y conveniencia de Collado, pues siendo en la jurisdicción de su distrito, no sólo hacía glorioso en ella su gobierno, pero entraba también á la mayor parte en el provecho, no fué menester mucha diligencia para que tomase por su cuenta el ayudarlo; y así, luego que recibió el aviso de Fajardo le remitió treinta hombres, que fueron los que pudo juntar en el Tocuyo, y título de Teniente general, con poderes muy amplios para que, en virtud de ellos, pudiese conquistar, poblar y repartir las encomiendas en la forma que mejor le pareciese.

Conseguidos con tanta facilidad despachos tan favorables á la intención de Fajardo, no quiso perder tiempo ni detenerse más en la Valencia; y entrado el año de 60, aunque muy en sus principios, con prevención bastante de ganado vacuno y otras cosas necesarias para el mejor expediente en su conquista y alivio de sus soldados, volvió para Cara-

cas con intención fija de dejar de camino aseguradas las espaldas en la amistad y estrecha correspondencia que pensaba ajustar con Terapaima, para tener siempre por sus tierras abierta la puerta á los socorros que le pudieran venir de la Valencia: diligencia en que anduvo tan afortunado que pudo á poca costa conseguirla, porque habiéndosele salido el cacique al encuentro, al subir la loma de las Cucuisas, Fajardo, con aquel agrado natural que era propio en sus acciones para granjear voluntades, le presentó una vaca de las que traía consigo, dejando con esta corta demostración tan agradecido al bárbaro, que asegurado de su amistad, pudo sin recelo penetrar por la provincia, hasta llegar al valle de Gaire, llamado así entre los indios por un hermoso río de este nombre que, cortándolo de Poniente á Oriente, lo atraviesa con sus corrientes y fecunda con sus aguas, á quien Fajardo intituló desde entonces el valle de San Francisco (y es donde hoy está fundada la ciudad de Caracas), sitio en que, por ser acomodado para el multiplico por sus pastos, dejó puesto en forma de hato todo el ganado vacuno, con alguna gente de la que traía de servicio, para que lo cuidasen y asistiesen; y asentada paz y confederación amistosa con los indios Teques, Taramainas y Chagaragatos, que vivían en su circunferencia, bajó á la costa del mar á buscar los compañeros que había dejado encomendados al cacique Guaimacuare, con los cuales y los demás que trajo la de Valencia fundó una villa en el puerto de Caravalleda (dos leguas á barlovento de donde hoy está poblada la Guaira), que por lisonjear al Gobernador con darle el título de su mismo nombre, la llamó el Collado.

Puestos Regidores y nombrados Alcaldes (que lo fueron Lázaro Vázquez y Martín de Jaén) para el gobierno de la nueva villa, dió Fajardo la vuelta pocos días después al valle de San Francisco, con el ansia de descubrir algunas minas de oro, pues por las muestras que había hallado entre los indios era evidente que lo producía el terreno; y aunque á los principios salieron vanos para el efecto cuantos medios aplicó su diligencia, pudo tanto su actividad, que al fin,

para su daño, hubo de dar con ellas, descubriendo en el partido de los indios Teques (seis leguas al Sudueste del valle de San Francisco y catorce del Collado al mismo rumbo) diferentes veneros de oro corrido, de subida estimación por sus quilates y razonable conveniencia por su rendimiento.

Bien ajeno Fajardo de que formaba instrumentos para su ruina en los medios que disponía para su aplauso, dió luego aviso al Gobernador, enviándole para comprobación la muestra de los metales, que fué lo mismo que incitar contra sí la emulación, para que despertase la codicia en el ánimo ambicioso de Collado, pues sentidos ó envidiosos algunos vecinos del Tocuyo de los buenos sucesos de Fajardo, instaron al Gobernador para que le revocase los poderes y le quitase la conquista, representándole sería más acertado poner en ella otra persona que, siendo de su confianza, pudiese por su mano entrar á la parte en la labor de las minas, para lograr la ocasión de quedar más bien aprovechado; y no fiarse de Fajardo, de quien no podía tener satisfacción, por ser un hombre cuyas acciones antes debían premeditarse con recato, pues el respeto y amor con que lo veneraban los indios, y el dominio general que tenía adquirido entre ellos, eran motivos para cautelar no intentase su ánimo sagaz alguna novedad irreparable.

Estos recelos, apadrinados con el interés de la propia conveniencia, hicieron tal impresión en el Gobernador, que sin reparar en la sinrazón con que agraviaba el crédito de Fajardo, le revocó los títulos y poderes que le tenía dados antes, y nombró por su teniente, para que prosiguiese en su conquista de Caracas, á Pedro Miranda, vecino del Tocuyo, quien luego que llegó á la villa del Collado prendió á Fajardo; y con guardias lo remitió á la Borburata; pero como él llevaba consigo á su inocencia y en realidad no resultaba otro cargo contra su obrar que aquella aparente ficción que habían formado sus émulos para que el beneficio de las minas corriese por otra mano, que era el fin á que tiraban todos; habiendo pasado al Tocuyo á representar su agravio, convencido el Gobernador de la razón y justicia que le

asistía, se vió obligado á declararlo por libre; y como lo justificado de su queja pedía satisfacción del desaire padecido, para acallarlo con algún título honroso, le nombró por Justicia mayor de la villa del Collado, dejando lo demás de la provincia á la disposición de Pedro de Miranda.

Con estos despachos, al parecer favorables, volvió Fajardo al Collado á tiempo que Miranda con veinticinco soldados y algunos negros esclavos; salió para los Teques á reconocer las minas; y hallando ser de más consecuencia y rendimiento aún de lo que Fajardo había expresado, se quedó con los negros á labrarlas, enviando á Luis de Ceijas con los veinticinco soldados para que recorriese la provincia, entrando por los Mariches, nación que, dividida en numerosos pueblos, habitaba en aquel tiempo desde donde acaba el valle de San Francisco, corriendo para el Oriente por diez leguas de distancia; pero apenas Ceijas hubo pisado los umbrales de la primera población cuando se halló acometido del cacique Sunaguto, que con valientes escuadras de flecheros lo cercó por todas partes, poniéndolo en tal aprieto, que fué menester todo el esfuerzo de su gente para llegar á ganar unas barrancas, á cuyo abrigo aseguradas las espaldas, pudieron defenderse hasta la noche, que suspendiendo los indios la pelea, dieron lugar á Ceijas para componer un pequeño verso de metal que había llevado consigo, y cargándolo, cuanto permitió el cañón, de balas y piedras menudas, lo acertó para la parte por donde discurrió podrían volver á acometer los enemigos: disposición en que consistió la seguridad de todos, pues á las primeras luces del día, con bárbara confusión y de tropel se fueron acercando los indios á renovar la refriega; y Ceijas dejándolos empeñar, por no malograr el tiro, cuando le pareció tiempo oportuno mandó disparar el verso, que hallando bastante blanco en aquella multitud desordenada, tuvo bien la pólvora en que demostrar los efectos de su furia, pues quedaron muertos en aquel golpe el cacique Sunaguto y otros muchos; de que atemorizados los indios, discurriendo por violencia tan repentina dimanaba sin duda de causa más superior, se echa-

ron en el suelo sin aliento, dejando poco que hacer á los nuestros para ponerlos en huída, porque al primer acometimiento de sus armas, los que no encontraron con la muerte, tuvieron por partido más seguro encomendarse á la fuga.

Bien conoció Ceijas, no obstante la felicidad de este suceso, que había valor en los Mariches para hacerle oposición, y que hallándose con tan poca gente como la que tenía, empeñarse á pasar más adelante era imprudencia conocida, cuando á los primeros pasos se había visto en tan conocido aprieto: consideración que, bien premeditada, le obligó á retroceder para las minas, á tiempo que halló á Pedro de Miranda cercado de mil temores porque los indios Teques con manifiestas señales daban indicios evidentes de aspirar á alguna sublevación declarada, á que los persuadía la activa condición de su cacique Guaicaipuro; y no atreviéndose á esperarla, por no experimentar los efectos del rompimiento que temía, luego que llegó Ceijas desamparó las minas, y con porción considerable de oro en polvo se retiró al Collado, y dejando encomendada la provincia al cuidado de Fajardo, se embarcó para la Borburata, con el pretexto de pasar al Tocuyo á dar cuenta al Gobernador de todo lo sucedido.





CAPÍTULO XIV.

Entra Juan Rodríguez en Caracas de orden del Gobernador: rompe la guerra Guaicaipuro, y mata toda la gente de las minas: vence D. Julián de Mendoza á los Taramainas en batalla, y Juan Rodríguez puebla la villa de San Francisco.

Enterado el gobernador Pablo Collado, por la relación que le dió Pedro de Miranda, de la riqueza de las minas descubiertas por Fajardo, la multitud de naturales de diversas naciones y demás circunstancias que hacían opulenta y apetecible la provincia de Caracas, determinó con más empeño tratar de su conquista y población; y como quiera que lo principal de que necesitaba para materia tan ardua era persona de experiencia y de valor á quien poder encomendarla, se la trajo á las manos la ocasión como pudiera imaginarla el deseo, por hallarse en el Tocuyo en aquel tiempo Juan Rodríguez Suárez, natural de Extremadura, vecino de la ciudad de Pamplona en el nuevo reino de Granada, á quien, habiendo sido capitán poblador de la ciudad de Mérida, la malicia envidiosa de sus émulos le formó tales capítulos sobre las circunstancias de aquella fundación, que preso en la cárcel de la ciudad de Santa Fe y sentenciado por su Real Audiencia á degollar, para librarse del rigor de un tribunal apasionado, le fué preciso, con el favor de sus

amigos, quebrantar la cárcel * y venirse huyendo á esta provincia, donde, amparado de Diego de Paredes, antiguo compañero de sus fortunas (á quien encontró en el valle de Boconó al tiempo que poblaba allí la ciudad de Trujillo), tuvo lugar para pasar con cartas suyas de recomendación al Tocuyo; y siendo las prendas que adornaban á este caballero de superior jerarquía, por la continuada experiencia de diferentes conquistas en que siempre había militado con crédito, halló en él Pablo Collado lo que había menester para su intento, pues en la elección de semejante caudillo llevaba asegurados los aciertos.

Nombrado, pues, Juan Rodríguez por teniente de la provincia de Caracas, salió del Tocuyo con treinta y cinco hombres que le dió el Gobernador, y sin que se le ofreciese accidente en el camino, atravesada la loma de los Arbacos, entró en los Teques, de donde despachó luego al Collado avisando á Fajardo de su llegada y de los poderes que traía, para que, enterado de todo, se ayudasen con buena correspondencia el uno al otro, dirigiendo sus acciones á un mismo fin: atención á que correspondió Fajardo enviándole luego alguna gente de refuerzo por la noticia que tenía de los movimientos con que andaba el cacique Guaicaipuro, de cuyo natural activo esperaba con brevedad algún rompimiento declarado: discurso que acreditó de verdadero la experiencia, porque desvanecido el bárbaro de haber hecho desamparar las minas á Miranda, pareció le sería fácil atemorizar á Juan Rodríguez para que hiciese lo mismo, porque no tenía conocimiento todavía del hombre con quien lidiaba, hasta que los escarmientos lo vinieron á dejar desengañado; pues no habiendo sido bastante los agasajos ni persuasiones de Juan Rodríguez para que, sosegando su inquietud, mantuviese la paz ajustada con Fajardo, fué preciso valerse de las armas para contener su orgullo, con tan favorable fortuna en los sucesos, que habiendo el cacique acometido cinco veces con numerosas escuadras de

* Piedrahita, cap. XII, lib. VII.

guerreros á despoblar las minas, quedó siempre desbaratado en los encuentros, con lamentable estrago de sus tropas y pérdida de sus más valientes gandules, á cuyo espanto, postrada la altivez de Guaicaipuro, pidió rendido paces, que le concedió gustoso Juan Rodríguez con la gloria de que su nombre quedase formidable entre los indios.

Sosegada de esta suerte la rebelión de los Teques, no discurrió Juan Rodríguez pudiera caber traición en el ánimo alevoso de Guaicaipuro, y fiándose más de lo que debía en las afectadas sumisiones con que el bárbaro procuraba desmentir los rencores que conservaba en el pecho, pobló las minas de gente de servicio para labrar los metales, y dejando en ellas tres hijos pequeños que había traído del Reino, sacó sus soldados á campaña con ánimo de dar una vuelta á la provincia, hasta salir á la costa á encontrarse con Fajardo; á cuyo fin, entrándose por la nación de los indios Quiriquires, á las riberas de Tácata, corrió por las orillas del Tuy y territorio de los Mariches, sin hallar oposición en parte alguna, porque los indios, rendidos á la fama de su nombre, le iban dando la obediencia, sujetando la cerviz entre admiración y espanto.

Mas como el ánimo traidor de Guaicaipuro sólo deseaba ocasión para lograr su venganza, luego que vió distante á Juan Rodríguez, y las minas desamparadas de defensa, por no haber quedado mas que la gente desarmada, juntó quinientos indios de los de su mayor satisfacción, y dando sobre la ranchería en el silencio de una noche, pasó todos sus moradores á cuchillo, entrando también en la desgracia los hijos de Juan Rodríguez, sin que la inculpable inocencia de aquellas tiernas criaturas hallase conmiseración en la bárbara crueldad de aquel tirano, pues sólo pudo librarse de su saña un indio, á quien dió lugar su diligencia para coger el monte entre la confusión de aquel conflicto, y huyendo por caminos extraviados, al cabo de doce días se vino á encontrar con Juan Rodríguez, á tiempo que saliendo de los Mariches entraba en el valle de San Francisco; y como de lo desfigurado de su rostro y turbación con que venía

sacase indicios de alguna desventura, parando el caballo le preguntó: «Hijo, ¿qué ha sucedido en los Teques?» á que el indio respondió bañado en lágrimas y prorrumpiendo en sollozos: «Señor, tus hijos son muertos y cuantos dejaste en las minas; sólo yo pude escapar para traerte el aviso de tan triste nueva; Guaicaipuro, señor, es quien lo ha hecho; él fué el autor de esta maldad:» á cuya noticia, combatido el corazón de Juan Rodríguez entre el sentimiento de la muerte de sus dos hijos y el deseo de la venganza, brotando llamas de enojo y echando mano á la barba, con el dolor de su pena, dijo: «¡Ah Guaicaipuro, Guaicaipuro, con cuántas ventajas te has vengado! pero no seré yo Juan Rodríguez, si tú no me la pagares;» y dando prisa á sus soldados para que caminasen, marchó por el valle arriba, hasta llegar al hato que había fundado Fajardo con las vacas que trajo del Tocuyo, donde pensando hacer alto para resolver con acuerdo lo que debía ejecutar con madurez, encontró nuevo motivo para mayor confusión, pues halló las casas reducidas á cenizas, muerta toda la gente que allí asistía de servicio, destrozados los cuerpos por el campo, y la mayor parte del ganado atravesado á flechazos; porque Paramaconi, cacique de los indios Taramainas, instado de Guaicaipuro para que por su parte cooperase á lanzar los españoles de la provincia, luego que tuvo la noticia del destrozo de los Teques, bajó al valle de San Francisco, y cogiendo la gente descuidada, dió principio á su levantamiento manifestando su impiedad con aquella acción tan inhumana.

De premisas tan evidentes coligió luégo Juan Rodríguez la guerra que le esperaba, pues declararse los indios con aquel atrevimiento era cierta señal de alguna general conjuración de las naciones, á cuyo reparo era preciso ocurrir acometiéndolas con tiempo, antes que se juntasen en un cuerpo, para que, cogiéndolas divididas, con el castigo de unas pudiese tener lugar el escarmiento en las otras; pero deseando comunicar la materia con Fajardo antes de empeñarse en ella, dejó su gente en el valle á cargo de D. Julián Mendoza, y con solos dos infantes que le hicieron compañía

salió para el Collado; mas no había pasado media hora después de su partida, cuando se dejó ver el cacique Paramaconi, que con seiscientos flecheros bajaba por el abra de Catia para el hato.

Hallábanse los nuestros á la sazón recogiendo el ganado que había quedado vivo para meterlo en los corrales, y reconociendo tan cerca al enemigo, se pusieron en arma para buscar su defensa, tomando los mismos corrales por abrigo para guardar las espaldas: D. Julián de Mendoza, Antón de Albornoz, Fraga, Pallares y Castillo, que estaban á caballo, cogieron la delantera con ánimo de atropellar, rompiendo con las lanzas por el escuadrón contrario; pero aunque lo intentaron al tiempo que los indios con innumerable multitud de flechas dieron principio á la batalla, fué con suceso tan adverso, que estuvieron en contingencia de perderse todos si los infantes con valor no hubieran llegado á socorrerlos, porque huyendo los indios con destreza los cuerpos al bote de las lanzas, tuvieron lugar de darle dos flechazos en las manos á Antón de Albornoz que lo dejaron inútil para manejar la lanza, y quitándole á Pallares la que llevaba, atravesaron con ella por los pechos al caballo en que iba Fraga, de cuya herida murió luégo: quedaban solos Castillo y D. Julián de Mendoza; pero éste, atormentado del golpe de una macana, cayó también en el suelo sin sentido; causa para que la batalla se encendiese con mayor ardimiento de ambas partes, porque Alonso Fajardo y Juan Ramírez al ver á D. Julián en peligro de ser muerto, dejando el abrigo de los corrales, se entraron con las espadas en la mano por el escuadrón enemigo á socorrerlo, y haciendo los demás á su imitación lo mismo, los españoles por defender á su capitán, y los indios por llevárselo, se empeñaron unos y otros con notable valor en la refriega; pero llegándole á Paramaconi nuevas escuadras de refresco, libre ya D. Julián se fueron los nuestros retirando á buscar por resguardo los corrales, y los indios cantando la victoria, cargaron sobre ellos tan de golpe, que oprimido el ganado por todas partes, no pudiendo mantenerse dentro de

los corrales, rompió la palizada por un lado, y saliendo de tropel atropelló los indios, hiriendo á unos y derribando á otros: accidente que hizo mudar semblante á la fortuna, pues animada entonces nuestra gente al ver la confusión del enemigo, volvió con nuevo esfuerzo sobre aquella bárbara muchedumbre, acometiéndola con furia tan espantosa, que en breve tiempo reconoció Paramaconi su perdición en el mortal estrago de sus tropas; y tocando á recoger, sus caracoles, retiró para el rincón de Catia su ejército vencido.

Había conseguido Juan Ramírez en los últimos lances de este encuentro la gloria de restaurar la lanza que los indios quitaron á Pallares, atravesando por los pechos de una estocada á un gandul, que con notable bizarría hacía primores con ella; y deseando ver si entre los muchos muertos que habían quedado en el campo (por las señas que le observó) conocía el cadáver de aquel indio, salió con otros soldados, luego que se retiró Paramaconi, á reconocer el sitio en que se dió la batalla; y estando en esta diligencia divertidos, se levantó de entre los muertos un indio, y sentándose en el suelo, por no poderse poner en pie, á causa de estar con las dos piernas quebradas, los empezó á llamar para que se llegasen donde estaba; acercóse Juan Ramírez, movido de la curiosidad, á preguntarle qué era lo que quería; y el bárbaro, mostrando aún más desesperación que fortaleza, le respondió: «Sólo mataros; y pues el impedimento con que estoy no me da lugar para buscaros, ya que os preciáis de tan valientes, llegaos á pelear conmigo, que un indio solo soy, que os desafía;» y diciendo esto, apretó el arco á una flecha con tan buena puntería que, clavándosela en la frente á uno de los soldados, lo dejó muy mal herido; y como para castigar su atrevimiento mandase Juan Ramírez á dos indios amigos, vasallos de Guaimacuare, que llegasen á matarlo, anduvo el bárbaro tan pronto, que atezando bien el arco y disparando dos flechas, le atravesó entrambos muslos, y al otro se la metió por un lado, partiéndole el corazón: osadía que irritó á un soldado (llamado Castillo) de los que estaban presentes, y echándose

un sayo de armas para mayor seguridad sobre el que llevaba puesto, embistió con él para matarlo á estocadas; pero antes de poderlo ejecutar, haciendo el indio firme sobre el arco para mantener el cuerpo, le tiró tantos flechazos, que á no haberse prevenido con el resguardo de llevar las armas dobles, le hubiera costado caro el querer vengar duelos ajenos; pero al fin, metiéndole la espada por los pechos, le hubo de quitar la vida, siendo tal el coraje de aquel bárbaro, que al verse en los últimos alientos, asiéndose por los filos de la espada con las manos, procuró coger entre los brazos á su homicida para vengar, ahogándolo, su muerte.

Receloso se hallaba D. Julián después de la batalla, porque habiendo quedado con la gente fatigada, y mucha herida, temía no volviese Paramaconi segunda vez á buscarlo; y no atreviéndose á mantener en aquel sitio, aquella misma noche, cargando los heridos en hamacas, levantó el campo y marchó para el Collado; pero á poca distancia del camino se encontró con Juan Rodríguez, que noticioso del acontecimiento de los Taramainas, sin haber tenido lugar ni aun para hablar con Fajardo, volvía á socorrer á Mendoza y hallarse presente á cualquier lance; y teniendo muy á mal la retirada, así por la altivez que podría criar en los indios como por la reputación que se perdía en desamparar el puesto, los hizo retroceder al valle de San Francisco, donde para que los indios conociesen el poco temor que les tenía y cuál lejos estaba de acobardarse quien tomaba de asiento su asistencia, luego que llegó pobló una villa, que intituló de San Francisco (manteniendo el nombre de su mismo valle), en el propio sitio que había estado el hato de ganado (que es donde ahora está fundada la ciudad de Santiago), y repartida la tierra en los vecinos, nombrados alcaldes y regidores, trató con más empeño de sujetar con las armas los caciques alterados del contorno.

No obstante, pasaron algunos días sin que pudiese lograr el venir con los indios á las manos, porque retirados á las quebradas después de la batalla, no se había dejado ver alguno en todo el valle; novedad que, teniendo cuidadoso á

Juan Rodríguez, con el deseo de descubrir la causa, montó á caballo una mañana, junto con Juan Jorge de Quiñones, hombre de valor y gran jinete, y llevando otros ocho infantes consigo, subió por la loma que está de la otra banda del arroyo Caruata, hasta llegar á lo más alto de su cumbre: alcanzólos á ver desde su retiro el cacique Paramaconi, y acompañado de otro indio llamado Toconai, de quien debía de tener satisfacción para el empeño, por una media ladera repechó la loma para salirles al encuentro: venían los dos con los carcajes al hombro, en la una mano los arcos y en la otra unas fuertes lanzas hechas de palma, enastadas en las puntas dos medias espadas que les había enviado Guaicaipuro de las que cogió en las minas, y de las penacheras de diversas plumas con que adornaban las cabezas, traían pendientes una piel de tigre, que les colgaba por la espalda, ó para demostrar mayor fiereza ó para hacer ostentación de mayor gala.

De esta suerte, ganada por un lado la cumbre de la loma, salieron de vuelta encontrada sobre Juan Rodríguez y Juan Jorge, que como caminaban á caballo, se habían adelantado mucho trecho á los infantes; y puestos á corta distancia de los dos, con bizarra resolución y gentil brío dijo el Paramaconi: «Aunque venís á caballo á pelear, como cobardes con ventaja, yo soy Paramaconi, que solo basto para castigar vuestra soberbia, y pues estamos solos en campaña, ahora es tiempo de que probemos con las armas el valor de cada uno.» No pudieron sufrir más los dos españoles la activez y atrevimiento de aquel bárbaro; pero aunque con presteza aguizaron los caballos para atravesarlos con las lanzas, con mucha mayor los indios, puesta la rodilla en tierra, fijaron los recatones de las suyas en el suelo para recibirlos con las puntas al dar el choque, como quien espera un toro; disposición que advertida por los jinetes, porque no les hiriesen los caballos torcieron por un lado la carrera, pasando de largo sin tocarles; mas los indios, soltando al instante las lanzas de las manos, pegaron de los arcos con tanta prontitud, que antes que acabasen la carrera les tenían ya cla-

vadas dos flechas por las espaldas sobre los sayos de armas que llevaban puestos; y aunque picados Juan Rodríguez y Juan Jorge, haciendo ya reputación de aquel empeño, por segunda y tercera vez volvieron sobre ellos á media rienda, llevando para más seguridad del golpe tendidas las lanzas sobre el brazo izquierdo, hallaron siempre en los indios tal ligereza en manejar sus armas, con tan buen compás de pies, que valiéndose cuasi á un mismo tiempo de los arcos y las lanzas, dejando frustrada la diligencia de los dos jinetes, cuando parecía amenazaban con las unas, ejecutaban las heridas con las otras; hasta que llegando los ocho infantes que se habían quedado atrás, no atreviéndose los indios á mantener el combate con tantos, se fueron retirando poco á poco, divididos cada uno por su parte, porque Paramaconi se entró por una ceja de montaña, disparando antes cuantas flechas le habían quedado en la aljaba, y Toconai cogió la media ladera para bajar á la quebrada; pero corrióle la suerte muy contraria, porque viendo que Juan Jorge partía tras de él á rienda suelta, hizo alto en la ladera, volviendo el rostro á esperarlo, y al tiempo que iba á ejecutar el golpe, lo asió con tanta fuerza por la lanza, que reconociendo Juan Jorge que se la quitaba de la mano sin remedio, por no pasar por el desaire de perderla, se arrojó tras ella del caballo, cayendo abrazado con el bárbaro, y sacando una daga que llevaba pendiente á la cintura, le quitó la vida á puñaladas, dejándolo á sus pies muerto, pero no rendido. Bien quisiera Juan Rodríguez que quedara completa la victoria, entrando por la montaña tras Paramaconi, para matarlo también; pero se hallaba tan fatigado de un flechazo que pasándole el sayo de armas le picó en una tetilla, que á instancia de los compañeros hubo de volverse al pueblo, donde lo dejaremos por ahora mientras se cura la herida, refiriendo en el ínterin otras cosas que sucedieron por este tiempo en la provincia.





LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llega á Coro el Sr. Obispo D. Fr. Pedro de Agreda: va Sancho Briceño á España por Procurador de la provincia; y el tirano Lope de Aguirre llega á la Margarita.

En el capítulo undécimo del libro antecedente dejamos dicho cómo por muerte del Sr. Obispo Ballesteros presentó S. M. para esta iglesia al Sr. D. Fr. Pedro de Agreda, religioso del orden de Predicadores; quien por el año de 60 en que vamos llegó á Coro, y tomada la posesión de su obispado, lo halló tan falto de ministros para la predicación del Evangelio y conversión de los indios, que aun en los pueblos inmediatos á las ciudades, si no eran algunos que habían bautizado sus mismos encomenderos, los demás por falta de operarios aun se conservaban gentiles: inconveniente á que deseando ocurrir aquel celoso Prelado con la aplicación de algún remedio para daño tan sensible, no hallando otro por entonces que dedicarse á repartir por su propia mano el pan de la doctrina á sus ovejas, salió de Coro, y recorriendo todos los pueblos de la comarca, hasta la serranía de Carora, predicando, catequizando y bautizando como párroco particular de cada uno, fué imponderable el fruto

que cogió su trabajo de aquella miel que sazonaba: por falta de beneficio perdía la Iglesia en ella tan abundantes cosechas para sus graneros; y habiendo de esta suerte satisfecho en cuanto pudo á la obligación de su oficio pastoral, se retiró á la ciudad, y reconociendo que algunos hijos de la provincia, aunque deseaban dedicarse al estado eclesiástico, no podían lograr la dicha de conseguirlo por su total ignorancia, y no haber quien les enseñase ni aun los primeros rudimentos de gramática, se dedicó á formar estudios y leer personalmente latinidad á todos cuantos quisieron oirla, por ver si por este medio conseguía que, aprovechados algunos, quedasen en aptitud para poder ordenarlos, y remediar en algún modo la falta que tenían de sacerdotes, pues llegó ésta á ser tan grande en aquel tiempo, que sucedió morir el cura de la ciudad de Trujillo, y no habiendo en toda la provincia otro que poner en su lugar, llegando la Cuaresma fué preciso que el Sr. Obispo escribiese al cura de la ciudad de Mérida, por ser la más inmediata, aunque de ajena diócesis, pidiéndole que en acabando de confesar sus feligreses tomase el trabajo de pasar á Trujillo para que aquellos vecinos tuviesen el consuelo de cumplir con el anual precepto.

Esta necesidad tan urgente, junta con el deseo de solicitar algunas pretensiones favorables á la mayor conservación de la provincia, obligó á que los cabildos de ella determinasen enviar persona á España que con el carácter de Procurador general de las ciudades impetrase de S. M. los puntos que, reducidos á instrucción, se habían discurrido por más convenientes á la utilidad común; para cuyo efecto, por el parecer de todos fué nombrado Sancho Briceño, vecino que era entonces de la ciudad de Trujillo, persona de graduación, autoridad y talento, y de bastante actividad para el manejo de semejantes negocios; quien aceptados los poderes, habiéndose embarcado en Coro, con próspero viaje llegó á España, y puestas en pretensión las dependencias que llevaba á su cuidado, consiguió despacho favorable en las más de ellas, pues á pedimento suyo concedió Su

Majestad permiso para que todos los años pudiese venir al puerto de la Borburata un navío de registro por cuenta de los vecinos, pagando sólo la mitad de los derechos pertenecientes al importe de su carga, así en la entrada como en la salida: gracia que estuvo corriente mucho tiempo, gozando de este beneficio la provincia, pues aun por algunos años después que se despobló la Borburata se continuó la venida de este navío al puerto de la Guaira; pero, ó por inutilidad, ó por descuido, se dejó perder este permiso que era de tanta conveniencia para todos.

Consiguió también facultad libre para que se introdujesen sin derechos doscientas piezas de esclavos, que repartidas entre los vecinos, sirviesen en la labor de las minas y cultivo de los campos; y para remediar la falta que se padecía de sacerdotes, se despacharon cédulas encargando á los provinciales de Santo Domingo y San Francisco de la isla Española enviasen religiosos de sus Ordenes que con su celo acostumbrado tomasen por su cuenta la conversion de los indios; si bien me parece que por algunos respetos no tuvo efecto por entonces su venida, aunque la solicitó el Sr. Obispo con empeño.

Uno de los puntos principales que contenía la instrucción que se dió á Sancho Briceño fué para que solicitase declaración sobre la forma en que debía quedar el gobierno de la provincia cuando sucediese morir el gobernador, para que en lo venidero se excusasen las competencias y disturbios que se experimentaron en las vacantes de Juan Pérez de Tolosa y Villacinda, entre el teniente general y los alcaldes, pretendiendo cada uno adjudicarse el dominio por razón de su ejercicio, sobre cuyo particular, mediante las representaciones de Briceño, se dió la providencia que contiene esta cédula:

«El Rey. Por cuanto Sancho Briceño, en nombre de las ciudades y villas de la provincia de Venezuela, me ha hecho relación, que muchas veces acaece estar la dicha provincia sin gobernador, por fallecer los que lo eran por provisión nuestra, durante el término de su gobernación, como había

acaecido con los Licenciados Tolosa y Villacinda, á cuya causa padecían detrimento y estaban sin justicia los vecinos y naturales de aquella tierra: y me suplicó en el dicho nombre mandase que cuando acaeciese caso semejante de morir el gobernador que hubiese, antes de nos haber proveído otro en su lugar, gobernasen los alcaldes ordinarios cada uno en su jurisdicción, ó como la mi merced fuese; é yo, acatando lo susodicho, he lo habido por bien: por ende, por la presente declaramos y mandamos, que cada y cuando que acaeciere fallecer el nuestro gobernador de la dicha provincia de Venezuela, antes de haber nos proveído otro en su lugar, gobiernen en cada una de las ciudades y villas de ella los Alcaldes ordinarios que en los tales pueblos hubiere, entre tanto que por nos se provee otro gobernador, que por esta nuestra cédula damos poder y facultad á cada uno de los dichos alcaldes ordinarios en su puesto, que tenga la dicha gobernación durante el dicho tiempo. Fecha en Toledo á ocho días del mes de diciembre de mil quinientos sesenta años.—Yo el Rey.—Por mandado de Su Majestad, *Francisco de Eraso.*»

Esta cédula fué el origen de que dimanó después el honroso privilegio que goza la ciudad de Caracas de gobernar sus alcaldes en lo político y militar toda la provincia entera cuando por muerte ó ausencia del propietario hay vacante en el gobierno, porque aunque en su virtud siempre que se ofreció la ocasión (después de conseguida) gobernaron los alcaldes de todas las ciudades cada uno en su distrito, fué sólo entretanto que la Audiencia de Santo Domingo nombraba gobernador interino, hasta que el año de 675, habiendo muerto el gobernador D. Francisco Dávila Orejón, envió la Audiencia en su lugar al Licenciado don Juan de Padilla Guardiola y Guzmán, uno de sus oidores, y presentado en el Cabildo de la ciudad de Caracas con sus despachos y títulos, los alcaldes ordinarios, que entonces eran D. Manuel Felipe de Tovar, caballero del Orden de Santiago, y D. Domingo Galindo y Zayas, unidos con los demás capitulares, no quisieron recibirlo al ejercicio de su

empleo, alegando que, según aquella cláusula de la cédula referida, en que dice S. M.: «gobiernen en cada una de las ciudades y villas los alcaldes ordinarios que en los tales pueblos hubiere, entretanto que por nos se provee otro gobernador,» no tenía la Audiencia autoridad para nombrar interinos, y que debían ellos mantenerse en el gobierno hasta tanto que viniese el propietario nombrado por el Consejo, á quien primitivamente tocaba la provisión: punto sobre que se originaron las competencias y disgustos que referiremos en la segunda parte de esta historia, obligando al Cabildo á que sobre este particular enviase á España por su procurador general á D. Juan de Arrechedera, uno de sus regidores, quien supo disponer tan bien su pretensión en la corte que consiguió declarase Su Majestad por bien hecho lo obrado por el Cabildo, y que por cédula de 18 de setiembre del año de 676 concediese el nuevo privilegio para que siempre, por cualquiera accidente, que llegue á haber vacante en el gobierno, los alcaldes de la ciudad de Caracas (con los mismos honores y prerrogativas que gozan los propietarios) gobiernen toda la provincia entera, sin que el Presidente ni Audiencia de Santo Domingo puedan con ningún pretexto ni motivo nombrar gobernadores interinos: singular honra y privilegio sin ejemplar en la América, que podemos decir con realidad se debe á Sancho Briceño, pues fué su solicitud quien puso los fundamentos sobre que se fundó después este edificio.

Libre ya Juan Rodríguez de la molestia de su herida, sacó su gente á campaña deseando desahogar con la venganza el sentimiento que le atormentaba el pecho por la muerte lastimosa de sus hijos; y entrándose por los Teques en busca de Guaicaipuro, principal autor de sus agravios, aunque en diferentes encuentros que tuvo con los indios consiguió quedar siempre victorioso, nunca pudo conseguir noticia de la parte en que se ocultaba el cacique su enemigo, porque, temeroso y recatado, huía las ocasiones de poner su persona en contingencia, esperando sólo oportunidad para conseguir á lo seguro (mediante alguna trai-

ción) dar la muerte á Juan Rodríguez para salir de recelos.

En este estado se hallaba la provincia cuando por el año de 71 se tocó al arma en todos los puertos de su costa, por haber llegado á la isla de la Margarita, con su armada, el tirano López de Aguirre; para cuya inteligencia es de advertir que gobernando los reinos del Perú el marqués de Cañete D. Andrés Hurtado de Mendoza el año de 59, ó fuese por la noticia que dieron unos indios Brasiles que aportaron á aquel reino de las poderosas provincias de los Omeguas (que sin duda eran las mismas que descubrió Felipe de Urre), ó porque (según discurrieron algunos políticos entonces) el Marqués, como buen estadista, valiéndose del pretexto de esta nueva conquista, quiso por este medio purgar el reino de los humores corruptos de tanta gente perdida como había quedado en él por rezago de los levantamientos y alteraciones de Gonzalo Pizarro, Francisco Hernández Girón y D. Sebastián de Castilla, ó porque en realidad concurrieron ambas causas juntas para inclinar la voluntad del Marqués, él se determinó á descubrir y conquistar aquellas opulentas provincias donde publicaba la fama tan abundantes riquezas.

Hallábase á la sazón en Lima el general Pedro de Ursua, de nación navarro, quien con la grandeza de sus heroicos hechos en lo florido de sus pocos años había adquirido por América estimación y aplauso á su nombre, pues en las conquistas del Nuevo Reino, sujetos con sus armas y prudencia los indios Chitareros, pobló en su país la ciudad de Pamplona; y rendida á su valor la soberbia indomable de los Muzos, admitió la sujeción que les puso fundando la de Tudela en la provincia de Santa Marta: sólo con doce compañeros que le seguían en la célebre batalla de los pasos de Rodrigo, atropelló la potencia activa de la nación Tairona, reputada hasta allí por invencible: en Panamá, derrotados los negros de los Palenques con el tesón de su constancia, y preso su rey Bayano, confesaron con el escarmiento que bríos de semejante hombre no eran para probados dos veces; constábanle al Marqués las prendas

de este caballero, y por pagar en algo sus servicios lo nombró por General para este descubrimiento, dándole título de gobernador de los Omeguas y Dorado, debajo de cuyo apelativo se había de comprender todo lo que conquistase.

Juntos, pues, para esta expedición cuatrocientos hombres bien prevenidos de lucidas armas de fuego, cuarenta caballos y sobrado número de gente de servicio en bergantines que para el efecto tenía labrados en el río de los Motilones, salió Ursua á dar principio á su jornada por fines de setiembre del año de 560; pero como entre los soldados que llevaba iban muchos de aquellos que el Virrey había tirado á echar del reino, temiendo la inquietud de sus naturales bulliciosos, entre quienes sobresalían Lope de Aguirre, Lorenzo de Salduendo, Juan Alonso de la Valdera, Cristóbal de Chaves, Alonso de Villena, Alonso de Montoya y otros, siendo hombres acostumbrados á motines, insolencias y tumultos, empezaron desde luego á maquinar conspiraciones, procurando con enredos y con chismes malquistar las operaciones de Ursua para granjearle quejoso y hacer aborrecible su gobierno; en que se supieron dar tan buena maña, que atraídos por este medio otros algunos á su séquito, y comunicada su intención con D. Fernando de Guzmán, hijo de un Veinticuatro de Sevilla, á quien hicieron cómplice con promesa de nombrarlo por cabo del ejército; después de navegadas setecientas leguas por el río Marañón (llamado hasta entonces de Orellana), en un pueblecillo de la provincia de Machifaro mataron una noche alevosamente á puñaladas al gobernador Pedro de Ursua y á su teniente general D. Juan de Vargas; y apoderados de las armas, sin que la confusión del mismo caso diese lugar á los demás para oponérseles en nada, entregaron el gobierno superior de aquel ejército á D. Fernando de Guzmán, y nombraron por maestre de campo á Lope de Aguirre, quien perdiendo el temor á Dios, la obediencia al Rey y la vergüenza al mundo, en una información que hicieron para justificar su alevosía, puso en su firma Lope de Aguirre, Traidor; persuadiendo á los demás con demos-

tración tan fea y exhortaciones dictadas de su mala inclinación y perverso natural, á que mudando el fin de su jornada, diesen la vuelta al Perú para apoderarse de aquel reino: infamia en que convinieron todos, unos por voluntad y otros por miedo; y desnaturalizándose de los reinos de Castilla, juraron por príncipe del Perú á D. Fernando de Guzmán; pero como el ánimo de Aguirre no era rendir adoraciones á otro, sino establecer su tiranía, espaldeado del séquito de más de ochenta hombres que tenía á su devoción por ser de sus mismas costumbres y jaez, pasados algunos días hizo quitar la vida á puñaladas á Lorenzo de Salduendo, D.ª Inés de Atienza, Gonzalo Duarte, Alonso de Montoya, Miguel Bodebo, Miguel Serrano, Baltasar Cortés y al Licenciado Alonso de Henao, capellán del ejército, terminando por entonces aquella triste tragedia con dar también muerte atroz á su príncipe D. Fernando, habiendo tres meses y medio que, engañado de los consejos de Aguirre y arrastrado de su ambición, representaba el papel de Majestad en la farsa que compuso la tiranía para el teatro de aquel reino.

Libre Aguirre con esto de que nadie pudiese hacer oposición á sus designios, y amedrentados todos con las repetidas crueldades de aquel monstruo, se declaró por cabeza de aquel ejército confuso, intitulándose fuerte caudillo de la nación Marañona, nombre que puso á sus soldados y al río (llamado hasta entonces de Orellana ó Amazonas) por los enredos y marañas que en él fraguó su maldad (73); y determinado á llevar adelante la intención de dar la vuelta al Perú, con la esperanza de que agregándosele muchos de los compañeros que habían quedado por allá, podría con facilidad tiranizar aquel reino, prosiguió navegando por aquel río hasta salir con furioso temporal al mar del Norte, dejando antes ejecutadas las inhumanidades que largamente refiere el Provincial Fr. Pedro Simón en la sexta noticia de sus conquistas de Tierra Firme, donde podrá el curioso informarse por extenso de todo lo sucedido en esta lastimosa jornada, pues para la claridad de nuestra historia basta sa-

ber que, reconocidas las aguas del Océano, enderezó Aguirre su derrota á la isla de la Margarita, cuya tierra llegó á visitar á los diez y siete días de navegación trabajosa, más por falta de bastimentos que por tormentas del mar, y divididos los bergantines con un temporal que les dió al coger el puerto, el de Lope de Aguirre fué á ancorar á una ensenada que llamaban Paraguache, y hoy es conocida por el puerto del Traidor, cuatro leguas distante del de Mompatare, que es el principal surgidero de la isla, y el de su maestre de campo Martín Pérez á otro, retirado dos leguas más al Norte, donde por no perder aquella fiera la bárbara costumbre de derramar sangre humana, antes de saltar en tierra hizo dar garrote á Diego de Alcaraz y á Gonzalo Jiral de Fuentes, sin dejarlos siquiera confesar, por más que aquellos desdichados clamaban con lágrimas y ruegos pidiendo aquel alivio por último consuelo en su desgracia.





CAPÍTULO II.

Prende Aguirre al Gobernador de la Margarita: roba las cajas reales: saquea la ciudad, y quita la vida con crueldad á algunos de sus soldados.

Ufano Aguirre con las inhumanas operaciones de su crueldad, saltó luego en tierra aquella tarde (que fué de un lunes, á 20 de julio del año de 61), acompañado de algunos pocos de sus más amigos, dejando el resto de sus soldados escondido debajo de cubierta; y deseando tener toda su gente junta para cualquier accidente, despachó á un fulano Rodríguez al puerto donde había surgido su maestre de campo, con orden para que aquella misma noche marchase con presteza á incorporarse con él, y que en el camino diese garrote á Sancho Pizarro, á quien tenía por sospechoso y poco afecto á sus acciones; y como el ánimo alevoso de aquel hombre era apoderarse de la isla con engaño, envió á Diego Tirado al mismo tiempo á dar cuenta de su llegada al gobernador D. Juan de Villandrando y pedirle los mandase socorrer con bastimentos, por ser gente que con mucha falta de ellos venía derrotada del Perú.

A la curiosa novedad de esta noticia se movieron algunos vecinos de la ciudad á pasar luego á ver los forasteros, con quienes supo Aguirre disimular tanto su traición refiriéndoles los varios acaecimientos de su viaje en peregrinación

tan dilatada y ponderándoles la extrema necesidad que padecía, cuya urgencia le había obligado á llegar á buscar bastimentos á aquella isla para remediar su falta y pasar sin detenerse á Nombre de Dios para volver al Perú, que condolidos de lo bien que supo pintarles sus trabajos y aflicción, hicieron matar dos vacas y se las dieron, enviando á las estancias vecinas á buscar todo el casabe y carne que se hallase para socorrer aquellos hombres que consideraban perdidos: piedad á que se mostró Aguirre con tales apariencias de obligado, que no sólo con abundancia de palabras, pero aun con obras, fingió corresponder agradecido, pues á uno de los vecinos llamado Gaspar Hernández, le presentó una copa de plata dorada grande y una capa de grana guarnecida de pasamanos de oro.

Esta liberalidad artificiosa fué el cebo que puso aquel tirano para lograr el lance que tenía discurrido su malicia, pues satisfechos del agasajo Gaspar Hernández y sus compañeros, determinaron quedarse con él aquella noche, dando aviso al Gobernador de todo lo sucedido y de las muchas riquezas que manifestaba traer aquella gente del Perú, cuyo ánimo, según habían reconocido, sólo era comprar matalotajes, sin reparar en los precios, para proseguir su viaje. Recibida esta noticia por el Gobernador, obró al instante sus acostumbrados efectos la codicia, pues pareciéndole buena ocasión para quedar aprovechado con la parte que le podría tocar de aquel tesoro, tan indiscreta como imprudentemente, acompañado sólo del alcalde Manuel Rodríguez, de un regidor, Andrés de Salamanca, y de otros cuatro vecinos principales, salió de la ciudad poco después de media noche para el puerto donde estaba Aguirre, y llegando allá al amanecer lo recibió el tirano con tales acatamientos y sumisiones serviles que hasta el estribo le tuvo al apearse del caballo, á que correspondió el Gobernador con la urbanidad y atención que es propia de un caballero, prometiéndole su amparo, su casa y su persona, para cuanto se le pudiera ofrecer en aquella isla: cumplimientos en que gastaron un rato de buena conversación,

estando todos en pie, hasta que Aguirre, pareciéndole ya tiempo de descubrir su traición, usando de grandes cortesías y rendimientos, le dijo al Gobernador: «Señor mío, los soldados del Perú, como son tan militares y curiosos en las jornadas de Indias, más se precian de traer consigo buenas armas, que preciosos vestidos, aunque siempre los tienen sobrados, sólo por bien parecer; y así, suplican á V. md., y yo de mi parte se lo ruego, les dé licencia para saltar todos en tierra y sacar sus arcabuces, que podrá ser ferien algunos á estos señores vecinos.»

El Gobernador, no previniendo las cautelosas malicias del tirano, le respondió con mucho agrado saltasen en hora buena, que para él sería rato muy gustoso lograr la ocasión de verlos. Concedido este permiso, pasó Aguirre al bergantín, y llamando á sus soldados, que todavía se mantenían escondidos debajo de la escotilla, les dijo: «Ea, Marañones, aguzad vuestras armas y limpiad los arcabuces, porque ya tenéis licencia del Gobernador para que saltéis en tierra; y aunque él no os la hubiera dado, vosotros os la tomaríais:» con lo cual salieron sobre cubierta, disparando los arcabuces para hacer salva al Gobernador; quien, entrando ya en sospecha al ver tanta gente armada, procuró apartarse un poco á comunicar con sus vecinos el recelo que tenía y el empeño en que se hallaban, para buscarle remedio; pero fué á tiempo tan crudo, que no tuvieron lugar para lograr el recurso, porque Aguirre echando su gente en tierra y cogiéndoles los pasos, se fué para la parte donde estaban, y con estilo bien diferente del que había usado hasta allí, les dijo: «Señores, nosotros vamos para el Perú, donde de ordinario hay guerra y alborotos; y porque pareciéndole á vuestras mercedes que nosotros no iremos con los pensamientos de servir al Rey, nos han de poner estorbo en nuestro viaje, conviene dejen vuestras mercedes las armas, pues es cierto que de otra suerte no nos han de hacer tan buen hospedaje como quisiéramos; y pues esto no tiene otro remedio, sean todos presos.»

Absorto quedó el Gobernador al oir semejante desaca-

to, y turbado con la consideración del riesgo en que lo había metido su imprudencia, diciendo: «¿qué es esto? ¿qué esto?» se fué retirando algunos pasos, metiendo mano á la espada para intentar defenderse; pero poniéndole los traidores á los pechos algunas partesanas y arcabuces, con acuerdo más prudente hubo de darse á prisión, entregando las armas al tirano, que gozoso con haber logrado el lance, montó luego en el caballo que fué del Gobernador, á quien más por mofa que por lástima hizo subir á las ancas; y marchando para la ciudad su campo en forma de batalla, á poco trecho del camino encontró con su maestre de campo Martín Pérez, que con la gente del otro bergantín venía á incorporarse con él, dejando ya dado garrote á Sancho Pizarro, en cumplimiento de lo que le había mandado Aguirre: juntos así todos los traidores, celebrando con fiesta y regocijo la felicidad con que se iban disponiendo sus maldades, llegaron á la ciudad, que ignorante de la tempestad que descargaba sobre ella, se hallaba descuidada, gozando del reposo en que la tenía la ceguedad de su necia confianza, y apellidando: «libertad, libertad; viva Lope de Aguirre,» entraron corriendo por las calles hasta ocupar la fortaleza, que escogieron para su habitación por más segura.

Puesto allí en prisiones el Gobernador y los demás vecinos que trajeron del puerto, como de lo que más se preciaba aquel tirano era de la deslealtad que profesaba para con el Rey su inobediencia, lo primero que puso por obra su descaro fué ir á las casas que servían de caja real, y sin tener paciencia para pedir las llaves, echó las puertas abajo, rasgó los libros, rompió las arcas y sacó porción considerable de oro y perlas de lo procedido de los quintos de las pesquerías de Cubagua, que estaban en aquel tiempo en el aumento de su mayor grandeza; á cuya imitación los demás soldados, divididos en cuadrillas, fueron metiendo á saco la ciudad, cometiendo los insultos é insolencias que se puede discurrir en la intención depravada de aquella gente perdida; y para que no quedase alguno sin experimentar la opresión de sus violencias, publicó bando Aguirre á són de caja aquella

misma tarde, para que todos los vecinos de la isla se recogiesen luego á la ciudad, con pena de la vida, é hiciesen manifestación de las armas y caudales que tuviesen; en que anduvieron tan sumamente desgraciados, que aunque quisieron algunos valerse de la ocultación para lograr el escape, no pudieron conseguirlo, por el rigor con que por todos lados se les mostró contraria la fortuna, pues quiso su adversa suerte que algunos hombres vagamundos de los que vivían en la misma isla, aficionados á la libertad que veían en los soldados de Aguirre y al desahogo con que cometían los robos y desafueros sin recelo ni temor, pareciéndoles gustosa aquella vida sin rienda, se unieron con el tirano, asentando plaza para militar en sus banderas; y como prácticos de la isla y ladrones de la misma casa, haciendo gavilla con los demás traidores, no quedó estancia donde no los llevasen, ni retiro que no les descubriesen, manifestándoles cuánto los miserables vecinos habían podido esconder; de suerte que fueron causa aquellos hombres malvados de los mayores trabajos que padeció aquella triste ciudad.

Hallábase por entonces en la costa de Maracapana el P. Fr. Francisco de Montesinos, Provincial del Orden de Santo Domingo de la isla Española, asistiendo á la conversión de aquellos indios que con orden particular le había encomendado el Rey; tenía consigo un navío de razonable porte, bien prevenido y artillado; y no ocultándosele al tirano esta noticia, avió con toda presteza uno de sus bergantines, y metiéndole dentro diez y ocho hombres, y por cabo á Pedro de Monguía, lo despachó con orden para que le apresasen el navío y se lo llevasen á la Margarita; pero Monguía y los demás compañeros, aprovechando tan oportuna ocasión para asegurar sus vidas y librarse de la violenta sujeción de aquel tirano, llegados al puerto de Maracapana determinaron quedarse con el Padre Provincial, á quien descubrieron la verdad de todo lo que pasaba y dieron cuenta de las crueldades y robos que quedaba ejecutando Aguirre en la Margarita, á quien obligados del temor, por no poder remediarlo de otra suerte, habían

seguido hasta allí. Recibiólos el Provincial con agasajo, pero como hombre prudente, no atreviéndose á fiar de sus razones, y recelando alguna traición oculta en aquella mudanza repentina, les quitó á todos las armas por quedar asegurado para cualquier contingencia; y embarcando toda la gente que tenía, junto con los Marañones, se hizo á la vela con determinación de dar aviso en los puertos de la Borburata y Santo Domingo para que los hallase prevenidos el tirano en caso que llegase allí, y de camino pasar por la Margarita por si lograba coyuntura para favorecer en algo sus vecinos.

Luego que Aguirre despachó á Pedro de Monguía, teniendo por indefectible la presa del navío, mandó disponer los bastimentos, para que estando todo prevenido, al tiempo que se lo trajesen pudiese sin dilación embarcarse para proseguir su viaje, porque deseaba con ansia llegar cuanto antes á Nombre de Dios para pasar al Perú; y porque en el ínterin no se le olvidase la bárbara costumbre de derramar sangre humana, con que se alimentaba el corazón de aquella fiera, sin más motivo que un chisme hizo ahorcar á Enríquez de Orellana, capitán de su munición, sin dejarlo confesar aunque el pobre lo pedía; causa para que algunos de sus soldados, conociendo la poca seguridad con que vivían, pues á la más leve ocasión tenían expuestas las gargantas al cuchillo, determinasen abandonar su compañía, aunque fuese aventurando la vida á la incertidumbre del suceso; y resueltos á seguir este dictamen Francisco Vázquez, Gonzalo de Zúñiga, Juan de Villatoro y Luis Sánchez del Castillo, en lo más silencioso de la noche se huyeron de la ciudad con ánimo de ocultarse entre los montes, buscando abrigo en las fieras por no lidiar con un monstruo; pero sabida su fuga por Aguirre, se enfureció de calidad, que como hombre privado de sentido, bramando de coraje echaba espumarajos por la boca; y porque la fuga de éstos no sirviese de ejemplar para los otros, mandó á los vecinos de la ciudad se los buscasen y trajesen aunque estuviesen debajo de la tierra, pues de no parecer aquellos cuatro sol-

dados, habían de pagar todos con la vida para aplacar la fuerza de su enojo; y como con menor causa sabía aquel tirano hacer verdaderas sus promesas, fué bastante su temor para que los vecinos por su parte, y el Gobernador (aunque estaba preso) por la suya, hiciesen tales diligencias, revolviendo la isla toda, que hubieron de descubrir á Juan de Villatoro y á Luis Sánchez del Castillo, y traídos á la presencia de Aguirre, sin permitir espera los ardores de su cólera, los hizo luego ahorcar en el rollo de la plaza, diciéndoles mil oprobios mientras duraba la ejecución del castigo, para aumentarles más con el agravio las angustias del suplicio, y fué tal la desvergüenza de aquel corazón empedernido, que después de muertos les hizo poner unos carteles que decían: *Han ahorcado á estos hombres por leales servidores del Rey de Castilla:* fatalidad de que escaparon Francisco Vázquez y Gonzalo de Zúñiga, por haber sido su precaución tan cautelosa al esconderse, que burlaron con el secreto las crueles amenazas y solícitas diligencias del tirano.







CAPÍTULO III.

Manda matar Aguirre al capitán Turriaga, y da garrote al Gobernador: quita la vida á su maestre de campo: llega á la Margarita el Provincial con su navío, y sin hacer efecto se retira.

Aun no había Aguirre acabado de ejecutar estas maldades, cuando empezó de nuevo su recelo á vacilar confuso entre temores originados de que uno de sus capitanes, llamado Juan de Turriaga, siendo de natural afable y cariñoso, tenía aceptación y séquito entre los soldados pobres, porque con liberalidad franqueaba su mesa á todos: y como la acción más comedida tenía visos de sospechosa en la delicadez de su conciencia depravada, dió en maliciar que aquel agrado de Turriaga era fingido, sólo á fin de granjear amigos para hacerle oposición; y sin otro fundamento que el leve de este discurso, determinó matarlo, encomendando la ejecución á su maestre de campo Martín Pérez, quien con algunos de los soldados de su séquito se fué una noche á la posada de Turriaga á tiempo que cenando con muchos de sus huéspedes continuos se hallaba bien ajeno de la traición que le había dispuesto Aguirre; y viendo entrar á Martín Pérez, se levantó de la mesa á recibirle con toda cortesanía, como á su maestre de campo; pero apenas le quitó el sombrero para hablarle, cuando embistiéndole

todos, unos con lanzas y otros con las espadas, le dieron tantas heridas, que revolcándose en su sangre perdió al instante la vida; y como en todo eran irregulares las acciones de aquel tirano, habiendo hecho matar á aquel hombre tan sin causa, al día siguiente, mostrando gran sentimiento de su muerte (como si en ella no hubiera tenido intervención), lo mandó enterrar con pompa funeral, asistiendo él al entierro, llevando tras el cadáver todas sus escuadras enlutadas y arrastrando las banderas al són de los tambores destemplados.

En estas bizarrías, como suyas, se hallaba Aguirre entrenido, cuando después de haber el Provincial partido de Maracapana con su navío y dado aviso en Cumaná, el Collado y la Borburata, se llegó á descubrir desde la Margarita que, navegando de mar en fuera, venía en demanda de su puerto; y discurriendo el tirano que Monguía, ejecutando su orden, se lo traía apresado, alegre con su vista trataba ya de disponer su partida; pero breve convirtió en desesperación su regocijo, por haber arribado al pueblo una piragua en que iba un negro de Maracapana, que le dió cuenta de todo, expresándole cómo Monguía y sus compañeros voluntariamente se habían entregado al Provincial; de que recibió Aguirre tanto enojo que, prorrumpiendo en blasfemias contra Dios y amenazas contra los pobres vecinos, juraba lleno de cólera que había de pasar á cuchillo toda la gente de la isla y regar con su sangre la ciudad, sin dejar en ella piedra sobre piedra, para que al recuerdo de sus ruinas se conservase la memoria de su furor.

Ibase ya en esto acercando el navío para tierra, y por la derrota que traía conocieron con claridad venía á surgir á un paraje que llaman Punta de Piedras, cinco leguas distante del puerto de Mompatare (que es el principal de la isla), y recelando el tirano no intentase el Provincial saltar en tierra con su gente, empezó á disponer la que le pareció bastante de la suya para salirle al encuentro; pero antes de ejecutarlo, porque no quedasen sin efecto sus amenazas, mandó á su alguacil Francisco de Carrión fuese á la forta-

leza y diese garrote al gobernador D. Juan de Villandrando, al alcalde Manuel Rodríguez, al alguacil mayor D. Cosme de León, al regidor Cáceres y á Juan Rodríguez, criado del Gobernador: diligencia que no dilató mucho el Carrión, pues llevando consigo algunos negros y cordeles para instrumentos del suplicio, bajó á una sala subterránea del castillo, donde estaban los presos, y les notificó la amarga sentencia de su muerte; y aunque á los principios, absortos al oir semejante tiranía, no se podían persuadir á la certeza de tan grande desventura, conociendo después que iba de veras y que no tenía remedio, trataron de aprovechar el poco tiempo que permitía la priesa que les daban aquellos crueles ministros, y pidiendo á Dios misericordia con repetidos actos de contrición, entregaron las gargantas al dogal y á los verdugos la vida.

Este fué el lastimoso paradero de D. Juan de Villandrando, en lo más florido de su edad lozana, pues no llegaba á cuarenta años cuando su confianza inadvertida lo condujo á la desdicha de fin tan lamentable; su cuerpo, cubierto con una estera y junto con los demás, dejó Carrión en la misma sala, donde estuvo hasta poco después de media noche, que hizo llamar Aguirre á sus soldados, y dándoles cuenta de los motivos que tuvo su crueldad para cometer aquella infamia, á la luz de algunas hachas que mandó encender para el efecto, les mostró los ya diformes cadáveres, procurando persuadirlos con la misma atrocidad de aquel delito, sobre los demás que tenían cometidos, á que perdiesen la esperanza de conseguir perdón del Rey en ningún tiempo, sólo á fin de que, obstinados con el temor del castigo, se precipitasen más en la rebelión que tenían comenzada, y no atreviéndose á desampararlo, poder él, á la sombra de sus Marañones, conservar su tiranía.

Fenecido el acto de tan horrible espectáculo, mandó luego Aguirre abrir dos sepulturas en la misma sala, donde enterraron los cuerpos; y porque los demás vecinos participasen también de la aflicción y del susto, hizo que en aquella hora (que serían ya las dos de la mañana) los recogiesen todos,

con sus mujeres é hijos, dentro de la fortaleza, donde, aunque ignoraban la muerte del Gobernador (por haber puesto Aguirre gran cuidado en que se les ocultase), combatidos de mil temores, esperaban las suyas por instantes, pasando entre desconsuelos y congojas el resto de la noche, hasta que al amanecer, dejando Aguirre encomendada la forzaleza y los presos á su maestre de campo Martín Pérez, tomó la marcha con ochenta arcabuceros para Punta de Piedras, donde había surgido el Provincial; mas poco antes de llegar al puerto, teniendo noticia de que, levado el navío navegaba puesta la proa para Mompatare, dió aceleradamente la vuelta á la ciudad, con el recelo de que su ausencia no fuese causa de alguna novedad irreparable.

Tenía Aguirre entre sus capitanes uno llamado Cristóbal García, que antes había sido galafate, y éste, ó por enemistad que profesaba al maestre de campo Martín Pérez, ó porque las más veces permite la Divina Providencia que los tiranos sean el mejor cuchillo unos para otros, luego que Aguirre volvió de Punta de Piedras, dando color á su malicia con el celo de su lealtad, le dijo muy en secreto tuviese cuidado con su vida, porque su maestre de campo, unido con otros de los soldados, determinaba quitársela en la primera coyuntura que les ofreciera el tiempo, para levantarse con todo y retirarse á Francia, á cuyo fin estaban convocados, y en celebración de lo tratado entre ellos, gozando aquel día de la ocasión de su ausencia mientras fué á Punta de Pièdras, habían tenido un célebre banquete entre los conjurados, con brindis y trompetas, que habiendo sido público, fué fácil certificarse Aguirre de la verdad del convite, aunque no de la intención; y como á esto se agregase haber sabido también que el mismo día, estando en la plaza de la ciudad algunos soldados en rueda, se movió conversación entre ellos sobre quién podría gobernarlos en caso que faltase Aguirre, y hallándose presente Martín Perez, dijo: *Caballeros, aquí estoy yo, que servire á todos y haré lo que soy obligado, si faltare el viejo;* circunstancias que, juntas unas con otras, le parecieron bastantes al tirano para qui-

tarle la vida, y enviándolo á llamar con el pretexto de comunicar con él algún negocio, dió orden á un fulano de Chaves, muchacho en la edad, pero redomado en las costumbres, y á otros de su ralea, para que luego que entrase el Martín Pérez en la fortaleza le diesen de puñaladas, en que anduvieron tan prontos, que apenas puso los pies en el alojamiento, cuando Chaves por detrás, y los otros por los lados, le dieron tantas y tan penetrantes heridas y cuchilladas, que echando los intestinos y sesos por diferentes partes del cuerpo, cayó muerto, pidiendo confesión; y como el desdichado, entre las agonías de morir, procurase evitar su desventura huyendo de un lado á otro, y los homicidas, por acabarlo de una vez corriesen tras de él furiosos, fué tal el alboroto que formaron dentro de la fortaleza, que los afligidos vecinos, como se hallaban presos, llenos de confusión y sobresalto, llegaron á discurrir era ya el último lance de sus vidas, y buscando con la turbación algún remedio para librarlas, sin reparar en el evidente riesgo de su precipitación, un Domingo López, Pedro de Angulo y María de Trujillo, mujer de Francisco de Rivera, se arrojaron por las almenas de la fortaleza, con tan buena fortuna, que con haber caído de bien alto, sin recibir daño alguno, tuvieron lugar para correr y esconderse entre unos cardonales, que les sirvieron de asilo para asegurar en ellos la libertad y las vidas.

Uno de los principales cómplices en la conjuración de Martín Pérez, según la relación de Cristóbal García, era Antón Llamoso, á quien Aguirre había nombrado en lugar de Enríquez de Orellana por capitán de la munición; y viéndolo pasar el tirano por allí cerca tan poco después de la muerte del maestre de campo que aún estaban los agresores con las armas en las manos, le dijo: «*También me dicen, hijo mío, que vos érades uno de los de la liga contra mí*; pues cómo, ¿esa era la amistad?» A este cargo empezó á satisfacer Antón Llamoso, protestando con mil juramentos y blasfemias ser testimonio de sus émulos para ponerlo mal con él; y pareciéndole por las demostra-

ciones de Aguirre que no daba mucho asenso á sus palabras, quiso comprobar con obras su inocencia, y con una furia ministrada de algún espíritu diabólico se arrojó sobre el cadáver de Martín Pérez, que tendido en el suelo, hecho pedazos, causaba horror el mirarlo; y diciendo: «A este traidor, que quería cometer semejante maldad, beberle la sangre,» empezó á chuparle los sesos por las heridas que le partían la cabeza, con la rabia que pudiera un alano cebarse en una res muerta, quedando Aguirre satisfecho de su fidelidad con acción tan inhumana, y los presentes absortos al ver la bárbara impiedad de aquel demonio.

Dejamos al navío del Provincial navegando de Punta de Piedras para el puerto de Mompatare, y aunque en distancia tan corta, retardado con la fuerza de las corrientes y algunos vientos contrarios, no pudo llegar á tomar tierra hasta pasados dos días, que empavesado de flámulas, banderas y gallardetes, amaneció dado fondo algo distante el mar afuera, recelando el daño que le pudiera hacer la artillería; y prevenido Aguirre á la defensa, salió de la fortaleza llevando consigo cinco falcones de bronce y un tiro de fruslera bien cargados para embarazar con ellos el desembarque que pudiera intentar el Provincial, y con la gente que le pareció sería bastante marchó para la playa á tiempo que ya los del navío, en algunas piraguas y canoas, venían á saltar en tierra; pero reconociendo el mal recibimiento con que los esperaba Aguirre, haciendo alto sobre los remos, se quedaron en distancia donde sin alcanzar las balas se podían oir unos á otros, y supliendo las lenguas lo que habían de hacer las manos, paró todo el aparato en decirles á los traidores mil injurias, á lo que correspondieron ellos con otros tantos oprobios, y quedando todos satisfechos de haber desahogado su cólera sin riesgo y tan á lo seguro, la gente del Provincial volvió al navío y la de Aguirre á la ciudad, tan ufano éste con el buen suceso de aquella guerra aparente, que luego que llegó á la fortaleza le escribió una carta al Provincial como dictada de quien no tuvo en su vida otro ejercicio que domar potros y mulas, que era en lo que gastaba

el tiempo en el Perú, cuyo tenor (aunque pase por prolijidad) es el siguiente:

«Muy magnífico y reverendo señor: Más quisiera hacer á V. P. el recibimiento con ramos y flores que con arcabuces y tiros de artillería, por habernos dicho aquí muchas personas ser más que generoso en todo; y cierto por las obras hemos visto hoy en este día ser más de lo que nos decían, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar como lo es V. P., y así vemos que la virtud, honra y nobleza alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano. Yo no niego, ni todos estos señores que aquí están, que salimos del Perú para el río Marañón á descubrir y poblar, de ellos cojos, de ellos sanos, de ellos mancos; y por los muchos trabajos que hemos padecido en el Perú á hallar tierra, por miserable que fuera, para ampararnos en ella, y para dar descanso á estos tristes cuerpos, que están con más costuras que ropas de romeros, hubiéramos poblado en ella: mas la falta de lo que digo y con los muchos trabajos que hemos padecido, hacemos cuenta que vivimos de gracia, según el río, el mar y hambre nos han amenazado con la muerte; y así, los que vinieren contra nosotros hagan cuenta que vienen á pelear con los espíritus de los hombres muertos; y los soldados de V. P. nos llaman traidores, débelos castigar, que no digan tal cosa, porque acometer á D. Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos y de grande ánimo, porquc si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos orden á la vida; mas por nuestros hados no sabemos sino hacer pelotas y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre; si hay por allá necesidad de estos menudos, todavía lo proveeremos; hacer entender á V. P. lo mucho que el Perú nos debe, y la mucha razón que tenemos para hacer lo que hacemos, creo será imposible; á este efecto no diré aquí nada de ello: mañana, placiendo á Dios, enviaré á V. P. todos los traslados de los autos que entre nosotros se han hecho estando cada uno en su libertad como estaban; y esto dígolo en pensar qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que

juraron á D. Fernando de Guzmán por su rey, y se desnaturalizaron de los reinos de España, y se amotinaron y alzaron con un pueblo, y usurparon la justicia, y los desarmaron á ellos y á otros muchos particulares y les robaron las haciendas, y entre los demás Alonso Arias, sargento de D. Fernando, y Rodrigo Gutiérrez, su gentil-hombre; de esotros señores no hay para qué hacer cuenta, porque es chafalonía; aunque de Arias tampoco la hiciera, si no fuera extremado oficial de hacer jarcia; Rodrigo Gutiérrez cierto hombre de bien es, si siempre no mirase al suelo, insignia de gran traidor; pues si acaso ahí ha aportado un Gonzalo de Zúñiga, padre de Sevilla, cecijunto, téngale V. P. por un gran chocarrero, y sus mañas son estas: él se halló con Alvaro de Hoyón en Popayán en la rebelión y alzamiento contra S. M., y al tiempo que iban á pelear dejó á su capitán y se huyó, y ya que se escapó de ellos se halló en el Perú en la ciudad de Piura con Silva en un montín, y robó la caja del Rey, y mataron la justicia, y asimismo se le huyó; hombre que mientras hay que comer es diligente, y al tiempo de la pelea siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir; de solo un hombre me pesa que no esté aquí, y es Salguero, porque teníamos necesidad de él, para que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien; á mi buen amigo Martín Bruno, á Antón Pérez y Andrés Díaz les beso las manos; á Monguía y á Artiaga Dios los perdone, porque si estuvieran vivos tengo por imposible negarme, cuya muerte ó vida suplico á V. P. me haga saber, aunque también queríamos que todos fuésemos juntos, siendo V. P. nuestro Patriarca, porque después de creer en Dios, el que no es más que otro, no vale nada, y no vaya V. P. á Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de desposer del trono en que está; y en lo de la respuesta suplico á V. P. me escriba, y tratémonos bien, y ande la guerra, porque á los traidores Dios les dará pena, y á los leales el Rey los restituirá, aunque hasta ahora no vemos ha resucitado ninguno el Rey, ni sana heridas, ni da vidas. Nuestro Señor la muy magnífica y reverenda persona de V. P. guar-

de, y en gran dignidad acreciente. De esta fortaleza de la Margarita besa la mano de V. P. su servidor,—LOPE DE AGUIRRE.»

Esta fué la discreta carta del tirano, que remitida con unos indios en una piragua, llegó á manos del Provincial; quien cumpliendo con las obligaciones de su estado, no obstante el conocimiento en que se hallaba del poco fruto que podía esperar su buen deseo en la obstinada perfidia de aquel hombre á quien parece había Dios dejado de su mano, con el motivo de dar respuesta á su carta, procuró por escrito persuadirlo á que, dejando el errado camino que llevaba, se redujese á la obediencia que debía á quien por naturaleza era su rey; y en caso que su ciega obstinación no le diese lugar á tomar medio tan justo, atendiese como cristiano á la veneración de los templos y á la honra de las mujeres, y que por el amor de aquel Señor que le había de pedir estrecha cuenta, se cansase ya de bañar la espada en tanta sangre inocente como había derramado su crueldad en aquella isla infeliz. Esta respuesta remitió el Provincial con los mismos indios que le llevaron la carta de Aguirre; y sin aguardar á más, levó las anclas, y dándose á la vela, tomó la vuelta de Santo Domingo á dar aviso de las operaciones del tirano, quedando hasta hoy entre los estadistas graduada su resolución por imprudente, pues habiendo parado su aparato en solo hacer ostentación de su navío, fué causa su llegada á la Margarita para que, irritada aquella fiera, quitase la vida al Gobernador y á los demás vecinos: tiranía que quizás no hubiera ejecutado á no temerse del favor que pudieran dar al Provincial estando vivos.





CAPÍTULO IV.

Sale Pedro Alonso Galeas huyendo de la Margarita: ahorca el tirano á Ana de Rojas, y ejecutadas otras crueldades desampara la isla.

Tan poca fué la operación que hicieron las piadosas persuasiones del Provincial en el corazón indómito de Aguirre, que antes parece convirtió en veneno su malicia el saludable antídoto de sus sanos consejos, pues como si saliera de represa la inundación de sus iras, el mismo día que recibió la carta hizo ahorcar en el rollo de la plaza á dos de sus soldados, sin más delito que haberlos hallado recostados en la playa á la sombra de unos cardones, y haber hecho juicio su desconfianza de que el estar allí de aquella suerte era esperar ocasión para pasarse al navío: injusticia que acompañó con otra crueldad mayor, pues sin otro motivo que su gusto mandó dar garrote á Martín Díaz de Almendáriz, primo hermano del gobernador Pedro de Ursua, á quien con admiración de todos había traído desde el Marañón (aunque desarmado y como preso) conservándole la vida; y determinado á dejarlo en aquella isla, le tenía dada licencia para que asistiese en una estancia, donde, sin hacer agravio á nadie, vivía el miserable retirado desde que Aguirre llegó á la Margarita; pero cansado ya ó arrepen-

tido de haber usado con él tanta piedad, envió los verdugos á la estancia á que le diesen garrote; y como éstos, para adular al tirano, procuraban por su parte hacer más horrorosas las crueldades, ejecutaron la muerte sin dejarlo confesar, aunque se hallaba presente un religioso dominico de quien pretendía recibir aquel consuelo.

Perdida la esperanza de conseguir el navío del Provincial, en que había discurrido Aguirre ejecutar su partida, trató de que con toda brevedad se acabase de perfeccionar una embarcación que tenía en el astillero el gobernador D. Juan de Villandrando, pues en ella y otros dos barcos razonables que le habían quedado de los que sacó del Marañón, podría con conveniencia acomodar toda su gente para navegar con desahogo, y en el ínterin que se fenecía la fábrica, entre las prevenciones que dispuso para su avío, mandó hacer unas banderas de tafetán negro, sembradas de espadas rojas, porque fuesen á un mismo tiempo insignias de su malicia y públicas señales de su impiedad, manifestando en la divisa y el color los estragos y muertes que tenía por blasón su tiranía, y con gentil desacato y desvergüenza las hizo bendecir públicamente el día de la Asunción de Nuestra Señora, con la celebridad de una misa muy solemne, como si á la sombra de aquellos infames estandartes hubiera de conseguir algunos triunfos la Iglesia, y hecha la bendición las entregó á sus capitanes, encargándoles la perseverancia con que debían mantener la guerra para llevar adelante la inobediencia y rebelión que tenía comenzada contra el Rey, á cuyo fin les era lícito cometer cuantos insultos y robos ofreciese la ocasión, pues todo lo permitía el honroso ejercicio en que se se hallaban; pero no obstante el consentimiento de libertad tan amplia como la que Aguirre daba á sus soldados para que con la afición de aquella vida desgarrada se mantuviesen firmes en seguirlo y no lo desamparasen, como quiera que entre ellos había algunos que á más no poder y sólo violentados del temor mantenían su compañía, no fueron bastantes las cautelosas prevenciones del tirano, para que ellos dejasen de hacer su

diligencia, solicitando cualquiera coyuntura para ponerse en salvo.

Era uno de éstos Pedro Alonso Galeas, natural del Almendralejo en la Extremadura, capitán que había sido de infantería cuando gobernaba aquella gente el general Pedro de Ursua; y determinado á buscar forma para pasarse á Tierra Firme antes que el tirano saliese de la isla, con el secreto que requería la materia para asegurar su vida, se concertó con dos indios naturales de la Margarita de los que llamaban Guaiqueries, disponiendo con ellos le labrasen una piragua y la tuviesen escondida en una caleta que formaba el mar cerca de una montaña, poco más de media legua distante de la ciudad: diligencia que, ejecutada con recato, facilitó los primeros pasos de su fuga; pero para poder conseguir ésta y tener tiempo de escapar sin que lo echasen menos, le fué preciso valerse de una traza la más aguda que por entonces pudo discurrir la industria.

Tenía Aguirre un caballo de color castaño, que había reservado para sí de los despojos de D. Juan de Villandrando; era de natural brioso, hermosa presencia, galana huella y muy violento en la carrera; y siendo Pedro Alonso de los mejores jinetes de su tiempo, gustaba mucho el tirano de que montase en él, por gozar de los primores que le hacía obrar en el paseo; montó una tarde como lo acostumbraba siempre, y con cuidado fuéle desde el principio atacando la rienda más de lo que solía, para encenderle el brío; de suerte que cuando llegó á la plaza donde le esperaba Aguirre, iba tan enfurecido, que reventando de coraje, era su capacidad poco ámbito para desahogar su cólera, y viéndolo Aguirre tan bizarro con la hermosura de su mismo brío, le mandó pasar carrera, que era á lo que tiraba Pedro Alonso para entablar su máxima; y así, batiéndole luego los ijares, le soltó la rienda, aguijándolo de propósito para que, empeñado en la carrera, no parase en más de cuatro cuadras de distancia, teniendo lugar con esto de atribuir á defecto del caballo, por poca sujeción al freno, lo que en realidad era disposición de su cuidado para

lograr su traza; y continuando de esta suerte en montar todas las tardes, cada día le iba alargando un poco más la carrera, de calidad que por entretenimiento concurrían ya muchos á ver la precipitación de aquel caballo desbocado, porque Pedro Alonso, llevando adelante su fingimiento, solía coger tan dilatada la carrera, que saliendo al campo, no volvía en una hora á la ciudad, hasta que pareciéndole ya tiempo de ejecutar su fuga, previniendo primero los dos indios Guaiqueries para que lo esperasen en la playa, montó como lo acostumbraba en el caballo, y apretándole bien los acicates, no paró hasta llegar á la caleta, donde tenía escondida la piragua, y metiéndose en ella con los indios, empezó á navegar á todo remo para atravesar á Tierra Firme, logrando el tiempo de asegurarse mientras duraba el engaño, porque Aguirre, discurriendo que sería lo mismo que los días antecedentes, no le dió cuidado la tardanza, hasta que viendo que habían pasado tres horas y no volvía á la ciudad, temeroso de alguna desgracia que pudiera haberle sucedido, envió algunos de sus soldados á buscarlo, y siguiéndole el rastro por las huellas, hallaron el caballo amarrado á un tronco en la caleta, con otras evidentes señales de su fuga.

Burlada de esta suerte la malicia del tirano por la astucia sagaz de Pedro Alonso, tuvo lugar éste de atravesar sin susto á Tierra Firme, y dejándose ir la costa abajo hasta el puerto de Cumanagoto, encontró allí á Francisco Fajardo, que noticioso de lo que pasaba en la Margarita, había salido del Collado con ánimo de procurar á todo trance desbaratar al tirano; como lo hubiera conseguido á no estorbárselo la antigua emulación con que Alonso Cobos, teniente de Cumaná, procuró siempre deslucir lo heroico de sus acciones, pues valiéndose del pretexto de que sin licencia suya sacaba los indios de la jurisdicción de su distrito, envió un cabo con gente armada para que lo prendiesen, á tiempo que Fajardo se hallaba disponiendo el embarque de quinientos indios que le daban para la expedición que pretendía los dos caciques sus amigos D. Alonso

Coyegua y D. Juan Caballo; pero avisándole un indio que llegó de Cumaná lo que había dispuesto Cobos, por escusar competencias y disgustos, encaminando primero á Pedro Alonso para la Borburata, sin aguardar á más, con solos sesenta indios que tenía embarcados, se dió á la vela, puesta la proa para la Margarita.

Notables fueron los extremos que hizo Aguirre cuando conoció la chanza que le había armado el disimulado de Pedro Alonso; y para que de una vez pasasen en desesperación sus sentimientos, quiso la mala suerte que el día siguiente se le huyese otro soldado llamado Alonso de Villena, que era uno de los de su mayor confianza, y cómplice principal en sus mayores delitos; golpe que le llegó muy al alma por ver que lo desamparaban ya los más amigos; y no pudiendo vengarse en quien fué causa de su enojo, por no haber sido bastantes las diligencias que hizo para hallarlo, mandó matar á Francisco Domínguez y á Diego de Loaisa sólo porque eran camaradas de Villena; y con una infernal saña, propia de aquel corazón endemoniado, hizo ahorcar en el rollo de la plaza á una señora principal de la ciudad, llamada Ana de Rojas, tomando por pretexto para crueldad tan inhumana el que había sido sabidora de la fuga de Villena: y convirtiendo aquella tiranía en fiesta y pasatiempo los traidores, cuando la querían ahorcar entró una escuadra de ellos con sus arcabuces en la plaza, y estando á medio morir la pusieron por blanco de sus tiros, disparando sobre ella de mampuesto á vista de su infame general, que con aplauso celebraba los aciertos de quien con mejor puntería partía la cabeza ó el corazón de aquella ilustre matrona.

Era casada esta señora con un noble montañés llamado Diego Gómez de Ampuero, hombre viejo, tullido y muy enfermo, que á la sazón estaba retirado en el campo, en una estancia suya, acompañado de un religioso sacerdote del Orden de Santo Domingo; y pareciéndole á Aguirre que también habría tenido parte en la fuga de Villena, para que entrase también en cuenta de su despique, mandó á Pedro

de Paniagua, su barrachel de campaña, que le fuese á dar garrote, en que anduvo tan puntual, que no sólo quitó la vida al pobre viejo, sino también al religioso, sin más orden que su propia autoridad, y discurrir quedaría Aguirre más gustoso, mientras él se mostraba más tirano, como le sucedió, pues complaciéndose el traidor con la perpetración del sacrilegio, le sirvió aquél de incentivo para cometer otro más terrible.

Asistía en la ciudad un religioso del mismo orden Dominico (cuyo nombre no he podido averiguar), varón de aprobadas costumbres y de inculpable vida, con quien Aguirre, más por cumplimiento que por devoción, quiso confesarse un día; y como el santo sacerdote, con el conocimiento de su mal propósito, atendiendo sin recelo ni temor sólo á cumplir con la obligación exacta de su oficio, le negase la absolución, reprendiéndole con entereza lo execrable de sus maldades, le cobró tan mortal odio, que determinó matarlo; pero como la fuerza de la virtud es tanta, aun con ser aquél un hombre desalmado y sin temor á Dios ni al mundo, le tuvo siempre atadas las manos el respeto que causaba la presencia de aquel sacerdote venerable, hasta que, pareciéndole aquella ocasión acomodada para salir del cuidado, le dijo á Paniagua: «Vos traéis la mano hecha á matar frailes; hacedme gusto de matarme este otro, para que otra vez no sea tan escrupuloso;» no hubo menester el barrachel que se lo rogasen mucho, pues al instante partió á poner por obra lo que le encargaba Aguirre, y encontrando al religioso que salía de la iglesia, lo cogió por la mano, y metiéndolo en el zaguán de una casa, le notificó la sentencia de su muerte, que oyó el santo varón con gran constancia, pues hincándose de rodillas, sin la más mínima perturbación en el ánimo, empezó á rezar el salmo *Miserere mei Deus*; pero antes que lo acabase, no sufriendo tanta espera la priesa de aquel verdugo infernal, le puso los cordeles por la boca, y empezó á darle garrote por detrás, con tanta fuerza, que se la rompió é hizo pedazos; mas viendo que no moría con el inhumano rigor de tal tormento, le bajó el cordel á la gar-

ganta, apretando hasta quitarle la vida, para que pasase á coronarse por mártir en premio de haber sabido cumplir con la obligación de confesor.

Compuestas ya y prevenidas las embarciones (después de haber mandado ahorcar á Simón de Sumorrostro y á Ana de Chaves), se hallaba Aguirre en vísperas de su partida, cuando aportó Francisco Fajardo á la Margarita, y saltando en tierra con los sesenta indios flecheros que cogió en Cumanagoto, se emboscó en un montecillo bien cercano á la ciudad, con resolución de dar un tiento á la fortuna y ver si ayudado de los vecinos podía conseguir la dicha de derrotar al tirano; pero aunque lo intentó su valor y buscó la ocasión su diligencia, no pudo tener efecto su deseo, porque receloso Aguirre de la mudable fe de sus soldados, y temiendo no lo desamparasen algunos, fiados en el abrigo que les ofrecía Fajardo, cerró las puertas de la fortaleza, dejándolos todos dentro; y como se hallaba ya inmediato á su partida, apresuró cuanto pudo el embarcarse, con tanto miedo y recato, que para haberlo de hacer rompió un portillo alto en la muralla que caía sobre el mar, y poniendo en él una escalera iban bajando á embarcarse los soldados uno á uno, estando él á la mira haciendo guardia con sus más confidentes y allegados; y como Alonso Rodríguez, su almirante y amigo de los del alma, le advirtiese en esta ocasión que se apartase un poco de la playa porque no le mojase la reventazón del mar, como si fuera algún agravio la advertencia, se encendió el tirano en tan grande ira, que, metiendo mano á la espada, le cortó el brazo de una cuchillada; y no satisfecho su enojo aún todavía, lo mandó matar allí á estocadas, para que por despedida quedase en aquella playa este testimonio más de su crueldad; y al fin, embarcados todos y llevándose consigo al licenciado Pedro de Contreras, cura y vicario de la Margarita, se dió á la vela el tirano en las tres fustas que tenía prevenidas, dejando malogrados los honrados intentos de Fajardo por haber llegado tarde, pues no hay duda que si hubiera sido su arribo anticipado con más tiempo, lo-

grara su resolución la felicidad de una cumplida victoria.

Estas fueron las operaciones del tirano en aquella isla desdichada; y si la pluma hubiera de expresar por menor todos sus desafueros, no hubiera corazón para sufrir crueldades, ni ojos para llorar lástimas, pues fueron tales los insultos, robos y atrocidades que cometió aquella fiera, que con estar entonces la isla en la mayor exaltación de su opulencia con la pesquería de sus perlas, fueron bastantes los cuarenta días de su asistencia en ella para dejarla tan destruída, que en muchos años después no pudieron sus vecinos conseguir el reparo de sus ruinas.





CAPÍTULO V.

Llega Aguirre á la Borburata: saquea la ciudad y pasa á la Valencia: pide el Gobernador socorro á Mérida, y previénese para la defensa.

Aunque siempre había sido la fija resolución de Aguirre encaminar su derrota á Nombre de Dios para pasar del Perú á Panamá,* luego que salió al mar le hizo variar el dictamen la consideración de que, habiendo el Provincial dado aviso de su arribo á la Margarita en todos los puertos de la costa, le sería difícil conseguir el tránsito por la parte que tenía premeditada, estando ya prevenidos; y así, mudando rumbo á la derrota, mandó poner la proa á la Borburata, con ánimo de atravesar esta provincia y el nuevo Reino, para entrar al Perú por Popayán, sin reparar en que, huyendo un inconveniente imaginado, emprendía un imposible impracticable; pero como la Divina Justicia tenía ya determinado darle breve el castigo á sus maldades, permitió que, ciego con la confusión de su mal discurso, intentase semejante desatino, para que á los primeros pasos de su viaje pagase con la vida las muchas que había quitado su crueldad.

Puesta, pues, la proa para la Borburata, empezó á nave-

* De Panamá al Perú, debe decir.

gar con gran trabajo, así por la poca práctica de los pilotos que llevaba, como por las muchas calmas que le sobrevinieron en aquella corta travesía: causa para que su impaciencia y natural endemoniado, al ver la dilación que padecía, prorrumpiese (como siempre acostumbraba) en mil blasfemias contra Dios y su bendita Madre, pues unas veces, alzando los ojos al cielo, decía: «Dios, si algún bien me habéis de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guardadla para vuestros santos;» otras, con ira más que diabólica, decía: que Dios era un novelero, pues habiéndolo favorecido hasta allí, ya lo desamparaba, por ayudar á sus contrarios; y á este tono ensartaba otro mar de disparates, tan horribles y sacrílegos, que aun con ser gente tan desalmada sus soldados, quedaban escandalizados al oirlos; pero al fin, dando espera la bondad Divina para los arrepentimientos de aquel hombre, permitió que, pasados ocho días de navegación, llegase el día 7 de setiembre á tomar puerto en la Borburata, cuyos vecinos al descubrir las embarcaciones, conociendo por las señas ser las que esperaban del tirano, por no hallarse con fuerzas suficientes para hacerles resistencia, se retiraron á los montes con sus familias y muebles, y con presteza despacharon aviso al gobernador Pablo Collado, que á la sazón estaba en el Tocuyo.

Con esta noticia trató luego el Gobernador de prevenirse para buscar la defensa; mas como el encogimiento de su espíritu no era para disponer estas materias, ni le permitía empeñarse en funciones militares á que no estaba acostumbrado, como ajenas de su profesión togada, nombró por general á su antecesor Gutiérrez de la Peña (que se había vecindado en el Tocuyo), á quien entregó el gobierno de las armas, para que corriesen por su cuenta todas las disposiciones de la guerra; y haciendo llamamiento de toda la gente que tenía en la provincia para que concurriese á la nueva Segovia, donde se había de formar la masa del ejército, despachó también á Mérida pidiendo á Pedro Bravo de Molina, Justicia mayor de aquella ciudad, viniese á socorrerlo, por hallarse ya con el enemigo á los umbrales, y con pocas

fuerzas para hacerle oposición; y juntamente escribió á Diego García de Paredes (que, como dejamos dicho, por algunos sinsabores que tuvo con Collado después que pobló á Trujillo se había retirado á Mérida) rogándole no lo desamparase en lance tan apretado, pues como caballero debía anteponer el real servicio al disgusto de sus propios sentimientos, para cuyo reparo estaba pronto á darle la satisfacción que más gustase.

No necesitaba Paredes de esta súplica para cumplir con las obligaciones de su sangre, pues abandonando conveniencias é intereses, supo siempre su valor acreditar de fina su lealtad; y así, luego que recibió la carta del Gobernador (mientras Pedro Bravo disponía la gente que había de llevar consigo para el socorro) con catorce camaradas de su séquito partió para el Tocuyo, donde estimando Collado tanto la prontitud como la fineza, le pidió perdón de los disgustos pasados, y rogó que en la ocasión presente lo favoreciese, sirviéndose de admitir el bastón de maestre de campo, ya que la urgencia de tan repentino aprieto lo había obligado á nombrar por general á Gutiérrez de la Peña: elección que no hubiera hecho si tuviera presente su persona, pues de justicia era acreedor á la preferencia de aquel puesto; y como Paredes sólo tenía puesta la mira al servicio de su Rey, sin atender á otros puntos que dicta la vanidad, aceptó sin repugnancia, ofreciéndose á perder la vida, ó salir bien del empeño.

Puesto Aguirre en la Borburata, saltó luégo en tierra con su gente media legua distante de la ciudad, y sin permitir se le apartase de allí ninguno de sus soldados, se quedó acuartelado en la playa aquella noche, persuadido quizá á que podría como en la Margarita coger á los vecinos con engaño; pero viendo que amaneció el día siguiente y que no venían á visitarlo (habiendo hecho primero matar un portugués llamado Antonio de Faria, sólo porque al descubrir el puerto, preguntó si aquella era isla ó tierra firme), despachó á la ciudad una escuadra compuesta de sus más amigos, para que reconociesen el estado en que se hallaban

ó la intención que tenían sus moradores; pero llegados al pueblo, como todos se habían retirado buscando seguridad en las montañas, estaba tan desamparado y yermo, que sólo encontraron en él á Francisco Martín, uno de los que con el capitán Monguía se habían quedado con el Provincial de Maracapana, que arrastrado de su mala inclinación y depravadas costumbres, volvía á buscar la vida licenciosa de los soldados de Aguirre; fineza que le agradeció el tirano, estimando la perseverancia de su amistad tanto como la noticia que le dió de estar por aquellos contornos otros de sus compañeros, á quienes deseando Aguirre reducir otra vez á su obediencia, les escribió una carta llena de ofrecimientos y favores, y dándosela á Francisco Martín, acompañada de un buen vestido y otros regalos de precio, lo despachó para que se los buscase, encargándole mucho hiciese la diligencia con empeño; pero no fueron bastantes las que puso su cuidado para poder descubrirlos, porque cautelando prevenidos el evidente riesgo de sus vidas, se ocultaron de calidad, que desengañado Francisco Martín de poderlos encontrar, se volvió á la Borburata.

Malograda de esta suerte la esperanza que tuvo Aguirre de recoger otra vez sus Marañones, habiendo convertido en cenizas sus tres embarcaciones, y otra de unos mercaderes que estaba anclada en el puerto, trató de pasar á la Valencia para ir ganando tierra en el dilatado viaje que emprendía su inconsideración temeraria; y para poderlo hacer con alguna conveniencia, envió dos ó tres tropas de soldados á buscar por las estancias vecinas algunas cabalgaduras para la conducción de los carruajes; diligencia con que sólo pudo conseguir hasta veinte ó treinta yeguas serreras, pero á tan costoso precio, que los más de los soldados volvieron muy mal heridos de las púas envenenadas que por disposición de los vecinos tenían sembradas los indios por todas las veredas y caminos; de que recibió el tirano tanta alteración y sentimiento, que luego empezó, como solía, á echar blasfemias contra Dios; y para desahogar su infernal rabia, mandó publicar por las calles de la ciudad guerra cruel á

sangre y fuego contra el Rey de Castilla y sus vasallos; y si le preguntáramos á este hombre en qué fuerzas fundaba su atrevimiento esta locura, halláramos que todo su poder se reducía á ciento cincuenta hombres no cabales, y seis tiros de fruslera, un macho y tres caballos, que era todo el aparato con que pensaba su mal juicio avasallar las Indias; á cuya resolución no queda otra salida que ponderar los despeños á que se precipita un hombre á quien Dios tiene dejado de su mano.

Como la ciudad había quedado despoblada con el retiro de todos sus vecinos, no quisieron los soldados de Aguirre pasar sin aprovechamiento en el trabajo; y así, repartidos en cuadrillas, salieron por todas partes al pillaje, rastreando por los montes cuanto pudo ocultar la prevención; en que anduvieron tan solícitos, que no dejaron quebrada ni arcabuco que no trastornase su codicia. Una cuadrilla de éstas, remontándose algo más que las otras por una senda mal hollada, vino á parar á unos bujíos distantes del pueblo cuatro leguas, donde estaba retirado un Benito de Chaves (que á la sazón era alcalde de la Borburata) con su mujer y una hija casada con D. Julián de Mendoza, que también se hallaba allí ya de vuelta del valle de San Francisco, donde lo dejamos acompañando á Juan Rodríguez; y después de haber robado cuanto toparon á mano, sin hacer daño á las mujeres, dieron la vuelta á la ciudad, llevando sólo al tal Benito de Chaves, por lo que podía importar tenerlo Aguirre en su poder para cualquier contingente, y á un Amador Montero, á quien trató bien y regaló el tirano por parecerle en la cara un retrato de su padre.

Al mismo tiempo cogieron otros soldados á un mercader llamado Pedro Núñez, y llevándolo también á la presencia de Aguirre, le preguntó el tirano qué causa habían tenido los vecinos para retirarse, y respondióle que por el mucho miedo que tenían; replicó Aguirre le dijese con verdad qué se decía de él y de sus compañeros, y aunque temeroso de lo que podía suceder procuró excusarse de responder á la pregunta, fueron tantas las instancias que le hicieron, que

el miserable, entre confuso y turbado, hubo de decir: «Señor, todos tienen á su merced y á los que le acompañan por unos crueles luteranos:» palabras que encendieron á Aguirre en tanta cólera, que quitándose de la cabeza la celada, amagó á tirarle con ella, diciéndole: «Bárbaro, necio, ¿no sois más majadero que eso?» y aunque por entonces no pasó á más el enojo, no tardó mucho después sin que tomase venganza del agravio, porque uno de los soldados, buscando qué robar como los otros, acertó acaso á encontrar una botija de aceitunas que tenía enterrada el Pedro Núnez, y escondidos en ella algunos tejos de oro; y como con la noticia del hurto ocurriese ante Águirre pidiendo restitución de su despojo, porque negó el delincuente y no probó la calumnia Pedro Núñez, lo mandó ahorcar luego al instante para que todos conociesen lo que miraba por la buena opinión de sus soldados, de los cuales uno llamado Juan Pérez, estando algo achacoso, se salió á divertir al campo aquella tarde, y encontrándolo Aguirre casualmente sentado á las orillas de un arroyo, le dijo: «¿Qué hacéis por aquí, Pérez?» á que le respondió: «Señor, ando falto de salud, y por buscar algún alivio me estoy entreteniendo viendo correr esta agua;» replicóle Aguirre: «Pues según eso, no podréis seguir esta jornada, y así, será bueno que os quedéis, porque yo no hago nada con enfermos.» «Como vuestra merced mandare,» respondió el soldado: y pasando de largo Aguirre sin hablarle otra palabra, se fué á su casa, de donde envió luégo sus ministros para que lo llevasen preso, y sin que bastase la interposición ni el ruego de sus amigos, lo mandó ahorcar, excusándose con decir que no podía perdonar la vida al que era tibio en la guerra.

Ya en esto había llegado el tiempo de estar todo prevenido para salir de la Borburata y pasar á la Valencia (que, como en otro lugar tenemos dicho, hay siete leguas de distancia de una parte á otra), y pareciéndole buena ocasión para escaparse á Pedro Arias de Almesta y á Diego de Alarcón, soldados de los de Aguirre, discurriendo que con

la revolución del viaje no harían mucha diligencia por buscarlos, se huyeron de la ciudad aquella noche; pero sabiéndolo el tirano, mandó luego traer presas á la mujer y á la hija del alcalde Benito de Chaves, y llamándolo á él á su presencia, le dijo: «Vos sois alcalde y práctico de la tierra, y donde quiera que estuvieren mis soldados habéis de saber de ellos; andad á buscarlos y traédmelos, porque de no hacerlo así, me he de llevar al Perú vuestra hija y vuestra mujer;» y dejándolo en el pueblo para que hiciera lo que le tenía mandado, empezó á marchar para Valencia, llevándose consigo las mujeres; pero á poca distancia de camino alcanzó á ver desde el repecho de la cuesta una piragua que con algunos españoles navegaba para el puerto, y dando prisa á su gente para trasmontarla, porque no fuese vista desde el mar, hizo alto de la otra banda de la cumbre, y dejándola encargada á Juan de Aguirre, su confidente y amigo de toda satisfacción, con veinticinco arcabuceros volvió á bajar para la Borburata con ánimo de apresar la gente de la piragua, para saber sus intentos; pero llegado á la ciudad, sólo sirvió su diligencia de que así él como los más de sus soldados apurasen tanto una pipa de vino que encontraron, que todos quedaron embriagados, menos Juan de Rosales, Pedro de Acosta y Jorge de Rodas, que no habiendo querido probarlo con cuidado, tuvieron lugar, logrando la ocasión de aquel desorden, para esconderse en el monte y dejar la infame compañía del tirano.

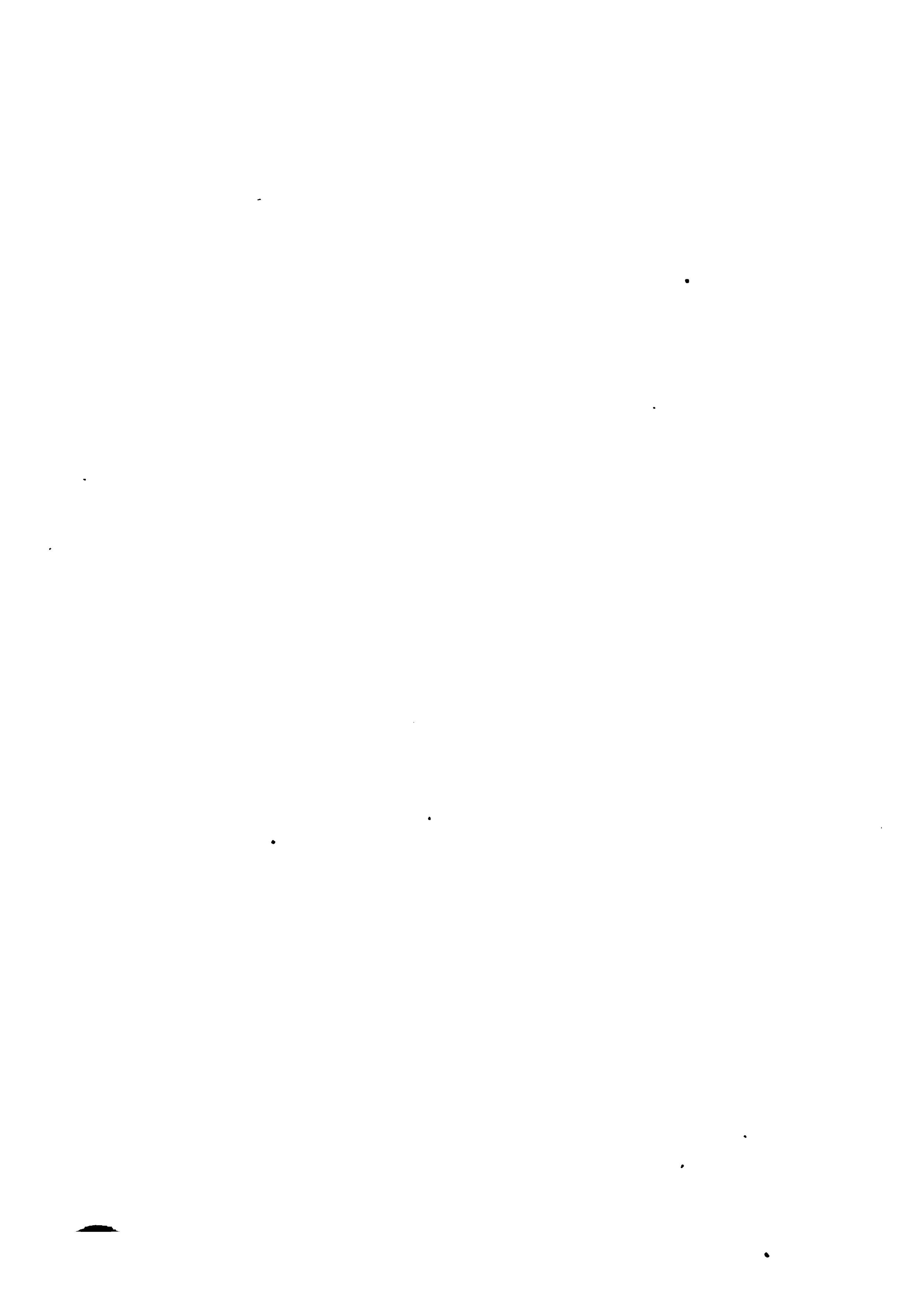
Mientras Aguirre estaba divertido con el vino, se abrasaban sus soldados en la cuesta faltos de agua; y como para remediar la ardiente sed que padecían se remontasen algunos por aquella serranía buscando algún refrigerio, fueron á dar á unos bujíos que ocultaba la ramazón de una montaña, donde entre otros trastes que encontraron hallaron una capa que luego conocieron todos era de Rodrigo Gutiérrez, uno de los que con Monguía se quedaron en Maracapana: tenía la capa una capilla, y en ella estaba una probanza hecha á favor de su dueño ante la justicia de la Borburata; siendo uno de los testigos y el que más culpaba á

Lope de Aguirre, acriminando sus acciones, aquel Francisco Martín que volvió á buscar su compañía luego que llegó á la Borburata; y leyendo su dicho Juan de Aguirre, ciego de cólera al ver lo que decía contra el tirano, se fué para el Francisco Martín, que estaba allí presente, y le dió de puñaladas, mandando lo acabasen de matar otros soldados á balazos, entre quienes uno llamado Arana, de industria ó por accidente, disparando el arcabuz atravesó con la bala á Antón García (otro de los Marañones), y dió el muerto en tierra, sobre que se trabó tal alboroto entre los amigos de ambas partes, los unos culpando la acción por maliciosa, y los otros defendiéndola por impensada, que aunque el Arana procuró sosegarlo con decir que lo había muerto de propósito porque se había querido huir aquella noche, y que lo tendría por bien hecho el general, viendo que nada bastaba para aquietar á los amigos del muerto, tuvo por mejor acuerdo bajar á la Borburata, donde informado Aguirre de las revoluciones de su campo, subió con toda priesa á componerlas antes que pasase á más el alboroto.

Sosegado todo con la presencia de Aguirre, el día siguiente prosiguió su marcha para bajar á la Valencia; pero con tales trabajos por lo impracticable del camino, que ni las bestias, como poco acostumbradas á la carga, podían repechar lo agrio de su aspereza, ni los soldados, rendidos con el peso de las armas y bagajes que llevaban acuestas, podían tolerar tan prolongada fatiga, pues era necesario en muchas partes pasar en hombros la artillería para vencer la fragosidad de aquellos riscos; y aunque Aguirre procuraba animarlos con su ejemplo, echando siempre mano á la carga de más peso, sin embargo, fueron necesarios seis días de camino para la corta distancia de siete leguas, de cuyo afán, ayudado de los calores del sol y ardimentos de su cólera, se le destempló á Aguirre la salud de suerte, que postradas las fuerzas con la congoja de ver los malos principios que llevaba la jornada que emprendía, fué preciso cargarlo en una hamaca por no poderse ya tener en pie, y fatigado

con el desabrimiento del achaque, pedía á sus Marañones le quitasen la vida por alivio; pero al fin, aunque agravado de la enfermedad llegó á notable aprieto, empezó á mejorar luego que entró en Valencia, cuyos vecinos, desamparando la ciudad, se recogieron con sus familias á las islas que tiene la laguna de Tacarigua, donde estuvieron retirados, sin que los soldados de Aguirre, por falta de canoas, pudiesen hacer diligencia por buscarlos: prevención que irritó el natural ardiente del tirano, para que dijese mil oprobios é injurias contra todos, tratándolos de cobardes, bárbaros y pusilánimes, pues no había habido indio ni español de aquella tierra que se uniese á su compañía para seguir el ejercicio noble de la guerra, practicada desde el origen del mundo entre los cuatro elementos, entre los hombres más celebrados del mundo y entre los mismos ángeles en el cielo; y con este motivo decía tales disparates y proposiciones tan horribles, que atormentaba los oídos de sus mismos compañeros, siendo otros tales como él.







CAPÍTULO VI.

Sale Juan Rodríguez de la villa de San Francisco para oponerse al tirano, y muere peleando con los indios: mata Aguirre á algunos de sus soldados, y se previene para salir de Valencia.

Dejamos á Juan Rodríguez Suárez empeñado en la venganza que solicitaba tomar su sentimiento por los agravios con que le había ofendido la simulada traición de Guaicaipuro; y como en la lealtad de su nobleza tuvo siempre el primer lugar el servicio de su Rey, sabiendo que Lope de Aguirre había llegado á la Borburata, dejando por la mano la satisfacción de sus propios sentimientos, determinó sacrificar su vida al riesgo de una temeridad, por dar la muerte al tirano; para lo cual, consultada la materia con la resolución de su valor invencible, salió de la nueva población de San Francisco sólo con seis compañeros, de quienes tenía confianza su experiencia, bien prevenidos de armas é industriados de la forma con que se habían de gobernar para lograr el intento. No se le ocultó este viaje á Guaicaipuro, que observando siempre los pasos de su enemigo por medio de sus espías, se hallaba noticioso de todos sus movimientos, y desde luego le dió por cortada la cabeza en los filos de semejante arrojo, pues teniendo por lograda la ocasión que había deseado para acabar de una vez con su contrario, convocó al

cacique Terepaima, para que saliéndole al encuentro con las tropas de sus Arbacos, al pasar por la loma de su nombre tuviese él lugar (siguiéndole las huellas) de acometerle por la espalda con sus Teques.

Y aunque Terepaima, constante siempre en la amistad que estipuló con Fajardo, rehusó á los principios meter prenda en la conjuración, persuadido al fin de las instancias de Guaicaipuro hubo de convenir en entrar á la parte en la maldad. Ignorante de estos tratados Jùan Rodríguez, salió (como dijimos) del pueblo de San Francisco, y habiendo hecho noche en el río de San Pedro, el día siguiente al trasmontar la montaña que llaman las Lagunetas, halló toda la loma coronada de escuadrones y penachos, con que la tenía ocupada Terepaima para embarazarle el paso, á tiempo que Guaicaipuro, siguiéndolo desde el río, le tenía ya cogidas las espaldas, y viéndose acometer por todas partes de multitud tan numerosa de enemigos, reconociendo en sus compañeros resolución y esfuerzo para vencer ó morir, rompió por las escuadras contrarias, ejecutando en cada amago una muerte y en cada golpe un estrago; pero como los indios eran muchos y repetían sin cesar el continuo disparo de sus flechas, no pudieron mantener por largo tiempo el combate, porque cubiertos de saetas los escudos y escaulpiles, sin que tuviesen parte desembarazada que pudiese servir de blanco á nuevos tiros, les fué preciso retirarse al abrigo de un peñón que estaba en el camino, para á su sombra asegurar siquiera las espaldas, donde, aunque los indios volvieron á embestirles, pudieron con algún desahogo defenderse, peleando con valor, hasta que dió treguas la noche; pero como los bárbaros juzgaban ya asegurado el vencimiento, porque no se escapasen los españoles, favorecidos de la oscuridad, cercaron todo el peñón de candeladas, y con gritos, tambores y fotutos los estuvieron velando, obligándoles con el cuidado á que pasasen en pie toda la noche, sin atreverse á recostar un rato para dar algún descanso á aquellos cuerpos rendidos.

Llegada con este trabajo la mañana, renovaron los indios

su porfía, procurando con más empeño entrar por fuerza al peñón; pero les salió el atrevimiento tan costoso, que cuantos lo intentaron pagaron con la vida su osadía, de suerte que temerosos con la experiencia del daño que recibían fueron aflojando en el combate, contentándose con mantener el sitio desde lejos, dando lugar con su retiro para que los siete españoles pudiesen tomar algún aliento en su fatiga, hasta que entrada la tarde montó Juan Rodríguez á caballo, y dejando cuatro de sus compañeros para que guardasen el peñón, salió con los otros dos solo á ver si podía lograr la suerte de quitar la vida á Guaicaipuro, aunque perdiese la suya en la demanda; pero le ayudó tan poco la fortuna, que no pudo descubrirlo, aunque por distintas partes rompió el escuadrón contrario, llevándose nueve ó diez indios de encuentro con los mortales golpes de su lanza; y pasara á más la fuerza de aquel brazo invencible, si el ver el caballo desangrado por diferentes heridas (á tiempo que Terepaima cogiendo una ladera le iba á cerrar el paso con sus tropas) no le hubiera obligado á retirarse, buscando abrigo en el peñon, que era el asilo en que por entonces aseguraban las vidas; pero como de estarse allí metidos no conseguían otro remedio que dilatar la muerte un poco más, pues cuando pudieran librarse de los indios, era imposible dejar de perecer al rigor de enemigo tan fuerte como la hambre, determinaron que uno de los siete, con el silencio de la noche, se arriesgase á pasar á la Valencia á dar aviso del aprieto en que se hallaban para que los socorriesen, y los demás amaneciendo el día, prosiguiesen abriendo camino con la espada á la contingencia ó de escapar afortunados ó de morir infelices.

Nombrado, pues, por voto de los compañeros para el viaje de Valencia Alonso Fajardo, hijo de Juan de Guevara el viejo, habido en el primer matrimonio que tuvo en Coro, favorecido de la oscuridad salió del peñón sin ser sentido, y caminando el resto de la noche, porque no lo descubriesen con el día, se emboscó al ir amaneciendo en un montecillo que está á un lado de la loma; pero anduvo tan desgraciado, que sin que él lo reparase se había venido tras él

un perro que había criado, cuya lealtad fué entonces causa de su desventura, porque ladrando al pasar unos indios por allí, manifestó con sus latidos el retiro donde se ocultaba el dueño, para que buscándolo los bárbaros, le quitasen tiranamente la vida.

Juan Rodríguez y los cinco compañeros, mediante lo que habían determinado, desampararon el peñón al despuntar el alba, para seguir su viaje; y resueltos á portarse de calidad, que conociesen los contrarios la ventaja con que pelea un valor desesperado, embistieron como leones, hiriendo y despedazando á cuantos procuraban oponerse al furor de sus espadas; pero ¿para qué esfuerzo tan malogrado? si cercados de la bárbara multitud de aquella canalla infiel, el mayor remedio que esperaban consistía ya en la certidumbre de la muerte que temían, pues rendidos los cuerpos al cansancio, fatigados con la sed y debilitados de la hambre (por haber dos días ya que no comían), no podían obrar los brazos lo que influía el corazón; y así, desmayando los cinco poco á poco, atravesados por mil partes á flechazos, fueron rindiendo la vida separados unos de otros en el teatro infeliz de aquella loma, quedando solo Juan Rodríguez, cuyo aliento, acreditado siempre de invencible, fué en aquella ocasión más formidable, pues supliendo por todos los compañeros, prosiguió manteniendo la pelea con resolución tan gallarda, que muertos más de cincuenta indios á sus manos, le pedían los otros por merced, ó admirados de su valor, ó temerosos de su ardimento, se fuese y los dejase, pues tenía el campo por suyo; pero él, ó pareciéndole lo obrado corta satisfacción para su enojo, ó haciendo punto de no quedar con vida donde la habían perdido sus amigos, aunque llegó á verse libre de peligros ya en lo último de la loma, por haberlo dejado ir los indios sin seguirlo; enajenado con la cólera volvió otra vez para arriba, buscando nueva ocasión para desahogar con la muerte de sus contrarios los ardores que le inflamaban el pecho; pero no pudiéndose mantener más tiempo en el caballo, por la gran debilidad que padecía con la falta de alimento, se desmontó,

sentándose en el suelo para tomar algún aliento y descansar un rato, donde oprimido de la congoja y sofocado de la fatiga y la sed, se quedó muerto, sin que tuviese en su cuerpo ni una herida; siendo tal el miedo que le cobraron los indios que aun con ver yerto el cadáver, no se atrevían á llegarle, temiendo que estaba vivo, hasta que certificados de su muerte, lo despojaron del vestido, y dividido el cuerpo en pedazos, lo repartieron entre todos, llevando cada cual su parte por señal ó trofeo de la victoria.

Así terminó la vida Juan Rodríguez Suárez, cuya memoria será siempre temida entre los indios, por el respeto que se supo adquirir con su valor y su espada. En la ciudad de Mérida, en la provincia de Extremadura, tuvo su nacimiento, y llevado de los ardimentos de su brío pasó á la América, donde encartado en la categoría de los conquistadores del nuevo reino de Granada, tuvo la estimación que le adquirieron sus famosos hechos; y avecindado en la ciudad de Pamplona, consiguió en repartimiento, como poblador, una de las mejores encomiendas de su distrito; señalado después por el Cabildo para el descubrimiento de las Sierras Nevadas y conquista de los Timotes, ejecutó su encargo con acierto; y para honrar su conquista con la memoria de su patria, fundó la ciudad de Mérida de los Caballeros, en que granjeó tanta gloria, que picado el desafecto de sus émulos, tuvo motivo la envidia para sindicar sus más heroicas acciones, poniéndolo en estado de que sentenciado á degollar por la Audiencia de Santa Fe, le fué preciso, con el favor de sus amigos, quebrantar la cárcel y pasarse huyendo á esta provincia (por asegurar la vida de los rigores de un juez apasionado, y del poder de una emulación conjurada), donde llegó á ser tan temido de los indios, que en el tiempo que se ejercitó en las conquistas de Caracas, para pasar alguno sin recelo de una parte á otra no necesitaba de más salvoconducto que pedirle prestada una capa de grana que tenía y usaba de continuo, porque en conociéndola los indios, era tal el respeto con que la veneraba su temor, que no había más seguro pasaporte

què su vista, cuya confianza lo empeñó en aquella temeridad que le costó la vida.

Mientras sucedía la desgraciada muerte de Juan Rodríguez, gastaba el tiempo la gente del tirano en destruir los ganados de los vecinos de Valencia, y prevenirse de cabalgaduras para la conducción de sus carruajes; y porque no quedase parte alguna sin memoria de las crueldades de Aguirre, hizo matar á uno de sus soldados, llamado Gonzalo de Torres, sólo porque se apartó de la ciudad como un tiro de piedra á coger unas papayas; á que se añadió haber el alcalde Chaves hecho tan exactas diligencias por buscar los dos soldados que se le huyeron á Aguirre en la Borburata, que por más que procuraron ocultarse, hubo de descubrirlos su cuidado, y puestos en una collera de fierro, los entregó á D. Julián de Mendoza, su yerno, para que sirviendo de alguacil se los llevase al tirano y recibiese por premio á su mujer y su suegra; y como en el camino, el uno de ellos, llamado Pedro Arias, cortado de ánimo y sin aliento con la consideración del lastimoso fin que le esperaba, se echase en el suelo diciendo que lo matasen, porque no podía pasar de allí, anduvo tan inhumano el D. Julián, que le respondió sin empacho ni vergüenza: «Para mí toda la cuenta es una, porque en llevando vuestra cabeza cumplo con mi obligación;» y desenvainando la espada sin piedad, se la empezó á cortar: chanza que, pareciéndole al Arias muy pesada, pues granjeaba una muerte de contado por excusar la que estaba en contingencia, hubo de conseguir con ruegos y promesas de que se esforzaría para pasar adelante, el que suspendiese la ejecución ya comenzada, aunque lo dejó bien lastimado con una razonable herida en el pescuezo, y llegados á Valencia, anduvo el Arias tan afortunado, que lo perdonó el tirano por ser buen escribano y necesitar de él para que le sirviese de secretario: indulto que no consiguió su compañero Diego de Alarcón, pues al instante lo mandó hacer cuartos, llevándolo arrastrando por las calles con un pregón que decía: «Esta es la justicia que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la

noble gente marañona, á este hombre, por leal servidor del Rey de Castilla.» Y ejecutada la sentencia, pusieron la cabeza en el rollo de la plaza, donde viéndola el tirano, le decía con gran risa y por donaire: «Ahí estás, amigo Alarcón; ¿cómo no viene el Rey de Castilla á resucitaros?»

De padecer semejante desventura se libró por su buena diligencia Rodrigo Gutiérrez, el dueño de aquella capa en que se halló la información que le costó tan cara á Francisco Martín, porque aprendido también por el alcalde Chaves (que se había dedicado á ser esbirro del tirano) le dió luego aviso para que enviase por él: maldad que, habiéndola entendido Gutiérrez, supo desvanecerla con su maña, pues tuvo actividad para quitarse los grillos con que lo había asegurado y volverse á huir otra vez; de suerte que cuando llegó Francisco de Carrión, á quien enviaba Aguirre con prevención de soldados para que se lo trajese, se halló burlada la intención infame del Alcalde; falta que procuró remediar con otra mayor vileza, pues por congraciarse con el tirano le dió noticia por extenso de todas las prevenciones que disponía el Gobernador para hacerle resistencia y los socorros que esperaba por instantes de Mérida y Santa Fe, de que no recibió Aguirre mucho gusto, aunque se mostró agradecido á la fineza del aviso; y por no dar lugar á que con la dilación tuviese tiempo de mayores disposiciones para embarazarle el paso, trató con toda brevedad de salir de la Valencia, dando permiso entonces al cura de la Margarita, Pedro de Contreras, para que se volviese á su casa, con calidad que primero le prestase juramento de que remitiría al Rey *D. Felipe II* una carta que le entregó para el efecto; y aunque el buen sacerdote resistió á los principios el hacerse cargo de comisión semejante, después hubo de venir en ello, atropellando inconvenientes por verse libre de la tiránica opresión de aquella fiera.





CAPÍTULO VII.

Refiérese la carta que escribió Aguirre para el Rey; sale de la Valencia el tirano, y llega á Barquisimeto.

Aunque la carta que Lope de Aguirre entregó al P. Contreras para que remitiese al Rey no merecía en realidad se hiciese mención de ella en ningún tiempo, sin embargo, para comprobación de los desatinos y locuras de aquel hombre, nos ha parecido referirla, y porque el lector se divierta un rato con la discreción de su buena nota, como dictada al fin de un domador de mulas; su tenor era el siguiente:

»*Rey Felipe*, natural español, hijo de Carlos invencible, Lope de Aguirre, tu muy mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres y en mi prosperidad hijo-dalgo, natural vascongado en ese reino de España, y en la villa de Oñate vecino, pasé en mi mocedad al mar Océano á las partes del Perú, por valer más con la lanza en las manos y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; asimismo, en veinticuatro años te he hecho muchos servicios en el Perú en conquista de indios y poblar pueblos en tu servicio, especial en batallas y reencuentros que ha habido en tu nombre, siempre conforme á mis fuerzas, sin importunar á tus oficiales por paga ni socorro, como parecerá por tus reales libros: bien creo, cristiano Rey y señor, aunque para mí y mis compañeros tan ingrato á tan buenos servicios

como has recibido de nosotros; aunque también creo te engañan los que te escriben de esta tierra, como estás tan lejos, avísote, Rey y señor, lo que cumple á toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en estas tierras tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus Oidores, Virreyes y Gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres después diré) de tu obediencia y desnaturalizados de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruel guerra que nuestra gente pudiere sustentar; y esto creed, Rey y señor, nos ha hecho el no poder sufrir los grandes apremios y castigos que nos dan estos tus ministros, que por remediar sus hijos y criados nos han usurpado nuestra fama, vida y honra; ¡qué lástima! ¡Oh Rey, el mal tratamiento que se nos ha hecho! y así, manco de mi pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Coquimbo con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellido, contra Francisco Hernández Jirón, rebelde á tu servicio, como yo y mis compañeros al presente lo somos y seremos hasta la muerte, porque en esta tierra tenemos tus perdones por de menos crédito que los libros de Martín Lutero, pues tu Virrey el Marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso y tirano, ahorcó á Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomás Vázquez, conquistador del Perú, y al triste de Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento del Perú que los exploradores de Moisés, y á Piedrahita, buen capitán, que rompió muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucaba ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernández señor del Perú; y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escribieron que te han hecho, porque es muy grande fábula, sino que llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu real caja para sus servicios y maldades; castígalos como ellos son.

»Mira, mira, Rey español, no seas ingrato á tus vasallos, pues estando tu padre el Emperador en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado, á costa de su sangre,

tantos reinos y señoríos como tienes en estas partes; y mira, señor, que no puedes llevar, con título de Rey justo, ningún interés de estas partes, donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ellas trabajaron sean gratificados: como por cierto tengo que van pocos reyes al cielo, porque creo fuérades peores que Luzbel, según tenéis la ambición, sed y hambre de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo, ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vuestro gobierno es aire; á Dios hago solemne voto yo y mis doscientos arcabuceros Marañones, hijos-dalgo, de no te dejar ministro tuyo á vida, porque ya sé hasta dónde alcanza su poder.

»El día de hoy nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos, por estar, como estamos, en estas partes de las Indias teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros, sin corrupción, y manteniendo todo lo que la Iglesia romana predica; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios; á la salida que hicimos del río de las Amazonas, que se llama Marañón, venimos á una isla que se llama la Margarita, y oimos unas relaciones que venían de España de la gran máquina que hay de Luteranos, que nos pusieron grande temor y espanto, pues aquí en nuestra compañía hubo uno, llamado Monteverde, y yo lo mandé hacer pedazos, los hados darán la pena á los cuerpos; pero donde nosotros estuviéremos creed, excelentísimo Rey, cumple que todos vivan perfectamente en la fe de Cristo; principalmente es tan grande la disolución de los frailes en esta tierra, que conviene venga sobre ella el castigo, porque no hay alguno que presuma menos que de gobernador; mira, Rey, no los creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante de tu real persona es para venir acá á mandar; si quieres saber la vida que por acá tienen, es en mercadurías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos, enemigos de los pobres, ambiciosos, soberbios y glotones; de manera que por mínimo que sea un fraile pretende mandar to-

das estas tierras; pon remedio, Rey y señor, porque de estas cosas y malos ejemplos no está imprimida la fe en los naturales; y más te digo, que si esta disolución de estos frailes no la quitas, no faltarán escándalos, aunque yo y mis compañeros, por la gran ràzón que tenemos, hayamos determinado morir; y esto, y otras cosas pasadas, tú, Rey, tienes la culpa, por no dolerte de tus vasallos, y no mirar lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos y te descuidas con estos tus Oidores, nunca se acertará en el gobierno; y no hay para qué presentar testigos más que decirte cómo estos tus Oidores tienen cada uno cuatro mil pesos de renta, y ocho mil de ayuda de costa, y al cabo de tres años tiene cada uno setenta mil pesos horros, y posesiones, y heredamientos, y con todo eso si se contentasen con servirte como hombres, menos mal, y trabajo sería nuestro; pero por nuestros pecados quieren que los adoremos como á Nabucodonosor: cosa insufrible; y no porque yo, como hombre lastimado y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros, viejos y cansados en lo mismo, te he de dejar de avisar que nunca fíes en estos letrados tu real conciencia, que no cumple á tu servicio descuidarte con ellos, que se les va el tiempo en casar sus hijos, y no entienden en otra cosa, y su refrán es entre ellos muy común: esto es á tuerto y derecho.

»Pues los frailes á ningún indio pobre quieren predicar, y están aposentados en los mejores repartimientos; la vida que tienen es muy áspera, porque cada uno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas y otros tantos muchachos que les van á pescar, matar perdices y traer frutas; en fe de cristiano te juro, Rey y señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir azote del cielo; y esto digo por avisarte la verdad, aunque yo y mis compañeros no queremos ni esperamos de tí misericordia; ¡ay! ¡ay! ¡qué lástima tan grande! que el Emperador tu padre conquistase con la fuerza la suprema Germania, y gastase tanta moneda, llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, y que no te duelas de nuestra

vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre; sabes que vemos, Excmo. Rey y señor, que conquistaste á Alemania con armas, y Alemania ha conquistado á España con vicios, de que acá nos hallamos quitados, muy contentos con maíz y agua, sólo por estar apartados de esta mala irronia.

»Anden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron; mas en ningún tiempo, ni por adversidad que nos venga, dejaremos de ser obedientes y sujetos á los mandamientos de la Santa Iglesia de Roma: no podemos creer, excelente Rey y señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oidores y Ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento; dígolo porque en la ciudad de los Reyes, dos leguas junto al mar, se descubrió una laguna, donde se cría algún pescado, que Dios permitió fuese así, y estos tus malos Oidores, para aprovecharse del pescado para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre; dándonos á entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu consentimiento; si ello es así, déjanos pescar algún pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad por que se arrienda, pues, esclarecido Rey, no pedimos en Córdoba ni en Valladolid este patrimonio: duélete, señor, de alimentar á los pobres, cansados con los frutos y réditos de esta tierra; y mira que Dios para todos es igual justicia, premio, paraíso é infierno.

»El año de 59 el Marqués de Cañete dió la jornada del río de las Amazonas á Pedro de Ursua, navarro, ó, por mejor decir, francés; tardó en hacer navíos hasta el año de 60 en la provincia de los Motilones, aunque estos navíos, por ser hechos en tierra lluviosa, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron, hicimos balsas y nos echamos por el río abajo, dejando nuestros caballos y haciendas; luégo navegamos los más poderosos ríos del Perú, de manera que nos vimos en un golfo dulce; caminamos de primera faz trescientas leguas; fué éste mal gobernador, perverso, ambi-

cioso y miserable, que no lo pudimos sufrir, y así, lo matamos con muerte cierta y bien breve; luégo á un mancebo caballero de Sevilla, que se llamaba D. Fernando de Guzmán, alzamos por nuestro rey y lo juramentamos como á tu real persona, como parece por las firmas de todos aquellos que nos hallamos: á mí me nombraron por su maestre de campo, y porque no quise consentir en sus insultos y maldades, me quisieron matar; yo maté al nuevo rey, al capitán de su guardia y teniente general, á cuatro capitanes, á su mayordomo, á su capellán, clérigo de misa, á una mujer, á un comendador de Rodas, á un almirante, dos alféreces y á otros cinco ó seis criados suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros; de nuevo nombré capitanes y sargentos, y me quisieron matar, y los ahorqué á todos; caminando nuestra derrota, pasando todas estas malas venturas, tardamos hasta la boca del río más de once meses y medio, y caminamos más de cien jornadas, anduvimos más de mil quinientas leguas: tiene el río más de mil leguas de agua dulce, muchas partes despobladas y sin gente, como Su Majestad verá por una relación que hemos hecho verdadera: sabe Dios cómo nos escapamos de este lago temeroso. Avísote, Rey, no consientas se haga ninguna armada de España para este río tan mal afortunado; y Dios te guarde, Rey excelente, muchos años.»

Esta fué la carta que Lope de Aguirre entregó al cura de la Margarita para que la remitiese al Rey, cuyo contexto es la prueba más evidente de lo rústico de su natural grosero y de los desacatos á que llegó la desvergüenza y descaro de aquel bruto, cuyas operaciones parece iban siendo cada día más temerarias, pues determinado ya á salir de la Valencia (después de haber estado en ella quince días), la noche antes de su partida mandó dar garrote á Benito Díaz, Francisco de Lora y Antonio Zigarra, al uno porque había dicho tenía un pariente en el nuevo Reino, y á los otros dos por parecerle andaban tibios en la guerra: crueldad que acompañó con otra más enorme, pues porque á la

mañana, al tiempo de la partida, alcanzó á ver un soldado llamado Saagún con un rosario en la mano, le quitó la vida á puñaladas, diciendo que sus soldados habían de ser de calidad que, ajenos de toda devoción, si fuese necesario jugasen el alma á los dados con el demonio, sin andar gastando el tiempo en rezos ni pataratas que sólo servían de acobardar los ánimos, haciendo inútiles los hombres para el noble ejercicio de las armas, con otros disparates á este tono, propio de su corazón blasfemo; y con esta buena despedida salió para Barquisimeto por el camino derecho que corta la serranía de Nirgua, habitación entonces de los indios Giraharas.

Cuando Aguirre llegó á la Borburata estaba en la Valencia Pedro Alonso Galeas, el que con la industria de fingir el caballo desbocado, se le huyó en la Margarita, y así por el recelo de no caer en sus manos, como por hallarse al lado del Gobernador, para servir con su persona en ocasión tan precisa, luego que tuvo la noticia de haber saltado en tierra el tirano, salió él para Barquisimeto en compañía de Gómez de Silva, caballero portugués de quien hay hoy ilustre descendencia en la provincia, que habiendo sido paje de lanza de D. Francisco Cautino, Conde de Redondo, en la ocasión de aquel socorro memorable que introdujeron los portugueses en Arsila, y después paje del rey don Juan III de Portugal, huyendo de las diligencias con que lo buscaban para tomar venganza los parientes de otro caballero á quien (estando en Lisboa) mató en un desafío, vino á parar á estas partes, y se hallaba en la ocasión presente en la Valencia, y llevado del pundonor de su hidalguía, con el mismo deseo de Pedro Alonso formaron juntos el viaje para Barquisimeto.

Al mismo tiempo el gobernador Pablo Collado, con el aviso que le dieron los vecinos de la Borburata de quedar ya Lope de Aguirre en aquel puerto, había despachado desde el Tocuyo á Francisco Infante para que, enterándose de los designios que traía el tirano, y el número cierto de la gente que componía su campo, volviese con brevedad á

darle cuenta de todo; pero encontrando en el camino á Pedro Alonso y á Gómez de Silva, que le dieron relación muy por extenso, tuvo por excusado el proseguir adelante; y por granjear tiempo, con la anticipación de la noticia, se volvió con ellos al Tocuyo, donde conociendo el Gobernador que ya era preciso tratar de la defensa con más veras, pues no había duda en que la intención de Aguirre era pasar por la provincia al nuevo Reino; confuso con los temores que le causaba su corazón pusilánime, entregó todo el gobierno á Gutiérrez de la Peña, á quien tenía antes nombrado por capitán general, para que dispusiese las materias conforme le pareciese que sería más conveniente.

Hallábanse ya en el Tocuyo ciento cincuenta hombres que á los llamamientos del Gobernador habían concurrido de las demás ciudades, y aunque entre todos sólo había dos arcabuces, el uno de Jerónimo Alemán, y el otro de Francisco Maldonado de Almendáriz, sin embargo, prevenidos los demás de lanzas y adargas hechas de cuero crudo, aseguraba en ellos la victoria Gutiérrez de la Peña, por el valor y militar experiencia que tenía reconocido en todos; á que le ayudaba mucho la ventaja de hallarse con bastante número de gente de á caballo; y mientras, con el embarazo de algunas prevenciones necesarias, se detuvo en el Tocuyo, caminaba Aguirre por las serranías de Nirgua con bastantes incomodidades por la aspereza del terreno y tesón continuado de las lluvias: contratiempos que, desenfrenando su impaciencia, daban motivo á su sacrílega lengua para abortar mil blasfemias, pues mirando para el cielo solía decir: «¿Qué piensa Dios, que porque llueva no tengo de ir al Perú? Pues muy engañado está, que he de ir aunque Dios no quiera; y supuesto que no me puedo salvar, pues vivo estoy ardiendo en los infiernos, he de ejecutar tales crueldades, que suene mi nombre por la redondez de la tierra:» otras veces, animando á sus soldados, les decía que por temor del infierno no dejasen de hacer cuanto les pidiese el apetito, pues con solo creer en Dios bastaba para salvarse; y otras cosas tan semejantes á éstas, que sólo pu-

diera propalarlas aquel monstruo infernal, indigno de ser cristiano.

Divertido con tan devotos ejercicios, marchaba Aguirre por aquellas serranías, cuando diez de sus soldados, sin haber comunicado su intento unos con otros, cada uno de por sí lograron la ocasión de apartarse de su infame compañía, emboscándose, sin que los echasen menos, por las malezas de aquellos arcabucos: burla que irritó tanto al tirano, que, maldiciendo su fortuna, ponderaba con extremo la infamia de sus marañones, pues lo desampararon al mejor tiempo, dejándolo abandonado en la fuerza de su mayor conflicto; pero al fin, aunque oprimido con estos desconsuelos, y cargado de mil temores en que lo traía envuelto el remordimiento de su mala conciencia, hubo de llegar al río de Yaracui y valle de las Damas, donde sintiéndolo las centinelas que tenían puestas los de Barquisimeto, partieron para la ciudad tocando al arma; y como los vecinos se hallaban sin prevención para poder defenderse, porque Gutiérrez de la Peña aun no había llegado con la gente que se juntaba en el Tocuyo, desampararon la ciudad, enviando aviso al Gobernador de la cercanía en que quedaba el tirano, á cuyo rebato despachó Gutiérrez de la Peña á su maestre de campo Diego García de Paredes con quince hombres de á caballo para que observase de más cerca los movimientos de Aguirre, mientras él con el resto de la gente salía en su seguimiento para Barquisimeto, hacia donde, receloso con la desconfianza que tenía de la poca fidelidad de sus soldados, caminaba el tirano por una montaña, cuya aspereza sólo permitía una senda tan angosta que apenas era capaz de que por ella marchasen uno á uno los soldados, por lo cual llegó también á empeñarse de vuelta encontrada Diego García de Paredes con sus quince de á caballo; y cuando más ajenos de encontrarse iban los unos y los otros, se llegaron á descubrir tan de repente, que, turbados los nuestros con el susto y embarazados con la ramazón de la montaña, por dar priesa á retirarse dejaron en el camino dos ó tres de las lanzas que llevaban y otras tantas caperuzas ó

celadas que usaban en aquel tiempo, hechas de lienzo de la tierra, colchadas con algodón, de figura ridícula y extraña, que, cogiéndolas Aguirre, fueron motivo para que mofando, como siempre, representase á los suyos lo medrados que se hallaban los que servían al Rey en las conquistas, pues traían por adorno ó por defensa tan indecentes alhajas.

No paró el maestre de campo en su veloz retirada hasta salir á lo raso de una sabana limpia que estaba poco antes de entrar en la montaña, donde pretendía formar alguna emboscada para hacer algún daño al enemigo; pero marchando Aguirre sin detenerse en su alcance toda la noche, favorecido de la luna, volvió á encontrar en la sabana con Paredes, antes que hubiese dispuesto la emboscada, obligándolo con su presteza, no esperada, á que sin parar á paso largo llegase á Barquisimeto el día siguiente, donde halló ya al general Gutiérrez de la Peña, y conferido entre los dos lo que debían hacer en aquel caso, les pareció más conveniente no esperar al tirano en la ciudad, porque no teniendo armas de fuego y consistiendo toda su fuerza en los caballos y lanzas, era mucha la ventaja con que podría Aguirre ofenderlos, si, amparado del recinto de las casas, tiraba con sus mosquetes de mampuesto; y así, dejando desembarazada la ciudad, se retiraron todos á las barrancas del río, con ánimo de mantenerse en ellas alojados para lograr á la vista las coyunturas del tiempo.

En el ínterin Aguirre llegó á dar vista á la ciudad, y puesta su gente en escuadrón formó de sus confidentes la vanguardia, con orden de que al infante que se apartase tres pasos de los demás, lo matase luego el compañero, y marchando de esta suerte, desplegadas las banderas y tendidos los estandartes, al estruendo de repetidas salvas de mosquetería entró en Barquisimeto el día 22 de octubre del año de 61, y escogiendo para su alojamiento las casas de Damián del Barrio, se acuarteló en ellas por la seguridad que le ofrecía el estar cercada de una muralla de adobes que, coronada de almenas, cogía toda la cuadra.



CAPÍTULO VIII.

Llega Pedro Bravo con alguna gente de Mérida al socorro: escribe Aguirre al Gobernador una carta: danse vista los dos campos, y después de algunas escaramuzas se retiran.

Al tiempo que Gutiérrez de la Peña desamparó la ciudad retirándose á las barrancas del río, se apartó por un camino extraviado Diego García de Paredes con ocho compañeros á caballo, y cogiéndole la vuelta sin que lo sintiese el tirano, dió sobre su retaguardia cuando iba entrando á la ciudad, con tan bizarro denuedo, que le quitó cuatro bestias cargadas de alguna ropa, pólvora y otras municiones, sin recibir daño alguno; de cuyo feliz principio quedaron tan contentos los soldados, que teniéndolo por anuncio de muy dichosos progresos, se quedaron sobre las barrancas para estar más á la mira de las operaciones de Aguirre; pero él, encerrado en el cuartel que escogió para su alojamiento, no intentó novedad alguna hasta el día siguiente sobre tarde que licenció á sus Marañones para que metiesen á saco la ciudad: diligencia que sólo sirvió para que hallasen por las casas diferentes cédulas de perdón á todos los que abandonasen al tirano, las cuales, firmadas del Gobernador, había dejado esparcidas Gutiérrez de la Peña al tiempo de retirarse, y una carta para Aguirre en que le exhortaba volvie-

se al servicio de su Rey, con quien le sería buen tercero, remitiéndolo á sus piadosos pies; y en caso de no venir en tan honesto partido, librasen el derecho de las armas en batallar cuerpo á cuerpo, para que se declarase entre los dos la victoria sin derramar tanta sangre.

Pesado golpe fué el hallazgo de estas cédulas para el sobresalto con que vivía Aguirre, receloso siempre de la poca fidelidad de sus soldados, pues temía que lo habían de desampararar al mejor tiempo; pero disimulando cuanto pudo, los juntó á todos en su casa para darles á entender con un razonamiento dilatado el veneno que llevaban escondido aquellas cédulas para los que se creyesen de ligero, pues se debían de acordar para no fiarse en palabras, que sus robos y muertes excedían en número y calidad á cuantas en España y en las Indias habían cometido otros traidores, para cuyo perdón era fiador muy fallido un gobernador de caperuzas, pues cuando el Rey, sin faltar á la justicia, pudiera perdonar tales delitos, bastaba el sentimiento de los parientes y amigos de los muertos para traerlos siempre perseguidos; además que el baldón continuo de traidores en todas partes los había de tener siempre afrentados, y por remate de sus desventuras vendrían á experimentar lo que Tomás Vázquez y Juan de Piedrahita, á quienes quitó las cabezas el Licenciado Gasca en el Perú, sin que les valiesen sus anteriores servicios ni los perdones en que vivían confiados.

Concluído este razonamiento, que según pareció después hizo poca operación en sus soldados, mandó quemar algunas casas que podrían servir de abrigo á sus contrarios, de cuyo incendio, por malicia ó por descuido, participó también la iglesia, que, siendo de paja, tuvo poco que hacer el fuego para consumirla; si bien Aguirre, al ver que se quemaba, por dar algunas muestras de cristiano hizo sacar las imágenes y adornos que habían quedado en ella porque no entrasen también á la parte en el incendio. Entre tanto que esto sucedía en Barquisimeto, se estaba en el Tocuyo el gobernador Pablo Collado padeciendo algunos achaques de

espantos y temores, con que lo atormentaba su corazón cobarde; pero llegando de Mérida el capitán Pedro Bravo de Molina con veinte caballos de socorro, y viendo que la cortedad de su apocado espíritu lo tenía tan amedrentado que no se hallaba en ánimo de ponerse en parte donde lo viese el tirano, le representó la nota á que exponía su opinión si, faltando á las obligaciones de su puesto, no asistía personalmente á dar aliento á sus soldados en ocasión tan precisa como la que tenía entre manos; y aunque á los principios con el motivo de sus achaques procuró excusarse de padecer en el estrépito de las armas los sustos á que no estaba acostumbrada su complexión pacífica, sin embargo, á repetidas instancias de Pedro Bravo hubo de convenir en que haría cuanto pudiese por esforzarse para pasar en su compañía al campo real, y dándoles las gracias por la prontitud con que habían venido á socorrerle, le nombró por su Teniente general; ejercicio que aceptó contra el común parecer de sus soldados, porque hallándose Justicia mayor de la ciudad de Mérida, tuvieron por desprecio el que su capitán con aquel título se sometiese á la jurisdicción de un gobernador extraño, pudiendo militar separado debajo de su bandera, como cabo auxiliar que venía de otro distrito.

Determinado Pablo Collado (aunque muy de mala gana) á hallarse presente en todas las disposiciones de la guerra, salió aquella misma tarde del Tocuyo con Pedro Bravo y más de sesenta hombres que habían concurrido, así de los de Mérida como de otras partes de la gobernación, y caminando toda la noche para Barquisimeto á juntarse con Gutiérrez de la Peña, al ir amaneciendo encontraron un correo con una carta de Aguirre para el Gobernador, que por ver su contenido hicieron alto para leerla, y hallaron que decía de esta manera:

«Muy magnífico señor: Entre otros papeles que de V. md. en este pueblo se han hallado, estaba una carta suya á mí dirigida, con más ofrecimientos y preámbulos que estrellas hay en el cielo; y para conmigo y mis compañeros no había necesidad de que se tomase este trabajo, pues sé yo hasta

dónde llega su ciencia; y en lo que toca á hacerme mercedes y favorecerme con el Rey, fué superfluo lo que V. md. me ofrece, pues bien sé yo que su privanza no llega al primer nublado; y si el Rey de España hubiera de pasar por la lid que entre V. md. y yo se hiciera, yo la aceptara, y aun diera á V. md. las armas aventajadas; mas todos los tengo por ardides de los que usa con sus caballeros, que ganaron y poblaron esta tierra para que V. md. con sus nominativos les viniera á robar su sudor con título de que viene á hacer justicia, y la justicia que se les hace es inquirir cómo conquistaron la tierra, para por esta vía hacerles guerra: la merced que de V. md. quiero es que no curemos de tentarnos las corazas, pues sabe V. md. lo poco que en ello puede ganar, porque mis compañeros se han dado tan poco por sus perdones, cuanto es razón, y tienen propuesto de vender las vidas bien vendidas: yo no pretendo en esta tierra más de que por mi dinero me provean de algunas cabalgaduras, y de otras cosas, que demás de pagarlas muy bien, se reservará V. md. su gobernación y pueblos de ella de hartos daños que yo y mis compañeros le haremos, si por otra vía nos quisieren llevar; porque en las muestras que en la tierra hemos visto nos han puesto alas y espuelas para no parar en ella; que por unas caperuzas y lanzas, que por huir unos soldados de V. md. dejaron en el camino, hemos visto cuán medrados están los demás: y volviendo á la carta, no hay para qué V. md. diga que andamos fuera del servicio del Rey, porque pretender yo y mis compañeros hacer por las armas lo que hicieron nuestros antepasados, no es ir contra el Rey, porque al que nos hiciere las obras le tendremos por señor, y al que no, no le conocemos, y así ha muchos días que nos desnaturalizamos de España, y negamos al Rey de ella, si es que alguna obligación teníamos de servirle, y así hicimos nuestro Rey, al cual obedecemos, y como vasallos de otro señor bien podemos hacer guerra contra quien hemos jurado de hacerla, sin incurrir en ninguna nota de las que por allá se nos ponen; y concluyendo en todo, digo que como V. md. y sus republicanos nos hicieren la vecindad, que así les ha-

remos las obras, y que si nos buscaren, aquí nos hallarán las manos en la masa, y mientras más aina nos dieren el avío, que le suplico me den, con más brevedad nos iremos de esta tierra. No me ofrezco al servicio de V. md. porque lo tendrá por fingido ofrecimiento. Nuestro Señor la muy magnífica persona de V. md. guarde. Su servidor,—Lope de Aguirre.»

Este era el contenido de la carta que acababa de leerse en público por el mismo Gobernador: lo dejó tan compungido, que derramando lágrimas dijo: «Ojalá que el suceso de esta guerra se dejara entre mí y Aguirre, que quizá quedara yo con la victoria; mas pues Dios lo ordena así, démosle gracias por todo, pues nuestros pecados deben de ser causa de que hasta aquí lleguen las centellas del Perú, para darnos estos disgustos y ponernos en estos aprietos.» Y decía esto con tales suspiros y demostraciones de sentimiento, que manifestando bien su ánimo tímido, dió ocasión á todos los circunstantes para que mofando con irrisión su cobardía, prosiguiesen con el entretenimiento de agudos y picantes dichos lo que restaba de camino, hasta que poco después del mediodía llegaron á las barrancas del río donde estaba alojado con el campo real Gutiérrez de la Peña, que alegre con tan buen socorro, desde luego tuvo por fijo el vencimiento, ayudando mucho para alentar á los soldados la voz que entró esparciendo Pedro Bravo de que traía consigo doscientos hombres, fuera de otros quinientos que habían venido de Santa Fe, y quedaban ya en Mérida, capitaneados de un señor oidor de aquella Audiencia; novedad que publicada por cierta entre la gente de guerra, llegó luego acreditada por verdadera á noticia del tirano, porque aquella misma noche se huyó del campo real un negro, y pasándose al alojamiento de Aguirre, le dió cuenta de la venida del Gobernador, y de los doscientos hombres de socorro que había traído Pedro Bravo, de que quedaron tan desatinados los Marañones, teniendo por infalible su perdición á vista de poder tan superior, que resolvieron muchos á no perder la ocasión de pasarse al campo real para gozar del indulto que les ofrecía el Gobernador.

Los primeros que lograron el poner en ejecución este deseo fueron Juan Rangel y Francisco Guerrero; que hallando forma para salir secretamente con sus armas, tuvieron lugar de llegar á la presencia de Gutiérrez de la Peña, asegurándole que sin otra diligencia que la de estarse á la mira conseguiría con brevedad desbaratar al tirano, por no haber en su campo cincuenta hombres que le siguiesen con gusto y estar los demás determinados á abandonar su partido; advertencia en que siempre había instado Pedro Alonso Galeas, como quien tenía tanteados los corazones de los soldados de Aguirre; pero, sin embargo, el mismo día quisieron Pedro Bravo y el maestre de campo Paredes dar una vista al enemigo, y saliendo del alojamiento con cuarenta de á caballo, entre quienes iban Hernando Serrada, Pedro Gavilla, García Valero, Francisco Infante y Gómez de Silva, llegaron á ponerse en parte donde pudiesen ser oídos de los Marañones, á quienes dando voces aseguraron de nuevo el perdón que les tenían prometido si desamparasen al tirano antes que las armas llegasen á rompimiento; y como advirtiesen entonces que algunas indias de las del servicio de Aguirre estaban en el río lavando ropa, bajaron á la deshilada, sin ser visto el maestre de campo Paredes y Pedro Bravo, con otros diez compañeros, y cogiéndolas de repente, sin que lo pudiesen impedir los Marañones, las pusieron á la grupa, y cargando la ropa que tenían volvieron á subir la barranca.

Bien coligió Aguirre de este lance el mal temperamento que iban tomando sus cosas; y como de estarse encerrado en las cercas de su cuartel sólo conseguía dar tiempo á sus soldados para que con la consideración del riesgo que les amenazaba buscasen el seguro que el Gobernador les prometía, quiso probar ventura con las armas, por ver si á la felicidad de algún suceso favorable mejoraba el semblante su fortuna y lograba ventaja su partido; para lo cual mandó que Cristóbal García y Roberto de Susaya, con sesenta arcabuceros, diesen sobre el campo real aquella noche, y ejecutado el daño que pudiesen, tomasen la retirada al ir

apuntando el día; pero errando los Marañones el camino, sin poder atinar con el sitio en que se alojaban los nuestros, vino á encontrar con ellos casualmente el capitán Romero, que con algunos vecinos de la villa de Nirgua iba en socorro del Gobernador; y conociendo por las demostraciones que era gente del tirano, hizo piernas al caballo hasta llegar al campo real, tocando al arma: alboroto que obligó á Gutiérrez de la Peña á disponer sus tropas á aquella hora y mantenerse en forma de batalla, hasta que, al rayar el alba, empezó á marchar determinado á presentar la batalla al enemigo; pero conociendo su determinación los Marañones, se fueron retirando para su alojamiento con buen orden, hasta que, amparados de un matorral espeso que hallaron en el camino (donde no podían llegar los caballos por el embarazo de unas barrancas que tenía por delante), hicieron alto, volviendo la frente á defenderse.

Lope de Aguirre, noticioso del aprieto en que quedaban los suyos, montando en un caballo morcillo que tenía, partió con el resto de su gente á socorrerlos, y animados con su llegada hicieron demostración de querer acometer á nuestro campo; pero reconociendo Gutiérrez de la Peña que mientras el enemigo estuviese amparado de aquel sitio gozaba de conocida ventaja para el combate, empezó á retirarse, excusando por su parte la refriega; y empeñado Aguirre en seguirlo, dió lugar para que una manga de caballería de nuestra parte ocupase los matorrales para que no pudiese volver á aprovecharse de su abrigo: estratagema que, conocida por Aguirre, aunque tarde, procuró remediarla poniendo su gente en orden para atacar la batalla, con la prevención de separar cincuenta arcabuceros que estuviesen prontos para ocurrir á la necesidad del mayor aprieto; pero aunque con repetidas cargas continuaron en disparar su arcabucería, tirando de mampuesto á distancia muy corta, fué cosa muy particular y reparable que sin hacer daño alguno se quedaban las balas aplanadas sobre los sayos de armas y piel de los caballos, cuando con solo cinco arcabuces que había en el campo real mal prevenidos, á los

primeros tiros quedaron heridos algunos Marañones y muerto el caballo morcillo del tirano, de que recibió tal sentimiento que, bramando con la cólera, baldonaba á sus soldados, diciéndoles se avergonzasen de que unos vaqueros, con zamarras de ovejas, le hubiesen muerto el caballo y herídole su gente, sin que ellos tuviesen habilidad para derribar á alguno.

Andaba á la sazón escaramuceando en una yegua á vista de los nuestros Diego Tirado, capitán de caballos del tirano y uno de sus más amigos, y pareciéndole buena ocasión aquella para mejorar partido, dando una remetida algo más larga, se pasó al campo real, y queriendo á su imitación hacer lo mismo Francisco Caballero, anduvo tan desgraciado, que haciéndole piernas al caballo para seguir á Tirado, se le cortó de suerte que no bastó su diligencia para hacerle dar un paso, teniendo lugar Aguirre para volverlo á incorporar entre los suyos y conocer por estas demostraciones lo poco que podía fiar en la simulada lealtad de sus soldados, pues se veía ya desamparar hasta de los más amigos; y así, no teniéndose por seguro en la campaña, se empezó á retirar con aceleración, hasta encerrarse en las cercas de su alojamiento, donde al ir entrando los Marañones, uno de ellos llamado Gaspar Díaz, de nación portugués, queriendo hacer ostentación de la fineza que le profesaba á Aguirre, hirió con una partesana á Francisco Caballero, el cual pretendió pasarse al campo real, diciendo al ejecutar el golpe: muera este traidor; pero como ya el tirano no se hallaba en estado de perder un hombre tal cual fuese, no sólo embarazó el que lo acabasen de matar, pero mostrando sentimiento de la acción de Gaspar Díaz mandó curar á Caballero, poniendo todo cuidado en su asistencia.





CAPÍTULO IX.

Intenta Aguirre volverse á la Borburata: desamparando sus Marañones, pasándose al campo real, y muerto por orden de Paredes, le cortan la cabeza y hacen cuartos.

Luego que Aguirre se vió á su parecer asegurado en el fuertecillo que le servía de cuartel, no pudiendo olvidar el sentimiento de lo mal que habían obrado sus soldados aquel día, volvió de nuevo á reprenderles su poca resolución, llamándolos cobardes y de ánimos mujeriles, pues teniendo en las armas ventajas tan conocidas, se habían dejado ultrajar de sus contrarios sin haber hecho en su desquite operación que fuese de importancia; y pasando de un extremo á otro su cruel ánimo, estuvo determinado á dar garrote á los que parecía andaban con tibieza en su servicio, que reducidos á nómina para la ejecución del suplicio, pasaban de cincuenta los proscritos; pero comunicando su intención con algunos de sus amigos, escandalizados de atrocidad tan enorme, lo hubieron de disuadir de tan inicuo dictamen, representándole podría ser que, engañado con las apariencias del recelo, quitase la vida á algunos de los que le eran más afectos, pues tenía reciente el ejemplar de Diego Tirado, á quien siempre había tenido por uno de sus mayores amigos, y en la ocasión lo había experimentado el más ingrato; y era factible que los que juzgaba remisos

en su asistencia, en llegando la precisa fuesen los más prontos á morir en su defensa; bastó el consejo para suspender las muertes, mas no para que dejase de desarmarlos por asegurarse de la sospecha que había formado contra ellos; y considerando que según las dificultades que encontraba era imposible por aquel camino conseguir el viaje que pretendía para el Perú, se resolvió á dar vuelta á la Borburata, y embarcándose como pudiese, buscar otra derrota que facilitase más el fin á que aspiraba su anhelo.

No ignoraba Gutiérrez de la Peña estos designios por las noticias que le daban sus espías de los desconsuelos en que fluctuaban las desconfianzas de Aguirre, y procurando aumentárselos con estar siempre á la vista, tenía puestos de continuo cuarenta caballos sobre el alojamiento del tirano, para que, observando sus movimientos, le embarazasen también la conducción de los víveres: diligencia que, ejecutada con cuidado, aprovechó de suerte, que reducidos los Marañones al extremo de una necesidad apretada, después de haberse valido de los perros y caballos para mitigar los rigores de la hambre que padecían, no pudiendo tolerar la falta de bastimentos, empezaron á desunirse poco á poco, y conforme lograban la ocasión, de uno en uno y dos en dos se fueron muchos pasando al campo real: contratiempo que, hiriendo en lo más vivo del sentimiento de Aguirre, procuró remediarlo con mandar salir á la campaña una escuadra compuesta de aquellos soldados en quienes tenía asegurada la correspondencia de su mayor confianza, para que con los arcabuces hiciesen desviar los cuarenta caballos que había puesto Gutiérrez de la Peña en el asedio de su alojamiento, cuya asistencia y tesón era el origen de su mayor aprieto.

Amparados de las paredes de una ermita (para resguardarse del choque de los caballos) empezaron los Marañones á disparar sus arcabuces á tiempo que, divertido el capitán Pedro Brabo, reprendía la ligereza con que sus soldados infamaban de palabra á los contrarios, llamándolos traidores; y como un mestizo Marañón llamado Juan de Lezcano

advirtiese este descuido, le metió puntería con golpe tan acertado, que dándole al caballo por la frente, lo derribó muerto en tierra; de que gozosos los de Aguirre, por ser el primer tiro que lograban, celebraron con repetidos aplausos la nueva felicidad de aquel suceso; pero socorrido Pedro Brabo con otro caballo por los suyos, paró la desgracia sólo en los amagos del susto, si bien, escarmentado del peligro, tuvo por conveniente retirarse un poco con su gente á parte donde no perdiese de vista el alojamiento del tirano, para estar inmediato á embarazar la tornavuelta que pretendía Aguirre hacer á la Borburata, para embarcarse otra vez: determinación que llegó á poner por obra habiendo antes quitado las armas á todos aquellos de quienes tenía desconfianza su temor; pero llegando el 27 de octubre, víspera de los Apóstoles San Simón y Judas, que tenía Dios diputado para castigo de las maldades de Aguirre y que en él terminasen con su muerte las insolencias de aquel monstruo, dispuesto ya todo para la partida, al empezar á marchar, sentidos los desarmados de la afrenta con que los trataba Aguirre, se excusaron de seguirle, representándole que llevarlos de aquella suerte sin defensa, era sacrificarlos voluntariamente á sus contrarios, pues hallándolos sin armas no les quedaba que hacer para matarlos; además, que era sobrada mengua de un caudillo que se preciaba de valeroso volver la espada al empeño, por no tener ánimo para hacer cara al peligro: palabras que, proferidas con aquella entereza y desahogo á que obliga el justo escozor de un sentimiento, fueron motivo para que Aguirre, recelando principios de algún motín en que peligrase la obediencia á su respeto, tomase por acuerdo volverles á dar las armas, pidiéndoles perdón del yerro que había cometido su ignorancia; y como algunos, sintiéndose todavía agraviados del desaire, rehusasen el admitirlas, llegó á tanto abatimiento la vileza de su cobarde altivez, que se humanó á rogarles con empeño le hiciesen el favor de recibirlas.

Con el alboroto y confusión que ocasionaron estas alte-

raciones, andaba todo revuelto y puesto en gran desorden el campo del tirano, cuando con la noticia que tuvieron de su partida llegaron sobre el alojamiento Diego García de Paredes y Pedro Brabo con buena copia de gente de á caballo, á cuya oposición, procurando no se llevasen, como la vez pasada, alguna gente del servicio de los Marañones, que á la sazón estaba en el río, despachó Aguirre á Juan Jerónimo de Espínola, con quince arcabuceros, para que la defendiese, haciéndole alto hasta que volviese á recogerse al cuartel; pero Espínola y sus compañeros, luego que se vieron en franquía, apresurando el paso y diciendo en voces altas «¡viva el Rey, caballeros!» se pasaron al campo real, incorporándose con la tropa de Paredes: accidente en que estribó la total ruina del tirano, porque los demás Marañones que estaban fuera del alojamiento, animados con el ejemplar de Espínola, no quisieron ser los últimos en afianzar la seguridad de su partido, y á vista del mismo Aguirre, diciendo: «¡Viva el Rey, que á servirlo venimos!» se pasaron á los nuestros; resolución que siguieron después todos los otros, dejando al tirano solo con Antón Llamoso, que habiendo jurado muchas veces le sería fiel amigo en vida y muerte, quiso cumplir su palabra manteniéndole lealtad en el lance más adverso de su fortuna.

El Maestre de campo, entonces, viéndose ya con la victoria en las manos, despachó aviso al Gobernador para que, marchando con el resto de la gente, viniese á coger el fruto de sus sobresaltos y aflicciones; mientras Aguirre, conociendo la inconstancia de su contraria suerte, vacilaba confuso, con el temor del desastrado fin á que lo había precipitado su rebelión y tiranía; y advirtiendo que sólo le acompañaba Antón Llamoso, descaído de ánimo y con la voz turbada, le dijo que por qué no iba también á gozar de los perdones del Rey; á que le respondió, constante en su amistad, quería, muriendo á su lado, cumplir lo que le tenía ofrecido; y sin replicarle el tirano otra palabra, se entró para un aposento donde estaba una hija suya que había traído del Perú, acompañada de otra mujer, natural de Molina de

Aragón, á quien llamaban la Torralva, y poseído del demonio, queriendo cerrar el número de sus crueldades con la más atroz que pudo caber en la estolidez de una fiera, calada la cuerda de su arcabuz, la dijo se encomendase á Dios, porque la quería matar para librarla de la afrenta de que la llamasen después hija de un traidor; y aunque la Torralva, asida del arcabuz, pretendió con ruegos disuadirlo de maldad tan execrable, inflexible en la resolución de tan infame propósito, soltó de la mano el arcabuz, y sacando la daga de la cinta, la quitó la vida á puñaladas.

Cometida atrocidad tan enorme, volvió á salir para afuera á tiempo que ya la gente del campo real, apoderada del alojamiento, entraba por las puertas de la sala, á cuya vista, turbado y sin aliento para nada, se arrimó como un triste á una barbacoa que estaba en un rincón del aposento, y viéndolo de aquella forma un Fulano de Ledesma, espadero del Tocuyo, volviendo la cara á hablar con el Maestre de campo, le dijo: «Señor, aquí tengo rendido al tirano;» á que respondió Aguirre: «No me rindo yo á tan grandes bellacos como vos;» y conociendo á Paredes, por la insignia de su puesto, sin poder ya articular bien la voz por el desmayo de su espíritu, le dijo: «Señor Maestre de campo, suplico á vuestra merced que, pues es caballero, dé tiempo para oirme, porque tengo negocios que comunicar muy de importancia al servicio del Rey;» y como Paredes se inclinase á condescender con la súplica, suspendiendo la ejecución de su muerte hasta que llegase el Gobernador, recelosos los Marañones del peligro que les amenazaba si Aguirre descubría las maldades que todos habían obrado en la jornada, le persuadieron con insistencia no malograse con la dilación el tiempo, cuando podía de una vez asegurar la victoria con la muerte de aquel hombre; y pareciéndole bien este consejo, dió permiso á los mismos Marañones para que lo matasen luego.

Entonces Juan de Chaves y Cristóbal Galindo, encarándole los arcabuces, se los dispararon á los pechos, aunque Chaves, cogiéndolo al soslayo, erró el golpe y dió en un

brazo con la bala, defecto que conoció Aguirre desde que caló la cuerda, pues al observar la forma con que hacía la puntería, dijo: «Mal tiro;» pero al disparar Galindo, que le partió el corazón, diciendo «Este sí que es bueno,» cayó muerto en tierra; y otro de los Marañones, llamado Custodio Hernández, le cortó luego la cabeza, y cogiéndola por los cabellos (que los tenía bien largos), salió con ella en la mano á recibir al Gobernador, mientras el maestre de campo Diego García de Paredes, tremolando sobre las almenas de la cerca las vencidas banderas del tirano, publicaba con alagres demostraciones la victoria, aunque el gobernador Pablo Collado, mostrando sentimiento de que hubiesen muerto á Aguirre sin su orden, recibió con sequedad y displicencia los aplausos; pero disimulando cuanto pudo, por no tener ya remedio, mandó hacer cuartos el cadáver y ponerlos en los caminos; la cabeza, por memoria, dió á la gente que vino del Tocuyo, donde, puesta en una jaula de hierro, permaneció muchos años en el rollo de la plaza; la mano izquierda tocó á los vecinos de la Valencia, y la derecha entregó al capitán Pedro Bravo, para que la llevase á Mérida; pero después unos y otros, considerando la inutilidad de tan infames alhajas, se las dieron á los perros, por librarse de la molestia que causaban al olfato.

El general Gutiérrez de la Peña hizo prenda de las banderas del tirano, alegando ser despojo perteneciente á su puesto, según la disposición de las leyes de milicia, y las tuvo después su estimación en tan singular aprecio, que consiguió facultad del rey Felipe II para poderlas añadir por blasón al escudo de sus armas, como las usan hoy sus descendientes; merced que, junta con el título que se le dió de mariscal de esta provincia y de regidor perpetuo de todas las ciudades que la componen, fué premio en que quedó vinculada á la posteridad la memoria de lo que mereció en el agrado real este servicio.

Así acabó la temeraria tiranía de Lope de Aguirre, cuya rebelión, según los aparatos con que empezó en los principios, tuvo puestas en cuidado todas las provincias de Amé-

rica; pero deshecha, como hemos visto, más á industrias de la maña que á poderes de la fuerza, celebraron con aplauso las demás la gloria que consiguió Venezuela. En la villa de Oñate, de la provincia de Guipúzcoa, tuvo Aguirre su indigno nacimiento, para deslustrar con sus obras la lealtad antigua de nación tan noble, y aunque hijo de padres de mediano estado, debió á la naturaleza el ser hidalgo; su persona fué siempre á la vista despreciable, por ser mal encarado, muy pequeño de cuerpo, flaco de carnes, grande hablador, bullicioso y charlatán; en compañía ninguno más temerario, ni solo más cobarde; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones y alborotos; y así, en más de veinte años que vivió en el Perú, aunque su ejercicio era domar potros y hacer caballos, no hubo levantamiento ni motín en que no tuviese prenda, y en el de D. Sebastián de Castilla, cuando en las Charcas mataron al general Pedro Alonso de Hinojosa, fué de los más culpados, y como tal condenado á muerte por el mariscal Alonso de Alvarado, aunque su diligencia en esconderse frustró la ejecución de su castigo, y para conseguir después perdón de este delito se alistó por soldado en el campo real que formó la Audiencia de Lima contra Francisco Hernández Girón, y entonces fué cuando en el valle de Cochabamba lo hirieron en una pierna, de que quedó siempre lisiado; fué de natural tan revoltoso y tremendo, que por sus alborotos estuvo desterrado por justicia de las más ciudades del Perú, y en la del Cuzco llegó á lance que se vido en términos de morir ahorcado, siendo conocido en todas partes por el nombre de Aguirre el loco, hasta que saliendo con Ursua á la conquista de los Omeguas formó su rebelión para que, á costa de tanta sangre como derramó inhumano, quedase eterna la memoria de su bárbara impiedad, acreditándose de fiera entre los hombres (74).





CAPÍTULO X.

Pide Fajardo socorro al Gobernador: envía éste á Luis de Narváez con cien hombres, y mueren todos en el camino á mano de los Arbacos.

Vanaglorioso el cacique Guaicaipuro de haber logrado tan á gusto la muerte de Juan Rodríguez, y empeñado Terepaima en llevar adelante la traición en que lo había metido su deslealtad, trataron de conmover todas las demás naciones de la provincia de Caracas, para que haciendo causa común los intereses de su fin particular, diesen armados sobre los pueblos de San Francisco y el Collado, concurriendo cada uno por su parte á la restauración de la libertad, que imaginaban perdida; pero corriendo entre muchos la solicitud de esta conjura, no pudo ser tan secreta que no llegase á penetrarla Francisco Fajardo, que de vuelta de la Margarita se hallaba ya en el pueblo de San Francisco; y aunque valiéndose de los medios de su natural agrado, procuró sosegar la alteración que conocía en los caciques, viendo que nada bastaba para aquietarlos, pues crecían por instantes los movimientos que recelaba en los indios, determinó dar cuenta al Gobernador del aprieto en que se hallaba, para que procurase cuanto antes socorrerlo con la gente que pudiera; para cuya diligencia se valió de un Juan Alonso, vecino del Collado, hombre práctico y de resolución para

cualquier empeño, á quien despachó en una piragua al puerto de la Borburata, para que pasando al Tocuyo, informase al Gobernador el estado en que quedaba, esperando por horas el general levantamiento de los indios.

Estaba en Barquisimeto Pablo Collado cuando llegó Juan Alonso (que fué pocos días después de la muerte del tirano), y enterado del peligro que amenazaba á Fajardo, alistó con brevedad cien hombres (75) para enviarle de socorro, los más de ellos de los Marañones que habían quedado desperdigados con el desbarato de Aguirre; y para que á la conducta de un experimentado capitán se efectuase mejor la diligencia, pretendió recomendarla al maestre de campo Diego García de Paredes; pero como los muchos servicios de aquel caballero había días que clamaban por la solicitación del premio, con el motivo de pasar personalmente á la corte á pretenderlo, se embarcó para Castilla (en compañía de Gutiérrez de la Peña) sin admitir el encargo que le hacía el Gobernador: causa para que Collado, por abreviar cuanto antes el socorro, nombrase en su lugar por capitán para la conducción de aquella gente á Luis de Narváez, hombre notable, natural de la ciudad de Antequera, en la Andalucía, que á la sazón era alguacil mayor del Tocuyo; quien prevenido de todo lo necesario, con bastante carruaje y sobrado número de gente de servicio, salió de Barquisimeto por principios de enero del año de 62*; pero con tanto descuido y tan mala forma en la disposición de su marcha, que llegando á encumbrar la loma de Terepaima, donde murió Juan Rodríguez, siendo la parte donde necesitaba de mayor vigilancia su recato, por ser el centro de la nación Arbaca, caminaba por ella tan confiado, que por librarse del peso de las armas las llevaban liadas los soldados sobre las bestias del bagaje: desorden que, conocido por los indios Meregotos (que de las sabanas de Guaracarima y orillas del río de Aragua, dónde tenían su habitación, habían subido á la serranía llamados por los Arbacos para cooperar á su defensa), queriendo

* Año de 1562.

llevarse la gloria de que se debiese á su socorro el vencimiento, ocuparon con sus escuadras el alto que hoy llaman las Mostazas, y adornados de divisas y penachos, esperaron á que llegase Narváez; quien al ver ocupado el paso con aquella multitud, dejándose llevar de la templanza, cuando la ocasión pedía una resolución arrojada, se puso muy despacio á requerirles con la paz, protestándoles corriesen por su cuenta los daños que ocasionase la guerra; de cuyo requerimiento, haciendo irrisión los indios con algazaras y gritos, remitieron á las armas la respuesta; y valiéndose á un tiempo de flechas y de macanas contra los desprevenidos españoles, los pusieron en tan desordenada confusión, que aunque Narváez como hombre de valor procuró entonces enmendar con su esfuerzo los yerros de su descuido, fué á tiempo que ya no tuvo remedio su reparo, pues herido de muerte á los primeros encuentros y atravesado por mil partes á flechazos, cayó del caballo en tierra, donde atropellado de los indios perdió lastimosamente la vida en castigo de su poca prevención.

A este tiempo los Arbacos, que hasta allí habían estado á la mira de lo que obraban las tropas auxiliares de los Meregotos, viendo el desbarato en que se hallaban los nuestros, desfilando sus escuadrones para tener también prenda en la victoria, atacaron por su parte la batalla; y como nuestra gente, turbada con el desaliento que le causó la muerte de Narváez, no pudiese resistir la fuerza de tanto bárbaro, dió lugar con su desmayo para que aquella canalla embravecida ejecutase sin piedad los rigores de su saña; pues llevándose cuanto encontraban por delante al filo de las macanas, hicieron estrago tan lamentable en aquellos miserables españoles, que sin perdonar vida, ni aun de la gente de servicio, los pasaron todos á cuchillo, quedando solo para testigos de aquella triste tragedia Juan Serrano, Pedro García Camacho y Francisco Freire (76), que entre la confusión de tanta muerte tuvieron lugar para escaparse, y metiéndose por los montes, al cabo de cinco días fueron á salir los dos primeros al pueblo de San Francisco, donde estaba Fajardo esperan-

do por instantes el socorro; pero enterado con la noticia que le dieron de la desgraciada muerte de Narváez y general destrozo de su campo, perdió en él toda la esperanza de poderse mantener contra la opugnación de un enemigo victorioso; y considerando que, divididas en San Francisco y y el Collado las pocas fuerzas que tenía, era exponer ambos pueblos al evidente riesgo de su ruina, tuvo por más evidente abandonar voluntariamente el uno, que no perderlos entrambos; y antes que los indios, en prosecución de la victoria, viniesen á sitiarlo, despobló el de San Francisco, retirándose con toda la gente unida á fortalecerse en el Collado.

El otro soldado, Francisco Freire, huyendo con la turbación de aquel conflicto, acertó á coger el mismo camino por donde habían venido, y volvía para Valencia; pero como á poco tiempo de su fuga encontrase con algunas tropas de indios que le tenían cogido el paso, con el deseo de salvar la vida, sin reparar en la temeridad que ejecutaba su miedo, se arrojó de un precipicio tan pendiente, que hoy causa horror mirarlo, dejando perpetuada la memoria de su desesperación en aquel sitio, pues es comúnmente llamado el salto de Freire, aunque corrupto por la vulgaridad el vocablo lo llaman todos ya el salto del Fraile; pero anduvo tan afortunado en la caída, que con ser bien grande la distancia que hay desde la eminencia al valle, no recibió otra lesión que quedar algún tiempo sin sentido, hasta que vuelto en sí y recobrado del susto, pudo, caminando por una quebrada abajo, salir (aunque con alguna penalidad) á las orillas del Tuy, donde tuvo otro contratiempo su desgracia, pues encontrándose con unos indios Meregotos que iban para la serranía, se halló metido en lance de mayor aprieto; y no ocurriéndole otro remedio por entonces que valerse de la humildad y sumisión para escapar la vida, hincándose de rodillas, con lágrimas y exclamaciones les empezó á pedir no lo matasen, pensando moverlos á piedad con sus plegarias; pero como la misericordia sea virtud poco conocida entre éstos bárbaros, no haciendo mucho caso de sus rue-

gos, le tiraron algunos golpes de macana, chanza que teniéndola el Freire por pesada, parecióle mejor mudar de medio, y metiendo mano á una mala espadilla que llevaba, embistió con los indios con tan valiente brío, que á pocos lances dejó heridos tres ó cuatro de los que más le molestaban, y temerosos los demás, tuvieron por partido más seguro dejarle el paso franco y retirarse, dándole lugar para que, sin otro accidente, al cabo de algunos días llegase á Barquisimeto con la noticia del infeliz suceso de Narváez para contristación general de la provincia; atribuyendo todos la desgracia de aquella infausta jornada á castigo conocido de la justicia divina, para que pereciendo con tan desastrado fin los Marañones, sirviese de escarmiento tan merecido premio á sus maldades.







CAPÍTULO XI.

Envía la Audiencia al Licenciado Bernaldes á averiguar los excesos de Collado: remítelo preso á España, y queda gobernando en su lugar: sitia Guaicaipuro el Collado, y Fajardo lo desampara.

Después que el gobernador Pablo Collado, con la muerte del tirano Aguirre, se halló libre de las aflicciones en que lo tuvo puesto su espíritu apocado, ó fuese porque la felicidad de aquel suceso le infundió con desvanecimiento alguna soberbia mal fundada, ó porque sentido de las mortificaciones que por entonces toleró, en el desprecio con que le trataban sus súbditos, quisiese con la mano de superior dar satisfacción á su despique, empezó á usar con los vecinos tales sequedades y asperezas, que extrañando la novedad, á que no estaban acostumbrados, por ser muy diferentes las atenciones que antes experimentaban en la docilidad de su natural afable, se le fueron originando émulos y declarando quejosos; y pasando adelante las destemplanzas de Collado, se vieron obligados á recurrir á la Audiencia de Santo Domingo á representar sus agravios á la sombra de algunos cargos y capítulos que le formó el desafecto sobre la mala disposición de su gobierno, que aunque en la realidad eran de poca sustancia y no estaban del todo comprobados, fueron bastantes para que la Audiencia tomase resolución

de enviar, para que los averiguase, al Licenciado Bernaldes, de profesión letrado, á quien llamaban comúnmente Ojo de Plata (77), por uno que traía de este metal para llenar el hueco de otro que le faltaba; y llegado al Tocuyo por agosto del año de 62, como quiera que en la comisión que se le dió traía la cláusula ordinaria de que hallando culpado al reo lo remitiese preso á España, resumiendo en sí el gobierno, fué preciso se dispusiesen las cosas de calidad que no quedase la cláusula infructuosa; y así, á poca diligencia de los capitulantes, dando por probados los delitos que le imputaban, declaró á Collado por suspenso del gobierno, y adjudicándose el bastón, lo remitió preso á España.

En tanto que esto pasaba en el Tocuyo, estaba Fajardo en el Collado sin dejar las armas de la mano, por los continuos aprietos en que lo ponían los indios, que, soberbios con la rota de Narváez y despoblación de San Francisco, á instancias de Guaicaipuro habían hecho empeño de no dejar español en la provincia, á cuyo general movimiento pudo resistir Fajardo algunos días ayudado de Guaicamacuto y demás caciques de la costa, que firmes en su amistad, no habían querido meter prenda en la conjura; pero pudo tanto la astucia de Guaicaipuro, que valiéndose de la triaca para introducir el veneno, dispuso la perdición de Fajardo por los medios en que aseguraba su mayor confianza, pues pervirtiendo al cacique Guaicamacuto con molestas persuasiones, lo redujo á que faltase á la fidelidad al mejor tiempo; y arrimándose á la parte de la liga, sin que Fajardo lo entendiese, tuvo lugar para con el seguro de amistad disponer á su salvo la traición. Tenían los españoles fabricado dentro del pueblo un fuerte de madera, á cuya sombra mantenían con valor su resistencia, sin que los indios pudiesen lograr ventaja en los asaltos; y discurriendo forma Guaicaipuro para sacarlos á pelear fuera de aquel abrigo, en que consistía toda su defensa, retiró todas sus tropas, dando á entender con disimulo que no quería ya guerra con Fajardo, y dejando pasar algunos días, amaneció una mañana con su gente á vista de la po-

blación de Guaicamacuto (disposición que tenían con gran secreto parlamentada entre los dos), fingiendo venía á moverle guerra, por la amistad que profesaba con Fajardo.

Distaba la población una legua con poca diferencia del Collado, y afectando el Guaicamacuto mil temores (dejando antes dispuesta en el camino una emboscada), partió luego en busca de Fajardo, y con cuanta simulación supo formar su malicia, le dijo: «Por haber sido tu amigo me vienen á destruir los indios Teques; veslos, allí están sobre mi pueblo, con ánimo de talar mis sementeras y poner fuego á mis casas; pues yo te he ayudado para defenderte de ellos, ayúdame ahora con tu gente para librarme del daño que por tu amistad me viene.»

Parecióle á Fajardo tenía razón en lo que pedía el cacique, y resuelto á favorecerlo con empeño, lo despidió, encargándole tuviese su gente prevenida para cuando llegase Juan Jorge de Quiñones, á quien con treinta infantes y tres hombres de á caballo enviaría luégo en su socorro.

No deseaba el bárbaro otra cosa, y vuelto á su pueblo con presteza, reforzó la emboscada que había dejado dispuesta en el camino, nombrando por cabo de ella á un indio valeroso llamado Pararián, y él, con otra considerable porción de indios, se emboscó más adelante, quedando sobresaliente Guaicaipuro para embestir con sus Teques en llegando la ocasión. Bien ajeno de prevención tan traidora, salió Juan Jorge con su gente del Collado; y aunque al entrar en la montaña reconoció al instante (como práctico) el engaño que encubría, sólo sirvió su advertencia de que no lo cogiesen descuidado, pues sin tener tiempo para más que mandar á cargar los arcabuces con dos balas, se halló acometido por todas partes de innumerable multitud de flechas, á que correspondieron sus soldados con tal brío, que trabándose fuertemente la batalla, se llenó en breve de horror y sangre la montaña; pero como los indios eran muchos (pues pasaban de cinco mil los combatientes), fué preciso que los nuestros, para poder defenderse, dejando las armas de fuego, echasen mano á las espadas, que con-

vertidas en rayos, corrían por las gargantas de aquella canalla infiel, mientras Juan Jorge, con los tres compañeros de á caballo, haciendo prodigios con las lanzas, procuraba atropellar las enemigas escuadras; pero ¿para qué fin arresto tan superior, si por cada indio que moría sustituían ciento en su lugar, cuando los nuestros, rendidos con la fatiga y cansancio de más de tres horas de pelea, necesitaban ya de todas las ensanchas del valor para poder mantenerse?

En este estado se hallaban aquellos treinta y tres españoles, cuando reforzados los espíritus á persuasiones de Juan Jorge, volvieron con más esfuerzo á renovar la pelea, por ver si á fuerza de brazos podían salir á la playa, que era la única esperanza que tenían para lograr con alguna seguridad la retirada, cogiendo por abrigo la reventazón del mar para guardar los costados: diligencia que, conseguida con trabajo, sirvió sólo para mayor tormento, porque cargando de refresco Guaicaipuro, al ver que se escapaban los nuestros, se encendió de ambas partes con más desesperación la refriega; y como en el fervor más ardiente del combate descubriese Juan Jorge á Pararián, que con una guayca en la mano animaba los suyos al vencimiento, queriendo humillar su activez con el castigo, hizo piernas al caballo para atravesarlo con la lanza; pero anduvo tan desgraciado, que, tropezando el caballo en unas piedras, cayó con él en el suelo, donde sin poderlo remediar, logró el Pararián la ocasión de su venganza, pues le quitó la vida atravesándole el vientre con la guayca: desgracia que hubiera sido la ruina de los demás, si á este tiempo no llegara Fajardo, que, noticioso del aprieto en que se hallaban los suyos, salió del Collado con el resto de la gente á socorrerlos, á cuya sombra pudieron conseguir la retirada, hasta ampararse del fuerte que tenían hecho en el pueblo; si bien no fué con tan poca pérdida, que no costase la vida á once soldados, y el quedar bien heridos los demás.

No se dió por satisfecha aún todavía la soberbia altivez de Guaicaipuro con haber logrado tan á su gusto la traición en

que metió á Guaicamacuto, y haciendo nuevas levas, así de sus vasallos como de las demás naciones de la liga, para reclutar sus tropas, por haber perdido en la batalla más de setecientos Gandules, las aumentó al número de siete mil combatientes, y con ellos, resuelto á no desistir de la empresa hasta alcanzar por entero la victoria, puso sitio regular sobre el Collado, reduciéndolo á tan riguroso asedio que, desesperado Fajardo de poderse mantener, hallándose falto de bastimentos y sin esperanza alguna de socorro, antes que la necesidad llegase á extremo que se imposibilitase el remedio, determinó desamparar el pueblo y retirarse por no ser sus fuerzas suficientes para resistir tan formidable potencia como la que había convocado Guaicaipuro, y embarcando su gente en algunas piraguas y canoas que tenía surtas en el puerto, unos se fueron para la Burburata, y él, con los más, se retiró á la Margarita; pero antes de ejecutarlo, como tenía atravesado en el corazón el sentimiento de ver malogrados sus afanes, con la intención de reforzarse cuanto antes para volver á restaurar lo perdido y tomar venganza de las traiciones con que lo tenía ofendido Guaicaipuro, obligó á que, con juramento, le prometiesen sus soldados le acompañarían en cualquier tiempo que intentase volver á conquistar la provincia.





CAPÍTULO XII.

Matan los indios de Caracas á Diego García de Paredes: viene por gobernador D. Alonso Manzanedo, y por su muerte vuelve á gobernar el Licenciado Bernaldes.

Embarcados para Castilla (como referimos en el cap. x de este libro) el general Gutiérrez de la Peña y el maestre de campo Diego García de Paredes, con felicidad y viaje próspero llegaron á la corte; y como los grandes servicios de uno y otro eran notorios, necesitaron de muy poco favor para ser bien atendidos, pues á corta diligencia lograron la fortuna de quedar premiados, honrando Su Majestad á Gutiérrez de la Peña con el título de Mariscal de esta provincia y de Regidor perpetuo de todas las ciudades que la componen, con otras mercedes particulares, que aunque no fueron de tanta hojarasca en la apariencia, fueron de más utilidad en la sustancia, y á Diego García de Paredes con el gobierno y capitanía general de la provincia de Popayán.

Conseguidos tan favorables despachos, volvieron á salir juntos de España, embarcándose por principios del año de 63 * en un navío que venía para la Borburata, y navegando con felicidad para la América, quiso la adversa suerte (para que tuviese cabimiento la desgracia) que al reconocer la

* Año de 1563.

tierra recalase la embarcación sobre el puerto de Catia, tres leguas á sotavento del paraje donde estuvo fundada la población del Collado; y acordándose Diego García de Paredes de que al tiempo que se partió para España había salido del Tocuyo, con el socorro que venía para Fajardo, Luis de Narváez, con quien profesó siempre una amistad muy estrecha, ignorante de su muerte y lo demás sucedido con el general levantamiento de los indios, mandó ancorar el navío para lograr de paso la ocasión de adquirir noticias del amigo.

Era cacique de aquel valle un indio llamado Guanauguta, acérrimo enemigo de la nación española, y como tal, de los que más ayudaron á Guaicaipuro para lanzar á Fajardo; y viendo surta la embarcación en su mismo puerto, maquinó luego una traición su alevosía, pues emboscando doscientos indios de los más valerosos de su pueblo en los arcabucos más cercanos, empezó desde la playa á llamar la gente del navío, tremolando al aire una bandera blanca, á cuya seña, engañado Diego García de Paredes, con la presunción de que sin duda estaba allí Narváez ó alguno de sus soldados, mandó echar la lancha al agua, y acompañado solamente de cuatro caballeros extremeños que traía consigo y seis marineros para el remo, saltó en tierra, donde recibido del cacique con cuanto agasajo pudo afectar el fingimiento, tuvo lugar para preguntarle luego por Narváez; y el bárbaro, para asegurar su intento y tener más cómoda oportunidad para lograrlo, le respondió con engaño diciéndole estaba en el pueblo de San Francisco, y que si gustaba enviaría un indio á avisarle para que viniese á verle, sirviéndose en el ínterin de subir á la población á dirvertirse, pues siendo tan corta la distancia sería muy poco el tiempo que tardaría la respuesta.

Creyólo Paredes confiado y aceptó el convite inadvertido; mas apenas había llegado á las casas, cuando entre la esplendidez de un suntuoso banquete que le tenían prevenido, conoció en la turbación de los indios que le asistían la malicia que ocultaba la urbanidad del festejo, y comunicando su sospecha á los demás compañeros, trató de retirarse á la

playa para volverse á embarcar; pero los otros, como poco prácticos en las cosas de las Indias, atribuyeron á temeridad la desconfianza de Paredes, obligándolo á que, sin hacer caso de lo mismo que temía, atropellase imprudentemente los riesgos que imaginaba, pues divertidos todos entre los regocijos del convite, dieron lugar á los indios para que, saliendo de la emboscada, embistiesen con ellos, cogiéndolos descuidados; y aunque Paredes, con aquel antiguo ardimiento de su valor acostumbrado, animando á los compañeros, echó el resto de la desesperación para buscar la defensa (pues, según refiere fray Pedro Simón, * mató más de ochenta por sus manos); como los enemigos eran muchos, nada bastó para que todos dejasen de pagar con las vidas la necedad de su confianza inadvertida, pues sólo pudo escapar un marinero, que aunque seguido de los indios y herido con algunos flechazos, tuvo la fortuna de llegar á la playa, y echándose á nado coger el batel, que los estaba esperando sobre remos, para que, volviendo al navío, refiriese, como testigo de vista, las circunstancias de aquella desgracia lamentable, que fué para los compañeros más sensible, cuando poco después de sucedida alcanzaron ver que los indios en la playa, ó por venganza, ó por escarnio, empalando aquellos nobles cadáveres y suspendiéndolos en alto, tenían por entretenimiento hacerlos blanco de sus crueles saetas; pero no pudiendo por entonces remediarlo, se hicieron á la vela por librarse de la mortificación de ver con sus mismos ojos los actos tan lamentables de aquella triste tragedia.

De esta manera acabó el gobernador Diego García de Paredes, cuyas hazañas en las Indias siempre lo acreditaron por grande, pues se preció en todas ocasiones de tan hijo en el valor como en la sangre de aquel célebre español de su propio nombre cuyos arrestos fueron asombro de Italia. En la ciudad de Trujillo de la noble Extremadura tuvo su nacimiento, é inclinado desde su tierna edad al ejercicio de la guerra, dejó la milicia de la Europa, en que pudiera con las

* Fray Pedro Simón, not. 7, cap. 1.

singulares ocurrencias de aquel siglo haber acrecentado á menos riesgo su fortuna, por seguir á los Pizarros, como parientes y amigos, en las conquistas de América, donde, porque no peligrase su lealtad, abandonó las conveniencias que en el Perú le habían granjeado sus méritos; pues viendo á Gonzalo Pizarro envuelto en aquellas vulgares aclamaciones de defensor de la patria, que después lo precipitaron á su ruina, receló las contingencias á que podía quedar expuesta su opinión con las inquietudes del paisano; y menospreciando los premios á que eran acreedores sus servicios, se pasó anticipadamente al nuevo reino y de allí á esta provincia, donde, conquistados los indios Cuicas, dejó vinculada la memoria de su patria con la fundación de la Nueva Trujillo. En el desbarato del tirano Aguirre tuvo la mayor parte su asistencia, y cuando franca la real mano empezaba á comunicarle sus favores, atajó la muerte los pasos á su dicha con el accidente infeliz de una desgracia (78).

Pocos días después de sucedida la muerte de Diego García de Paredes, llegó á Coro D. Alonso de Manzanedo, proveído por el Rey en el gobierno y capitanía general de la provincia en el lugar del Licenciado Pablo Collado; y habiendo abierto el juicio de residencia contra el Licenciado Bernaldes, su antecesor, como quiera que la afabilidad de su natural cortesano le tenía adquirida la dicha de bien quisto, en el corto tiempo que le duró el empleo hubo menester muy poco para quedar con lucimiento, pues declarado por libre con una sentencia muy honrosa, cargado de estimaciones se volvió á la isla Española, donde estaba avecindado, á gozar con quietud del retiro de su casa; pero como la experiencia de su obrar tenía acreditado su talento, dentro de breves días fué preciso le buscasen otra vez con más empeño las honras; porque siendo el D. Alonso de Manzanedo hombre de crecida edad y de salud muy quebrada, con la mudanza del temperamento y fatiga de los cuidados se le fueron acrecentando los achaques, de suerte que postrándose luego en una cama, murió por febrero del año de 74, dejando el gobierno á los alcaldes, en virtud de lo

determinado por la cédula que consiguió Sancho Briceño; pero noticiosa la Audiencia de la muerte de Manzanedo, á pedimento de todas las ciudades de la provincia volvió á nombrar por gobernador interino al Licenciado Bernaldes, que agradecido á la buena voluntad que conocía en los vecinos, se embarcó gustoso para Coro, donde los aplausos de su recibimiento fueron la más calificada aprobación de su obrar antecedente.







CAPITULO XIII.

Vuelve Fajardo á intentar la conquista de Caracas: préndelo con engaño Alonso Cobos, y alevosamente le quita la vida: entra el Gobernador Bernaldes hasta Guaracarima, y sin pasar adelante se retira.

No fueron bastantes los repetidos contratiempos de Fajardo, ni el haberse visto obligado por dos veces á desamparar la provincia de Caracas, para que perdiese el ánimo, ni desmayase en aquel firme propósito que siempre tuvo de conseguir su conquista; y así, desde el instante que llegó á la Margarita, después de despoblado el Collado, empezó á tratar con más empeño que antes de juntar fuezas y buscar medios para volver á restaurar lo perdido y tomar satisfacción de los agravios con que lo tenía ofendido la indomable activez de Guacaipuro; y como con las expediciones anteriores había ya adquirido crédito y granjeado singular estimación para con todos, fuéle fácil, ayudado de los amigos, disponer con brevedad lo necesario para su tercer jornada; de suerte que, hallándose por principios del año de 74 con ciento treinta hombres, algunos caballos, porción de ganado vacuno y cantidad considerable de armas y municiones, fué despachando sus soldados y prevención de pertrechos á tierra firme, con orden para que le esperasen en el río de Bordones, una legua poco más á sotavento de Cumaná,

donde pensaba formar la masa de su ejército; y cuando le pareció tiempo, por no tener ya qué hacer, pasó á incorporarse con su gente para dar principios á los movimientos de su marcha.

Era en la ocasión Justicia mayor de Cumaná Alonso Cobos, declarado enemigo de Fajardo sin más motivo que la emulación de verlo acreditado con la fama que le habían adquirido sus conquistas, y sabiendo que estaba en el río de Bordones, así por satisfacer los rencores de su envidia como por parecerle que, quitado el embarazo de Fajardo, podría con facilidad hacerse dueño de toda la prevención de su armamento, y conquistando con él la provincia de Caracas, apropiarse los aplausos que sentía ver en su émulo, maquinó la más enorme maldad que pudo caber en pecho humano, pues resuelto á matar á Fajardo por el modo que pudiese, se valió de una reconciliación fingida para formar una traición verdadera; y enviándole diferentes recados cortesanos con la enhorabuena de su llegada, trató por mano de un Marcos Gómez, amigo de Fajardo, que pasase á verse con él á Cumaná, para que comunicándose personalmente los dos, quedase más asegurada la amistad; y aunque Fajardo á los principios (quizá por los latidos con que fiel le avisaba el corazón, no atreviéndose á fiar de una amistad reconciliada) procuró excusarse, tomando por pretexto la precisa aceleración de su partida, fueron tales las instancias, promesas y precauciones con que aseguró Alonso Cobos la sinceridad de su buen trato, que obligado Fajardo á tanto ruego, hubo de pasar á Cumaná, guiado de su mala estrella, para que lograse Cobos la maldad que tenía premeditada, pues recibiéndolo en su casa con apariencias de agrado, lo tuvo divertido en conversación hasta la noche, que pareciéndole á Fajardo era ya tiempo para volverse á Bordones, al tratar de despedirse salieron de un aposento algunos criados y amigos que tenía Cobos, prevenidos con unos grillos para ponerle; y como Fajardo se defendiese á no dejarse prender, le dijo Cobos: «V. md. no se alborote, que todo esto no es más que un cumplimiento para tapar la

boca á algunas quejas, y no quiero que el pueblo entienda que porque somos amigos embarazo la justicia; déjese V. md. prender, que dentro de una hora estará libre.»

Engañado Fajardo con la simulación traidora de aquellas falsas palabras, consintió en la prisión para su daño, pues luego que le pusieron los grillos y le quitaron las armas, aun no teniéndolo Cobos de aquella suerte por seguro, lo hizo meter en un cepo, y sin más prueba ni forma que el atropellamiento de su pasión vengativa, tomándole la confesión por ante un escribano llamado Hernando López, aquella misma noche le dió vista de los cargos para que se defendiese con término de media hora, atribuyéndole por delitos lo que la estimación común (y con razón) le celebraba por méritos, pues le acriminó como culpas los singulares servicios hechos en las repetidas entradas á la conquista de Caracas; y sin aguardar á más, pasada la media hora lo sentenció á muerte de horca, mandando que para el suplicio lo sacasen arrastrando á la cola de un caballo.

Absorto quedó Fajardo al oir la notificación de sentencia tan inicua, pues ni pudo obrar mayor violencia el rigor, ni discurrir más horrible sinrazón la tiranía; y viendo que ni se le admitía la apelación que interpuso, ni hallaba recurso humano para remedio de semejante injusticia, trató de buscar forma para avisar á sus soldados, que había dejado en Bordones, pues no le quedaba otra esperanza que recurrir á las armas para librarse con la fuerza de aquel atropellamiento que usaba con él la alevosía; pero recelando Cobos lo mismo que imaginaba Fajardo, aceleró la ejecución de la sentencia, y antes que se supiese en el pueblo lo que tenía forjado su maldad, mandó le diesen garrote en el mismo cepo que le servía de prisión; y como Fajardo se defendiese con las manos, sin consentir que llegasen á ponerle los cordeles, pudo tanto en Cobos la pasión, unida con la crueldad, que levantándose furioso de una silla en que estaba sentado, dijo: «¿Es posible que para matar una gallina hemos de tener tanto en que entender?» y cogiendo él mismo con sus manos una soga, le hizo un lado corredizo, y como

si enlazara algún toro se lo echó desde lejos una y otra vez, hasta que haciendo presa en la garganta lo sujetó contra el suelo para que llegando los demás lo acabasen de matar dándole con una tabla en la cabeza, hasta hacérsela pedazos; y no satisfecho aún todavía el rencor de Cobos con acción tan inhumana, por dar más complacencia á su venganza hizo sacar por la mañana el cadáver arrastrando á la cola de un caballo y colgarlo en la horca por los pies: espectáculo que dejó atónita la gente de Cumaná, y abominando todos á una voz la maldad execrable de aquel hombre, en cuya comparación, ¡qué tigre no fué piadoso! ¡y qué fiera no fué humana!

Así terminó los lances de su fortuna el capitán Francisco Fajardo, en quien compitieron á porfía el valor y la desgracia: sus pensamientos elevados, con ser un pobre mestizo desvalido y sin caudal (si bien de nacimiento noble) fueron bastantes á insertarlo en el número de los conquistadores de las Indias, pues llevado de la generosidad de su espíritu emprendió solo y sin medios una materia tan ardua como la conquista de los Caracas, que consiguió con industria y mantuvo con tesón, atropellando con valor y tolerando con sufrimientos las dificultades y contratiempos que le dispuso contraria la fortuna, hasta llegar á merecer por lo heroico de sus hechos que la Majestad del Rey Felipe II le honrase con título de Don (circunstancia tan apreciable en aquel tiempo, como abatida en el nuestro) y con el gobierno perpetuo de todo lo que poblase: mercedes de que no pudo gozar por haber llegado los despachos después de sucedida la lamentable tragedia de su muerte, la cual sabida por sus soldados en Bordones, aunque á los principios, movidos con el fervor del sentimiento, intentaron pasar á Cumaná para tomar satisfacción con la venganza, como se hallaron sin cabeza que los gobernase para disponer la ejecución, divididos en diversos pareceres se les fué enfriando la cólera de suerte, que desunido el armamento cada uno tiró por su camino, sin atender á otra cosa que á buscar cada cual su conveniencia.

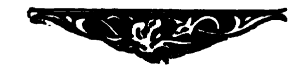
Más finos anduvieron con Fajardo los vecinos de la Margarita (donde era en extremo amado por el natural agrado de su trato), pues luego que tuvieron la noticia de su infeliz desgracia, sintiendo por común agravio de todos la injusta muerte del paisano, deseando aplicar remedio á insolencia tan enorme y que la maldad de Cobos no quedase sin castigo, capitaneados de Pedro de Viedma, Justicia mayor de aquella isla, atravesaron en piraguas con gran secreto á tierra-firme, y entrando sin ser sentidos con el silencio de la noche en Cumaná, prendieron á Alonso Cobos (79) y se lo llevaron á la Margarita, donde se sustanciaba la causa, y comprobado el delito, por mandato de la Real Audiencia de Santo Domingo (á quien remitieron los autos), después de arrastrado por las calles, murió ahorcado y hecho cuartos para que quedase ejemplo del castigo donde estaba la memoria de su infame delito.

Deshecho el armamento de Fajardo con su muerte, y malograda la esperanza que se tenía por aquel medio de que se volviese á restaurar lo perdido en la provincia de Caracas, trató el gobernador Bernaldes de tomar con empeño y por su propia persona su conquista, por parecerle no convenía á su reputación el que en su tiempo se dejase desamparado por descuido lo que en el de sus antecesores se había adquirido con trabajo; y prevenidos cien hombres, que fueron los que pudo juntar en todas las ciudades del distrito, salió del Tocuyo en compañía del mariscal Gutiérrez de la Peña, á quien por su militar experiencia nombró por general, para que corriese por su cuenta toda la disposición de la jornada; mas como estando presente el Gobernador era preciso que no obstante residiese en él toda la autoridad, desde luego se empezó á reconocer el inconveniente de no poder el Mariscal disponer las cosas conforme le parecían convenir, porque el Gobernador, como poco práctico, pretendía entablar la conquista con requerimientos y protestas, á que no asentía el Mariscal, con el conocimiento de que la altivez con que se hallaban los indios estaba ya en estado que sólo requería valerse del rigor para

domarla; de cuya contrariedad en los dictámenes pronosticaron todos el poco efecto que podían esperar de la jornada, á que se agregó, para que el vaticinio saliese verdadero, que llegados á las sabanas de Guaracarima hallaron toda la tierra puesta en armas, porque los Arbacos y Meregotos, con la noticia que tuvieron de que el Gobernador en persona entraba con gente armada en sus países, llamaron en su ayuda á los indios Quiriquiris, sus confinantes y amigos; y subiendo éstos por las orillas del Tuy, hasta el río de Tiquire, fueron tantos los gandules que de unas naciones y otras se untaron, que, ocupados todos los altos y montañas, no se descubría parte de los contornos que no la poblasen sus penachos; á cuya vista empezaron á acobardarse los nuestros, y aunque á persuasiones del Mariscal hubieron de empeñarse á entrar por un valle angosto que forma dos serranías, corriendo el Tuy por en medio (á quien llamaron entonces el valle del Miedo), sólo sirvió para que, reconociendo con más claridad la oposición que hallaban en los indios, se aumentase más en todos el temor, de suerte que, sin atreverse á pasar más adelante, determinaron, por parecer común, retirarse á las sabanas de Guaracarima y esperar allí á que se juntase más número de gente, por ser muy poca la que llevaban para poder conseguir la conquista que emprendían.

Ejecutada, pues, la retirada, el Gobernador, con el deseo de hacer cuanto antes la recluta para reforzar su campo, acompañado del Mariscal se volvió para el Tocuyo, dejando el resto de los soldados en Guaracarima á cargo de Francisco de Madrid, á quien nombró por cabo superior para que los gobernase mientras duraba su ausencia; pero aunque el Mariscal por su parte y el Gobernador por la suya, pasando personalmente á todas las ciudades de la provincia, aplicaron cuanta solicitud pudo discurrir la diligencia más exacta, había cobrado tan mal crédito la conquista de Caracas con el continuado curso de sus desgracias, que no pudieron hallar hombre que quisiese exponerse al riesgo de padecerlas; y como por esta causa se dilatase el socorro

más de lo que había prometido la esperanza, hallándose Francisco de Madrid bastantemente apretado con los repetidos acometimientos de los indios y con la desconfianza que padecía su gente, se vió obligado á dejar en su lugar á Antonio Rodríguez Galán, y pasar personalmente al Tocuyo á reconocer el estado que tenían las disposiciones del Gobernador para proseguir en la conquista; pero desengañado en breve con la mala forma que halló en todo, se volvió á Guaracarima, con orden del Gobernador para que se retirasen los soldados, poniendo por entonces fin á la jornada, hasta que el tiempo diese conveniencia para poderla intentar con fundamentos más sólidos.





NOTAS.

(1) *Juan de la Cosa, de nación vizcaíno*, pág. 31.
Juan de la Cosa fué natural de Santoña, según consta en documentos insertos en mis *Disquisiciones náuticas*.

(2) *El Factor Juan de Ampués*, pág. 35.
Asímismo lo nombra Fr. Pedro Simón y los historiadores modernos que le siguen: Fr. Pedro de Aguado escribe *Juan de Amprés*; pero en documentos originales que se conservan en el Archivo de Indias firmó *Joan Dampies* y *Joan de Ampies*, que es como le llama Juan de Castellanos en sus *Elegías*.

(3) *La nación caiquetia*, pág. 36.
Juan de Castellanos *caquetia*; el P. Simón, *Indios caquesios*. Fernández de Oviedo, *zaquitios*.

(4) *Intituló Santa Ana de Coro*, pág. 37.
No por estar en la provincia de Coriana (*Curiana*, según el P. Simón) se dió aquel nombre á la primera ciudad de Venezuela, al decir de Castellanos, sino por el río *Coro* que está inmediato. Hay sin embargo quien sospecha no ser el nombre indígena, porque *Coro* llaman en Navarra á una vid de sarmiento prolongado. El referido Castellanos pone la fundación de la ciudad en 1525, y da á conocer los primeros pobladores; Simón y Oviedo señalan el año de 1527, que admite Baralt.

(5) *Capitulación de los Belzares*, pág. 39.

Por lo general se encuentran en las antiguas relaciones, en las crónicas que con su vista se escribieron, y aun en documentos oficiales, desfigurados los apelativos de los alemanes que concurrieron á la conquista de Venezuela. Los *Belzares* ó *Berzares* eran en Europa conocidos por *Welseres; Alfinger* ó *Alfinjer* no fué tampoco nombre propio del primer gobernador de Tierra-firme. El suyo consta en la capitulación ó asiento aprobado en la Real cédula de 27 de marzo de 1528, que Oviedo no vió, sin duda: existe en el Archivo de Indias y se ha publicado en la Colección de documentos inéditos de Torres de Mendoza, con algunas erratas de imprenta. El Rey concedió á Enrique Einguer y á Jerónimo Sayller, alemanes y vasallos suyos, autorización para allanar, pacificar y poblar la tierra desde el Cabo de la Vela y Golfo de Venezuela hasta el Cabo Maracapana, este-oeste, norte-sur, de una mar á la otra, con todas las islas que están en la costa, menos las que estaban ya encomendadas al factor Ampiés. Facultaba al primero para delegar en cualquiera de sus hermanos Ambrosio de Alfinger ó Jorge de Einger concediendo al designado título y atribuciones de gobernador y capitán general, por toda su vida, de las tierras que así descubriese y poblase, con salario en cada un año de trescientos mil maravedís, con otras mercedes, á cambio de ser de su cuenta la expedición y de llenar determinadas condiciones. Es de conjeturar por tanto que el elegido se nombraba Ambrosio de Einger ó Einguer, y que se le aplicó el apelativo de Alfinger por el pueblo de su naturaleza, dándolo á entender claramente Castellanos en la parte segunda, Elegía I, canto IV. Los soldados le designaban simplemente por *Micer Ambrosio*, nombre que pusieron al valle en que murió á consecuencia de las heridas recibidas de los indios.

(6) *El Señorío de la isla de Curazao*, pág. 42.

El documento de la nota anterior dice *islas*, no isla, y en su obediencia se le dieron las tres que están frente de Coro, llamadas Curazao, Oruba y Bonaire, de que gozaron después de él sus herederos. El P. Simón lo consigna. El grupo era conocido por la designación *de los Gigantes*.

(7) *Laguna de Maracaibo*, pág. 44.

Aquí rectifica Oviedo las noticias de Fr. Pedro Simón, enmendando los nombres de los ríos que éste llama Chaca, Cacotumo y Socuy, y explicando cómo se navegaba en su

tiempo. Más adelante la describe también Baralt en su *Resumen de la historia antigua de Venezuela*, diciendo: «El lago de Maracaibo es el más hermoso y el más grande que existe en el país comprendido entre el mar Caribe y la apartada Patagonia. La grande elevación de las montañas circunvecinas y la espesura de los antiguos bosques que lo rodean atraen sobre su hoya una inmensa cantidad de lluvias. Caen éstas en un espacio de cuatro mil leguas cuadradas, y todas se reunen en el lago, entrando también en él, por ciento veinte bocas, muchos ríos considerables. Son en gran trecho navegables algunos, ricos otros por las preciosas maderas de sus orillas, y discurren todos en tierras deleitosas y fecundas.» En otro lugar podrán verse las descripciones más antiguas hechas por Rodrigo de Argüelles, Gaspar de Párraga y Gonzalo de Pina Ludueña en 1579.

(8) *Alcojolados*, pág. 48.
Alcoholados. Pusiéronles los españoles este nombre porque traían los ojos teñidos con agua.—(Simón). Cuando un indio alcanza tercera victoria, píntanle desde los extremos de los ojos una raya que le va desde ellos á las orejas, y aquestos que así están *alcoljolados* son estimados por una gran dignidad.—(Fernández de Oviedo).

(9) *Iñigo de Bascona*, pág. 51.
Con mucha variedad le nombran otros autores: Castellanos, Vasconia; Fr. Pedro Aguado, Gascunia, Gascuña ó Bascuña, natural de Arévalo; Fernández de Oviedo, Vascuña.

(10) *¿Pues esto despreciáis?* pág. 53.
Los PP. Aguado y Simón lo cuentan de la misma manera: Castellanos atribuye la asquerosa voracidad á un soldado llamado Portillo. De la vida de Francisco Martín entre los indios dan todos más larga cuenta que Oviedo.

(11) *Ceruitá*, pág. 58.
Cirivita, Simón.

(12) *Pedro de San Martín*, pág. 61.
Es conforme con la lección de Castellanos, y enmienda las del P. Simón que lo nombra Juan de San Martín, castellano, persona en quien concurrían partes para lo que le daban y cosas muy mayores.

(13) *Lo sabía mejor que ellos*, pág. 63.
Hipérbole inadmisible: tan bien como ellos, escribe el P. Simón.

(14) *Juan Alemán*, pág. 63.
Conforme con el P. Simón: Castellanos le nombra Micer Joan el Bueno, por ser de condición noble y bien acondicionado; su apellido fué Sínser Ofer ó Sinserhoffer. Murió antes que Alfinger, y éste continuó por esta causa en el gobierno.

(15) *Nicolás de Fedreman*, pág. 68.
Los cronistas escriben con variedad Fredeman, Frideman, Fedriman; debe ser Federmann.

(16) *Jeorge de Spira*, pág. 69.
Espira, Despira, en otros. Según Castellanos, Spira fué la ciudad de su naturaleza, y su nombre Jorge Formud ó Formuth. En Cédula real se designa por Jeorge Hohermut.

(17) *Borburata*, pág. 72.
Burburata, Buburuata, Burburuata.

(18) *Baraure*, pág. 72.
Buraure, Araure.

(19) *Barquisimeto*, pág. 73.
Barraquisimeto, Barequisimeto, Baraquicimeto, Bariquisimeto, Bariquizimeto, Barachicimeto, Cariquicimeto.

(20) *Parte de la corteza que tenían aderezada para comer*, pág. 75.
«Rancheando los soldados las casas, hallaron la espada del muerto y parte de la cabeza cocida para comer, y aderezado el casco para beber en él, costumbre asentada entre aquellos bárbaros hacer esto en venganza de sus enemigos.» Simón.

(21) *Aricagua*, pág. 83.
Acaricagua, Simón; Acarigua, Tolosa.

(22) *Tallos de visao*, pág. 84.
Castellanos los describe así:

Es el *bihao* dicho cierta planta

Que por lugares cenagosos sale
Como plátano blando, mas no tanta
Su grandeza que con la dél iguale;
Es su cogollo cebo de garganta
Del que no tiene con que la regale;
Comida triste, floja, desabrida,
Y más cuando sin sal está cocida.

D. Juan Ignacio de Armas opina, en el curioso estudio titulado *Orígenes del lenguaje criollo*,* que la voz *bihao*, impuesta por los conquistadores, por ser parecida á la planta que en España se llama *ojo de buey* ó manzanilla loca, es de origen árabe, siendo su raíz la palabra *bihal*, ojo.

(23) *Opia*, pág. 86.
Upía en otros autores.

(24) *Jobos*, pág. 86.
Hobos. Nuestros farmacéuticos del siglo XVI tomaron esta planta por el *Spondias lutea*, y la nombraron mirobalanos, mirabolanos ó mirobolanos, los cuales corresponden á otra familia vegetal. Algunos, sin embargo, los distinguieron con la designación más propia de *mirobalanos de América*, ó frutos de la *Hernandia guianensis*. Castellanos escribió:

Hay olorosos *hobos*, que en faiciones
Y pareceres son *mirabolanos*.

(25) *Como por malas relaciones escribieron el cronista Herrera y el Provincial Fr. Pedro Simón*, pág. 94.
Copiándole casi á la letra, no se concibe cómo le hace Oviedo semejante inculpación. Fr. P. Simón escribe en ese mismo capítulo: «Este río, de quien daba noticias la india, quisieron afirmar algunos de aquel tiempo y compañía que era el Marañón, de lo que no hay que admirar, pues lo juzgaban entonces por noticias confusas y demarcaciones ciegas, por no haber la claridad que hay ahora de él... no faltó quien tuviese por ciertas aquellas nuevas de la india... como lo dice Herrera.» Castellanos bien sabía á qué atenerse diciendo que Spira iba vencido de la gran fama del Meta, y como pasado éste hallaron un chifle de plata, labrado por manos españolas, la idea de que hubiera pertenecido á las

* Segunda edición. Habana. Imp. de la V. de Solerer, 1882.

gentes de Ordax, Ortal ó Alonso de Herrera no era disparatada. Ello es que los expedicionarios, según el mismo Castellanos, bebieron de las aguas del Guayare, sabiendo era «principio y nacimiento del Orinoco,» y de las del Papamene, «barruntando que iba á juntarse con el Marañón,» y conjeturando por tanto que entre Marañón y Orinoco «debe de haber algún pedazo bueno.»

(26) *Jirajaras*, pág. 101.
Xiraras, Tolosa. Giraharas, Simón, que describe sus costumbres y *ferocidad caribe*, y también Castellanos. En documentos posteriores se ve escrito Jira-haras.

(27) *Ni el freno ni el rigor del acicate eran bastantes para obligarles á entrar en la batalla*, pág. 108.
Omite Oviedo una circunstancia notable, que Simón refiere en estos términos: «Traían asimismo (los indios) muy grandes ollas y gruesas sogas para atar á los españoles, y después de muertos guisarlos en las ollas y celebrar con sus carnes fiestas de la victoria, para cuyo ministerio traían consigo sus mujeres, con todo aderezo de cocina y lumbre ya encendida, porque tenían determinado celebrar la fiesta en los mismos ranchos de los españoles.» Omite asimismo el encuentro de la casa de las doncellas del sol.

(28) *Río de Papamene*, pág. 110.
En lenguaje de aquel país quiere deeir *Río de la Plata*.—Simón.

(29) *Por saciar el brutal apetito de hartarse de carne humana*, pág. 113.
Los Choques, refiere Castellanos, es la nación más sucia, más torpe y más infame; comían sus propios hijos y parientes y las mayores inmundicias. Cebaron sus caninos dientes, añade Simón, con algunos indios de servicio de los españoles que salían á buscar agua, leña y otras cosas del Real. Cuenta suciedades que no son para repetidas.

(30) *Riberas de Apure*, pág. 129.
El nombre propio de este río por los naturales es *Capuri*; pero corrompido el vocablo por los trasiegos de unas á otras lenguas, le llamaron Apure.—Simón.

(31) *Serpiente de corpulencia espantosa*, pág. 134.
La credulidad del P. Simón, que dice tenía este fiero ani-

mal varias cabezas, se comunicó á nuestro autor, que bien pudo omitir ó rectificar la especie. Omite en cambio otros pormenores interesantes y verídicos.

(32) *Acabó la vida Fedreman*, pág, 137.
No es esto exacto. El Licenciado Tolosa refiere que de España pasó á Alemania, donde no pudo conseguir de los Welseres la gobernación de Venezuela que pretendía, y, antes al contrario, embargándole todos los bienes le pusieron en la cárcel, donde murió. Hay sin embargo quien asegura que salió de la prisión y navegando hacia España pereció en un naufragio. Ignórase el lugar y el año de su nacimiento.

(33) *Muerto Sedeño*, pág. 140.
Tratan con extensión de sus empresas Fernández de Oviedo, Aguado, Castellanos, Herrera y Simón. Aquí se han omitido.

(34) *Murió en Coro Jorge de Spira*, pág. 147.
Castellanos agrega que fué enterrado en el templo, dictándole, como tenía por costumbre, este epitafio:

Mole sub hac Formuth requiescunt ossa Georgi
Qui invisus fatis, carus erat Superis
Nomine fortis erat, superabat nomina factis,
Natus in Espira, conditus hoc tumulo.

(35) *Para vivir con descanso*, pág. 147.
Conforme con el P. Simón, Castellanos, que no tenía tan buena opinión del Doctor, consigna que al volver á Santo Domingo naufragó:

Acabó sumergido y ahogado
Quien de clemencia nunca tuvo jugo;
Mató sin culpa, y él murió culpado,
Siendo las blandas aguas su verdugo.

(36) *Felipe de Urre, caballero alemán*, pág. 149.
Ute, Utem, Uten, Utre, Dute, Dutre, en otros; el más apropiado parece Huten, que emplea Fernández de Oviedo y se lee en cédulas reales.

(37) *El Dorado*, pág. 150.
Generalmente se admite que guerreando Benalcázar por tierras de Quito, un indio de Bogotá le dió noticia de cier-

to rey, sacerdote ó gran señor que residía hacia el Oriente y que en ocasiones, untándose el cuerpo con un bálsamo, lo cubría con polvos de oro y aparecía como rayo de sol resplandeciente para entrar en una laguna á ofrecer sacrificios. Empezaron desde entonces los soldados á hablar de *el hombre dorado* ó *el rey dorado*, suponiendo su riqueza incalculable. Algunos autores indican que las primeras noticias fueron, no de un hombre, sino de un *cerro dorado*, que herido por el sol, reflejaba sobre cierta laguna inmediata sus rayos, descendiendo el P. Gumilla á la referencia de un valle ó territorio *con peñascos y guijarros de oro*, que asegura tuvo origen en la costa de Cartagena y de Santa Marta. Hay quien dice que la nueva se esparció en el Perú llevada por los caribes del Marañón, y no faltaron otras versiones fingiendo *El Dorado* río que por arenas tenía piedras preciosas.

«Preguntando yo, escribe Fernández de Oviedo, por qué causa llaman *El Dorado*, dicen que en Quito se ha entendido de los indios el que un gran príncipe ó gran señor continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molida; porque le paresce á él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso, e que ponerse piezas ó armas de oro labradas de martillo ó estampadas ó por otra manera, es grosería e cosa común, e que otros señores e príncipes ricos las traen cuando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e más costosa, pues que lo que se pone un día se lo quita e lava en la noche e se echa e pierde por tierra; e esto hace todos los días del mundo. E es hábito que andando como anda de tal manera vestido ó cubierto, no le da estorbo ni empacho ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona e dispusicion natural, de que él mucho se prescia, sin se poner encima otro vestido ni ropa alguna. Así que este cacique ó rey dicen los indios que es muy riquísimo e grand señor, e con cierta goma ó licor que huele muy bien se unta cada mañana, e sobre aquella uncion asienta e se pega el oro molido ó tan menudo como conviene para lo ques dicho, e queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, e tan resplandesciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un grand artífice.»

De cualquier modo, la fama de *El Dorado*, que por abreviar, así vino á llamarse la provincia ó territorio soñado, llegó á ser universal y quitasueños de todos los aventureros del Nuevo Mundo.—(Véase nota 48.)

(38) *Diego de Boica*, pág. 157.
Diego de Boiza, Simón; Diego de Buiza, Tolosa.

(39) *Juan de Carvajal, y no Francisco, como le han llamado algunos*, pág. 163.
En efecto, Francisco le llama Simón; mas Castellanos y el Licenciado Tolosa atestiguan ser su nombre Juan.— (Véase nota 49.)

(40) *Guaynare*, pág. 167.
Guaivare, Simón; Guauyare, Castellanos; Guayaure, otros.

(41) *Guiaban desde las canoas con aladeras*, pág. 171.
Llevaban nadando de los cabestros los caballos, como se usa comúnmente en estas tierras para pasar los ríos caudalosos.—Simón.

(42) *Guayupes*, pág. 172.
Guaipes, Simón; Guaipíes, Castellanos; Guaypis, Tolosa.

(43) *Cuarica*, 174.
«Quarica tenía algunos ídolos y dioses macizos de oro, del grandor de muchachos de cuatro y de cinco años, y una mujer, que era su diosa, de estatura natural, también del mismo metal, y otras grandes riquezas puestas allí como en depósito, suyas y de sus vasallos, que eran innumerables.»—Simón, Piedrahita. Ocoarica, dice Tolosa.

(44) *Los martirios de la cura*, pág. 176.
No sólo Utre, sino también el capitán Arteaga, fué herido y curado del mismo modo en esta ocasión.—Simón, Piedrahita, Castellanos.

(45) *Sólo ha podido descubrir catorce de ellos*, pág. 179.
En la elegía III, canto I, dedicada por Castellanos á la expedición de Uten ó Utre, se contienen muchos más nombres, y aun se menciona á una mujer portuguesa que en alguna ocasión de apuro tomó la lanza como cualquiera de los soldados.

(46) *Melchor Gurbel*, pág. 188.
Castellanos le nombra Gubiel, y el P. Simón, Grusel; pero en verdad se llamaba Grubel. Era alemán, y obró de buena fe pretendiendo conciliar á los dos jefes, en unión

del clérigo Toribio Ruiz. Fué después de los que se avecindaron en Tocuyo con su hijo Leonardo.

(47) *Pedro de Limpias*, pág. 190.

Pedro de Limpias y Sarmiento, hidalgo, natural de Burgos según Castellanos, montañés al decir del P. Simón, habiendo llegado á Venezuela con Ampiés, sirvió con inteligencia, valentía y distinción en las jornadas de Alfinger y Federman, y al regreso de éste á Coro, pasó á la isla Española, donde tenía su mujer y familia, pensando disfrutar el largo botín que había granjeado; mas las nuevas del Dorado que aprendió en Bogotá no dejaron tranquilo su ánimo, é instigó á Huten á emprender la expedición en que tan bizarramente procedió. Tenía gran facilidad para aprender las lenguas de los indios, y así en esta ocasión como en las anteriores, sirvió de intérprete. La enemistad que por su jefe sintió á la vuelta deslució sus méritos, haciéndole *merecedor de un collar de esparto*, usando la expresión del mismo Castellanos, galardón de que también se hizo digno Sebastián de Armacea ó Almarcha, flamenco, Judas de sus compatriotas Huten y Bartolomé Belzar. Limpias siguió al lado de Carvajal, fué de los fundadores de Tocuyo, y allí se estableció. En el juicio de residencia sustanciado por el gobernador Tolosa, le hizo cargos de crueldad con los indios; no obstante, asistió á la jornada de su hermano Alonso Pérez de Tolosa al nuevo Reino y valle de Cúcuta, y tuvo también puesto preferente.

(48) *Hasta hoy se ignora la parte donde está su situación*, pág. 990.

Con el testimonio del P. José Cabarte, misionero que anduvo treinta años por el alto Orinoco, y el de un indio bautizado por el mismo, el cual declaraba haber estado cautivo quince años entre los *Omaguas*, *Omeguas* ó *Enaguas*, refiere el P. Gumilla que es fácil determinar el itinerario que siguió Huten por las riberas del Guaviare, Ariari y Orinoco. El referido indio, sin conocer una palabra de lengua española, nombraba los sitios donde durmieron los expedicionarios los veintitres días que desde *el Dorado* emplearon hasta las márgenes del Orinoco, dándoles nombres castellanos que sólo ellos podían imponer, como *Ormiguero*, *almolzadero* y otros á este tenor. Refería las mismas grandezas de los tesoros y multitud de gente que el cacique de *Macatoa* contó á Huten, pintando muy al pormenor el palacio del rey, las casas y huertas, por todo lo que se inclinaba á creer

el referido Padre en la existencia probable de *el Dorado* por aquellos lugares, advirtiendo como dato que sirviera al hallazgo que el nombre de *Manoa* dado á la ciudad que en parte vieron los españoles desde la altura próxima, es en lengua *achagua* tercera persona del verbo negativo *Manoayuna*, que quiere decir *no derrama*, y designación de todas las lagunas, de modo que *Ciudad de Manoa*, es lo mismo que *Ciudad de la laguna*. Sin duda por esto se ha supuesto y buscado tal ciudad en la laguna Parime; pero ya en 1779 afirmaba el P. Caulín, que ciudad, templo, figuras de oro, civilización y riqueza de los Omeguas eran adornos de una fábula inadmisible. Fué, no obstante, resorte de las expediciones de Orellana, Quesada, Huten, Ursua, Berrio, Maraver de Silva, Serpa, Vera, sin contar las intentadas por ingleses y holandeses, y dió á los conocimientos geográficos considerable ensanche por regiones dificultosas.

D. Eugenio Alvarado, comisario de límites con el Brasil, informaba al Virrey de Santa Fe el año 1759:

«El río Ariari y el Guayabero nacen en la cordillera oriental, con solo la diferencia que las cabeceras del primero están inmediatas á esta ciudad y el segundo más remotas, pues se desprende entre Neiva y Popayán, de suerte que estos dos ríos nacen de los tres y medio á los dos y medio grados de la parte del Norte; ambos corren al Oriente, pero el primero vuelve á entrar al Sur para entrar en el segundo, y éste corre siempre al Oriente, con ligera inclinación al Mediodía. Luego que Ariari entra en el Guayabero, toma un nombre compuesto y se llama Guaviari, que en la historia y pronunciación de aquellos tiempos llamaron Guaibari ó Guayuare. El río Ariari corre por muy cerca de la ciudad de San Martín, por otro nombre Sabana Alta, y ve aquí V. E. que tratándose de dar el Rey la conquista de los Omeguas y provincias del Dorado á D. Pedro Maraver de Silva el año 1568, con título de Nueva Extremadura, la llama el historiador Herrera á San Juan de los Llanos rica de oro, y y á este río Guayabero le nombra de San Juan, en el distrito de Santa Fe, si bien dice es San Juan de las Amazonas, pero asienta que es Orinoco, con lo que deja más patente su equivocación involuntaria. No es del caso detenerme en la crítica y motivos justos para tales yerros de geografía, de que los más sabios geógrafos no pueden librarse, porque ya se vino á la pluma el asunto á que me dirijo, pues si V. S. repara en las referidas circunstancias que hacen recomendable este ángulo, tan escondido cuanto más buscado, y concuerda que Guaviare, Guaibari y Guayuare es todo uno;

que San Martín y San Juan fueron ó hubieran sido lindero de las poblaciones de los Omaguas ó provincia del Dorado, concedidas á Maraver; que San Fernando de Atabapo está en la orilla meridional del Guaviare, y sus vecinos pisando el Dorado, no en el sentido que lo tomaron, sino en la realidad de las fundadas noticias, del oro que arrastran los ríos que de tal parte de cordillera descienden y fecundan sus valles, comprenderá V. E. que esta aparente riqueza fué origen del Dorado y descubierto asunto á mi narrativa, para dejar probada á beneficio del público tan ilustre fábula, y á utilidad de los vasallos del Rey la riqueza aparente que encierran los términos de San Juan de los Llanos, San Martín, y por consiguiente hoy San Fernando de Atabapo.

»Estas dos ciudades que beben las aguas de los ríos Ariari y Guayabero, por su navegación y la del río Umadea, ó sea Meta, que algunos llamaron Turmequis, ya más frecuentado por las misiones que en el último hay de los Padres Jesuítas, dejan probada la otra fábula del Templo del Sol en la provincia del Meta, que perdió á tantos conquistadores, como Diego de Ordax, Sedeño y Alonso de Herrera, que ofuscados con el Dorado, inquirían también el fingido Templo.»—(Véase nota 37.)

(49) *Fué ahorcado en la misma ceiba que había sido teatro de sus injusticias*, pág. 197.
Juan de Carvajal era natural de Ponferrada y escribano de oficio; sirvió la plaza de relator de la Audiencia de Santo Domingo, desde cuya isla pasó á Venezuela con el Licenciado Frías. Se le dió sepultura en la iglesia provisional de Tocuyo.—(Véase nota 39.)

(50) *Otro que se le junta, no menos caudaloso*, pág. 202.
El Oribante ó Uribante.

(51) *Aviamas*, pág. 203.
Auyamas, Simón.

(52) *Lago de Tacarigua*, pág. 207.
Hállase entre dos montañas graníticas que, separándose al Occidente de Barquisimeto, en el punto de Tucuragua, corren en la dirección de la costa; la principal y más cercana á la marina se extiende sesenta leguas al naciente por el puerto de Cabello hasta el cabo Codera; la segunda, que le es paralela, treinta leguas más, hasta cerca del río Una-

re. Queda entre las dos un espacio cuya anchura varía entre seis y diez leguas de tierras generalmente llanas, bien regadas y fértiles, que son actualmente la parte más labrada y rica de Venezuela. Este espacio de mil cuatrocientas cincuenta y cuatro leguas cuadradas se halla cerrado al Poniente por la unión de las dos montañas, y casi en la mitad de la longitud hay una elevación poco sensible del terreno, suficiente sin embargo para servir de límite á las aguas y determinar su curso. Las de la parte oriental corren por el río Tuy, á lo largo del valle, hasta echarse en el mar; las occidentales, no hallando salida, se reunen en el centro de la planicie y forman el hermoso y pintoresco lago de Tacarigua, de orillas fértiles. Entre los veinte ríos que lo alimentan, el de Aragua, que ha dado su nombre al valle, es el más importante, menos por el caudal de sus aguas que por la extensión del terreno que riega y fertiliza. Por ventura algún día esta balsa, cuyos bordes amenos recuerdan al viajero la tierra encantadora de Suiza, se apocará considerablemente, pues se observa que sus aguas disminuyen á proporción que el terreno en derredor se desmonta y se cultiva.—Baralt.—Algunos escriben Tacarihua.

(53) *El cabo de la Vela*, pág. 208.

En el cabo de la Vela, por consecuencia de los ensayos de Federman, se había establecido una ranchería, cuyos moradores se dedicaban al buceo de las perlas; llamábase pueblo del cabo de Vela; pero en los años de 1545 á 46 se abandonó, así por no hallar en las inmediaciones agua potable, piedra y madera para edificar, ni aun leña, como por la vecindad de los indios guagiros y cocinas que hostilizaban constantemente á los pobladores, matando á los que salían á buscar agua. Acudieron también contra la ranchería corsarios franceses, que la saquearon; y con la experiencia de tantas calamidades determinaron los vecinos mudar la población al río de la Hacha, treinta leguas más al Occidente y territorio de Santa Marta, sitio seguro y abundante en materiales de construcción. A este sitio se dirigió Tolosa.—Simon.

(54) *Elogio de Tolosa*, pág. 208.

Todos los historiadores encarecen las raras prendas de su gobierno. Aunque Oviedo afirma que era natural de Segovia, como los contemporáneos le decían vizcaíno, es de presumir fuera hijo de Tolosa, de donde tomaría el apelativo de procedencia. Formuló el juicio de residencia de los go-

bernadores alemanes al tenor del interrogatorio que por primera vez se publica en los apéndices de este libro.

(55) *Río Zulia*, pág. 209.
En esta ocasión lo nombraron los soldados *Río de las Batatas*, por haber hallado algunas en sus márgenes; mas este nombre se olvidó después.

(56) *Indios Babures*, pág. 209.
Bobures, Simón; Bubures, Tolosa.

(57) *Río Oro*, pág. 213.
Horo, Oiro.

(58) *Indios Chitas ó Cocuyes*, pág. 214.
De los pueblos de Chita y Cocui, Simón.

(59) *Damián del Barrio*, pág. 216.
Así también lo nombra el P. Simon; Castellanos, Damián de Barrios.

(60) *Provincia de Nirgua*, pág. 216.
Nirva, Simón; Nirgua, Baralt. Demora el Poniente de la montaña que cierra el valle de Tacarigua.

(61) *La ciudad de Nueva Segovia*, pág. 216.
«Baña el río Buria la provincia y valle de Bariquisimeto, con que los vecinos de la nueva ciudad le comenzaron luego á llamar Segovia de Bariquisimeto, y andando el tiempo se olvidó el nombre de Segovia y le quedó el del sitio de la provincia tan asentado, que en todas las circunvecinas y aun en el común nombrar no se llama sino Bariquisimeto.»—Simón.

Es de reparar que lo mismo que con esta ciudad ocurrió en Venezuela con otros pueblos, ríos, valles ó lugares á que pusieron nombre los españoles, llegando después á olvidarlos y á prevalecer la designación de los indígenas. Tal ocurrió con el *Río de las Batatas* (nota 55), con el *Manzanares*, con las ciudades ó villas de *Santa Ana*, *Nueva Jerez*, *Villarrica*, *Las Palmas*, *El Rosario*, *San Francisco*, *Santiago de los Caballeros*, *San Juan Bautista*, *Spíritu Santo*, *Nueva Zamora* y muchos otros.

De las condiciones de Barquisimeto, suelo, frutos, indios y sus costumbres, da noticias el referido P. Simón.

(62) *El rey Miguel*, pág. 223.
Según Castellanos, le dió muerte con una ballesta uno de los vecinos españoles nombrado Diego de Escorcha.

(63) *El Licenciado Villacinda*, pág. 224.
Alonso Arias de Villasinda, Castellanos.

(64) *Nueva Valencia del Rey*, pág. 227.
Se halla al Noroeste del lago de Tacarigua en una llanada espaciosa, amena y fértil. Dos sierras se desprenden de la cordillera de la costa hacia el Sur, y dejando entre sí un espacio considerable, van inclinándose una hacia otra hasta casi tocarse en un punto que puede llamarse con razón puerta del valle que han formado, y allí mueren. La sierra oriental tiene nombre de San Diego, y en su extremidad se levanta un montecillo que denominan del Morro; la occidental se llama Guataparo, y en un todo semejante á la otra, tiene también en su remate un terromontero que dicen del Puto. Valencia está asentada entre estas dos alturas á la margen de un río que lleva su nombre y tiene su nacimiento en las montañas. Acaso ninguna ciudad de Venezuela posee una situación tan importante. En la época de la fundación se hallaba á media legua del lago; cuando Humbold la visitó, mucho más de dos siglos después, distaba una y media: hoy la separan de las riberas dos completas. El cómputo en leguas no da una idea exacta de la disminución de las aguas, mas, como antes se ha dicho, van quedando en seco grandes espacios antes cubiertos, resultado de la precipitación con que se talaron los bosques, destruyendo el equilibrio entre la evaporación y las lluvias.—Baralt.—El P. Simón situó á Valencia sesenta leguas al Sudeste de la ciudad de Coro, siete del puerto de la Borburata al mismo rumbo, veinticinco de Santiago de León de Caracas, fundada después al Este, otras tantas de Barquisimeto, y treinta y cinco del Tocuyo, al Oeste.

(65) *Murió el gobernador Villacinda*, pág. 231.
Castellanos pone su muerte el año 1557; el P. Simón el de 1556.

(66) *El contador Diego Ruiz Vallejo*, pág. 232.
Diego Ruiz de Vallejo, maese de campo, le titula Castellanos, y narra la jornada que hizo por tierra de los Cuicas, elegía III, canto III, parte segunda.

(67) *Diego García de Paredes*, pág. 232.
Escribió D. Tomás Tamayo de Vargas el libro titulado *Diego García de Paredes y relación breve de su tiempo*, y al folio 139 vuelto dijo:

«Quedaron de Diego García de Paredes dos hijos, uno natural, de su mismo nombre, y D. Sancho de Paredes, legítimo, de edad de doce años cuando él murió. El natural imitó los bríos de su padre, sirviendo algunos años en la guerra de Italia, de adonde trajó por trofeo de su esfuerzo dos banderas que hoy se ven sobre el cuerpo de su padre en Trujillo. Pasó después, mal contento de la recompensa de sus servicios, á Panamá por los años de 1547, donde anduvo con el presidente Gasca, que le hizo armar barcos con gente para defender el puerto de Santa Marta y Cartagena del peligro de los franceses que se temía. Atajáronse sus esperanzas aquí, porque á la orilla de un río le despedazaron caimanes.»

No estaba el autor bien informado de lo que hizo en América, como se verá más adelante, nota 78.

(68) *Los Cuicas*, pág. 232.
Describe sus costumbres el P. Simón.

(69) *Gutiérrez de la Peña*, pág. 235.
Gutierre de la Peña, Castellanos y Simón.

(70) *El valle de Boconó*, pág. 244.
Un valle dicho de Tostos ó de Boconó, porque estos dos nombres tuvo.—Simón.

(71) *Sin que se supiese dónde llegaban los términos de las Audiencias de Santo Domingo y Santa Fe*, página 245.
En 1626, cuando escribía el P. Simón, se hallaban todavía en litigio esos términos.

(72) *Los indios Arbacos*, pág. 253.
Baralt hizo muy bella descripción del territorio de estos indios, que tuvo que atravesar Fajardo en los viajes de ida y vuelta.

(73) *Río Marañón*, pág. 276.
Que Lope de Aguirre le puso este nombre como derivado de *maraña* dice también el P. Simón, tomando la especie de relaciones de la época; mas no tienen fundamento.

Mucho antes lo habían nombrado así otros navegantes, y al decir de Castellanos, se lo dió Vicente Yáñez Pinzón en memoria de ciertos marineros apellidados Marañones. En la provincia de Ciudad Real, término de Valdepeñas, existe un arroyo de nombre *Marañón;* asimismo se nombran un caserío del partido de Manzanares y un pueblo de la jurisdicción de Estella, en la provincia de Navarra, por lo que es probable que entre los descubridores y conquistadores de Indias no fuera raro tal apelativo. Marañón se llama también á una fruta americana.

(74) *Lope de Aguirre*, pág. 347.

Los historiadores de Tierra-firme, sin excepción, refieren con más ó menos extensión y con ligeras variantes la jornada de Pedro de Ursua, su desdichada muerte y las atrocidades del comunero Aguirre hasta el fin que merecían. Fray Pedro Simón dedicó al asunto la sexta de sus *Noticias historiales*, desarrollándolo en cincuenta y dos capítulos, y de ellos extractó Oviedo lo que más importaba á su objeto, añadiendo la carta dirigida por el traidor al Rey Felipe II. Consérvanse además varias relaciones particulares del tiempo, de ellas:

Relacion breve fecha por Pedro de Monguía, capitan que fué de Lope de Aguirre, de lo más sustancial que ha acontecido, segun lo que se me acuerda de la jornada del gobernador Pedro de Orsua, que salió de los reinos del Perú proveído por el Audiencia Real que reside en la ciudad de los Reyes, e por el Visorey Marqués de Cañete; e del alzamiento de Lope de Aguirre, el cual mató al dicho gobernador Pedro de Orsua e se hizo capitan en él con intención de volver al Perú por Nombre de Dios para hacerse Rey e Señor dél, segun lo poblica.

Ms. en la Academia de la Historia, colección Muñoz, tomo LXXXVIII, folios 120 á 132, publicado en la Colec. de docum. de Indias, tomo IV, pág. 191. Al final dice:

«En tres días de setiembre de 1561 años, el M. R. Padre Fr. Francisco Montesinos, Provincial de la Orden de señor Santo Domingo, dijo que esta relación le fué dada, e lo que pasó á éste que declara es cierto e verdadero, e lo demás es informado que es e pasó ansí, e ansí lo juró por las Ordenes sagradas que recibió, e lo firmó.—El Provincial Fr. Francisco Montesinos.»

Esta es parte de una relacion de un tirano que se dice Lope de Aguirre, y no va entera porque no hubo lugar.

Ms. de letra del tiempo en la Academia de la Historia,

Colección Muñoz, tomo LXXXVIII, folios 133 á 147, firmado por Juan Páez, al final dice:

«Esta carta y lo demás escribo á V. md. deste tirano, porque todo lo demás va escrito muy largo en la relacion que escribo al señor mi padre, por donde V. md. verá muy á la clara todo lo que va.»

Incluye copia de la carta escrita por Aguirre *al Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible*, y en el sobre de la suya se lee:

«Para el muy deseado y querido Señor Padre Juan Pérez.—En el lugar de Usagre.—Va de Indias.»

Relacion muy verdadera de todo lo sucedido en el río del Marañón, en la provincia del Dorado, hecha por el gobernador Pedro Dorsua, dende que fué enviado de la ciudad de Lima por el marqués de Cañete, Visorey de los reinos del Pirú, y de la muerte del dicho Pedro Dorsua y el comienzo de los tiranos D. Fernando de Guzman y Lope de Aguirre su subcesor, y de lo que hicieron fasta llegar á la Margarita y salir della.

Ms. en la Academia de la Historia, Colección Muñoz, tomo LXXXVIII, folios 148 á 187. Publicada en la Colec. de Indias, tomo IV, pág. 215.

Está escrita la relación por Gonzalo de Zúñiga, uno de los que hicieron la jornada; describe el río Marañón, con lo relativo á su descubrimiento, y cuenta la expedición que ciertos indios del Brasil hicieron aguas arriba, empleando catorce años en llegar al Perú, cuando lo gobernaba el Licenciado La Gasca, salteando y robando las riberas «por comer indios, que es la cosa que ellos más cubdician y tienen en más, después que una vez se ceban en comer carne humana.» Continúa la relación hasta la muerte del tirano, copia la carta que éste dirigió al Rey, y pone este romance:

Riberas del Marañón
do gran mal se ha congelado,
se levantó un vizcaíno
muy peor que andaluzado:
la muerte de muchos buenos
el gran traidor ha causado,
usando de muchas mañas,
cautelas como malvado;
matando á Pedro Dorsua,
gobernador del Dorado,
y á su teniente don Juan

que de Vargas es llamado,
y después á don Fernando,
su príncipe ya jurado,
con más de cien caballeros
y toda la flor del campo.
Matándolos á garrote
sin poder nadie evitarlo;
fasta un clérigo de misa
las entrañas le ha sacado,
y á la linda doña Inés,
que á Policena ha imitado.
Dió muerte á un Comendador
de Rodas, viejo y honrado,
porque le ordenó la muerte
por servir al Rey su amo.
Llegado á la Margarita,
do fué bien agasajado,
con la dañada intención
á todos los ha engañado;
no queda hombre ni mujer
que mal no fuese tratado
deste cruel matador
que de Aguirre era nombrado.
Pasados algunos días,
á gran mal determinado,
mató á todas las justicias
y á don Juan de Villaldrando,
con muchos de los vecinos
más principales y honrados;
y como perro rabioso
quedó tan encarnizado,
que de sus propios amigos
á más de veinte ha matado,
y entrellos los más queridos;
fasta su Maestre de Campo;
y también mató mujeres,
y á frailes no ha perdonado,
porque ha fecho juramento
de no perdonar perlado,
pues mató su confesor
habiéndolo confesado,
de garrote por la boca
por ser más martirizado:
á nadie da confesión,
porque no lo ha acostumbrado,

y así se tiene por cierto
ser el tal endemoniado.

El P. Fr. Pedro de Aguado dedica el libro x de la parte segunda (inédita) á la relación del suceso, que hace muy amplia, con inclusión de la vida, muerte y linaje de Aguirre, y este título:

De la ida de Pedro de Orsua al Pirú y de todo lo que le sucedió en él y en la jornada del Dorado ú Marañon, hasta que lo mataron, y de cómo nombraron por general á don Hernando de Guzman, y cómo mataron dispués á D. Hernando é hicieron general á Lope de Aguirre, y las crueldades que hizo hasta que lo mataron los del campo del Rey en la ciudad de Varaquisimeto, gobernacion de Venezuela.

Acaba con el proverbio:

Pocos vimos bien morir
de aquellos que mal vivieron,
y de los que bien vivieron
menos vimos mal morir.

Juan de Castellanos dedicó la Elegía xiv de la parte primera, con siete cantos y quinientas treinta y una octavas, á la narración de la tragedia que en un principio presenció, según expresa:

Podríame vender yo por testigo
Sin gozar lo mejor de la mañana,
En el paso de Origua ó de Rodrigo,
Y el buen Pedro de Ursua con cuartana,
Tomándole los pasos que ya digo
Gran ímpetu de gente comarcana,
Sobre paz y con fiebre fatigado,
Descalzo del un pie y otro calzado.

La relación del Obispo de Santa Marta, Doctor D. Lucas Fernández Piedrahita, viene á ser extracto de la del Padre Simón, aunque reformada con noticias de los escritos de Juan de Castellanos y Antonio de Herrera, que tuvo á la vista. La titula:

Compéndiase lo que obró el tirano Lope de Aguirre en la jornada del Marañon, hasta que tomó puerto en la Borburata. Saquea el lugar y la Nueva Valencia. Ejecuta nuevas tiranías hasta llegar á Bariquisimeto, donde lo desba-

rata la gente de Venezuela y Mérida, y muere desdichadamente.

De otras dos relaciones manuscritas que existen en la Biblioteca Nacional de Madrid ha hecho un examen crítico el Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle, publicando la una con indicación de las variantes de la otra en el tomo xx de la Sociedad de Bibliófilos españoles. Títulase: *Relacion de todo lo sucedido en la jornada de Omagua y Dorado hecha por el gobernador Pedro de Orsua.* Madrid, 1881, en 4.°

Resulta del cotejo que la primera fué escrita por el bachiller Francisco Vázquez, soldado de la expedición, uno de los que no quisieron jurar á D. Fernando de Guzmán por príncipe, ni desnaturalizarse de los reinos de Castilla, y que la otra fué adulterada y compuesta sobre la original de Vázquez por Pedrarias de Almesto, que pretendía merced y recompensa, haciéndose pasar por víctima del tirano Aguirre y favorecido de su hija.

Por último, se ha publicado noticia de Lope de Aguirre y relación abreviada de la expedición de Ursua en el libro titulado *Castellanos y Vascongados, tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos, el uno castellano de Burgos, y el otro vascongado, en la villa de Potosí, reino del Perú. Documento hasta ahora inédito. Publicado por Z**... Madrid. Imprenta á cargo de Víctor Saiz. 1876.

(75) *Alistó con brevedad cien hombres*, pág. 350.
Sesenta ponen Castellanos y Simón, diciendo fué el gobernador Bernáldez y no su antecesor Collado el que envió la expedición de Narváez.

(76) *Francisco Freire*, pág. 351.
Era portugués, según el P. Simón.

(77) *El Licenciado Bernáldez, Ojo de plata*, pág. 356.
Castellanos le nombra Bernáldez el Tuerto.

(78) *Muerte de Diego García de Paredes*, pág. 364.
Véase la nota 67. Castellanos atribuye la desgracia al deseo que tenía el extremeño de ver á una Catalina de Miranda.

(79) *Prendieron á Alonso Cobos*, pág. 371.
No conforma con Castellanos. Este dice que vivía aún la

cacica D.ª Isabel, madre de Fajardo; que presentó demanda ante la Audiencia de Santo Domingo, y por resultado de los autos fué ahorcado Cobos; pero es más de admitir la información de Oviedo, que tuvo á la vista, sin duda, documentos de familia.





ÍNDICE.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTS. PÁGINAS.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

